



Movimientos estudiantiles

en la historia de América Latina IV

Renate Marsiske

Coordinadora

historia
de la educación

issue

Movimientos estudiantiles

en la historia de América Latina IV

historia
de la educación

iiSUE

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOBRE LA UNIVERSIDAD Y LA EDUCACIÓN
Historia de la educación

Movimientos estudiantiles

en la historia de América Latina IV

Renate Marsiske, coordinadora



iisue

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación
México, 2015

ESTA FICHA CATALOGRÁFICA CORRESPONDE A LA VERSIÓN IMPRESA DE ESTA OBRA

LA543.7
M68

Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina / Renate Marsiske, coordinadora. -- Primera edición. México, D.F.: UNAM, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, 2015. 316 p. -- (Colección Historia de la Educación)

ISBN 978-607-02-6379-8 (Volumen IV)

1. Movimientos estudiantiles -- América Latina -- Historia. 2. Estudiantes universitarios -- América Latina -- Actividades políticas -- Historia. I. Marsiske, Renate, editor. II. Serie.

Este libro fue sometido a dos dictámenes a doble ciego externos, conforme a los criterios académicos del Comité Editorial del Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, de la Universidad Nacional Autónoma de México

Coordinación editorial
Dolores Latapí Ortega

Edición
Enrique Saldaña Solís

Diseño de cubierta
Diana López Font

Primera edición impresa: abril 2015
Primera edición digital: abril 2015

DR © Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación
Centro Cultural Universitario, Ciudad Universitaria,
Coyoacán, 04510, México, D. F.
www.iisue.unam.mx
Tel. 56 22 69 86
Fax 56 65 01 23

ISBN (Impreso): 978-607-02-6379-8

ISBN (EPUB): 978-607-02-6403-0

ISBN (PDF): 978-607-02-6380-4

Se prohíbe la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

9 **Presentación**
Renate Marsiske

15 **Introducción**
Ellen Spielmann

LÍDERES ESTUDIANTILES Y SUS DESTINOS

21 **Los estudiantes de la reforma universitaria en América Latina:
¿una generación?**
Renate Marsiske

37 **Líderes estudiantiles socialistas en Michoacán. Breve itinerario
político (1928-1963)**
Miguel Ángel Gutiérrez López

57 **Un siglo de movimiento estudiantil en Brasil**
Otávio Luiz Machado

81 **Vidas y milagros de los líderes estudiantiles brasileños del 68:
una aproximación microhistórica a José Dirceu y *Prova de fogo***
Ellen Spielmann

MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX
Y SUS RELACIONES CON EL PODER Y LA POLÍTICA

- 109 **Memorias e historia del movimiento estudiantil en Colombia (1968)**
Álvaro Acevedo Tarazona
- 129 **El movimiento politécnico de 1956: la primera revuelta estudiantil en México de los sesenta**
Jaime M. Pensado
- 189 **La vida de los otros: la FECECH y su conflictiva relación con el movimiento estudiantil en la Universidad de Chile (1978-1984)**
Pablo Toro Blanco
- 223 **Escarceos estudiantiles en época de dictadura, Argentina (1976-1981)**
María Cristina Vera de Flachs
- 255 **Masas críticas y redes sociales: una explicación microestructural del surgimiento de cuatro movimientos estudiantiles en la UNAM (1986-2000)**
Sebastián Garrido de Sierra
- 309 **Autores**

Los tres libros de la serie *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, que se publicaron en 1995, 2001 y en 2006 por el Centro de Estudios sobre la Universidad, hoy convertido en Instituto de Estudios sobre la Universidad y la Educación, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), se han convertido a través de los años en un referente importante sobre el tema y además han impulsado el interés por los conflictos universitarios en la región, un interés que llega mucho más allá de los límites del continente. Ahora presentamos el cuarto volumen, con la intención de mantener viva la discusión y de invitar a colegas y estudiantes a considerar este tipo de movimientos como objeto de estudio y de investigación, aun en tiempos de calma en las universidades aunque, mientras escribo esto, luchan los estudiantes chilenos en la calle desde hace semanas por la gratuidad de la educación y una reforma al sistema neoliberal de educación en su país.

El interés por la cuestión aumenta, por supuesto, en épocas de inquietud o de revueltas estudiantiles o de aniversarios de hechos significativos de la institución universitaria. En México hemos festejado en 2010 el centenario de la fundación de la Universidad Nacional de México, creación de Justo Sierra y cuya inauguración en septiembre de 1910 fue parte importante de los festejos de los cien años de la independencia del país. Esto no significa, por supuesto, que la Universidad de México sólo tenga cien años, sino que de 1538 a 1867, años de la universidad Real de México, antecedente de la institución, fueron los de la universidad colonial. Aunque Justo Sie-

rra dice reiteradamente que la nueva universidad no tiene antecedentes y es una fundación nueva, hay que considerar desde el punto de vista cronológico que la universidad como institución de educación superior en México se fundó en 1534.

Contrario a lo que había pasado en otros festejos, los eventos conmemorativos alrededor de esta fecha, los programas de radio y de televisión, las publicaciones científicas y de divulgación y las exposiciones no omitieron los conflictos universitarios durante estos cien años, sino que los consideraron parte importante de la institución que la llevaron muchas veces a reformas necesarias. Los conflictos estudiantiles de 1929, 1933, 1944, 1966, 1988 y 1999 y los conflictos sindicales de la década de 1970 forman parte de la historia de la UNAM en el último siglo. El acostumbrado tono laudatorio de estos eventos se sustituyó ahora por enfoques mucho más verídicos, sin dejar de hacer hincapié en los logros y en la importancia de la UNAM para el país.

Por otro lado, en 2009 recordamos una vez más la autonomía universitaria de la UNAM en su año noventa. La autonomía de las universidades en América Latina y la lucha por conseguirla está íntimamente ligada a los movimientos estudiantiles. El siglo xx es el de la autonomía universitaria en las instituciones de educación superior del continente, desde el movimiento estudiantil de Córdoba en 1918, su expresión más importante, hasta la reciente autonomía de las instituciones nuevas. Por ello, este aspecto no es viejo o acabado sino que será de actualidad mientras existan universidades en América Latina. Es un hecho que convierte a las instituciones de educación superior del continente en instituciones que han podido cumplir con sus tres funciones: docencia, investigación y difusión de la cultura, al margen de las corrientes e ideologías del Estado.¹

En los últimos años el interés por analizar los movimientos estudiantiles se ha visto reflejado en el aumento de tesis de licenciatura, maestría y doctorado referentes a este tema. Por otro lado, también algunos colegas universitarios han empezado a trabajarlos aunque

1 Luis Raúl González Pérez, "Revolución, Universidad y autonomía", en Pagés Llergo Rebollar (coord.), *Revolución e instituciones*, t. I, México, Cruzada, 2010, p. 116

muchas veces no con el afán de contribuir con nuevos conocimientos al entendimiento de estas revueltas sociales en general, sino enfocando su interés en casos específicos de movilizaciones estudiantiles recientes, lo que ha llevado a interpretaciones novedosas o complementarias. Los interesados tenemos que celebrar este desarrollo porque:

A diferencia de otras disciplinas, la historia no sólo tolera sino reclama la pluralidad de interpretaciones. La diversidad de puntos de vista no impide que cada uno posea relativa validez y que todos, de esta o aquella manera, se complementan unos a otros. Incluso las contradicciones y oposiciones son fecundas y contribuyen a la visión del conjunto. La historia no es incoherente, pero sí hostil a las explicaciones únicas y totales.²

Apenas ahora, las interpretaciones de los movimientos estudiantiles de 1968 llegan a tener un valor explicativo más amplio, menos ideologizado o justificatorio, ya que ocuparse de un hecho histórico del presente, como es el conflicto del 68, puede tener dos diferentes intenciones: buscar la “verdad histórica” o recordar. “Si el pasado es inmodificable, su sentido no está fijado para siempre; pero el saber sobre el pasado suele ser acumulativo, mientras su recuerdo es cambiante”.³ De manera que hay que distinguir entre memoria e historia del tiempo presente en los movimientos estudiantiles más recientes.

Durante el auge de la historia social de la educación, y con ello la insistencia en las estructuras y los contextos educativos, parecían estar olvidados los actores de la historia. Desde entonces, sobre todo en Francia y Alemania, los historiadores empezaron a notar las limitaciones de una historia social enfocada en estructuras y abstracciones y, así, observamos un renacimiento de la narrativa histórica, de

2 Octavio Paz, “Revueltas y revoluciones: un proceso dramático, México y los poetas del exilio español”, en Danubio Torres Fierro (edit.), *Octavio Paz en España, 1937*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 105.

3 Eugenia Allier Montaño, “Presentes-pasados del 68 mexicano. Una historización de las memorias públicas del movimiento estudiantil, 1968-2007”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 71, núm. 2, abril-junio de 2009, México, UNAM, p. 288.

los eventos y de la historia política y especialmente de la biografía, es decir de la historia de los protagonistas.

Dentro de este desarrollo de la historiografía hay que entender la propuesta del simposio Reformas universitarias y destinos de los líderes estudiantiles en América Latina, que coordinamos Ellen Spielmann y yo para el Trigésimo Congreso Internacional de Americanistas, que se llevó a cabo en la ciudad de México en 2009 y que fue el origen de este libro. El estudio de los líderes estudiantiles tiene que ganar importancia en las investigaciones futuras ya que sólo si sabemos con más detalle algo sobre ellos y también sobre su destino —que en América Latina tradicionalmente ha sido la política y las universidades, y en algunos casos ha desembocado en la violencia de la guerrilla—, nos acercamos a una explicación más acertada de los movimientos estudiantiles y de sus componentes ideológicos. Muchas veces los líderes de un movimiento estudiantil no representan un poder en sí, sino en relación con otros grupos sociales, como pueden ser partidos políticos, sindicatos, grupos religiosos etcétera, y además del apoyo de estos grupos extrauniversitarios dependen muchas veces el desarrollo y el éxito de los movimientos estudiantiles.

Sin embargo, la mayoría de los ponentes de nuestro simposio no se ocuparon tan directamente de los líderes estudiantiles, como se ve en el presente libro, y esto nos remite a una falta de investigación en este campo como nos explica Ellen Spielmann en su breve pero importante introducción al tema. Por ello, invitamos más tarde y para efectos de esta publicación a algunos colegas a participar en el cuarto volumen de *Historia de los movimientos estudiantiles en América Latina*. Espero que los resultados de investigación que se publican en este libro impulsarán las investigaciones sobre los protagonistas de los movimientos estudiantiles en general, pero especialmente sobre la vida y el desarrollo de sus actividades, sus ideas, opiniones e ideologías.

Aunque el número de trabajos que conforman esta obra es relativamente reducido, merece para una mayor claridad una división en dos partes: por un lado, la primera parte reúne los trabajos que responden al tema original del coloquio del congreso sobre líderes estudiantiles y sus destinos, y tiene el título de *Líderes estudiantiles*

y sus destinos; la segunda la hemos llamado *Movimientos estudiantiles en la segunda mitad del siglo xx y sus relaciones con el poder y la política*. La primera parte comienza con el estudio de Renate Marsiske sobre los estudiantes de la época de la reforma, es decir los jóvenes entre 1910 y 1930. Miguel Ángel Gutiérrez presenta en seguida sus investigaciones sobre los líderes estudiantiles socialistas en Michoacán entre 1928 y 1963. Otávio Luiz Machado nos da un panorama general de manera cronológica de los movimientos estudiantiles en Brasil y Ellen Spielmann se refiere en su trabajo también a Brasil y en especial a los líderes estudiantiles del 68.

La segunda parte del libro empieza con el trabajo de Álvaro Acevedo también sobre el 68 en Colombia, en donde explica las diferencias entre memoria e historia. Después tenemos el texto de Jaime Pensado sobre el movimiento politécnico de 1956. Pablo Toro Blanco nos presenta una reflexión con un título muy sugerente (tomado de la película alemana sobre el espionaje del servicio secreto en la época de la RDA) que se ocupa de los estudiantes y sus organizaciones durante la dictadura en Chile. Cristina Vera igualmente se ocupa de los estudiantes en la época de la dictadura en su país, Argentina. El último trabajo en este libro es de Sebastián Garrido de Sierra sobre masas críticas y redes sociales, lo que nos lleva a un análisis desde las ciencias sociales de movimientos estudiantiles contemporáneos.

No vamos a dar por concluida la serie *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina* ya que todavía nos esperan muchas tareas, especialmente la de arrojar más luz sobre el tema de los líderes estudiantiles.

Renate Marsiske

MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES Y LÍDERES ESTUDIANTILES EN AMÉRICA LATINA DEL SIGLO XX: EL ESTADO DE LA CUESTIÓN

En el marco de las acciones políticas antidictatoriales de finales de los años veinte y de los movimientos masivos que acompañaron el arranque definitivo de la industrialización en América Latina se destacaron nombres inmediatamente identificables como los de antiguos dirigentes estudiantiles vinculados a la ola de reformas universitarias iniciada en 1918 en Córdoba, Argentina.

Esto no quiere decir que las respectivas opiniones públicas nacionales fueran más allá de constatar la existencia del fenómeno. Casos como el del político ideólogo Víctor Raúl Haya de la Torre en esas décadas, o el de Felipe Herrera, en la coyuntura de comienzos de la década de 1960, están entre los más visibles. En la segunda posguerra los países latinoamericanos pasaron de ser el “continente del futuro” a formar parte de un cúmulo definido por su condición de “países subdesarrollados”. Ya en el momento en que Herrera fue presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y esa institución comenzó a perfilarse como la principal financiadora de los sistemas de educación superior en el subcontinente, los estudiantes, al lado de los militares y los miembros del clero en general se encontraron entre los grupos más estudiados por la nueva sociología del desarrollo.

Esta disciplina quería establecer cuáles eran los obstáculos objetivos y subjetivos para salir del subdesarrollo y cuáles los grupos sociales capaces de fomentar o liderar este proceso. Lo interesante es que esa sociología, con sus métodos de cuantificación o hasta de observación participativa, con su interés por las estructuras económico-

sociales, estuvo ciega ante lo que fue el acontecimiento. El acontecimiento escapaba a sus enfoques. Y de ese modo, el *acontecimiento 1968* en Brasil y México, en su realidad y su complejidad, escapó a los análisis de una sociología que no podía entenderse como ciencia de lo inmediato.

Solamente después de la institucionalización académica —ya sea desde el punto de vista la pedagogía de las ciencias sociales o de los estudios acerca de la historia de la universidad en los países latinoamericanos— los movimientos estudiantiles históricos pasaron a ser objeto de investigación, contruidos como tales de diversas maneras. Dentro de sus enfoques apenas después de los cambios globales posteriores a la caída del muro de Berlín comenzó el interés, siempre de manera cuantitativa, en los líderes de esos diversos movimientos.

En la preparación del simposio que dio origen a este libro, al establecer el estado de la investigación, sus organizadoras comprobamos que todavía no se ha realizado lo que en nuestra época posibilitan las computadoras: el manejo de datos estadísticos, estudios prosopográficos, biografías colectivas de quienes comandaron esos movimientos. Los datos disponibles son parte de historias orales que nos pueden asegurar que, en algunos casos, dirigentes de federaciones de estudiantes pudieron llegar (en menos de diez años) de concluir sus estudios universitarios al despacho de ministros. O contarnos de líderes estudiantiles que se arreglaban ante grandes muchedumbres como si fueran artistas de un *performance* o grandes cantantes de rock. Pero el conocimiento que puede aportar la prosopografía todavía no está disponible.

El otro camino que queda abierto, y en el que tampoco se han dado mayores pasos, es aquél que en el enfrentamiento entre los enfoques macro y micro, la microhistoria no garantiza pero por lo menos promete: en primer lugar que los que no tienen voz, es decir quienes no pasan de ser aparentemente más que los “contemporáneos” de los grandes protagonistas, tomen rostro, perfiles y voz; en segundo, es factible entender continuidades y discontinuidades en las carreras y en las vidas de esos llamados protagonistas principales.

Con ese doble horizonte, una prosopografía de la que no disponemos pero que quisiéramos tener, y un enfoque microhistórico en donde la pequeña historia del movimiento estudiantil y la pretendida gran historia de los respectivos países se tocan, vinculan y superponen —piénsese en el caso cubano alrededor de 1956-1964, por ejemplo—, se ha convocado a un muy selecto grupo de especialistas a participar en este libro.

Ellen Spielmann

LÍDERES ESTUDIANTILES Y SUS DESTINOS

LOS ESTUDIANTES DE LA REFORMA UNIVERSITARIA EN AMÉRICA LATINA: ¿UNA GENERACIÓN?

Renate Marsiske

Entre las conmociones sociales que irrumpieron en América Latina, durante las primeras décadas del siglo xx, una de magnitud continental fue la universitaria. La juventud universitaria de los años de la reforma, entre 1918 y 1930, se manifestó como fuerza social y política. Ésa fue la expresión de grupos de estudiantes que se formaban para tomar posición en el acontecer de sus respectivos países y en algunos casos del continente. A pesar del entorno social, político y económico diferente en Argentina, Perú, Cuba y México, y de que los motivos y los resultados de los movimientos eran diferentes, estos estudiantes universitarios encontraron formas de lucha parecidas con base en ideas parecidas. En Argentina, el movimiento estudiantil de Córdoba, en 1918, fue un acontecimiento más bien universitario; en Perú, el movimiento se convirtió en lucha ideológica; en Cuba, el movimiento de reforma universitaria estaba estrechamente ligado al nacimiento del Partido Comunista Cubano, y en México, país de la revolución, para 1929, era una lucha para hacer manifiesta la importancia de la universidad para el futuro desarrollo del país.

A partir de estos movimientos estudiantiles la universidad latinoamericana entró al desarrollo del siglo xx, después de tres siglos como institución colonial, y después de los intentos de reforma del siglo xix. Estos movimientos fueron conducidos por líderes estudiantiles carismáticos o por grupos de líderes: en Argentina estaban encabezados por Enrique F. Barros, Horacio Valdés, Ismael Bordabehere, apoyados por Gumersindo Sayazo, Alfredo Castellanos, Luis M. Méndez, Jorge L. Bazante, Ceferino Garzón Macedo, Julio

Molina, Carlos Suárez Pinto, Emilio R. Biagosch, Ángel J. Nigro, Natalio J. Saibene, Antonio Medina Allende y Ernesto Garzón —los que firmaron el documento clave de la reforma “La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sudamérica”—, y por supuesto por Deodoro Roca, quien ya no era estudiante en este tiempo sino periodista. En Perú el movimiento estudiantil de 1921-1923 fue liderado por Raúl Haya de la Torre, apoyado por otro periodista e intelectual famoso, José Carlos Mariátegui. En Cuba por José Antonio Mella —tanto Haya de la Torre como Mella eran líderes políticos—. En México el movimiento estudiantil de 1929 fue encabezado por Alejandro Gómez Arias, José María de los Reyes, Carlos Zapata Vela, Salvador Azuela, Baltasar Dromundo, Santiago X. Sierra, entre otros. Los movimientos de reforma universitaria en Argentina y más tarde en México eran más bien universitarios, que buscaban reformas importantes en sus respectivas universidades y por ende eran dirigidos por grupos de estudiantes, no por líderes carismáticos. En cambio, en Perú y Cuba los movimientos estudiantiles estaban ligados a la figura de sus líderes, Haya de la Torre y Mella, con el desarrollo político de sus países, la formación de partidos, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) en Perú y el Partido Comunista en Cuba.

El estudiante universitario, como categoría social, ha modificado desde entonces rotundamente su perfil; la totalidad de las relaciones económicas, sociales, políticas y culturales de América Latina también ha sufrido modificaciones sustanciales. Esto nos hace pensar que los estudiantes de la reforma fueron en muchos casos los impulsores y protagonistas de estos cambios. ¿Cómo podemos definir entonces a estos jóvenes estudiantes latinoamericanos? ¿Realmente tenían algo en común los universitarios argentinos, mexicanos, peruanos y cubanos de los años veinte? Y si es así, ¿son un grupo de edad, un grupo social, una subcultura juvenil o una generación? Los estudiantes universitarios como categoría social tienen una vida efímera, permanecen por algunos cortos años en alguna institución de educación superior, son parte de la juventud de sus países; ciertamente, una parte privilegiada.

La discusión sobre la *juventud*, típica de los años sesenta del siglo xx,¹ parece cobrar actualidad hoy en día, donde abundan artículos y tesis sobre el fenómeno de la juventud,² sobre todo en lo que se refiere a la problemática juvenil en las grandes urbes, como son el papel de las drogas, los jóvenes que no trabajan y no estudian, la violencia. Sin embargo, esto no desemboca en investigaciones serias sobre el tema. “Adolescence, that stage of life hovering precariously between childhood and adulthood, has technically existed only in the twentieth century - the term first publicized by G. Stanley Hall in 1904”.³ Es decir, el tratamiento analítico de los jóvenes como categoría social es algo reciente, sólo a partir del siglo xx se habla de la juventud como algo especial, un estado entre la niñez y el ser adulto: la juventud es un fenómeno histórico de existencia relativamente nueva. La pertenencia a un grupo de edad, a una generación, está fundada por la existencia del ritmo biológico del ser humano. A partir de los trabajos de Karl Mannheim⁴ y José Ortega y Gasset⁵ publicados los dos en 1928 en Alemania (aunque el segundo apareció primero en español en 1927) adquiere importancia social porque estos autores sostienen que un mismo grupo de edad actúa en el sistema social en una misma época histórica. Así, son de suma importancia las diferenciaciones por edades para el sistema social, pero también para el individuo. Para el sistema social significan categorías según las que se asignan los diferentes roles a diferentes personas; para el individuo la conciencia de su propia edad se convierte en un importante elemento de integración.

La familia es la primera instancia de socialización, por lo cual la relación entre familia y sociedad juega un papel central en todas

1 Ludwig von Friedeburg, *Jugend in der modernen Gesellschaft*, 1965; Julián Marías, *El método histórico de las generaciones*, 1967.

2 Ronald D. Cohen, “*The Delinquents: Censorship and youth culture in recent U.S. history*”, 1997; Roberto Machuca Becerra, “*América Latina y el Congreso Internacional de Estudiantes de 1921: la generación de la reforma universitaria*”, 1996.

3 Ronald D. Cohen, *op. cit.*, p. 252.

4 Karl Mannheim, “*Das Problem der Generationen*”, 1928-1929, pp. 157-185 y 329-330.

5 José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, 1927 (versión en alemán: *Die Aufgabe unserer Zeit*, Zurich, 1928).

las reflexiones sobre la incorporación de los jóvenes al mundo de los adultos. Los jóvenes de la reforma eran miembros de una cultura familiar tradicional, a pesar de los cambios experimentados en América Latina a principios de siglo, que incluía las estructuras familiares de la clase media, de donde provenían en gran parte los estudiantes universitarios. Estas familias se hicieron más abiertas al convertirse en familias urbanas; pero, aún así, la familia extensa incluía varias generaciones, otros familiares (como tías y primos) y además en muchos casos miembros de la servidumbre. Este tipo de familia cumplía muchas funciones diferentes, en ella la edad de sus miembros y el estatus de la familia servían, respectivamente, como principal criterio de la asignación de los roles y para evaluar la posibilidad de conseguir poder económico y social.

La unidad familiar o de parentesco es en sociedades como las latinoamericanas, hasta hoy, la unidad central de la repartición social del trabajo. Así, las relaciones entre edades heterogéneas moldean las formas básicas de interacción entre las edades, mientras las relaciones entre edades homogéneas, por otro lado, han sido hasta hace poco de importancia secundaria. Éstas nacen en sociedades en donde la unidad familiar o de parentesco no puede asegurar la adquisición de un estatus social válido de sus miembros; es decir, sistemas sociales en donde la asignación de roles y recompensas no se basan en la pertenencia a unidades familiares. En este tipo de sociedades, los roles importantes institucionalizados son independientes de la familia.⁶ Esto facilita la formación de grupos sociales con una gran autonomía y un importante autocontrol, grupos con una cultura parcial o subcultura.⁷ Para subsistir, este tipo de subculturas —que pueden ser juveniles— desarrollan sus propios valores, comportamientos y normas.⁸ Este es el caso en las grandes urbes del planeta, en São Paulo igual que en Tokio o en San Francisco, en donde encontramos diferentes tipos de grupos juveniles o si se quiere de subculturas juveniles.

6 Samuel N. Eisenstadt, *From generation to generation*, 1956, pp. 21-55 y 325-327.

7 Friedrich H. Tenbruck, *Jugend und Gesellschaft*, 1962, pp. 47-51, 58-64 y 84-89.

8 Helmut Schelsky, *Die skeptische Generation. Eine Soziologie der deutschen Jugend*, 1957, pp. 96-126 y 500-501.

Para nuestro propósito parece ser que el concepto de *generación*, así como lo formuló Karl Mannheim, es el que nos explica mejor los comportamientos de los jóvenes estudiantes de la reforma, los que vivían en estructuras familiares tradicionales en las sociedades latinoamericanas de principios de siglo. La unidad de una generación no es un grupo concreto, sino la ubicación parecida de individuos en el espacio social; no se basa en la voluntad de sus miembros, sino en su ritmo biológico. La ubicación de una generación significa para los individuos encontrarse en un espacio social histórico específico, lo que caracteriza su manera especial de pensar y de actuar en el proceso histórico. Es decir, la creación y acumulación de cultura a lo largo de la historia no se lleva a cabo siempre por los mismos individuos, sino que son cada vez nuevas generaciones que hacen esta tarea. Esto quiere decir que la cultura se perpetúa por personas que tienen una nueva interpretación de la cultura acumulada. Mannheim no habla de ruptura entre generaciones, sino de un nuevo acceso a los bienes culturales acumulados.⁹

Los jóvenes estudiantes de la reforma no rompen con las estructuras universitarias del pasado: tratan de cambiar las cosas por medio de un acercamiento innovador a las estructuras heredadas.

las familias, los grupos de amigos, los compañeros de escuela, los vecinos, el barrio, cada instancia social donde se desenvuelven desde niños los jóvenes de los años veinte, es más abierta, diversa, contradictoria, compleja; por ello, el conjunto de instancias sociales, concentra un amplio potencial de cambio.¹⁰

En este sentido, en estos grupos generacionales se establecieron patrones de vinculación, socialización e identificación distintos a los de las redes familiares tradicionales.

A pesar del constante crecimiento de la población de estos años, todavía era pequeño el número de jóvenes, casi exclusivamente hom-

9 Karl Mannheim, *op. cit.*, p. 178.

10 Roberto Machuca Becerra, *op. cit.*, p. 37.

bres, que asistían a la universidad. Este hecho, junto con la cercanía física de los alumnos a sus escuelas, aun en ambientes urbanos, alentó la unión entre ellos. Lo que caracterizó a los estudiantes mexicanos de estos años seguro que también es válido para los demás estudiantes latinoamericanos: los estudiantes no sólo convivían en los salones de clase, también en actividades de tipo social, como bailes, recepciones, comidas y fiestas. Estos jóvenes pasaban gran parte de su tiempo en los patios de la universidad, en las librerías y cafés cercanos. Muchos de ellos habían venido de la provincia y vivían con familiares o en casas de huéspedes.¹¹

Sin embargo, esto no significa que podemos hablar de una subcultura juvenil, fenómeno muy posterior también en América Latina. La apariencia y los comportamientos de los estudiantes de la reforma eran muy parecidos a los de los adultos: vestían como los adultos, con trajes oscuros, camisas blancas almidonadas, corbata y sombrero de paja; sus fiestas y otras actividades recreativas y el tipo de relación que mantenían con los maestros y las autoridades universitarias los hace aparecer como adultos.

Para América Latina, esta posición estudiantil de rebeldía constituyó un elemento al mismo tiempo innovador y fundador de las orientaciones sociopolíticas subsiguientes. Esto no es una proyección gratuita: muchos de los dirigentes políticos de la primera mitad de este siglo y algunas organizaciones e ideologías políticas contemporáneas surgieron de esa generación estudiantil que despunta hacia 1920. Más allá de su transitorio carácter estudiantil, ellos conformarían las élites y contra élites nacionales, en términos culturales o políticos. Pertenecen a esa generación marcada por el cambio de una conjetura particularmente dinámica y como tal actuaron posteriormente. En estos años surgieron en el continente las estructuras socioeconómicas e ideológico-culturales de la América Latina contemporánea. Los cambios los experimentan y los impulsan después los jóvenes de la generación de la reforma en los campos económicos, políticos, sociales e ideológicos. Como

11 Renate Marsiske, *Los estudiantes. Trabajos de historia y sociología*, 1998, p. 192.

estudiantes empiezan a ser motor de reformas en la universidad, institución hasta entonces rezagada de la modernización.¹²

A principios de siglo se iniciaba, en unos casos un poco antes y en otros después, una nueva etapa económica¹³ que culminaría más tarde y de manera incompleta en la diversificación productiva de la región. Este periodo de transición entre una economía plenamente exportadora y otra industrializada a medias es la que atravesaban los jóvenes universitarios de la reforma.

El estrato medio, del que provenían mayoritariamente quienes conformarían la élite universitaria reformista, surgió dentro de este esquema de transformación económica y social. Los miembros de una fracción políticamente marginal de la oligarquía, los grupos sociales que al impulso de la economía hacia afuera lograron cierta movilidad social, se sumaron a los grupos medios provenientes de la estructura social previa ya adaptada al sistema vigente; aquéllos dieron el carácter renovador, dinámico, a esa nueva clase media.¹⁴ El abanico que empezó a desplegar estuvo constituido por pequeños y medianos comerciantes y propietarios con éxito, abogados, médicos, maestros, burócratas, periodistas etc., que se multiplicaban en la nueva dinámica urbana. Son los miembros de esta clase media nueva los que “monopolizan las oportunidades de movilidad social”.¹⁵ Los jóvenes de clase media asumieron y potenciaron estas expectativas.

Aunque América Latina no dejó de ser predominantemente rural en su conjunto, las ciudades donde vivían los jóvenes de la década

12 A principio de siglo las universidades en América Latina, producto de las reformas del siglo XIX, seguían en su gran mayoría el modelo de la universidad napoleónica; es decir, una institución de educación superior en donde se separa la docencia de la investigación, enfocada a la formación de profesionistas. Por otro lado, las universidades eran instituciones del Estado, sin autonomía y en muchos casos con una gran injerencia de la iglesia católica en todos sus ámbitos.

13 Fernando Cardoso, Héctor Santana y Héctor Pérez Brignoli, *Historia económica de América Latina*, t. 2, 1979; William Glade, “América Latina y la economía internacional 1870-1914”, 1991, pp. 1-91; Marcos Kaplan, *Formación del Estado nacional en América Latina*, 1983.

14 John J. Johnson, *La transformación política en América Latina-Surgimiento de los sectores medios*, 1961; Raúl Benítez Zenteno (edit.), *Las clases sociales en América Latina*, 1973; Luisa Fuentes Muñoz-Ledo, “The middle class and democracy in Latin America: Argentina, Brazil and Mexico”, 1987; Víctor Alba, “La nueva clase media latinoamericana”, 1976, p. 782.

15 CEPAL, *Población y desarrollo en América Latina*, 1975, p. 159.

de 1920 cambiaron alrededor del eje económico y social señalado. Estas ciudades en proceso de modernización se volvieron polo de atracción interna e intrarregional e incluso extracontinental, para quienes buscaban oportunidades de movilidad social y la satisfacción de expectativas político-económicas e ideológico-culturales. Por otra parte estuvieron los inmigrantes e hijos de inmigrantes que engrosaron e influyeron sensiblemente en la sociedad uruguaya, argentina y brasileña. Ellos ya no iban a permitir que la cultura y la educación fueran exclusiva propiedad de los intelectuales miembros de la oligarquía: “El hijo del inmigrante, operada su emancipación económica, quiere trepar los peldaños del predominio político y cultural, se hace fuerza pujante de la oposición e ingresa a la Universidad”.¹⁶

Las clases medias empezaron a tener mayor peso y poco a poco los anteriores clubes políticos empezaron a transformarse a su vez en partidos políticos o surgieron partidos políticos nuevos: el Liberal o el Antirreeleccionista en México, la Unión Cívica o el Partido Socialista, en Argentina, el Partido Comunista en Cuba, el APRA para Perú más tarde. Son los momentos en que se empieza a gestar una nueva dimensión también en lo político aunque el margen de acción fuera limitado y diferenciado según el país. Las clases medias urbanas emergentes son las que les dan un perfil distinto y un peso político importante a estas organizaciones; de igual importancia fue que en su seno un sector determinante por su beligerancia y orientación era el juvenil.

Los jóvenes que fueron despertando a la vida política estaban algo lejanos del sistema político de sus padres o definitivamente distantes de los que habían detentado el poder. La juventud estudiantil de clase media, aún sin una definición precisa de su ubicación económica, será la que se involucre primordialmente en los procesos de cambio político en curso. Coincidieron con ciertas reivindicaciones obreras,¹⁷ pero al mismo tiempo no pueden eliminar el gran peso

16 Carlos Tünnermann, *Sesenta años de la reforma universitaria de Córdoba, 1918-1978*, 1978, p. 11.

17 De gran importancia en este contexto son la creación de la universidad popular en Perú, por iniciativa de Raúl Haya de la Torre, y en Cuba, por la de José Antonio Mella, como centros de

de sus expectativas pequeño burguesas. En el campo político y en especial en la lucha política en las universidades fue donde la juventud desarrolló su propia dinámica. Aquí la juventud de clase media adquirió mayor cohesión, como grupo diferenciado.

Los jóvenes eran elemento de inquietudes productivas dentro de la universidad y estaban conscientes de los cambios ideológicos que se vivían después de la Primera Guerra Mundial y su significado para América Latina. La crítica al eurocentrismo, fundada en la pérdida de la fe en la superioridad de los países europeos y en su desarrollo pacífico a raíz de la Primera Guerra Mundial, hace reformular los nacionalismos regionales y resaltar la patria grande latinoamericana. La insularidad latinoamericana da paso a un nuevo planteamiento de unidad subregional. Se formulan las nacionalidades, interior y exteriormente se habla de la patria grande y se hacen campañas continentales a favor de la unidad latinoamericana y contra el imperialismo. Los jóvenes estudiantes se sienten ser llamados a encontrar el “sentir latinoamericano”. En este contexto, la Revolución Mexicana acentuaría la necesidad de una conciencia nacionalista y la Revolución Rusa aparece en el escenario “trayendo una luz nueva, ofreciendo ideales de humana redención, levantando una voz acusadora y profética al mismo tiempo”.¹⁸

A la conciencia nacionalista y antiimperialista se agregó un humanismo utópico, un cierto socialismo liberal y un anticlericalismo, expresados en los discursos y escritos de la lucha estudiantil.¹⁹ Las ideas plasmadas en el movimiento de reforma fueron, en efecto, la mayor escuela ideológica para los sectores avanzados de la pequeña burguesía, el más frecuente espacio de reclutamiento de las contra-

enseñanza de cultura general para los obreros. En general, es la época de auge de la extensión universitaria en todas las universidades latinoamericanas; los estudiantes y en muchos casos también los maestros se organizaron para dar conferencias y cursos en centros obreros.

18 Julio V. González, *La universidad, teoría y acción de la reforma*, 1945, p. 110.

19 Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina, 1918-1938*, 1978; Dardo Cúneo, *La reforma universitaria (1918-1930)*, 1978; Renate Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en América Latina: Argentina, Perú, Cuba y México 1918-1929*, 1989; Renate Marsiske, *Los estudiantes. Trabajos de historia y sociología*, 1998; Renate Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. 2, 1999.

élites que enfrentaron a las oligarquías y de ahí surgieron la mayoría de los líderes latinoamericanos y muchos de los partidos políticos.

En Perú el movimiento de reforma iba más allá de un simple incidente universitario, pues abrió la discusión política sobre el futuro de Latinoamérica,²⁰ sostenida, sobre todo, por Víctor Raúl Haya de la Torre y Juan Carlos Mariátegui²¹ y orientada hacia la formación de partidos políticos para las clases medias y populares. Haya de la Torre fundó en México, después de haber sido expulsado de Perú, en 1924, la APRA como frente único latinoamericano de lucha contra el imperialismo.

En Cuba, el resultado más importante fue la fundación del Partido Comunista Cubano:²² “Si en Argentina, donde el movimiento reformista nace, no es [...] ni antiimperialista ni antigubernamental, en Cuba —como en el Perú— éste adquiere pronto un carácter revolucionario, profundamente patriótico, con proyecciones sociales de largo alcance”.²³ Para los estudiantes peruanos y cubanos la reforma de las universidades suponía en su origen una intención de cambio social que iba más allá de modificar la ordenación de las casas de estudio: era un proyecto de cultura nacional.

Aunque el movimiento estudiantil de 1929 en México fue parte de una secuencia de movimientos de reforma universitaria en América Latina a principios de siglo xx y aprovechó las experiencias de los estudiantes argentinos, peruanos y cubanos, al utilizar formas de lucha y lenguaje parecidos, el entorno político y social del problema universitario fue diferente. Los estudiantes mexicanos no lucharon contra un gobierno dictatorial y una institución universitaria decimonónica, ya que el país recién había salido de una revolución y la Universidad Nacional de México se había inaugurado en 1910, aunque con base en ideas y modelos del siglo xix. La lucha armada revolucionaria, que estalló dos meses después, en noviembre de

20 Julio Cotler, *Clases, Estado y nación en el Perú*, 1982, pp. 164 y ss.

21 Víctor Raúl Haya de la Torre, *Obras completas*, 1976-1977; José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, 1969.

22 Olga Cabrera, *Julio Antonio Mella, Reforma estudiantil y antiimperialismo*, 1975; Carmen Almodóbar y Olga Cabrera (comps.), *Las luchas estudiantiles universitarias 1923-1934*, 1975.

23 Fabio Grobart, “Prólogo”, en Julio Antonio Mella, *Escritos revolucionarios*, 1978, p. 18.

1910 hizo desaparecer el Estado dictatorial de Porfirio Díaz para dar lugar a gobiernos revolucionarios, pero dificultó el desarrollo y la consolidación de la institución universitaria. El movimiento de los estudiantes universitarios en 1929 expresó los reclamos de la clase media mexicana descuidada por los gobiernos revolucionarios a favor de los reclamos más apremiantes de la población rural. Por otro lado, este sector de la población se había aglomerado como fuerza política alrededor de José Vasconcelos, quien desafió al gobierno en la contienda electoral de 1929 y contribuyó así a la movilización de los estudiantes.

También en Argentina, donde se había iniciado el movimiento de reforma en la universidad de Córdoba en 1918 como confrontación entre la sociedad argentina que comenzaba a experimentar cambios en su composición interna y una universidad enquistada en esquemas obsoletos, el movimiento estudiantil es expresión de reclamos de las nuevas clases medias por una mayor apertura y nuevas posibilidades de desarrollo. Argentina, con un alto nivel de desarrollo industrial y de concentración urbana por las intensas corrientes migratorias, se caracterizó por una sociedad jerarquizada y polarizada: el sector exportador tenía el poder económico y político y dominaba la sociedad, así que nuevas fuerzas sociales difícilmente se podían consolidar a principios de siglo. Esta realidad sociopolítica y socioeconómica argentina tenía su reflejo en las universidades, que habían nacido con un marcado perfil elitista, a espaldas de las realidades nacionales, reproduciendo la cultura europea.

El movimiento estudiantil de la reforma en América Latina no era sólo un desorden estudiantil de jóvenes que se rebelaron contra sus maestros y las autoridades, ya que la estrecha relación entre universidad, sociedad y política en América Latina convierte a las actividades estudiantiles en asuntos políticos: “no se debe subestimar la amenaza que presentó para el orden político: en América Latina muchos movimientos subversivos y golpes de Estado han empezado con movimientos estudiantiles”.²⁴ Los estudiantes se convirtieron en portavoz de nuevos grupos sociales, anticlericales y nacionalistas.

24 Renate Marsiske, *Movimientos estudiantiles en América Latina...*, p. 16.

En la medida en que los respectivos movimientos estudiantiles llevaban sus reivindicaciones a la calle, y se insertaban en los procesos sociopolíticos de sus países, se ensanchaba el contenido de sus reivindicaciones, que buscaban la coincidencia con otros sectores sociales. El movimiento universitario se transformaba en un eslabón, el más detonante, del movimiento político general. La necesidad de solidaridad exterior introdujo en la reforma algo que sería, quizás, su característica más saliente: la proyección continental sostenida tras la idea de un “destino” latinoamericano común.

La dimensión latinoamericana del programa reformista, así como las acciones concretas de los líderes estudiantiles, implicaron una coherencia antes no conocida. El movimiento de reforma universitaria se apropió de la exigencia de la autonomía universitaria y llevó a ésta, en muchos casos, a un ordenamiento legal. Sin embargo, la autonomía universitaria, que en el fondo es el problema de las relaciones entre una corporación e instancias externas de decisión, fue interpretada y utilizada en cada país de diferente manera: en Córdoba en 1918, apareció como elemento de lucha estudiantil contra un Estado oligárquico y a favor de una democratización de las estructuras universitarias; en México, en cambio, es otorgada y utilizada por el gobierno para acabar con el movimiento estudiantil.

Pero incluso si hablamos de los estudiantes como protagonistas de movimientos sociales de la década de 1920,²⁵ no hay que olvidar que los estudiantes de la reforma en América Latina eran “por abrumadora mayoría urbanos, económicamente acomodados, tradicionalistas y moderados en política”,²⁶ ellos vivían en una institución donde se educaba la élite de su país, eran una generación de “habitantes de una zona generalmente muy reducida de privilegio

25 Sólo hasta mediados de la década de 1950 los movimientos estudiantiles en América Latina empiezan a desafiar el orden social y político en un sentido revolucionario; hasta entonces se habían formado en defensa y ampliación de las prestaciones sociopolíticas de las clases medias, las que en parte eran idénticas a los fines democráticos y liberales de los estudiantes reformistas.

26 Javier Garciadiego, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, 1996, p. 15.

social”;²⁷ sólo en Perú y Cuba buscaron un cambio de la sociedad en su conjunto; en Argentina y México querían más bien una reforma de las universidades. Sin embargo y a pesar de todas las diferencias entre ellos, podemos sostener que los estudiantes que participaron en los movimientos estudiantiles entre 1918 y 1929 se consideraron la *generación de la reforma* y por todo lo anteriormente expuesto hay que reconocerlos como una generación. A partir de esta idea, hay que analizar la participación de los líderes estudiantiles, sus ideas, su vida y sus destinos.

BIBLIOGRAFÍA

- Alba, Víctor, “La nueva clase media latinoamericana”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año 22, núm. 3, 1976.
- Almodóbar, Carmen y Olga Cabrera (comps.), *Las luchas estudiantiles universitarias 1923-1934*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- Benítez Zenteno, Raúl, “Presentación”, en VV. AA., *Las clases sociales en América Latina*, México, Siglo XXI, 1973, pp. VII-VIII.
- Cabrera, Olga, *Julio Antonio Mella. Reforma estudiantil y antiimperialismo*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975.
- Cardoso, Fernando, Héctor Santana y Héctor Pérez Brignoli, *Historia económica de América Latina*, t. 2, Crítica, Barcelona, 1979.
- CEPAL [Comisión Económica para América Latina], *Población y desarrollo en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975.
- Cohen, Ronald D., “*The Delinquents: Censorship and youth culture in recent U.S. history*”, en *History of Education Quarterly*, vol. 37, núm. 3, Indiana University, 1997, pp. 251-270.
- Cotler, Julio, *Clases, Estado y nación en el Perú*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales, 1982.
- Cúneo, Dardo (ed.), *La reforma universitaria (1918-1930)*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1978 [compilación, prólogo, notas y cronología de Dardo Cúneo].

27 Dardo Cúneo, *op. cit.*, p. XI.

- Eisenstadt, Samuel N., *From generation to generation*, Nueva York, 1956.
- Friedeburg, Ludwig von, *Jugend in der modernen Gesellschaft*, Colonia, 1965.
- Fuentes Muñoz-Ledo, Luisa, “The middle class and democracy in Latin America: Argentina, Brazil and Mexico”, tesis de doctorado, Stanford, California, Stanford University, 1987.
- Garciadiego, Javier, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México/ Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Glade, William, “América Latina y la economía internacional 1870-1914”, en Leslie Bethell (edit.), *Historia de América Latina. América Latina economía y sociedad c. 1870-1930*, vol. 7, Barcelona, Crítica, 1991, pp. 1-91.
- González, Julio V., *La universidad, teoría y acción de la reforma*, Buenos Aires, 1945, s. edit.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl, *Obras completas*, Lima, Juan Mejía Baca, 1976-1977.
- Johnson, John J., *La transformación política en América Latina-Surgimiento de los sectores medios*, Librería Hachette, Buenos Aires, 1961.
- Kaplan, Marcos, *Formación del Estado nacional en América Latina*, Buenos Aires, 1983.
- Machuca, Becerra, Roberto, “América Latina y el Congreso Internacional de Estudiantes de 1921: la generación de la reforma universitaria”, tesis de licenciatura en Estudios Latinoamericanos, México, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Mannheim, Karl, “Das Problem der Generationen”, en *Kölner Vierteljahreshefte für Soziologie*, núm. 7, 1928-1929.
- Mariás, Julián, *El método histórico de las generaciones*, Selecta de Revista de Occidente, Madrid, 1967.
- Mariátegui, José Carlos, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, México, Solidaridad, 1969.
- Marsiske, Renate (coord.), *Los estudiantes. Trabajos de historia y sociología*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad

Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés, 1998 [segunda edición].

Marsiske, Renate (coord.), *Movimientos estudiantiles en América Latina: Argentina, Perú, Cuba y México 1918-1929*, Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

Marsiske, Renate (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. 1, México, Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés, 1989.

Marsiske, Renate (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. 2, México, Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés, 1999.

Marsiske, Renate (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. 3, México, Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés, 2006.

Mella, Julio Antonio, *Escritos revolucionarios*, México, Siglo XXI, 1978.
Ortega y Gasset, José, *El tema de nuestro tiempo*, Revista de Occidente, Madrid, 1927.

Portantiero, Juan Carlos, *Estudiantes y política en América Latina 1918-1938*, México, Siglo XXI, 1978.

Schelsky, Helmut, *Die skeptische Generation. Eine Soziologie der deutschen Jugend*, Colonia, Düsseldorf, 1957.

Tenbruck, Friedrich H., *Jugend und Gesellschaft*, Freiburg, 1962.

Tünnermann, Carlos, *Sesenta años de la reforma universitaria de Córdoba, 1918-1978*, Costa Rica, Centroamericana, 1978.

LÍDERES ESTUDIANTILES SOCIALISTAS EN MICHOACÁN: BREVE ITINERARIO POLÍTICO (1928-1963)

Miguel Ángel Gutiérrez López

INTRODUCCIÓN

Durante la segunda mitad de la década de 1920 se gestó un movimiento de reforma universitaria que buscó imponer un carácter socialista a la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Este impulso reformista logró su momento de auge en la década siguiente, pero sus efectos se mantuvieron vigentes hasta la segunda mitad del siglo xx.

El movimiento socialista de reforma universitaria en Michoacán funcionó como una escuela ideológica de la que emergieron varios líderes estudiantiles que en poco tiempo ocuparon posiciones destacadas en el gobierno universitario y, en algunos casos, extendieron sus actividades políticas a la administración pública.

Entre los líderes estudiantiles socialistas michoacanos destacaron Enrique Arreguín Vélez y Natalio Vázquez Pallares, quienes llegaron a ocupar la rectoría de la Universidad Michoacana a temprana edad e inmediatamente después de concluir su vida estudiantil. Otros dirigentes, formados en la década de 1930 en relación directa con el socialismo michoacano, participarían también de manera relevante en las actividades universitarias en los años cincuenta y sesenta. A la vez, debe tomarse en cuenta la importancia de algunos universitarios michoacanos como Alberto Bremauntz¹ y Jesús Díaz

1 Alberto Bremauntz (Morelia, 13 de agosto de 1897; ciudad de México, 3 de diciembre de 1978) ingresó al Colegio de San Nicolás en 1912. Se graduó de la Escuela Normal de Morelia en mayo de 1916; posteriormente ingresó a la Escuela de Jurisprudencia, de la cual egresó en septiembre de 1929. Como diputado federal participó activamente en la reforma del artículo 3º constitucional de diciembre de 1934 que dio sustento a la educación socialista. Fue rector

Barriga² que, de manera directa o indirecta, fungieron como mentores políticos e ideológicos del estudiantado socialista.

El movimiento de reforma universitaria socialista en Michoacán tuvo dos momentos importantes, en 1934 y 1939. En el primero de estos años la universidad fue declarada socialista por sus autoridades y correspondió a Enrique Arreguín dirigir las actividades de la institución en 1935. Posteriormente, en 1939, Natalio Vázquez Pallares encabezó el esfuerzo reformista que llevó a la promulgación de una ley orgánica inspirada en los principios socialistas.

Tras el impulso reformista de los años treinta, líderes como Arreguín y Vázquez Pallares continuaron sus actividades políticas en diversos ámbitos de la administración federal, pero mantuvieron una comunicación directa con la Universidad Michoacana. Esta relación se hizo más estrecha en la década de 1960, en momentos en que la institución y algunos de sus miembros se enfrentaron política e ideológicamente con el gobierno mexicano, en un contexto en el que las ideas socialistas fueron una vez más objeto de discusión.

En 1963 la Universidad Michoacana sufrió la intervención de las autoridades estatales. El gobernador Agustín Arriaga impuso un nuevo modelo de institución universitaria con la promulgación de una ley orgánica en marzo de ese año. Con esta acción se puso final a una estructura organizativa vigente desde 1939 y se buscó limitar la influencia del socialismo universitario. No obstante, a pesar de estos cambios, la presencia de algunos de los miembros más destacados de esta corriente fue determinante en la configuración de un nuevo proyecto universitario en los años posteriores.

de la Universidad Michoacana de agosto de 1963 a agosto de 1966, Hilda Díaz Aldama, *Los estudios de jurisprudencia en la Universidad Michoacana, 1917-1932*, 2000, pp. 121-123.

2 Jesús Díaz Barriga nació el 20 de julio de 1891 en Salvatierra, Guanajuato. Ingresó en el Colegio de San Nicolás en 1904, donde fue nombrado preparador de la cátedra de Física en 1907. En 1919 figuró como miembro del Consejo Superior de Salubridad del estado de Michoacán. Fue director fundador, en 1920, del Centro Vacunógeno del mencionado consejo, del que fue nombrado presidente al año siguiente. Durante 1924 y 1925 desempeñó el cargo de director general de Instrucción Pública en Michoacán, Brígido Ayala, "Semblanza del doctor Jesús Díaz Barriga, ex rector de la Universidad Michoacana", 1981, pp. 9-14.

UNIVERSIDAD Y REFORMA EDUCATIVA EN MICHOACÁN (1926-1932)

En julio de 1926 asumió la rectoría de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo el médico Jesús Díaz Barriga, quien permanecería en el cargo hasta 1932. Este sexenio constituyó un caso excepcional de estabilidad en la administración universitaria, caracterizada por los constantes cambios en su conducción. Los últimos cuatro años de la gestión de Díaz Barriga coincidieron con la administración estatal de Lázaro Cárdenas (1928-1932), un gobernante con el que rápidamente se identificó un gran número de universitarios.

Lázaro Cárdenas estableció mecanismos de comunicación directa con la Universidad Michoacana y sus miembros. En reciprocidad, profesores y alumnos de la institución apoyaron el programa educativo gubernamental y constituyeron una base social de apoyo incondicional para el mandatario michoacano. Fue en esos momentos cuando un amplio sector de los universitarios que se asumían como revolucionarios y socialistas se definieron como cardenistas, con lo que en la práctica *cardenista* y *socialista* terminaron siendo casi sinónimos.

La propuesta de una reforma educativa, que formaba parte del programa político cardenista, fue apoyada y enriquecida por los universitarios michoacanos. De esta colaboración surgieron proyectos y acciones que tuvieron como finalidad la aplicación de un modelo educativo que, bajo la guía del Estado, buscaría “socializar” la enseñanza. Esta labor requirió de la participación directa de la Universidad Michoacana que, como institución, se plegó a la línea política e ideológica sostenida por el poder ejecutivo estatal.³

3 Las propuestas de “socializar” la enseñanza promovidas por los universitarios michoacanos durante la gubernatura de Lázaro Cárdenas tuvieron un antecedente en el inicio de la década de 1920. Durante el rectorado de Ignacio Chávez, que coincidió con la gestión de Francisco J. Múgica como gobernador del estado (1920-1922), se realizaron importantes modificaciones en la estructura y legislación universitarias. El poder ejecutivo estatal aumentó sus atribuciones en lo referente a la conducción de la Universidad y se reforzó el carácter laico de la enseñanza. También debe considerarse que Múgica llegó a la gubernatura del estado postulado por el Partido Socialista Michoacano y se propuso dar un sentido social a la educación. Véase Pablo G. Macías, *Aula Nobilis (monografía del Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás*

En este contexto, durante la segunda mitad de la década de 1920, surgió la figura política de Enrique Arreguín Vélez en el ámbito universitario. Éste, que se tituló como médico en 1928, se desempeñó como profesor del Colegio de San Nicolás y de la Facultad de Medicina, al tiempo que iniciaba una labor de organización de las juventudes socialistas en Michoacán. Esta labor lo llevó a consolidarse como uno de los principales líderes universitarios y a ser considerado como el candidato idóneo para ser el sucesor de Díaz Barriga en la rectoría universitaria.

Cuando Jesús Díaz Barriga concluyó su rectorado, en 1932, parecía que Arreguín lo relevaría en el cargo, puesto que contaba con el apoyo de las principales organizaciones estudiantiles. No obstante, la llegada de Benigno Serrato a la gubernatura estatal, enemigo político del cardenismo, provocó un cambio en la orientación de las actividades universitarias. El poder ejecutivo estatal designó rector a Gustavo Corona e impulsó una reestructuración de la Universidad, reflejada en la promulgación de una nueva ley orgánica en febrero de 1933.

Aún así, los cambios en el contexto político estatal y nacional posibilitaron el regreso de los socialistas al gobierno universitario en 1934. La muerte del gobernador Serrato y el ascenso de Lázaro Cárdenas a la presidencia de la república reforzaron la posición de los socialistas michoacanos y contribuyeron a su proyección en diversas esferas de la administración pública.

Ese mismo año, Enrique Arreguín y Jesús Díaz Barriga presentaron su proyecto sobre la organización educativa universitaria de acuerdo con el socialismo científico,⁴ el cual constituía los lineamientos generales que el Bloque de Jóvenes Revolucionarios de Michoacán (BJRM) estimaba que debían regir en la Universidad Michoacana.⁵ El documento fue concebido como la parte educativa de

de Hidalgo), 1940, pp. 399-427; Ángel Gutiérrez, *Universidad Michoacana. Historia breve*, 1997, pp. 25-28.

4 Enrique Arreguín Vélez y Jesús Díaz Barriga, "Proyecto sobre la nueva organización educativa universitaria de acuerdo con la tesis del socialismo científico", 1968, pp. 183-213.

5 El BJRM fue creado en mayo de 1934 con la participación de universitarios y trabajadores (artesanos, obreros y campesinos).

un programa de transformación integral de la sociedad mexicana, el cual tendría su elemento más importante en la acción del poder público para implantar nuevas estructuras económicas. Por esta razón, se señaló que así como había nacido una economía dirigida hacia la destrucción de la explotación del hombre por el hombre, en ese momento se buscaba la gestación de una educación formadora de una conciencia acorde con las nuevas circunstancias. En este sentido, la universidad socialista se proponía realizar una revolución en la conciencia de las masas, como complemento de la revolución de las estructuras social y económica.⁶

La preparación y presentación del proyecto de Arreguín y Díaz Barriga coincidió con la discusión y aprobación legislativas de la propuesta de reformar el artículo tercero constitucional para dar un sentido socialista a la educación impartida por el Estado. En este contexto, el 23 de octubre de 1934 se decidió, por parte de sus autoridades, que la Universidad Michoacana adoptaría la orientación que estipulaba la reforma del mencionado artículo.⁷ Esta decisión dio un nuevo impulso al grupo de universitarios socialistas que comandaba Enrique Arreguín y posibilitó su reingreso al gobierno universitario.

EL RECTORADO DE ENRIQUE ARREGUÍN Y LAS LABORES DE LA UNIVERSIDAD SOCIALISTA (1935)

El 7 de diciembre de 1934 un grupo denominado Comité de Estudiantes Socialistas Pro Reorganización Universitaria expuso al gobernador del estado, el general Rafael Sánchez Tapia, su posición ante el relevo en la conducción de la Universidad Michoacana. Enterados de la renuncia presentada por el rector Gustavo Corona, manifestaron al mandatario la necesidad de que el nuevo nombramiento se hiciera de manera democrática, tomando en cuenta la opinión del sector estudiantil. Por esta razón, externaron la decisión de

6 Enrique Arreguín Vélez y Jesús Díaz Barriga, *op. cit.*, pp. 186, 192.

7 AHUM, fondo CU, S, A, 23 de octubre de 1934.

apoyar la designación de Enrique Arreguín Vélez como candidato a la rectoría universitaria.⁸

El Comité de Estudiantes Socialistas Pro Reorganización Universitaria fue creado por un grupo de cuarenta universitarios, de filiación socialista, con el fin único de proponer una candidatura a la rectoría. Este comité se ostentaba como la agrupación que había logrado unificar el criterio de un conjunto de organizaciones que decían luchar por la implantación de una universidad de Estado.⁹

La presión ejercida por los universitarios socialistas y los cambios en el equilibrio de fuerzas políticas, derivados del inicio del régimen presidencial de Lázaro Cárdenas, posibilitaron que, el 15 de diciembre de 1934, Enrique Arreguín accediera al cargo de rector.¹⁰ El nuevo dirigente universitario asumió el puesto con el compromiso de llevar a la práctica los planes del BJRM que buscaban dar un carácter socialista a la Universidad Michoacana. Con este nombramiento del ejecutivo estatal se abriría un nuevo capítulo en las relaciones entre los universitarios y el poder público.¹¹

En enero de 1935 Arreguín expuso una vez más su propósito de imprimir un carácter socialista a la Universidad. En el discurso que dio al inaugurar el año lectivo ratificó lo expuesto meses atrás en el “Proyecto sobre la nueva organización educativa universitaria de acuerdo con la tesis del socialismo científico”.

Por otra parte, a la par de su cargo como rector, Enrique Arreguín fungía como secretario general de las Juventudes Socialistas de Michoacán. Esta organización, que tuvo su origen en el BJRM, se creó con el propósito de reunir a la “juventud radical revoluciona-

8 Memorial dirigido al gobernador de Michoacán, Rafael Sánchez Tapia, por el Comité de Estudiantes Socialistas Pro Reorganización Universitaria, 7 de diciembre de 1934, en AGN, fondo LCR, c. 745, exp. 534.8/3.

9 Acta constitutiva del Comité de Estudiantes Socialistas Pro Reorganización Universitaria, en AGN, fondo LCR, c. 745, exp. 534.8/3. Estas agrupaciones eran el BJRM, el Sindicato de Obreros Intelectuales de Michoacán, la Federación Agraria del Norte, organizaciones ligadas a la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo (CRMĐT), así como estudiantes independientes que hasta ese momento no se habían integrado a ninguna organización estudiantil.

10 “Nuevo rector”, en *Gremio*, 20 de diciembre de 1934, p. 1.

11 Oficio del BJRM al presidente de la República, Lázaro Cárdenas, s/f, en AGN, fondo LCR, c. 745, exp. 534.8/3.

ria” de Morelia para que actuara en el resto del estado en la formación de los trabajadores.¹² A partir de 1936, el BJRM empezó a actuar con la denominación de Bloque de Jóvenes Socialistas de Michoacán (BJSM).¹³

La gestión de Enrique Arreguín al frente de la Universidad Michoacana duró un año, pero en este periodo trataría de poner en práctica el proyecto de universidad socialista esbozado desde principios de la década. La actividad, en este sentido, sería intensa en algunos rubros y provocaría cambios en la organización y actividades universitarias. Las medidas adoptadas por la nueva administración estuvieron sustentadas en el peso político de las organizaciones partidarias del rector Arreguín y en el apoyo directo del poder ejecutivo estatal y de la presidencia de la república.

Enrique Arreguín se mantuvo en esa función hasta finalizar el año de 1935. Durante este lapso la institución creció al amparo de las autoridades estatales y federales que vieron en los universitarios michoacanos un aliado en la puesta en práctica de sus proyectos educativos. La labor de Arreguín al frente de la Universidad Michoacana fue distinguida con una invitación a integrarse al recién formado Consejo Nacional de la Educación Superior y la Investigación Científica (CNESIC), organismo del que fue nombrado miembro el 1º de enero de 1936¹⁴ y en el que se mantuvo hasta su desaparición en las postrimerías de 1938.

Tras su salida de la Universidad Michoacana, Enrique Arreguín dejaría una honda impresión entre los partidarios de la universidad socialista y, al igual que Jesús Díaz Barriga, se convertiría en un punto de referencia para muchos de los universitarios en los años

12 La creación del BJRM estuvo inspirada en el programa de acción del Bloque de Jóvenes Revolucionarios de Tabasco. Tras un viaje a este estado, Jesús Díaz Barriga y Enrique Arreguín expresaron en la prensa, en abril de 1934, su admiración por Tomás Garrido Canabal, para posteriormente proceder a poner en funcionamiento la nueva organización. En su momento, el BJRM, con Enrique Arreguín al frente, fue calificado como una organización de “camisas rojas” de tendencia fascista y burguesa, María de la Paz Hernández Aragón, *Juan Hernández Luna. Humanista nicolaita del siglo XX*, 2001, pp. 29-30.

13 Anónimo, *Declaración de principios del Bloque de Jóvenes Socialistas de Michoacán, adherido a la CRMDT*, Morelia, julio de 1936.

14 Nombramiento de Enrique Arreguín como miembro del CNESIC, en APEAV, c. 18, exp. 2, f. 150.

posteriores. A partir de ese momento seguiría trabajando desde la ciudad de México como enlace entre la Universidad Michoacana y las autoridades educativas federales y la presidencia de la república.

NATALIO VÁZQUEZ PALLARES, DEL LIDERAZGO ESTUDIANTIL A LA RECTORÍA UNIVERSITARIA (1930-1940)

Natalio Vázquez Pallares asumió la presidencia del Consejo Estudiantil Nicolaita (CEN)¹⁵ —la organización de su tipo más influyente en la Universidad Michoacana— en 1930, cuando contaba con 17 años de edad. Un par de años después, como militante socialista, participó en la organización y conducción del Partido Nacional Estudiantil Pro Cárdenas.¹⁶ A partir de ese momento, Vázquez Pallares hizo evidente su compromiso con el proyecto político cardenista y la aspiración de colocar a su líder en la presidencia de la república.

Natalio Vázquez Pallares se trasladó a Guadalajara en 1933. En diciembre del año siguiente, como alumno de la universidad de esa ciudad, impulsó la creación del Frente de Estudiantes Socialistas de Occidente (FESO).¹⁷ Como presidente fundador de esta organización extendió sus conexiones políticas y reafirmó su apo-

15 Para la segunda mitad de los años veinte, el CEN se había consolidado como la organización estudiantil mejor estructurada, con mayor peso político dentro de la Universidad y con posibilidades de crecimiento hacia el exterior de la institución. Como cuadros dirigentes del CEN empezaron a figurar elementos que destacaron por sus dotes de líderes estudiantiles. La agrupación se convirtió, rápidamente, en la instancia formadora y promotora de los principales cuadros políticos dentro del ámbito universitario.

16 En julio de 1933, el Partido Nacional Estudiantil Pro Cárdenas, presidido por Natalio Vázquez Pallares, organizó en Morelia una convención para proclamar la candidatura de Lázaro Cárdenas a la presidencia de la república. El Comité Ejecutivo del partido nombró a Enrique Arreguín miembro colaborador de la convención. APEAV, c. 18, exp. 1, f. 102.

17 El FESO fue creado en diciembre de 1934. En sus estatutos quedó establecido que la organización lucharía por que todos los institutos y escuelas dependientes de la Dirección General de Estudios Superiores de Jalisco, así como las demás instituciones educativas del estado, respondieran fielmente a los principios del socialismo científico, tanto en lo concerniente a la orientación de las cátedras y planes de estudio, como en lo relativo a la selección del profesorado. "Estatutos del Frente de Estudiantes Socialistas de Occidente", reproducido en Alfredo Mendoza Cornejo, *Organizaciones y movimientos estudiantiles en Jalisco de 1935 a 1948. El FESO*, 1990, pp. 171-177.

yo incondicional al proyecto educativo que promovía el presidente Lázaro Cárdenas.

Para la segunda mitad de la década de 1930, de regreso en Michoacán, Natalio Vázquez Pallares se había convertido en uno de los líderes estudiantiles socialistas más influyentes del país. Hacia finales de 1937, aprovechando su posición como secretario general de la Confederación de Estudiantes Antiimperialistas de América (CEADA),¹⁸ encabezó un grupo de miembros de esa agrupación que se dirigió al presidente de la república para solicitar el reconocimiento a sus pretensiones de comandar un movimiento que ofreciera una alternativa de izquierda dentro de la lucha por el control de las organizaciones estudiantiles en el país. Estos esfuerzos llevaron a Vázquez Pallares a acceder, en julio de 1938, a la presidencia del Comité Ejecutivo Nacional de las Juventudes Socialistas Unificadas de México (JSUM).¹⁹

A la par de sus labores como dirigente de la CEADA y las JSUM, Vázquez Pallares continuó con sus actividades como estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad Michoacana. En esos momentos, utilizando su posición y conexiones políticas, integró y lideró un movimiento de reforma universitaria que tuvo como objetivo

18 En agosto de 1936, Natalio Vázquez Pallares participó en el Primer Congreso de Estudiantes Antiimperialistas de América, que se celebró en Guadalajara, Jalisco, convocado por la Confederación de Estudiantes Socialistas de México. De esta reunión, a la que asistieron delegados de Cuba, Costa Rica, Panamá, Colombia, Chile, Ecuador, España, Estados Unidos, Paraguay, Perú, Puerto Rico, Venezuela y México, surgió la CEADA, que tendría como sede la ciudad de México y cuyo primer secretario general fue Vázquez Pallares. Después del congreso, éste se trasladó a la ciudad de México para implementar las labores de la nueva organización. Oficio s/n de la Federación de Estudiantes Anti Imperialistas de América, 8 de octubre de 1936, en AGN, fondo LCR, c. 453, exp. 433/36. Alfredo Mendoza Cornejo, *op. cit.*, pp. 51, 61.

19 [Extracto documental], Secretaría Particular de la Presidencia de la República, 9 de julio de 1938, en AGN, fondo LCR, c. 454, exp. 433/63. "Hasta hoy será el agasajo al Sr. Vázquez Pallares", en *Heraldo Michoacano*, 1º de septiembre de 1938, p. 7. Desde su posición al frente de las Juventudes Socialistas Unificadas de México, Natalio Vázquez Pallares participó en la organización del Comité Mexicano Pro Congreso Mundial de la Juventud. Esta organización, que decía agrupar a los jóvenes mexicanos que luchaban por la paz, aglutinó a grupos de diverso signo ideológico como la Federación Estudiantil Universitaria, la Federación Nacional de Escuelas Técnicas, la Unión Democrática Estudiantil Universitaria, la Federación de Escuelas Particulares, las JSUM, los Boy Scouts de México y la Asociación Cristiana Femenina. Telegrama de los representantes de la Federación Estudiantil Universitaria y otras organizaciones al presidente de la República, 11 de julio de 1938, en AGN, fondo LCR, c. 457, exp. 433/237.

visible la promulgación de una nueva ley orgánica en la que se estableciera el carácter socialista de la institución.

El movimiento de reforma universitaria liderado por Natalio Vázquez Pallares consiguió el apoyo del gobernador Gildardo Magaña, quien el 5 de febrero de 1939 entregó, de manera simbólica, la Universidad a los estudiantes y pocos días después, el 8 del mismo mes, designó rector al propio Vázquez Pallares. El acto más significativo de su rectorado fue la promulgación, el 13 de marzo de 1939, de una nueva la Ley Orgánica de la Universidad Michoacana, que por su contenido y fundamentos filosóficos e ideológicos sería conocida como “socialista”.²⁰ Esta acción contó con el apoyo de Enrique Arreguín, quien se encontraba laborando en el gobierno federal.

Natalio Vázquez Pallares se mantuvo en el cargo de rector por un corto periodo en el cual impulsó una intensa labor de reglamentación de las actividades universitarias. Sin embargo, su propuesta de reforma institucional fue impugnada por algunos sectores del alumnado que, en agosto de 1940, iniciaron un movimiento de huelga dirigido a lograr su renuncia y enjuiciamiento por un tribunal estudiantil. El Comité de Huelga acusó a las autoridades universitarias de traición a los principios socialistas y de malversación de fondos. El rector fue acusado de utilizar a la Universidad como plataforma para acceder a un puesto en la administración pública. En septiembre de 1940, ante la imposibilidad de negociar con los huelguistas, Vázquez Pallares renunció a la rectoría.

El rectorado de Vázquez Pallares y su renuncia al cargo tuvieron lugar dentro del convulso panorama político derivado de la sucesión del poder ejecutivo estatal y federal. La contienda presidencial fue un elemento desestabilizador de la vida universitaria, aunado al agravamiento de la tensión acumulada a lo largo de la década de los treinta entre los grupos que se disputaban el control de la Universidad Michoacana.

La cercanía con el poder político fue un arma de dos filos para el rector Vázquez Pallares. Sus relaciones partidistas lo colocaron

20 La ley orgánica “socialista” de la Universidad Michoacana, del 13 de marzo de 1939, se mantuvo vigente hasta el 31 de julio de 1961.

como uno de los objetivos más visibles dentro de las contiendas políticas, tanto dentro de las actividades universitarias como en la vida pública. La postura abiertamente oficialista de Natalio Vázquez Pallares y su publicitada obediencia incondicional al presidente de la república y las directrices del partido oficial fueron constante objeto de críticas.

Es significativo el hecho de que las manifestaciones de inconformidad contra la administración universitaria de Vázquez Pallares no impugnaron el marco legal vigente en la Universidad, en cuya creación había participado él mismo. La principal crítica hecha a las autoridades universitarias era la de haber traicionado los ideales socialistas, los cuales seguirían teniendo validez en el discurso político y fueron esgrimidos por un sector que reclamó su derecho a participar en la conducción de la administración universitaria.

Tras su experiencia en el gobierno universitario, Natalio Vázquez Pallares se integró a la administración pública donde desempeñaría diversos puestos en los ámbitos estatal y federal, siempre como parte de la estructura del partido oficial.²¹

EL LIDERAZGO SOCIALISTA VEINTE AÑOS DESPUÉS

En septiembre de 1956 David Franco Rodríguez asumió la gubernatura de Michoacán, quien se había formado política e ideológicamente en las filas del socialismo universitario de los años treinta. Franco formaba parte del grupo que impulsó la promulgación de la

21 Después de su renuncia a la rectoría de la Universidad Michoacana, Natalio Vázquez Pallares fue nombrado procurador general de justicia por el Congreso del Estado en su sesión del 24 de septiembre de 1940. En este puesto se mantuvo hasta el 2 de septiembre de 1942, cuando le fue concedida licencia ilimitada para separarse de sus funciones. Dos días después, el 4 de septiembre de 1942, fue nombrado secretario particular del ejecutivo estatal. Posteriormente desempeñó los cargos de diputado federal en la XLI Legislatura (1949-1952) y senador en las XLIV (1958-1961) y XLV legislaturas (1961-1964). En 1965 fue nombrado embajador extraordinario y plenipotenciario en la República Federal Socialista de Yugoslavia y se mantuvo en el cargo hasta 1968. Véase: Mario Alberto Nájera Espinosa, Verónica Oikión Solano y Gerardo Sánchez Díaz (edits.), *La nación dueña de su destino. Vida y obra de Natalio Vázquez Pallares*, 2007.

Ley Orgánica en 1939 y que llevó a Vázquez Pallares a la rectoría universitaria ese mismo año.

Durante la gubernatura de Franco Rodríguez se sancionó, en julio de 1961, una nueva ley orgánica que sustituyó a la anterior, de 1939. Sin embargo, este cambio no representó una ruptura en la orientación de las actividades universitarias y, por su contenido, la nueva legislación puede ser considerada como una versión reformada de la anterior. Además, el mandatario designó a Eli de Gortari como rector de la Universidad Michoacana, lo que en cierta medida garantizó la continuidad de la línea ideológica que la institución había mantenido en las décadas previas.²²

La designación de Eli de Gortari, quien llegó a la rectoría de la Universidad Michoacana con el apoyo de las principales organizaciones de profesores y estudiantes, fue realizada en un momento en que, en el contexto de la guerra fría, se recrudeció en el país la campaña contra las ideas y posiciones consideradas socialistas y comunistas.

Al año siguiente, el entorno político en Michoacán, con consecuencias directas para la Universidad, cambió sensiblemente con el proceso de elección del nuevo gobernador del estado. Las votaciones tuvieron lugar el 3 de junio de 1962, pero desde el año anterior hubo una intensa movilización por parte de quienes aspiraban a la candidatura por el partido oficial. Entre éstos se encontraban Agustín Arriaga Rivera y el senador y ex rector Natalio Vázquez Pallares.²³

Vázquez Pallares, que era identificado como el candidato de los universitarios, emprendió una precampaña política con la intención de obtener la nominación a la gubernatura de Michoacán por parte del partido oficial, el Partido Revolucionario Institucional (PRI), aunque sin renunciar a la posibilidad de recibir apoyo de otras fuer-

22 Raúl Arreola Cortés, *Historia de la Universidad Michoacana*, 1984, p. 181; Antonio Gómez Nashiki, "Movimiento estudiantil e institución. La Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1956-1966", 2003, pp. 187-189.

23 Quien llegó al Senado respaldado por el sector campesino del Partido Revolucionario Institucional. En este cuerpo legislativo formó parte de la XLIV y XLV legislaturas como representante de Michoacán (véase n. 21), Alberto Enríquez Perea, "Natalio Vázquez Pallares, senador de la República (1958-1964)", 2007, p. 80.

zas políticas organizadas. Dentro del PRI recibió el apoyo de un grupo denominado Unidad Revolucionaria, que aglutinó a un número importante de universitarios. Además, dentro de la Universidad Michoacana se formó un Frente Estudiantil Revolucionario en su apoyo. En el aspecto ideológico Vázquez Pallares se ostentaba como marxista, aunque proponía la “nacionalización” de esta corriente de pensamiento a partir del conocimiento de la historia y condiciones propias del país. Su postura ideológica, el respaldo que recibieron sus aspiraciones políticas por parte de un sector del Partido Comunista Mexicano, su identificación con sectores universitarios de izquierda y el apoyo del general Lázaro Cárdenas que le atribuyó la prensa, motivaron la renuncia de Vázquez Pallares a su candidatura. Por su parte, Arriaga, que carecía de nexos con el cardenismo, contó con el apoyo del presidente de la república, Adolfo López Mateos.²⁴

Finalmente, la contienda interna del PRI se inclinó a favor de Arriaga Rivera, quien rindió protesta como candidato en la convención estatal del partido el 11 de marzo de 1962 y, una vez ganadas las elecciones, accedió a la gubernatura el 16 de septiembre siguiente.²⁵

Con la llegada de Agustín Arriaga Rivera a la gubernatura inició un divorcio entre las autoridades universitarias y el gobierno del estado.²⁶ A la vez, dentro de la Universidad se multiplicaron las muestras de descontento contra la administración que encabezaba el rector Eli de Gortari. Estos problemas tenían como base, en gran medida, consideraciones ideológicas que se remontaban a los enfrentamientos de los años treinta y cuarenta entre “socialistas” y “defensores de la libertad de cátedra”. Estas divergencias adquirieron un nuevo carácter ante las críticas a la posición ideológica y la militancia política del rector y sus colaboradores, quienes fueron señalados

24 Verónica Oikión Solano, “1962, una campaña fallida”, en Mario Alberto Nájera Espinosa, Verónica Oikión Solano y Gerardo Sánchez Díaz (edits.), *op. cit.*, pp. 69-78; Verónica Oikión Solano, *Los hombres del poder en Michoacán, 1924-1962*, 2004, pp. 476-478 y 480-482.

25 *Idem.*

26 El proceso de relevo en el poder ejecutivo de Michoacán estuvo acompañado de la agitación política que desde los primeros meses de 1961 había provocado la contienda electoral, del 2 de julio de ese año, por alcanzar una curul en la XLV Legislatura federal. Véase *ibid.*, pp. 462-465.

como “comunistas”,²⁷ y la reaparición en la escena política estatal de Natalio Vázquez Pallares.

EL CONFLICTO UNIVERSITARIO DE 1963

En febrero de 1963 inició un movimiento de huelga contra la administración de Eli de Gortari que derivó, semanas después, en choques directos —en algunos casos con armas de fuego— entre bandos antagónicos de universitarios y en la movilización por la ciudad de Morelia de efectivos del ejército mexicano. El nivel alcanzado por los enfrentamientos sirvió de coartada al gobernador del estado, Agustín Arriaga Rivera, para intervenir en la Universidad, remover a las autoridades universitarias y promulgar el 14 de marzo de 1963 una nueva ley orgánica.²⁸

La nueva Ley Orgánica, inspirada en la que regía la Universidad Nacional desde 1945, incluyó la Junta de Gobierno, órgano encargado, entre otras funciones, de la designación del rector. Para la conformación de esta junta el gobernador Arriaga Rivera recurrió a un grupo de reconocidos universitarios michoacanos que se encontraba en la ciudad de México, los cuales habían tenido una participación importante en la vida universitaria como parte del sector socialista. El 15 de marzo se designó a los miembros: Carlos García de León, como presidente; Enrique Arreguín Vélez, Pablo

27 Eli de Gortari formaba parte del Movimiento de Liberación Nacional (MLN). Esta organización, que se ostentaba como “antiimperialista” y que buscaba la emancipación económica, la soberanía y la libre determinación del país, fue creada como parte de los acuerdos de la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, realizada en la ciudad de México en marzo de 1961. En el MLN confluyeron grupos campesinos, sindicatos, partidos políticos (como el Partido Comunista y el Partido Popular Socialista), asociaciones cívicas, intelectuales, profesionistas y personalidades de diverso signo, como Lázaro y Cuauhtémoc Cárdenas, Narciso Bassols, Heberto Castillo, Carlos Fuentes, Natalio Vázquez Pallares, Ignacio García Téllez, entre otros. Véase *ibid.*, pp. 472-474. Por otra parte, Raúl Arreola, *op. cit.*, p. 186, apunta que la campaña contra Eli de Gortari —quien destacó por su activismo político de izquierda junto a su colega de la Universidad de Nuevo León, José Alvarado— tuvo lugar en el contexto de otros movimientos similares contra los rectores señalados como “rojos” de las universidades de Nuevo León, Guadalajara y Puebla.

28 *Ibid.*, p. 192.

G. Macías Guillén, Jesús Romero Flores, Antonio Martínez Báez, Gabino Fraga y Raúl Arreola Cortés. De acuerdo con sus atribuciones, y a sugerencia de Arriaga, los integrantes de la junta nombraron rector interino a Alberto Bremauntz y procedieron a reorganizar el Consejo Universitario.²⁹

Si bien parecía contradictorio que la Junta de Gobierno estuviera compuesta por individuos ideológicamente incompatibles con la línea política que promovía el ejecutivo estatal, Arriaga Rivera tomó esta decisión como una forma de solucionar el conflicto universitario sin dar la apariencia de un rompimiento con la “tradición nicolaita”. Sin embargo, los cambios derivados de la promulgación de la Ley Orgánica de la Universidad Michoacana del 14 de marzo de 1963 y la designación de Alberto Bremauntz como rector interino no dejaron satisfechas a las autoridades estatales, que por diversos medios mostraron su desacuerdo con la orientación de las actividades de la institución. El rector y sus colaboradores continuaron con una línea de trabajo similar a la de sus antecesores al grado que el 10 de abril Bremauntz declaró ante el Consejo Universitario constituyente que:

Con respecto a la orientación filosófica o ideológica, la Universidad Michoacana siempre ha sido hasta hoy el faro que orienta a la juventud con las ideas más progresistas, tiene que basar su orientación y finalidades precisamente en la filosofía del Materialismo Dialéctico e Histórico y en la Doctrina del Socialismo Científico.³⁰

Ante la forma en la que se desenvolvían las autoridades universitarias el gobernador del estado trató de influir en los miembros de la Junta de Gobierno para que designaran como rector definitivo a otro universitario que no fuera Bremauntz; no obstante; los aludidos no siguieron la recomendación y acordaron ratificarlo en el puesto.

29 *Ibid.*, p. 193. Silvia Figueroa Zamudio, “El marco jurídico de la Universidad Michoacana, 1917-1992”, 1992, p. 167. Posteriormente formarían parte de la junta Luis Pita Cornejo, Miguel Arroyo de la Parra, Jesús Díaz Barriga y David Hernández Huéramo. Margarita Rodríguez Morales, *Autonomía y órganos de gobierno en la universidad michoacana, 1919-1966*, 1999, p. 99.

30 Raúl Arreola Cortés, *op. cit.*, pp. 194-195.

Esta decisión profundizaría las diferencias entre la Universidad y el gobierno estatal, provocando nuevos enfrentamientos pocos años después.

CONCLUSIONES

Durante la década de 1930, la Universidad Michoacana se consolidó como un espacio de movilidad política. Las organizaciones universitarias y sus principales líderes adquirieron preeminencia en el medio gubernamental. Las agrupaciones estudiantiles cumplieron un papel importante en la formación de la burocracia universitaria; pero, al mismo tiempo, sirvieron como base para la preparación y promoción de cuadros políticos de proyección estatal y nacional. Durante la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940) muchos egresados de la Universidad Michoacana se trasladaron a la ciudad de México, donde ocuparon cargos y desempeñaron diversas funciones dentro de la administración federal. En el ámbito estatal, el control que sobre la educación superior tenía la Universidad Michoacana garantizaba que casi todos los cargos y empleos que requerían preparación profesional fueran ocupados por sus egresados.

Es importante considerar que los líderes universitarios socialistas michoacanos integraron la estructura del partido oficial y formaron parte de organizaciones ligadas al proyecto político cardenista. En términos generales, podría decirse que los socialistas michoacanos formaron parte de la “izquierda oficial”, lo que garantizó, en cierta medida, su participación en el poder. Por esta razón, los objetivos y alcances de las actividades de los líderes estudiantiles formados en las filas del socialismo michoacano deben ser analizados como parte de un movimiento de reforma universitaria impulsado, en gran parte, desde el Estado.

El carácter “oficial” de la postura de izquierda que representaban los líderes socialistas michoacanos permitió la permanencia de muchos de ellos dentro del partido en el poder, a pesar de los cambios en la orientación ideológica de los gobiernos mexicanos a partir de 1940. Esta continuidad en su filiación partidista fue la

que posibilitó su participación en la conducción de la Universidad Michoacana en los años sesenta, en un momento en el que su postura ideológica se contraponía a la que defendía el Estado mexicano y en particular el gobierno de Michoacán que encabezaba Agustín Arriaga Rivera.

Enrique Arreguín Vélez y Natalio Vázquez Pallares fundamentaron su poder político y su posición como líderes del estudiantado socialista en las organizaciones juveniles activas durante las décadas de 1920 y 1930. Por su configuración, el liderazgo de estas agrupaciones implicaba cierto nivel de control sobre los sectores obrero y campesino ligados al partido oficial. En la práctica, los líderes estudiantiles universitarios controlaron la cúpula de todas las organizaciones juveniles alineadas con los intereses de los gobiernos estatal y federal.³¹

La fortaleza del liderazgo construido durante los años veinte y treinta, así como la permanencia de la estructura universitaria creada en ese periodo, permitieron que Enrique Arreguín Vélez y Natalio Vázquez Pallares mantuvieran una posición política predominante durante más de cuatro décadas. Además, su filiación dentro del partido oficial les otorgó cierto margen de maniobra en sus actividades políticas en momentos en los que su postura ideológica no coincidía totalmente con la que defendía el Estado mexicano.

FUENTES

Archivos

Archivo General de la Nación (AGN), fondo Lázaro Cárdenas del Río (LCR), México, Distrito Federal.

Archivo Histórico de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (AHUM), fondo Consejo Universitario (CU), sección Secretaría (S), serie Actas (A), Morelia, Michoacán.

31 La creación de las agrupaciones estudiantiles de corte socialista formó parte de las labores de unificación con las que se buscó instaurar el proyecto de universidad socialista. En la práctica, la unificación se convirtió en una labor de limpieza ideológica emprendida por los socialistas en sus intentos por alcanzar el control absoluto de los espacios universitarios.

Archivo Particular de Enrique Arreguín Vélez (APEAV), Biblioteca “Luis González” de El Colegio de Michoacán, Zamora, Michoacán.

Periódicos

Gremio, núm. 10, Morelia, 20 de diciembre de 1934.

Heraldo Michoacano. Diario gráfico de la mañana, t. 1, núm. 4, Morelia, 1° de septiembre de 1938.

BIBLIOGRAFÍA

Anónimo, *Declaración de principios del Bloque de Jóvenes Socialistas de Michoacán, adherido a la CRMDT*, Morelia, julio de 1936.

Arreguín Vélez, Enrique y Jesús Díaz Barriga, “Proyecto sobre la nueva organización educativa universitaria de acuerdo con la tesis del socialismo científico”, en Enrique Arreguín Vélez, *Enrique Arreguín Vélez: su pensamiento y acción en la ciencia y la cultura*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1968, pp. 183-213 [presentación de Mario Aurelio Espitia].

Arreola Cortés, Raúl, *Historia de la Universidad Michoacana*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Coordinación de la Investigación Científica, 1984.

Ayala, Brígido, “Semblanza del doctor Jesús Díaz Barriga, ex rector de la Universidad Michoacana”, en Jesús Díaz Barriga, *Su pensamiento sobre la educación socialista y la nutrición popular*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Centro de Estudios sobre la Cultura Nicolaita, 1981, pp. 9-14.

Díaz Aldama, Hilda, *Los estudios de jurisprudencia en la Universidad Michoacana, 1917-1932*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Archivo Histórico, 2000.

Enríquez Perea, Alberto, “Natalio Vázquez Pallares, senador de la República (1958-1964)”, en Mario Alberto Nájera Espinosa, Verónica Oikión Solano y Gerardo Sánchez Díaz (edits.), *La Nación dueña de su destino. Vida y obra de Natalio Vázquez Pallares*, México, Universidad de Guadalajara/El Colegio de Michoacán/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2007, pp. 79-106.

- Figuroa Zamudio, Silvia, “El marco jurídico de la Universidad Michoacana, 1917-1992”, en Silvia Figuroa Zamudio (coord.), *Presencia universitaria*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Instituto de Investigaciones Históricas/La Voz de Michoacán, 1992, pp. 152-173.
- Gómez Nashiki, Antonio, “Movimiento estudiantil e institución. La Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1956-1966”, tesis de doctorado en Ciencias con especialidad en Investigaciones Educativas, México, Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados-Instituto Politécnico Nacional-Departamento de Investigaciones Educativas, 2003.
- Gutiérrez, Ángel, *Universidad Michoacana. Historia breve*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Archivo Histórico, 1997.
- Hernández Aragón, María de la Paz, *Juan Hernández Luna. Humanista nicolaita del siglo XX*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Archivo Histórico, 2001.
- Macías, Pablo G., *Aula Nobilis (Monografía del Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo)*, México, Ediciones Vanguardia Nicolaita, 1940.
- Mendoza Cornejo, Alfredo, *Organizaciones y movimientos estudiantiles en Jalisco de 1935 a 1948. El FESO*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1990.
- Nájera Espinosa, Mario Alberto, Verónica Oikión Solano y Gerardo Sánchez Díaz (edits.), *La nación dueña de su destino. Vida y obra de Natalio Vázquez Pallares*, México, Universidad de Guadalajara/El Colegio de Michoacán/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2007.
- Oikión Solano, Verónica, *Los hombres del poder en Michoacán, 1924-1962*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2004.
- Rodríguez Morales, Margarita, *Autonomía y órganos de gobierno en la universidad michoacana, 1919-1966*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1999, p. 99.

UN SIGLO DE MOVIMIENTO ESTUDIANTIL EN BRASIL

Otávio Luiz Machado

INTRODUCCIÓN

Brasil produjo durante el siglo xx un número significativo de liderazgos estudiantiles, que posteriormente hicieron importantes contribuciones al desarrollo económico, político, cultural y social del país.

Por tanto, no se puede olvidar que el movimiento estudiantil se tornó en el movimiento juvenil por excelencia, considerando que en un siglo la juventud brasileña actuó y fue protagonista de movimientos singulares de nuestra historia, pero que gradualmente fue perdiendo esta hegemonía desde finales de la década de 1970. Hoy existe un espacio muy reducido para hablar del desempeño de los jóvenes.

El movimiento estudiantil se organizó en décadas pasadas como uno de los más importantes fenómenos sociales. Los actores involucrados construyeron nuevos sentidos sobre el espacio universitario al articular intereses académicos y políticos para atender una expectativa colectiva.

La vida universitaria constituye el momento en que los jóvenes de diversas clases sociales tienen una actuación muchas veces incompatible con su condición social de origen, sus vínculos familiares y su propia expectativa de inserción en la sociedad global. El inconformismo juvenil está ligado de alguna forma a cómo los individuos globalizan la situación social, porque “en el momento en que se inicia el ingreso en la sociedad, el joven descubre condiciones y posibilidades de existencia que lo vuelven consciente tanto de las

condiciones reales como de las emergentes”.¹ De ahí que puede asumir posiciones incluso radicales.

En el análisis acerca del movimiento estudiantil brasileño y de la reforma universitaria de 1968 hay varias vertientes. Una de ellas está representada por Heloísa Souza Martins,² que concibe la praxis estudiantil como definidora de un proyecto de reforma y afirmación de la condición estudiantil. Esta autora concluye que la acción de los estudiantes —efectuada por medio de protestas y reivindicaciones que apuntaban a una reforma de la universidad— era resultado de la insatisfacción con sus condiciones sociales, económicas y políticas y de vislumbrar un horizonte de ascenso social, afirmación profesional y desempeño en la sociedad. Otra vertiente es la de Lucília Paula,³ que considera el movimiento estudiantil una instancia formativa privilegiada, sobre todo en la conformación de una élite entre los estudiantes universitarios. La autora interpreta que el movimiento estudiantil se subleva contra el elitismo (privilegios sociales restringidos), el poco acceso a la universidad y la formación precaria de los profesionales, pero al mismo tiempo “tiende a reproducir el *statu quo* en sus cuadros mediante trayectorias de distinción y formación de una élite en el medio estudiantil por la acumulación de diversos capitales”.⁴ Una vertiente más es la representada por Marialice Mencarini Foracchi,⁵ para quien la universidad, por medio del movimiento estudiantil, sería el canal de ascenso social de su grupo familiar.

Se observa, por otra parte, que la vertiente de estudios académicos que relaciona profesiones y movimiento juvenil es nueva. Este aspecto es explorado aquí con el objetivo de comprender los procesos sociales que tenían en la enseñanza superior un instrumento de diferenciación social, considerando que el tema de la formación profesional era “punto fundamental de la reflexión de la juventud

1 Octavio Ianni, “O jovem radical”, 1968, pp. 228-229.

2 “Movimento estudantil e reforma universitária”, 1976.

3 *Protagonismo juvenil e movimento estudantil: uma estratégia de distinção?*, 2003.

4 *Ibid.*, p. 13.

5 *O estudante na transformação da sociedade brasileira*, 1965.

brasileña, tanto desde el punto de vista de su adecuación a las necesidades sociales, como a las oportunidades ocupacionales”.⁶

El enfoque en las profesiones como grupos de intereses puede esclarecer que las preocupaciones estudiantiles buscaban beneficios económicos y acumular estatus en la sociedad, en la perspectiva de la movilidad colectiva, conforme lo discutido por Magali Sarfatti Larson.⁷

En la construcción de sus luchas (ya sean generales o específicas), los jóvenes universitarios reflexionaron profundamente en el país, pues un punto presente en todos los momentos fundamentales de su lucha era la discusión sobre la “misión del universitario”, el aprendizaje sobre la realidad nacional y la búsqueda de salidas para la transformación de la sociedad brasileña.

Cabe señalar que la reforma de la enseñanza (en especial del nivel universitario) permeó el debate durante todo el siglo, mas nunca alcanzó tanto vigor como en la primera mitad de la década de 1960 con los Seminarios Nacionales sobre Reforma Universitaria, que fue caracterizada por el siguiente eslogan: “Reforma Universitaria: deber de nuestra generación”.

La reforma universitaria estaba ligada a una fuerte denuncia de la dependencia tecnológica de Brasil porque, si los jóvenes militantes siempre consideraron que la independencia económica del país era un factor fundamental para el progreso social, entonces el papel del universitario era prepararse como futuro profesional y como una fuerza política para llegar a la transformación cuanto antes.

La campaña “El petróleo es nuestro” (originada en 1947) fue un momento del despertar de la conciencia política de los jóvenes pues, a finales de la Segunda Guerra Mundial, entendían que la existencia de países desarrollados y atrasados era una construcción política de grupos dominadores que necesitaba ser combatida con una reacción colectiva.

Mas había una piedra en el camino, parafraseando los versos del poeta Carlos Drummond de Andrade. Hablo de la dictadura de

6 Carla Brandão, “Movimento estudantil contemporâneo: uma análise compreensiva das suas formas de atuação”, 2004, p. 21.

7 *The rise of professionalism: a sociological analysis*, 1977.

Getúlio Vargas (iniciada en los años treinta), y la dictadura civil-militar que entre 1964 y 1985 asoló al país.

Las dictaduras se caracterizan por destruir sueños, inmovilizar liderazgos y cortar el libre pensamiento, porque el control burocratizado de la vida institucional e individual es implacable. Se despedazan, al mismo tiempo, cerebros, cuerpos y trayectorias, pues las dictaduras no piensan en los límites del sentir, del ser y del dolor de los seres humanos, porque son como aplanadoras que limpian el terreno pasando por encima de todo y de todos para implantar lo que realmente desean para sí mismas y para los intereses de sus patrocinadores.

Aunque estuviese presente el deseo de transformación o de cambio radical en la sociedad brasileña en el conjunto del movimiento estudiantil, también es necesario observar que la juventud universitaria optó muchas veces por apoyar su proyecto individualmente, sin definición o estrategia política con el deseo del conjunto de su grupo, debido a la desmovilización o despolitización de los movimientos estudiantiles.

En este artículo se tratarán brevemente tres periodos: 1) de 1901 a 1938, o sea de la creación de las primeras entidades estudiantiles a la fundación de la Unión Nacional de Estudiantes (UNE), 2) del inicio de la UNE hasta el golpe de 1964, y 3) de 1964 a 1975, el renacimiento del movimiento estudiantil.

DE 1901 A 1938

En el inicio del siglo xx, puede decirse que en Brasil tuvimos varias manifestaciones que simbolizaban la implicación de los estudiantes con cuestiones políticas, principalmente por medio de la imprenta universitaria, de los clubes universitarios, de las fraternidades y las casas de estudiantes donde éstos se concentraban y donde se desarrollaban debates y tertulias y se formulaban ideas importantes para la causa estudiantil o nacional. El ejemplo más importante fue el movimiento para la abolición de la esclavitud, pero carecía de una articulación estructural, de formas de movilización y de un conjunto

de especificidades integradas para que pudiéramos llamarlo movimiento estudiantil.

Aunque las universidades estuvieran totalmente dedicadas a la formación de élites en ese periodo, lo que se observaba era la organización interna de los estudiantes hacia el apoyo mutuo, a la socialización profesional y a la creación de iniciativas en las escuelas a través de entidades estudiantiles. La primera de ellas fue el Centro Académico de la Facultad de Derecho de la plaza de San Francisco, en 1901. En seguida vinieron otras. Es el caso del Gremio Politécnico de la Universidad de Sao Paulo (USP), en 1903; del Centro de Estudiantes Universitarios de la Universidad Federal de Rio Grande de Sul (UFRGS) en 1903; del Centro Académico Horace Lane de la Escuela de Ingeniería del Mackenzie en 1905 y tantas otras organizaciones, principalmente después del Estatuto de las Universidades Brasileñas establecido con el decreto de ley núm. 19 852 del 11 de abril de 1931, que dispuso que todas las facultades deberían adecuarse al modelo universitario que estaba siendo implantado y que también serían orientadas por las determinaciones del Consejo Nacional de Educación (CNE) creadas para asesorar el Ministerio de Educación (MEC).

Asimismo, el movimiento estudiantil brasileño se modificó con la edición de este Estatuto, pues estableció criterios para la organización del movimiento estudiantil, como directorios académicos y directorios centrales, y también reglamentó las entidades estudiantiles en Brasil. La organización del movimiento estudiantil pasó a contar con algunas particularidades, pues

en cada unidad básica del sistema de la enseñanza superior —la facultad— debería existir un órgano de representación estudiantil, el Directorio Académico, cuyo estatuto sería aprobado por el Consejo Técnico-Administrativo del establecimiento. Las universidades deben tener Directorios Centrales, con estatutos escritos de acuerdo con los rectores y aprobados por los consejos universitarios. Órganos oficiales de la institución, el Directorio Académico y el Directorio Central de estudiantes tenían lugar, por ley, en el Consejo Departamental de la Facultad y en el Consejo Universitario, respectivamente. La afilia-

ción al Directorio Académico era automática. Y en las universidades públicas, además de pequeñas cláusulas, ese organismo contaba incluso con franquía postal y el derecho al timbre con las armas de la República.⁸

En 1938, con la creación de la UNE, los estudiantes brasileños pasaron a politizar mucho más el debate sobre sus reivindicaciones, porque la entidad construyó un discurso aún más crítico sobre la realidad brasileña y actuó con intensidad en la formación política de los estudiantes, con lo que se convirtió en la mayor escuela de líderes del país durante varias décadas.

ENTRE 1938 Y 1964

Durante el siglo XX, los movimientos estudiantiles brasileños tuvieron su proceso de crecimiento, interrumpido varias veces por innumerables factores. Es fácil percibir que, entre finales de los años treinta y hasta mediados de los años sesenta, el movimiento estudiantil pasó a ser frente de combate en Brasil.

En 1947 la campaña “El petróleo es nuestro” fue el gran momento de debate sobre la importancia de la preocupación de las cuestiones nacionales por los estudiantes universitarios, quienes tomaron en consideración los desafíos del desarrollo económico, la creación de mercado para los profesionales formados en las universidades y la necesidad de su crecimiento y perfeccionamiento.

La campaña, que movilizó a diversas entidades estudiantiles y a otros grupos sociales (como militares y periodistas), materializó la discusión de la emancipación económica de Brasil a partir de la nacionalización de las riquezas naturales, así como su adecuada explotación por el propio Estado. Para Roberto Gusmão, presidente de la UNE en 1947 el movimiento en torno al petróleo fue el punto de discusión encontrado por el movimiento estudiantil para involucrar a los estudiantes en la participación política; la UNE en sus circulares

8 Sebastião Velasco e Cruz, *Movimento estudantil e crise na política brasileira*, 1991 p. 6.

estimulaba a todas las demás entidades a profundizar en tal debate y obtuvo la adhesión de diversos grupos sociales interesados en la cuestión nacional.⁹

En Brasil la Segunda Guerra Mundial también podría ser vista como un parteaguas, si se toma en cuenta el crecimiento económico, la formación de una clase obrera numerosa, la aceleración del proceso de urbanización y de industrialización y la construcción de amplios estratos parcialmente urbanos (basta recordar que la población urbana aumentó de 12.6 por ciento en 1940 a 22.9 por ciento en 1960).¹⁰

Para Luís Antônio Cunha¹¹ con el proceso de monopolización del crecimiento económico por el Estado, se buscó cumplir la “satisfacción de la creciente demanda de enseñanza superior por los jóvenes de los estratos medios” en el periodo definido como república populista (1945-1964), lo que repercutió también en una ampliación de los establecimientos escolares y del número de alumnos matriculados —que pasó de 20 739 en 1932 a 27 253 estudiantes en 1945—¹² y de la irrupción en el debate educacional de temas como gratuidad, expansión, integración, federalización, modernización y la construcción de una ley que introdujo nuevas directrices y bases de la educación nacional.¹³

Fue también a mediados de la década de 1940 que la enseñanza superior comenzó a tener una nueva configuración, debido a la federalización de las universidades mediante la agregación de facultades existentes, modelo que se mantendría hasta la reforma universitaria de 1968.

La razón del acceso a la universidad apuntaba a la obtención de diplomas como parte del proyecto de ascenso social de los estratos medios que “comienzan a buscar cada vez más, obtener grados es-

9 Roberto Gusmão, “Depoimento ao CPDOC”, 1987.

10 Luís Antônio Cunha, *A Universidade reformanda: o golpe de 1964 e a modernização do ensino superior*, 1988, p. 43.

11 *Ibid.*, p. 12.

12 *Ibid.*, pp. 14-15.

13 *Ibid.*, p. 17.

colares de modo que ingresaran en las organizaciones burocráticas y avanzaran a través de los diversos niveles de remuneración/prestigio/poder”.¹⁴

En el discurso de los estudiantes de los años cincuenta permanece un fondo nacionalista, relacionado principalmente con la cuestión energética, lo que mostraba las debilidades del desarrollo económico brasileño y la poca preocupación de la enseñanza superior hacia la satisfacción de las necesidades sociales, pues

Solamente en la nueva etapa de la industrialización brasileña, marcada por la producción interna de bienes durables, que se inicia en la década de los cincuenta, se presentó la problemática del planeamiento económico y del desarrollo, y se hizo énfasis en el planeamiento correspondiente de los recursos humanos y, así, del sistema educacional, que debería adecuarse a las necesidades de la realidad socioeconómica.¹⁵

Además existió gran preocupación por las carreras universitarias. En la década de 1950 se identificaron cursos universitarios que realizaron congresos específicos de su área, por ejemplo 1) Derecho: 1950 doce semanas nacionales de Estudios Jurídicos; 2) Medicina: cuatro congresos de la Unión Nacional de los Estudiantes de Medicina en los años cincuenta; 3) Ingeniería: siete congresos nacionales de los Estudiantes de Ingeniería; 4) Arquitectura y Urbanismo: Primer Congreso Nacional de Arquitectura y Urbanismo); 5) Farmacéutica: Segundo Congreso Nacional de los Estudiantes de Farmacéutica en 1961; 6) Filosofía: Primera Semana Nacional de los Estudiantes de Filosofía en 1958; 7) Arte: Primer Congreso Nacional de los Estudiantes de Arte, en 1953; 8) Artes Plásticas: Tercer Congreso Nacional de Estudiantes de Artes Plásticas, en 1955; 9) Odontología: Tercer Congreso Nacional de Odontología, en 1956.

14 *Ibid.*, p. 62.

15 Lia Parente Costa y Silke Weber, "Universidade e desenvolvimento: novas considerações sobre uma velha ilusão", 1977, pp. 1-2.

Uno de los momentos más ricos del movimiento estudiantil en el siglo xx aconteció con los seminarios de la UNE sobre la reforma universitaria que, a partir de 1961, culminarían con la unificación del debate sobre educación superior, formación profesional, participación del movimiento estudiantil y problemas brasileños.

Para Maria de Lourdes Fávero,¹⁶ el documento del Primer Seminario Nacional de la Reforma Universitaria —la Carta de Bahía (1961)— representó una fase de transición del movimiento estudiantil porque intentó “no separar los problemas de la universidad, de la situación económica y política del país”.

Esta preocupación indica que precede al análisis de Florestan Fernandes en relación con el movimiento estudiantil al inicio de la década de 1960 cuando destacaba que en la década anterior “fueron creadas las condiciones materiales e intelectuales para que el estudiante generase nuevos tipos de movimiento estudiantil y de protesta estudiantil”.¹⁷ Según el autor, hubo un rompimiento en la “colocación conservadora” pero admite que en el inicio de la década de los sesenta existía un movimiento que vino de fuera de la universidad.

Florestan Fernandes¹⁸ relacionó la demanda de cambios estructurales con la movilidad social como proyecto de ascenso de la clase media, que crecía vertiginosamente. El interés de la clase media por la enseñanza formal ocurrió en los años cincuenta cuando en las principales carreras los conocimientos técnicos se ligaron a mayores ventajas sociales. Para este autor la competencia por las oportunidades educacionales era la principal causa de la movilización estudiantil. A partir de ahí la universidad fue enormemente valorada.

En el contexto de la creciente industrialización (1945-1964), marcada por algunos autores como populismo, el aumento por la búsqueda de la educación estaba asociada al “proceso de separación de los canales de ascensión social para las clases medias”.¹⁹ La universidad era percibida como institución de la modernización de la

16 *UNE em tempos de autoritarismo*, São Paulo, Editora UFRJ, 1994, p. 37.

17 Florestan Fernandes, *A condição do sociólogo*, 1978, p. 48.

18 *Ibid.*, p. 53.

19 Luís Antônio Cunha, *Universidade crítica*, 1983, p. 21.

sociedad, lo que trajo contenidos nuevos al movimiento estudiantil y consecuencias en el campo educacional.²⁰

La estructura universitaria se modificó poco hasta los años sesenta pues, de acuerdo con Luís Antônio Cunha, sólo a partir de esa década “una doctrina sistemática sobre la reforma universitaria tomó forma en Brasil, respondiendo a esas antiguas ansias de superación del modelo napoleónico de enseñanza superior”,²¹ lo que permitía pensar una nueva universidad en contraposición a las universidades tradicionales, donde se privilegiaban nuevas formas para las carreras consagradas, pero orientadas a la formación profesional diversificada y con contenido utilitario.

El primer Seminario Nacional de la Reforma de la Enseñanza, de 1957, fue el puntapié inicial del movimiento que comenzaría en los años sesenta como pauta inicial de la entidad, pero seguía dando continuidad a la plataforma orientada a las cuestiones nacionales.²²

Se realizaron varios seminarios específicos sobre el tema. Lo que se discutía era que “la sociedad se modernizaba, pero la universidad caminaba en sentido inverso”;²³ además era distante de los sectores populares tal como lo decía la UNE. En 1960, en un estudio para la UNE, Álvaro Vieira Pinto resalta que la universidad no preparaba el “profesional futuro para ser el hombre del pueblo, sino justamente para ser alguien que se destacó del pueblo, por la condecoración doctoral”.²⁴

La inclusión de la universidad brasileña en un proyecto de desarrollo nacional fue la orientación de la Carta de Bahía. Se refería a la contribución de las universidades en la formación de profesionales, exigía su modernización y la atención a un mayor número de estudiantes. El aumento de oportunidades pasó, entonces, a ser un punto destacado en los diversos documentos de la UNE en la década de los sesenta.

20 *Ibid.*, p. 41.

21 *A Universidade reformanda...*, p. 17.

22 *Ibid.*, p. 19.

23 Helena Bomeny, “A reforma universitária de 1968, 25 anos depois”, 1994 p. 54.

24 Álvaro Vieira Pinto, *A questão da universidade*, 1986, p. 83.

El cuestionamiento contra el tipo de enseñanza superior existente en el país llevaba a la crítica del sistema educacional organizado “bajo el signo del humanismo alienado con las más diversas variaciones de la escuela pragmática e instrumentista, esto es, seudotécnica-profesional”.²⁵

Los seminarios de la reforma universitaria tuvieron como objetivo movilizar al conjunto de los estudiantes universitarios tanto para la temática en sí como para las transformaciones por las que atravesaba el país y frente a las cuales los estudiantes no podían permanecer indiferentes:

Mas hoy, con el avance industrial de nuestro país, y la consecuente necesidad de la Reforma Agraria, la importancia creciente de la clase trabajadora en nuestro panorama político, que reivindica mejores situaciones de vida, necesita escuelas para sus hijos, etc., la estructura de las universidades brasileñas se volvió caduca, por no atender las necesidades de nuestra situación actual. Así, queda expresada la lucha (hasta cierto punto) de la superada clase latifundista con la burguesía industrial y de los trabajadores con ambas. También, si luchamos para la Reforma Universitaria todas las conquistas que sean hechas representarán una pequeña o gran victoria de las clases populares, pues ellas estarán ligadas a la lucha por la escuela pública, por una mayor red de enseñanza preparatoria pública, etc. (“Reforma Universitaria: instrumento político en la lucha de estudiante”).²⁶

Varios documentos presentados específicamente en el Segundo Seminario Nacional de la Reforma Universitaria apuntan que, cuando los estudiantes debatían su participación en la vida del país a partir de la polémica sobre los rumbos de la universidad y el papel movilizador que el tema tendría sobre el conjunto de los estudiantes, pretendían indicar su fuerza potencial para la liberación nacional.

Pero el documento más completo de la UNE en ese periodo se llama “UNE: lucha actual por la reforma universitaria”, de diciem-

25 UNE, “Carta do Paraná”, 1962.

26 *Idem.*

bre de 1963. Está claro en éste que a partir de entonces sería posible atender otros puntos de reivindicación, sin perder el carácter específico de la reforma. El documento podría ser considerado elitista al tener en cuenta que el problema de la formación profesional estaba ligado sobre todo a la posibilidad de “conferir a la enseñanza superior mayor eficacia en la formación de aquellos que tuvieran el privilegio de acceder al nivel universitario”.²⁷

Para la UNE “fue el debate sobre las Directrices y Bases que introdujo la pregunta: ¿universidad cómo o para qué?”.²⁸ Ahí fue recuperada parte de la historia del movimiento estudiantil que, según el documento, estuvo siempre desarticulada entre reivindicaciones estudiantiles y lucha política, lo que en la práctica ocurrió “como dos movimientos aislados de la vida universitaria, despedazada la presencia del movimiento estudiantil entre la condición de estudiante y la condición de ciudadano”.²⁹

El mismo documento identificó el momento de la politización creciente y la fase en que el movimiento estudiantil partió al “combate sistemático de las causas primarias de sus problemas y de la problemática general del país”³⁰ como la fase de maduración, que sería justamente dada en las campañas de petróleo, de los mineros y otros temas presentes en el auge de la fase de las disputas nacionalistas. Por tanto, la posición de lucha por el desarrollo económico autónomo de Brasil colocaría en una posición importante el movimiento estudiantil, pues:

Al año siguiente aumentaría la conciencia estudiantil de su propia responsabilidad social y política, la UNE se tornaría un instrumento de presión más y más poderoso, adquiriendo contenido popular creciente, hasta que en el xxvi Congreso, el programa político de la UNE se enriquecería con la lucha por las reformas de base considerada como etapa por la liberación nacional [...]. La lucha por la Reforma Uni-

27 UNE, “Luta atual pela reforma universitária”, 1963.

28 *Idem*.

29 *Idem*.

30 *Idem*.

versitaria fue, de esta forma, el eslabón que unió las reivindicaciones escolares a la lucha política del movimiento estudiantil. No se trataba más de una vanguardia que, desligada de la realidad estudiantil, se ligaba a la realidad popular en nombre de los estudiantes. Se trataba de incorporar todo un movimiento, cien mil universitarios, a la conciencia de lucha popular. [La lucha por la reforma universitaria pasó a ser una lucha política:] Sólo en la medida en que avanza la lucha política, y se define más nítidamente como lucha de liberación nacional, e incluye la lucha por las reformas de base como aprendizaje de la lucha de liberación nacional, se descubrirá la reforma universitaria como una de las reformas de liberación nacional y emancipación del pueblo.³¹

El documento apunta que el debate de la reforma universitaria surgió en un momento especial, en 1957, cuando se discutía el papel de la universidad (¿para qué?) o su contribución para un proyecto de país, que después fue superado al entenderse que la universidad poseía importancia fundamental para un proyecto de país; ahora cabía discutir la democratización del acceso (¿universidad para quién?).

En efecto, en el ánimo de la campaña para la reforma universitaria, el Congreso Nacional aprobó en 1961 la LDB (Ley de Directrices y Bases de la Educación Nacional), que suscitó fuertes reacciones en la UNE, porque no atendía su visión de la “necesidad de reformar la universidad juntamente con la reforma de la sociedad”.³² Estos temas ya fueron considerados en trabajos diversos.³³

La lucha por mayores espacios para el movimiento estudiantil desembocó en una huelga nacional, la Huelga de 1/3, en el primer semestre de 1962, que puso a la vista las brechas generadas entre los estudiantes y gobierno respecto de la LDB. Los tres meses de huelga sirvieron para dar publicidad a los siguientes asuntos surgidos del movimiento estudiantil.

31 *Idem.*

32 Luís Antônio Groppo, *Juventude. Ensaios sobre sociologia e história das juventudes modernas*, 2005.

33 Luís Antônio Cunha, *Universidade crítica...*; Maria de Lourdes de Albuquerque Fàvero, “Os estudantes e o problema universitário nos anos 1960”, 2007; Arthur José Poerner, *O poder jovem. História da participação política dos estudantes brasileiros*, 1968.

ENTRE 1964 Y 1975

El golpe militar de 1964 provocó la interrupción de la efervescencia vivida por los estudiantes universitarios hasta entonces. Además del cierre de entidades estudiantiles y el aprisionamiento de sus principales líderes, las universidades convivieron a partir de ahí con innumerables IPMS (Inquisidores Policías Militares) que buscaban averiguar posibles crímenes contra la “seguridad nacional”.

Por otro lado, el periodo comprendido entre 1964 y 1975 fue muy provechoso en términos de propuestas y de medidas para la reformulación de la enseñanza superior, como el Plan Nacional de Educación (1965), el acuerdo MEC-USAID (Ministerio de Educación-United States Agency for International Development), la CPI (Comisión Parlamentaria de Investigación) de la Educación Superior, La Comisión Meira Mattos, el Grupo de Trabajo de la Reforma Universitaria, la Ley Suplicy y el Decreto Ley 477. Es obvio que la participación de los estudiantes en las decisiones sobre los asuntos políticos y universitarios fue entonces muy limitada, dadas las amenazas y las represiones; sin embargo, el movimiento estudiantil procuró discutir algunos temas, como la democratización del acceso.

Iniciativas como la Ley Suplicy (4.464, 9 de noviembre de 1964), provocaron un gran debilitamiento en la columna vertebral del movimiento estudiantil.³⁴ La nueva reglamentación de las entidades estudiantiles representaba la mutilación de la libertad de actuación, porque sus estatutos tendrían que estar en consonancia con las determinaciones ministeriales para definir sus atribuciones.

Para Florestán Fernandes la universidad fue confrontada por el golpe de 1964, cuyo “sistema de poder respondió oprimiendo a los defensores de la causa de la Reforma Universitaria y apropiándose de la bandera de la reforma universitaria para realizarla al contrario”.³⁵ Según este autor, el aumento de la población escolar ocurrió “porque los militares usaron la técnica de inundar las universidades con

34 Florestan Fernandes, “Texto de palestra de Florestan na UFU”, 1995, p. 19.

35 *A condição do...*, p. 38.

estudiantes jóvenes nuevos para debilitar la espina dorsal del antiguo movimiento estudiantil y la rebelión estudiantil”.³⁶

Los movimientos estudiantiles después de 1964 ganaron nuevas dimensiones en las pautas de reivindicación y en las formas de llevar a cabo debates. El punto común de todas las entidades estudiantiles existentes era el combate a la dictadura, aunque la divergencia en cuanto a las formas de lucha produjo una gran división en el movimiento estudiantil brasileño. A pesar de la represión, las entidades estudiantiles de base continuaron realizando un trabajo para atender al conjunto de los estudiantes: apoyo académico, producción de eventos culturales y deportivos, periódicos, periódico mural, novatadas, etcétera.

Si bien la lucha contra el sistema educacional de la dictadura se concentró en combatir el Acuerdo MEC-USAID, creemos que lo relacionado con la formación profesional continuó estando presente en el debate. Así, se demandó que las universidades tuvieran mayor financiamiento, que se abrieran más plazas para los estudiantes (sobre todo para atender a los *excedentes*, alumnos que, a pesar de cumplir con los requisitos, no encontraban lugar debido a las limitaciones presupuestales) y que se acrecentara la oferta de cursos enfocados a atender las expectativas de los nuevos puestos del mercado de trabajo. Esto entrañó dos formas de lucha: la específica y la política.

La lucha general se abocaba a la derogación de la dictadura militar; la lucha específica se orientaba a los anhelos educativos y más inmediatos de los estudiantes. Así, debido a lo difícil que era tener condiciones de lucha en temas específicos, durante la mayor parte del periodo el foco principal fue la lucha general, puesto que sólo con el fin de la dictadura sería posible atender otras reivindicaciones.

Al no atenderse las cuestiones que afligían a sectores medios de la sociedad, como la expansión de las oportunidades en la actualización de la enseñanza superior, hubo tensión entre la dictadura y dicho grupo social a partir de 1967, que se expresó en el problema de los *excedentes* y también se fortaleció el propio movimiento estudiantil. Los vínculos entre el movimiento estudiantil y los estudian-

36 Florestan Fernandes, “Texto de palestra...”, p. 19.

tes se restablecieron en la lucha por la expansión de las oportunidades a partir de su politización, teniendo como foco la represión de la dictadura militar.

La lucha política contra la dictadura militar volvió a predominar en el discurso del movimiento estudiantil, y los lemas “abajo la dictadura” o “abajo el imperialismo yanqui” representaron el nuevo movimiento estudiantil proveniente de la resistencia a los abusos del régimen militar en los espacios universitarios.

Por otro lado, en 1968, periodo marcado por una ola mundial de revueltas,³⁷ el movimiento estudiantil brasileño se integró a las rebeldías juveniles del planeta; conoció otros movimientos existentes que asociaron y desarrollaron movimientos locales con una visión global y con deseos libertarios en común. El imperialismo estadounidense (que estaba siendo observado internacionalmente con la guerra en Vietnam), la solidaridad con la revolución cubana y la posición a favor de la independencia política y económica de los países de América Latina así como el cuestionamiento de los valores de la sociedad burguesa e industrial fueron las cuestiones que los movilizaron. El comportamiento político, el estilo de vida y las preocupaciones de los actores sociales en aquel periodo estaban identificados con la pérdida de valores y tabúes y con la disolución del sistema capitalista vigente. Se discutía desde el orden establecido que intentaba justificar las guerras hasta una serie de formas de opresión, como el machismo. La desinstitucionalización de la vida privada fue sellada por el cuestionamiento del matrimonio, por ejemplo. El deseo de libertad fue marcado con la revolución sexual. Una de las pintas en un muro de París expresa muy bien este aspecto: “Cuanto más hago el amor, más ganas tengo de hacer la revolución. Cuanto más revolución hago, más ganas tengo de hacer el amor”.³⁸

La influencia de los movimientos libertadores en varias partes del mundo —sobre todo los revolucionarios de Cuba, Vietnam, Argelia y China— hacía de la revolución una bandera o un lema. El asesinato del joven preparatoriano Edson Luís, en el restaurante

37 Luis Antônio Groppo, *op. cit.*

38 *Idem.*

Calabouço de Río de Janeiro avivó el movimiento estudiantil y sensibilizó a las clases medias contra una dictadura que se basaba en la violencia física, además de la represión a los trabajadores. Una de las frases presentes en las cintas durante el entierro del joven era: “Mataron a un estudiante, podría ser tu hijo”.

Otras medidas del gobierno también llegaron a la universidad. El AI-5 (Acto Institucional número cinco, decreto que revocaba varias garantías constitucionales y otorgaba poderes extraordinarios al presidente) promulgado en diciembre de 1968, reafirmaba las intenciones del golpe de Estado de 1964 como la de “la modernización conservadora de la economía, concentradora de riquezas y considerada por la clase dirigente como la única salida viable para superar la crisis vivida a mediados de la década de los sesenta”.³⁹ El decreto de la ley 477, del 26 de febrero de 1969, por su parte, tornaba las universidades en un espacio para la discusión política y el combate a la dictadura brasileña. Para Freitag las dos medidas creadas por el régimen militar fueron fundamentales para reforzar el clásico mensaje de los regímenes autoritarios de que “el estudiante sólo debe estudiar: si hiciera política y no consiguiera satisfacer los requisitos de una media mínima, puede ser jubilado; si consigue conciliar estudios y actividad política, puede ser sacado de la universidad por el 477”.⁴⁰

En ese contexto, en 1969 el movimiento estudiantil se paralizó, pues el cierre de diversos directorios que representaban alguna resistencia al régimen militar se sumó a las aprehensiones de los líderes estudiantiles después del Congreso de la UNE en octubre de 1968.

El AI-5 representó así una medida adoptada por la dictadura para mantener el dominio que estaba perdiéndose por la resistencia de los opositores, por la falta de apoyo de la clase media y por las propias divergencias internas de los comandantes de la dictadura, que demostraban la prevalencia de la fuerza política de la “línea dura” en la dirección del golpe.

Al analizar el movimiento estudiantil de los años setenta, se observa que, junto a reivindicaciones y denuncias de aspectos admi-

39 Marcelo Ridenti, *O fantasma da revolução brasileira*, 1993, p. 30.

40 Bárbara Freitag, *Escola, Estado e sociedade*, 1986, p. 132.

nistrativos, emergieron nuevas prácticas políticas, tal como indica Mirza Pellicciotta:

Lidiar con la transformación, en sí misma, del movimiento estudiantil brasileño en la década de los setenta significa, en este caso, lidiar con la emergencia de una dimensión “alternativa” de perspectivas colectivas muy caras al análisis de lo contemporáneo —tanto en relación con la reforma (tecnocrática) de la universidad, como en el aspecto de una cultura de masas, o además de los cambios (significativos) del mercado de trabajo e inserción profesional— que por diversos motivos tuvo lugar entre las alteraciones de forma de organización de este movimiento.⁴¹

Si no era posible participar en el debate sobre la reforma universitaria —que había sido un componente para accionar un movimiento estudiantil de gran envergadura en décadas anteriores—, la estrategia utilizada por los estudiantes en el movimiento estudiantil entre 1969 y 1975 fue la de enfocarse en los problemas internos de su profesión desvinculados de los problemas políticos, además de traer temas culturales de forma sutil a los centros y directorios académicos, como una forma de animar el debate. Por este motivo,

en la medida en que los estudiantes pierden el lugar y el papel representativo en las estructuras de poder de la Universidad y se ven obligados a defender un lugar social a través de la lucha por la cualificación profesional, el movimiento gana una fisonomía más efímera, fragmentaria y variada. En el mismo sentido, las movilizaciones son forzadas a crear, en una combinación de temor y fragilidad, sus nuevas condiciones de la lucha política.⁴²

Dentro de estas nuevas condiciones de lucha pudo resurgir el debate específico sobre formación profesional, que había desaparecido después del golpe de Estado de abril de 1964; también se reanudó

41 “Mobilizações estudantis nos anos 1970”, 2008, pp. 179-180.

42 *Ibid.*, p. 187.

el debate sobre la democracia, los derechos humanos, la desigualdad social y la educación como herramienta de transformación y no como mecanismo de instrumentalización de las masas.

A finales de los años setenta, la recreación de la UNE y de diversas Uniones Estudiantiles de Estudiantes (UEES), así como la movilización de las universidades, cuyos estudiantes tomaron la calle, se volvieron parte del escenario en las principales ciudades brasileñas, pues la redemocratización se configuró como un asunto que debía estar presente en el debate hasta que se alcanzara de hecho el fin del régimen civil-militar.

Esta lucha se consideró parcialmente victoriosa, pues la derrota de las enmiendas, conseguida por Diretas-já (movimiento civil de reivindicación), y la elección indirecta del presidente Tancredo Neves consiguieron que hubiera una transición a la democracia.

CONSIDERACIONES FINALES

En este artículo se muestra un resumen de la relación de superioridad existente entre los movimientos juveniles, en especial del movimiento estudiantil. La cuestión nacional que lo favorecía y el alto grado de conciencia social adquirido por muchos liderazgos a lo largo del tiempo son variables que deben tomarse en cuenta, sobre todo en un momento en que la universidad brasileña contribuía de manera significativa en la construcción de un proyecto de sociedad.

El pensamiento de las juventudes brasileñas necesita ser objeto de sistematización y valoración, pues influyó en la construcción de un Brasil moderno; en algunos momentos llegó a ser la matriz del pensamiento social que se confundía con el pensamiento intelectual más perfeccionado sobre la realidad brasileña.

Un objeto de análisis que actualmente se emprende en la UFPE (Universidad Federal de Pernambuco) es el descubrimiento de las herencias dejadas por aquellos militantes, cuáles raíces de su pensamiento y cuáles análisis retrospectivos los hacen principales líderes del país. Es decir, ¿qué conquistas realizadas y obtenidas tiempo atrás influyen todavía en lo cotidiano?

América Latina todavía está muy lejos de conocer a fondo la historia del movimiento estudiantil brasileño, porque los archivos se perdieron o están lacrados bajo custodia de las autoridades, además falta registrar las entrevistas a los principales personajes y sus respectivos datos, que afortunadamente existen.

Sólo la creación de una red de investigadores, de relaciones entre las instituciones, el aumento de publicaciones y la generosidad en la publicación de la información darán un nuevo impulso a nuestros estudios.

BIBLIOGRAFÍA

Bomeny, Helena, “A reforma universitária de 1968, 25 anos depois”, *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, núm. 26, São Paulo, Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais (ANPOCS), octubre de 1994, pp. 51-65.

Brandão, Carla, “Movimento estudantil contemporâneo: uma análise compreensiva das suas formas de atuação”, tesis, Recife, Programa de Pós-Graduação em Sociologia da Universidade Federal de Pernambuco (UFPE), 2004.

Canuto, Vera, “Projetos institucionais e conjuntura política”, *Comunicações Pimes*, núm. 31, Universidade Federal de Pernambuco (UFPE) Programa Integrado de Mestrado em Economía e Sociología (PIMPES), 1987.

Cardoso de Mello, João Manuel y Fernando Novais, “Capitalismo tardio e sociabilidade moderna”, en Lilia Schwarcz (edit.), *História da vida privada no Brasil*, São Paulo, Cia. das Letras, 1998, pp. 560-658.

Cardoso de Mello, João Manuel, *O capitalismo tardio: contribuição à revisão crítica da formação e do desenvolvimento da economia brasileira*, São Paulo, Brasiliense, 1982.

Costa, Lia Parente y Silke Weber, “Universidade e desenvolvimento: novas considerações sobre uma velha ilusão”, en Programa Integrado de Mestrado em Economía e Sociología (PIMPES), “A Universidade e seus mitos”, *Comunicações Pimes*, núm. 18, Universidade Federal de Pernambuco (UFPE), 1977, pp. 1-58.

- Cunha, Luís Antônio, “Ensino superior e universidade no Brasil”, en Eliane Marta Teixeira Lopes, Luciano Mendes de Faria Filho e Cyntia Greive Veiga (edits.), *500 anos de educação no Brasil*, Belo Horizonte, Autêntica, 2000, pp. 151-204.
- Cunha, Luís Antônio, *Universidade crítica*, Río de Janeiro, Francisco Alves, 1983.
- Cunha, Luís Antônio, *A universidade reformanda: o golpe de 1964 e a modernização do ensino superior*, Río de Janeiro, Francisco Alves, 1988.
- Fàvero, Maria de Lourdes de Albuquerque, “Os estudantes e o problema universitário nos anos 1960”, en Otávio Luiz Machado y Michel Zaidan (edits.), *Movimento estudantil brasileiro e a educação superior*, Recife, Editora UFPE (Universidade Federal de Pernambuco), 2007, pp. 85-98.
- Fàvero, Maria de Lourdes de Albuquerque, *UNE em tempos de autoritarismo*, Río de Janeiro, Editora da UFRJ (Universidade Federal do Rio de Janeiro), 1994.
- Fàvero, Maria de Lourdes de Albuquerque, *Da Universidade “modernizada” à Universidade disciplinada: Atcon e Meira Mattos*, São Paulo, Cortez/Autores Associados, 1991.
- Fernandes, Florestan, “Texto de palestra de Florestan na UFU”, en *Homenagem a Florestan Fernandes*, Uberlândia, Centro de Documentação e Pesquisa em História (CDHIS)/ Associação dos Docentes da Universidade Federal de Uberlândia (ADUFU)/Sindicato dos Trabalhadores em Educação no Estado do Tocantins (SINTET)/ Universidade Federal de Uberlândia (UFU), 1995.
- Fernandes, Florestan, *A condição do sociólogo*, São Paulo, Hucitec, 1978.
- Foracchi, Marialice Mencarini, *A juventude na sociedade moderna*, São Paulo, Pioneira, 1972.
- Foracchi, Marialice Mencarini, *O estudante na transformação da sociedade brasileira*, São Paulo, Cia. Editora Nacional, 1965.
- Freitag, Bárbara, *Escola, Estado e sociedade*, São Paulo, Moraes, 1986 [sexta edición].
- Grosso, Luis Antônio, *Juventude. Ensaios sobre sociologia e história das juventudes modernas*, Río de Janeiro, Difel (Enfoques: Sociologia), 2005.

- Grosso, Luis Antônio, *Uma onda mundial de revoltas, Movimentos estudantis de 1968*, Piracicaba, Editora Unimep (Universidade Metodista de Piracicaba), 2005.
- Gusmão, Roberto, “Depoimento ao CPDOC”, Rio de Janeiro, CPDOC (Centro de Pesquisa e Documentação de História Contemporânea do Brasil)/FGV (Fundação Getúlio Vargas) 1987 <<http://www.fgv.br/historal/arq/Entrevista234.pdf>> [consultado el 27 de julio de 2013].
- Ianni, Octavio, “O jovem radical”, en Sulamita de Britto (edit.), *Sociologia da juventude*, vol. 1, Rio de Janeiro, Zahar, 1968, pp. 225-242.
- Lima, Luiz Costa, “O contexto da Universidade do Recife do início dos anos 1960 até o golpe de 1964”, en Otávio Luiz Machado y Michel Zaidan (edits.), *Movimento estudantil brasileiro e a educação superior*, Recife, Editora UFPE (Universidade Federal de Pernambuco), 2007, pp. 41-46.
- Machado, Otávio Luiz, “Juventude e movimento estudantil: uma construção do conhecimento acadêmico no Brasil”, en *Anais do I Colóquio Nacional Estudos Interdisciplinares sobre Infância e Juventude, Campina Grande*, Universidade Estadual da Paraíba (UEPB), 2009.
- Machado, Otávio Luiz, “O estudo do movimento estudantil brasileiro: um debate sobre esquecimentos, celebrações, reflexões, comemorações e contra-comemorações”, en *Cadernos da Revista de História Econômica e Social*, vol. 3, Ouro Preto, Universidade Federal de Ouro Preto (UFOP), pp. 1-9, 2007.
- Machado, Otávio Luiz, “Profesiones, diseños de formación, socialización profesoral y movimiento estudiantil en Brasil: el caso de los discursos de los estudiantes de la escuela de ingeniería de Pernambuco entre los años 1950-60”, en *Anais do Encontro da Associação Latino-Americana de Sociologia (ALAS)*, México, ALAS, 2007, pp. 1-9.
- Machado, Otávio Luiz, “A leitura das narrativas dos ex-alunos da Escola de Engenharia de Pernambuco: a formação profissional e o profissionalismo”, en *Anais do Simpósio Internacional Métodos Qualitativos nas Ciências Sociais e na Prática Social*, Recife, Universidade Federal de Pernambuco (UFPE), 2006.

- Machado, Otávio Luiz, Niedja Lima Silva, Girleide de Sá Menezes y Alexandre da Silveira Lins, “A presença das juventudes pernambucanas: novas configurações e transmutações”, en *Revista Estudos Universitários*, vol. 26, núm. 7, Recife, Universidade Federal de Pernambuco (UFPE), diciembre de 2010, pp. 115-124.
- Machado, Otávio Luiz, *Movimentos estudantis, formação profissional e construção de um projeto de país*, Recife, Elogica, 2012.
- Paula, Lucília, “Protagonismo juvenil e movimento estudantil: uma estratégia de distinção?”, en *Anais da 26ª Reunião Anual da ANPED*, Rio de Janeiro, Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Educação, 2003, <<http://www.anped.org.br/reunioes/26/trabalhos/luciliaaugustalinodepaula.rtf>> (consultado el 27 de julio de 2013).
- Pellicciotta, Mirza, “Mobilizações estudantis nos anos 1970”, en Otávio Luiz Machado, Michel Zaidan e Luís Antônio Groppo (edits.), *Juventude e movimento estudantil brasileiro: ontem e hoje*, Recife, Editora UFPE (Universidade Federal de Pernambuco), 2008, pp. 179-213.
- Pellicciotta, Mirza, “Uma aventura política: as movimentações estudantis nos anos 70”, tesis de maestría en Historia Social, Campinas, Instituto de Filosofia e Ciências Humanas (IFCH)/ Universidade Estadual de Campinas (UNICAMP), 1997.
- Pinto, Álvaro Vieira, *A questão da universidade*, São Paulo, Editora Cortez, 1986.
- Poerner, Arthur José, *O poder jovem. História da participação política dos estudantes brasileiros*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1968.
- Poerner, Arthur José, *O poder jovem. História da participação política dos estudantes brasileiros*, São Paulo, Centro de Memória da Juventude, 1995 [segunda edición ilustrada, revisada, ampliada y actualizada].
- Ridenti, Marcelo, “Artistas e intelectuais no Brasil pós-1960”, en *Tempo Social: Revista de Sociologia da USP*, vol. 17, núm. 1, São Paulo, 2005, pp. 81-110 <<http://www.scielo.br/pdf/ts/v17n1/v17n1a03.pdf>> [consultado el 28 de abril de 2008].
- Ridenti, Marcelo, *Em busca do povo brasileiro: artistas da revolução, do CPC à era da TV*, Rio de Janeiro, Record, 2000.
- Ridenti, Marcelo, *O fantasma da revolução brasileira*, São Paulo, Editora UNESP (Universidade Estadual Paulista “Júlio de Mesquita Filho”)-Fundação para o Desenvolvimento da UNESP, 1993.

- Sarfatti Larson, Magali, *The rise of professionalism: a sociological analysis*, Berkeley, University of California Press, 1977.
- Sousa, Janice Tirelli Ponte de, *Reinvenções da utopia: a militância política nos anos 90*, São Paulo, Hacker, 1999.
- Souza Martins, Heloísa T., “Movimento estudantil e reforma universitária”, en *Contexto*, núm. 1, São Paulo, Contexto, noviembre de 1976, pp. 119-131.
- UNE [União Nacional dos Estudantes], “A situação no Brasil e o movimento estudantil”, documento preparatório ao 30º Congresso da UNE, 1968.
- UNE, “A situação no Brasil e o movimento estudantil”, trabajo académico, Río de Janeiro, 1968.
- UNE, “Carta do Paraná”, en *Resoluções do II Seminário Nacional da Reforma Universitária, Cadernos da UNE*, núm. 2, Curitiba, Río de Janeiro, Editora Universitária, marzo de 1962.
- UNE, “Luta atual pela reforma universitária”, en *Cadernos de Coordenação Universitária*, Río de Janeiro, núm. 4, 1963.
- UNE, “O papel do movimento estudantil no processo revolucionário da sociedade brasileira”, Río de Janeiro, 1968.
- UNE, “O papel do movimento estudantil no processo revolucionário”, trabajo académico, Río de Janeiro, 1968.
- UNE, “O povo na luta derrota a ditadura e expulsa a ditadura”, trabajo académico, Río de Janeiro, 1968.
- UNE, “Política de massas para o ME”, trabajo académico, Río de Janeiro, 1968.
- UNE, “Programa para o movimento estudantil”, trabajo académico, Río de Janeiro, 1968.
- UNE, *Declaração da Bahia*, Río de Janeiro, 1961.
- Velasco e Cruz, Sebastião, *Movimento estudantil e crise na política brasileira*, Campinas, Instituto de Filosofia e Ciências Humanas (IFCH)/ Universidade Estadual de Campinas (UNICAMP), 1991.
- Weber, Silke, “A educação como foco de projetos político-sociais em Pernambuco”, en Rita de Cássia Araújo y Túlio Velho Barreto (edits.), *1964: o golpe passado a limpo*, Recife, Fundação Joaquim Nabuco/ Massangana, 2007, pp. 115-135.
- Zaidan, Michel y Otávio Luiz Machado (edits.), *Movimentos juvenis na contemporaneidade*, Recife, Editora Universitária UFPE (Universidade Federal de Pernambuco), 2008.

**VIDAS Y MILAGROS DE LOS LÍDERES ESTUDIANTILES
BRASILEÑOS DEL 68: UNA APROXIMACIÓN
MICROHISTÓRICA A JOSÉ DIRCEU Y *PROVA DE FOGO***

Ellen Spielmann

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

El periodista brasileño Zuenir Ventura lanzó en 1988 un libro sobre 1968 de mucho éxito —vendió 400 mil copias—, titulado *1968 el año que no terminó*. Según el propio autor “es un libro lleno de nostalgia”. En 2008 el libro fue reeditado y se agregó a él otro volumen sobre 1968, uno de “revisión”, titulado *1968 lo que hicimos de nosotros*. Ventura hace un balance bastante interesante sobre lo que terminó y lo que no terminó. Bajo la rúbrica “Lo que terminó” incluye primero el comunismo; en segundo lugar las certezas —ideológicas, científicas, religiosas o culturales—, y tercero las grandes manifestaciones de cien mil personas. Por otro lado, según el balance “Lo que no terminó” y continúa existiendo son las llamadas “minorías”, el capitalismo y, según él, los sueños. En la segunda parte del libro hay entrevistas con intelectuales destacados de la época como Fernando Henrique Cardoso y Fernando Gabeira.

Para estas dos personas, que llegaron a convertirse en figuras públicas (uno presidente de la República y fundador de los Verdes y senador de la República el otro), el clásico modelo de las vidas paralelas no sirve. Plutarco no es aquí nuestro consejero, pues Cardoso y Gabeira se sitúan en un espectro político que va del centro izquierda a la extrema izquierda.

El ex presidente (1995-2003) Fernando Henrique Cardoso se formó en la Facultad de Filosofía de la Universidad de São Paulo

(USP) hasta 1951, fue professor asistente de economía y a finales de los años cincuenta pasó a ser miembro electo del Consejo Universitario de esa institución. En una entrevista en 1988 el físico José Goldemberg, actual rector de la USP, rememora:

Recuerdo bien que una noche, durante la década de los sesenta, estaba dando clase de Física cuando entró uno de los alumnos, miembro de la directiva de la Sociedad de Estudiantes, y, con voz *entrecortada*, informó que Cuba había sido invadida a fin de derrocar al gobierno de Castro, lo que de inmediato provocó la suspensión de clases y una huelga que se extendió por algunos días. No me acuerdo de huelgas de carácter puramente estudiantil. Desde este punto de vista, la Facultad de Filosofía estaba bastante politizada, lo que le permitía ser una verdadera escuela de ciencias políticas y de humanidades para los alumnos que se especializaban en Física, Matemáticas y demás.¹

Otro recuerdo más fuerte se refiere al Consejo de la Facultad de Filosofía del cual era representante a finales de la década de 1950:

Realmente este fue mi primer contacto con grandes hombres como Florestan Fernandes, Fernando de Azevedo, Antonio Candido y muchos otros. Lo que me impresionó fue el nivel intelectual y los conocimientos de esos hombres, que se reunían una o dos veces al mes para discutir los problemas de la Facultad de Filosofía pero acababan por discutir los problemas de São Paulo y de Brasil. A esa época se remontan serios conflictos con el gobierno estatal, sobre todo durante la década de 1950, cuando era gobernador Jânio Quadros y la Facultad de Filo-

1 "Lembro-me bem de uma noite, na década de 60, em que estava dando aula de Física, quando entrou um dos alunos, membro da Diretoria do Grémio Estudantil, e, com voz *ambaraçada*, informou que Cuba havia sido invadida a fim de derrubar o governo de Castro, o que provocou imediatamente a suspensão das aulas e uma greve que se estendeu por alguns dias. Não me lembro de greves de caráter puramente estudiantil. Sob este ponto de vista a Faculdade de Filosofia era bastante politizada, o que permitia a ela ser uma verdadeira escola de ciência política e de humanidades para os alunos que faziam as mais diversas especialidades como Física, Matemática, e outras", José Goldemberg, "Depoimento sobre Memórias da Rua Maria Antônia", 1988, p. 156. Traducciones al español de citas textuales por Enrique Saldaña Solís.

sofía condujo, efectivamente, un movimiento de rebeldía civil contra las arbitrariedades del entonces gobernador.²

Después del golpe militar de 1964, Fernando Henrique Cardoso estuvo en Argentina, Chile, México y Francia; regresó a Brasil en julio de 1968. Tenía 37 años cuando ocupó la cátedra de Ciencia Política en la USP. Permaneció muy poco tiempo en ese cargo: su nombramiento fue anulado por el Acto-Institucional número 5 (AI-5), el decreto que dio a los militares poderes absolutos. Cardoso es reconocido como figura principal de la teoría de la dependencia y en su marco “probó” científicamente la inevitabilidad de la revolución en América Latina. En 1979 —en el exilio— pensaba que no existía un futuro capitalista para Brasil. Los cambios de alcance de la época del capitalismo fordista al capitalismo posfordista, del modo de acumulación y tecnología escapaban al sociólogo y economista dependentista. En 1979 Cardoso continuaba asumiendo la función tradicional del intelectual de vanguardia: anunciar el futuro.

En ese mismo año un intelectual más joven, vinculado a la guerrilla urbana y coprotagonista de una de sus acciones más resonantes —el secuestro del embajador estadounidense Charles Elbrick diez años atrás—, publicó un libro que se coloca en una situación liminar. Se trata de *O que é isso, companheiro?* (1979)³ que ha vendido medio millón de ejemplares en Brasil. Es un texto “maestro” sobre el aquí y el ahora de 1968. Lo que quiero subrayar en este paralelo es una diferencia en la conciencia de la época. Para Cardoso la fecha en que termina el proceso es 1979, junto con el movimiento de desarrollo de democratización. Para Gabeira el punto de no retorno en el proceso de la sociedad brasileña lo marca 1968. Curiosamente,

2 “este foi realmente o meu primeiro contato com grandes homens como Florestan Fernandes, Fernando de Azevedo, Antonio Candido e muitos outros. O que me impressionou era o nível intelectual e os conhecimentos desse homens, que se reuniam uma ou duas vezes por mês para discutir os problemas da Faculdade de Filosofia, mas acabavam por discutir os problemas de São Paulo e do Brasil. Datam dessa ocasião conflitos sérios com o governo do Estado, sobretudo na década de 50, quando era governador Jânio Quadros e a Faculdade de Filosofia capitaneou, efetivamente, um movimento de rebeldía civil contra as arbitrariedades do então governador”, *idem*.

3 De Fernando Gabeira. *Cfr.* Ellen Spielmann, “El descentramiento de lo posmoderno”, 1999, p. 352.

no fue Fernando Henrique Cardoso sino Fernando Gabeira quien captó, luego, el cambio general de horizontes políticos y sociales que tenía lugar para toda América Latina con la crisis financiera de 1982-1983, con la que se alteran todos los proyectos de América Latina seguidos desde los años veinte. La liberación política y social fue puesta por completo en cuestión y las ilusiones de soberanía, modernización, nación independiente, desarrollo industrial completo y liberación nacional se desplomaron. Democracia, pluralismo y consenso son los conceptos-guía que se impusieron junto a un sentimiento de fuerte desencanto.⁴ (A la vuelta de la esquina esperaba la modernización neoliberal como parte de la nueva fase de globalización.)⁵

LOS LÍDERES ESTUDIANTILES DEL 68 BRASILEÑO

Analizaré las continuidades y discontinuidades en el trayecto de uno de los líderes estudiantiles brasileños más representativos, a partir de los datos disponibles, a partir del examen de textos literarios/dramáticos, de historias orales y relatos sobre los hechos de 1968, observando a los observadores. Como resultado intentaré aportar materiales para una biografía colectiva de los líderes estudiantiles de la Universidad de São Paulo y otras instituciones universitarias brasileñas en el año clave de 1968.

Tratar esa figura en la conyuntura del 68 significa analizar textos, materiales visuales determinados por problemas de *intermedialidad*, por horizontes políticos internacionales e interculturales. Mi única forma de acercarme a ellos es con un tipo de abordaje en la línea del pensamiento en “constelación” de Mallarmé-Mannheim-Adorno-Benjamin.

4 Carlos Rincón, *La no simultaneidad de lo simultáneo. Postmodernidad, globalización y culturas en América Latina*, 1995, p. 108.

5 Ellen Spielmann, “Intelectuales brasileños 1969-1997. El caso Fernando Gabeira: *O que é isso companheiro?*”, 2000, p. 114.

Candidato a la presidencia de la Unión Nacional de Estudiantes (UNE), José Dirceu fue apresado durante el Congreso de la Federación en octubre de 1968, y canjeado en 1969 a cambio del embajador estadounidense Charles Elbrick. Se entrenó en lucha guerrillera en Cuba y hasta se hizo practicar una cirugía plástica en el rostro para burlar la vigilancia de la policía. En 1971 volvió a Brasil durante pocos meses como miembro del Movimiento de Liberación Popular (MOLIPO), un grupo guerrillero apoyado por los cubanos. En 1975 dejó atrás el exilio cubano para vivir clandestinamente en una ciudad del interior de Paraná con identidad falsa. Después de la amnistía en 1979 retornó al campo político público. Fue uno de los fundadores del Partido de los Trabajadores (PT), del cual fue elegido presidente en 1995. Se transformó en la segunda figura más poderosa de Brasil durante el primer gobierno de Luiz Inácio Lula da Silva en 2002. Ocupó el poderoso puesto de jefe de la Casa Civil (gabinete de la presidencia de la República de Brasil). Su política de alianzas hizo viable la elección de Lula en 2002 y su segundo mandato. César Benjamin, también fundador del PT y militante y dirigente hasta 1995 comenta la carrera política de Dirceu: “Zé [José] Dirceu ganó influencia porque se volvió el gran operador de la transformación del PT. Por lo tanto, si todo hubiera salido bien, él sería el sucesor natural de Lula”.⁶ En 2005 se anuló su mandato de diputado federal, acusado de sobornar continuamente a los diputados.⁷

Entre 1966 y 1967 José Dirceu cursaba Derecho en la Universidad Católica de São Paulo (PUC), y era líder de su Centro Académico (la asociación estudiantil). Su centro de actividades era la Facultad

6 “O Zé Dirceu ganhou importância porque se tornou o grande operador dessa transformação do PT. Pois, se tudo desse certo, ele seria o sucessor natural de Lula”, César Benjamin, “Depoimento sobre 1968”, 2008, p. 148.

7 En una entrevista José Dirceu declara frente a tal acusación: “Evidentemente que es una acusación política que no corresponde a los hechos. Yo no recibí dinero, no di dinero, no era diputado, no era dirigente del PT, estaba en la Casa Civil. Me equivoqué al no salir del gobierno a finales del 2004”. (“Evidentemente que é uma acusação política que não corresponde aos fatos. Eu não recebi dinheiro, não entreguei dinheiro, não era deputado, não era dirigente do PT, eu estava na Casa Civil. Eu errei em não sair do governo no final de 2004”). José Dirceu, “Depoimento sobre 1968”, 2008, pp. 204-205.

de Filosofía en la calle Maria Antônia, ubicada en el centro de São Paulo. Ahí entró en contacto con el Consejo Estudiantil de la Facultad de Filosofía y, junto al líder estudiantil José Roberto Arantes (vicepresidente de la UNE, asesinado en 1971 por la policía en São Paulo) y a sus contemporáneos, lanzó el proyecto innovador de las comisiones mixtas y donde organizó las manifestaciones históricas. En una entrevista de 1987, Dirceu analizó la importancia del espacio de la calle Maria Antônia:

La calle Maria Antônia era privilegiada: concentraba estudiantes, conversaciones, ideas, amores. Después, este centro de actividad política y cultural también fue una suerte de impacto en la cabeza de un joven de provincia. La calle Maria Antônia me hizo saltar al movimiento estudiantil brasileño, porque hasta entonces yo era apenas un líder del Centro Académico 22 de Agosto, de la PUC. Ahí estaba la mayor parte de los profesores que se oponían a la dictadura militar [...] Maria Antônia llegó a simbolizar un espacio donde se podían crear y recrear ideas que no se pregonaban en Brasil. Por eso exactamente Maria Antonia fue ocupada. Véase, por ejemplo, el significado innovador de las comisiones mixtas.⁸

Y fue allí, en 1968, donde una joven estudiante de Sociología-Antropología, Ciencias Políticas y Letras, cuyo nombre era Consuelo de Castro, escribió una obra de teatro titulada *Prova de fogo* (a prueba de fuego).

8 "A Maria Antônia era uma rua privilegiada, concentrava estudantes, conversas, idéias, amores. Depois, há também o aspecto do impacto desse centro de atividade política e cultural sobre a cabeça de um jovem do interior. A Maria Antônia me fez dar um salto para o movimento estudantil brasileiro, porque até então eu era apenas um líder do Centro Acadêmico XXII de Agosto, da PUC. Lá estava a maior parte dos professores que estavam se opondo a ditadura militar. [...] A Maria Antônia passou a ser um símbolo de um espaço onde se podia criar e recriar idéias que não se pregavam no Brasil. Foi exatamente por isso que a Maria Antônia foi ocupada. Veja, por exemplo, o significado inovador das comissões partiárias", José Dirceu, "Maria Antônia: Rebelião, Inconformismo e Verdade", 1988, pp. 217-219.

PROVA DE FOGO

Hasta hoy la obra, leída exclusivamente en la perspectiva de los estudios literarios o de teatro, se ha considerado un “testimonio”, una pieza documental. Se le juzga como lograda “primera obra” de su autora, que habría sido escrita a raíz de una crisis, un “ataque de vómito”, según la fórmula, que aspiraba a ser chocante, del crítico Yan Michalski, en la lectura biográfica que practicó.⁹ Las tesis de Peter Weiss acerca del teatro documental fueron utilizadas por la crítica brasileña para celebrar el texto dramático de De Castro en cuanto documento auténtico. Sábato Magaldi lo situó incluso como piedra miliar en el desarrollo del arte dramático en Brasil:

Prova de fogo es uno de los verdaderos e importantes documentos del país. Quien quiera entender, en el futuro, lo que aconteció en Brasil, de 1964 a 1968, deberá conocer esta obra. Y ésta no ilumina tan sólo un periodo sino todo un proceso. Debe ser abordada, por lo tanto, como una de las obras que aportaron una contribución efectiva a la dramaturgia brasileña.¹⁰

Décio de Almeida Prado se acerca todavía más estrechamente a Weiss, cuando escribe: “testimonio, con todas las cualidades de un buen testimonio: honestidad, buena fe, objetividad. Lo que Consuelo de Castro vio, supo transmitirlo, con emoción, ironía, distanciamiento e imaginación dramática”.¹¹ El problema en que el crítico no repara consiste en que, desde el momento en que un documento o un material documental es puesto sobre un escenario, que es utiliza-

9 “Consuelo de Castro: Sempre urgente. Sem rupturas”, 1989, p. 15.

10 “*Prova de fogo* é um dos verdadeiros e importantes documentos do país. Quem desejar entender, no futuro, o que se passou no Brasil, de 1964 a 1968, precisará tomar conhecimento da peça. E ele não ilumina apenas um período, mas todo um processo. Deve ser encarada, portanto, como uma das obras que trouxeram uma contribuição efetiva à dramaturgia brasileira”, Sábato Magaldi, “Um documento exemplar”, 1989, p. 515.

11 “testemunho, com todas as qualidades de um bom testemunho: honestidade, boa fé, objetividade. O que Consuelo de Castro viu, soube transmitir, com emoção, ironia, distanciamento e imaginação dramática”, Décio de Almeida Prado, “Panorama crítico (*À prova de fogo*)”, 1989, p. 558.

do como “texto”, pierde, transforma irremisiblemente su carácter “documental”. Ese paso incluye automáticamente reflexión, referencialidad, en una palabra: *representación*. No sobra señalar aquí que algo que Weiss abominaba de corazón, las indicaciones de puesta en escena que solían incluirse en las piezas teatrales, sobreabundan en el texto de *Prova de fogo*. Sin embargo, las referencias directas o indirectas a las búsquedas de Weiss, que marcaron un límite, son de interés en la medida en que están dando cuenta de un hecho. Las consideraciones tradicionales de los estudios literarios y teatrales, sus enfoques disciplinarios, no llegan al núcleo de la problemática en juego en la obra: su instrumental es insuficiente. ¿Qué clase de abordaje demanda un texto como éste? Uno con una combinación interdisciplinaria capaz de incluir lo mismo enfoques de historia de las mentalidades que aproximaciones de orden científico-social, y de dar cuenta además de una dimensión performática muy particular. Sobre todo, para conseguir situar la obra, es necesario tener en cuenta tanto una periodización del desarrollo del movimiento estudiantil, como las diferenciaciones en materia de cultura política que se articularon en las tomas de posición de sus dirigentes.

1966-1968

Hay que tener en cuenta, para cualquier análisis de *Prova de fogo*, que la obra fue escrita en 1968 *antes* del corte que constituyó en la historia político-social de Brasil el AI-5 expedido por el gobierno militar, el 13 de diciembre de ese año. Con base en él, el mariscal Artur da Costa e Silva clausuró el Congreso Nacional (la Cámara de Diputados y el Senado) y, provisto de poderes discrecionales, pudo proceder a cancelar mandatos parlamentarios y a suspender los derechos políticos de los ciudadanos. Esto quiere decir por lo menos dos cosas: por una parte, el fin del modelo reformista que el presidente Jânio Quadros y miembros de su gobierno, como Darcy Ribeiro, habían intentado instaurar antes del golpe de Estado militar. Un modelo que pretendía ser inclusivo, para convertir a los grupos excluidos hasta entonces (en primer lugar, los trabajadores del campo)

en parte de la sociedad e incorporarlos a la vida política, y que mantenía, a pesar de todo, presencia. La movilización de las masas como parte de la acción, del juego político, parecía mantener su vigencia. El AI-5 puso término a cualquier clase de ilusiones en ese sentido. Por otra parte, en el momento en que la obra fue escrita los datos no habían sido todavía lanzados sobre la mesa: las decisiones de la junta militar no habían sido tomadas, a pesar de que los primeros borradores o versiones de los decretos ya estaban listos a mitad del año. Pero la llamada “línea dura”, la línea de los tecnócratas, que comenzó a imponerse definitivamente con los decretos de diciembre de 1968, todavía no acababa de inclinar a su favor la balanza del poder.

Brasil se había constituido, hasta comienzos de la década de 1960, en laboratorio de esa propuesta de desarrollo, la cual había estado unida a la sustitución paulatina de importaciones para pasar, en el curso de un intensificado desarrollo vuelto hacia adentro, a la producción de un sector propio de parque industrial y gran industria —sostenida por la automotorización intensiva—, que debía asegurar la industrialización, el bienestar de las masas y la soberanía de la nación brasileña. Pero el modelo sustitutivo dejó de funcionar desde 1966; es decir que entró en crisis en Brasil antes que en ningún otro país latinoamericano. La crisis económica se tradujo en crisis política, una y otra invocadas en 1966 en un estudio del teórico de la dependencia Theotonio do Santos; ambas estuvieron al orden del día: se hicieron incontenibles.¹² La política del reformista Jânio Quadros fracasó y los militares pasaron a ocupar el primer plano del escenario. Su política hasta 1968 estuvo marcada por una dosis muy fuerte de indecisiones, careció de un plan preciso o simplemente se caracterizó por su ambivalencia. Esto implicó que en ese lapso el espacio de juego para iniciativas y manifestaciones opositoras de diverso tipo, si bien continuó existiendo, estuvo muy disminuido. ¿Qué ocurrió entonces? ¿Por qué los militares y los tecnócratas sintieron que su propio proyecto, apenas bosquejado, de solución de

12 “Crisis económica y crisis política” fue escrito todavía en Brasil en 1966 y publicado luego en el exilio, en Chile, por el Centro de Estudios Socio-Económicos de la Facultad de Economía de la Universidad de Chile (CESO).

crisis de hegemonía como condición para convertir a Brasil en “potencia mundial”, corría peligro? Hay que mencionar cinco grandes instancias de movilización social, de dimensiones hasta entonces desconocidas en la historia moderna de Brasil, que alertaron a los partidarios de la línea represiva contra las libertades ciudadanas y los derechos básicos:

- Huelgas de grandes dimensiones (en Contagem, Minas Gerais, a partir del 11 de abril, y el 16 de julio en Osasco, São Paulo con ocupación de las instalaciones de la empresa ferrocarrilera Cobrasma).
- Protestas obreras (el 1º de mayo en São Paulo).
- Manifestaciones multitudinarias, con movilización de población urbana en cantidades sin precedentes (50 mil personas en la marcha de protesta por el asesinato del estudiante Edson Luís de Lima Souto en Río de Janeiro el 29 de marzo; 100 mil manifestantes en la misma ciudad el 26 de junio; mítines estudiantiles en São Paulo).
- Ocupación de edificios y campus universitarios (en São Paulo, Río de Janeiro, Belo Horizonte, Brasilia y otras ciudades).
- Convocatoria del Congreso de la UNE para el 7 de octubre.

Esas acciones se sucedieron, como puede observarse, entre abril y octubre de 1968. La primera intervención represiva masiva, la detención de los estudiantes que habían sido elegidos como representantes legítimos para participar en ese congreso tuvo lugar el 12 de octubre. Con eso las cartas estuvieron echadas: ésa era la forma como los militares y civiles que habían realizado el golpe de 1964, pretendieron eliminar los obstáculos que pudieran surgir para la realización de su proyecto.

A finales de 1968 la situación política había llegado a un callejón sin salida: el golpe de Estado dentro del golpe de Estado, el AI-5 marcó el punto de no retorno en el desarrollo de la sociedad brasileña.¹³ La pregunta que Theotonio dos Santos intentó proponer como

13 El AI-5 dio lugar a un fenómeno que apenas en fecha reciente ha comenzado a recibir la

la alterantiva latinoamericana en un libro de 1972, con el título de *Socialismo o fascismo: el nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*, ya había sido respondida en el caso de Brasil desde 1968, aunque en otros países latinoamericanos iba a estar a la orden del día y a ser decidida en el curso de la década siguiente.

EL LOGRO DE CONSUELO DE CASTRO

¿Podía estar un autor dramático en condiciones de proporcionar un diagnóstico sobre la situación política que atravesó Brasil en 1968, año especialmente conflictivo? El logro de Consuelo de Castro fue otro: fue mostrar en figuras y aconteceres teatrales el aquí y el ahora del país de entonces; escribir en clave historia y microhistoria. Dentro de la proyección del Brasil contemporáneo, es de relevancia particular el perfil que consiguió trazar con la figura de Zé, de uno de los protagonistas de primera línea de la historia brasileña más reciente, en ese entonces líder estudiantil muy destacado. En esa pieza en clave Zé no es otro que José Dirceu. Con ese perfil la pieza muestra también el entramado de la cultura política de entonces, de manera que ponía de manifiesto, sin nombrarlos en el momento en que fue escrita, los dilemas del movimiento estudiantil más poderoso que conoció América Latina en —digamoslo así— el año del señor de 1968.

UNA PIEZA EN CLAVE Y UNA PIEZA CLAVE

Consuelo de Castro tenía en 1968 22 años de edad. A partir de 1964 y hasta ese año había estudiado en la Facultad de Filosofía,

debida atención: los diversos grupos de poder habrían podido, a partir de su expedición, emprender la imposición de su "utopía autoritaria", con ayuda simple y llanamente de la represión cruda, con medidas particulares de castigo y corrección, para "sanear" la sociedad y la pedagogía. Cfr. Maria Celina Soares d'Araújo, Gláucio Ary Dillon Soares y Celso Castro (eds.), *Visões do golpe: a memória militar sobre 1964*, 1994, p. 9; Carlos Fico, *Como eles agiam. Os subterrâneos da ditadura militar: espionagem e polícia política*, 2001.

Ciencias y Letras de la Universidad de São Paulo (USP), en el edificio histórico de la calle Maria Antônia, en donde asistió a cursos con Ruth Cardoso (Sociología/Antropología), Carlos Guilherme Motta, Francisco Weffort (Economía), Oliveiros S. Ferreira (Ciencia Política) y desarrolló otras actividades relacionadas con la música y el teatro.¹⁴ Fue activista, manifestante, participó en asambleas y discusiones entre estudiantes de la Facultad. Y luego, en septiembre de 1968, se encontró entre quienes la ocuparon y debieron vivir, además del desalojo por la fuerza pública, y más propiamente por la unidad especial de la policía que se llamaba “Comando de Caça aos Comunistas” (comando caza-comunistas), la destrucción, el incendio del edificio.

EL ESCENARIO

Como espacio de acción para la obra la autora bosqueja, en sus indicaciones escénicas, un escenario dividido en cuatro partes: los cuatro pisos del edificio de la Facultad de Filosofía —que no deja de recordar las soluciones escénicas con que Erwin Piscator experimentó durante la década de 1920 en Berlín, en la Freie Volksbühne, para conseguir simultaneidad de acciones representadas—. En el primer piso se encontraba la Sala do Grêmio, el sitio de reunión, la sala plenaria, separada solamente por un par de escalones, es decir, casi a un mismo nivel, del segundo piso. En aquél está la Sala de Congregação, decorada con retratos de profesores ilustres, antiguos y viejos

14 De Castro recuerda: “Habíamos fundado un grupo llamado *Los Trovadores de la Política*. En el primer semestre cantamos «Maquiavel». En el segundo, *Os Liberais*: parodias de tangos y boleros. En el tercero la *Historia de la República Brasileña*. Allí el personaje central debía actuar junto a Getúlio Vargas, en la hora de su suicidio, y junto a Juscelino, en la hora de decretar Brasilia. Al llegar al 64 el coro cambiaría la entonación y cantaría triste, «Oh, María, Oh, María, cuéntanos otra historia» (“Tínhamos fundado um grupo chamado *Os Menestréis da Política*. No primeiro semestre, cantamos «Maquiavel». No segundo, *Os Liberais*— paródias de tangos e boleros. No terceiro a *História da República Brasileira*. Ali a personagem central deveria contracenar com Getúlio Vargas, na hora de seu suicídio, e com Juscelino, na hora de decidir Brasília. Chegando em 64 o coro mudaria a entonação e cantaria triste, «Ó Maria, Ó Maria, conta outra história pra gente») Castro, Consuelo de, *Prova de fogo*, 1989, pp. 94-95.

catedráticos de la Facultad, con una mesa barroca y con sillas del mismo estilo y junto a ella una *sala de aula* (salón de clases), con libros, una guitarra y una baranda. Esos dos primeros pisos son espacios que representan propiamente la institución estatal *universidad*, enseñanza, que a pesar de ser presentada arquitectónicamente y por su mobiliario como lugar del pasado, con estructuras jerárquicas, implantada en la historia y unida a los conceptos de *élite* y *tradicción* —en una palabra, perteneciente al “viejo mundo”—, apenas va a verse tocada, y muchísimo menos destruida por los estudiantes. Único cambio significativo, la gran mesa barroca, cubierta con una vieja bandera roja y, en general, la Sala da Congregação, para decirlo con un término caro a Bertolt Brecht, va a “cambiar de función”: se va a convertir en “dormitorio” con sacos de dormir en el piso.

La Sala do Grêmio, por su parte, está decorada con carteles (*Che*, Mao y Fidel Castro), con pancartas, con caricaturas. En el tercer piso la cocina se ha transformado en un pequeño comedor. Un aviso informa muy comedidamente acerca de la escasez de recursos: “Por favor, compañeros, se les pide moderación al comer, para que todos queden satisfechos”. No hay en todo ese espacio el más mínimo signo de caos, anarquía o rebelión, y en cuanto a ideas revolucionarias, su materialización visual se limita a las manifestaciones de la cultura específica de entonces, arriba mencionadas: carteles, banderas rojas, pancartas. Esa impresión se modifica significativa pero apenas mínimamente en el cuarto piso: el techo, los puestos de vigilancia. Aquí se encuentran almacenados, en depósito, un par de docenas de cocteles molotov y algunas armas.¹⁵

Todo el escenario, incluso las armas defensivas que se ven en él, remite a la política discursiva y de debate del movimiento estudiantil. Ahora bien, el contrapunto lo marca de manera absolutamente inequívoca otra indicación escénica, incluida en el texto de la obra: “El clima deber de ser de agitación total”.¹⁶

15 *Ibid.*, pp. 27-28.

16 “O clima dever ser de total agitação”, *ibid.*, p. 28.

Prova de Fogo abre y cierra con Zé, de 24 años de edad, el protagonista. Como presidente electo del *grêmio*, dirige una asamblea general. Las indicaciones escénicas lo describen, tipificándolo, como “delgado, muy joven, guapo, ágil y muy emocionado”.¹⁷ Su actuación y retórica comprenden una gama relativamente matizada, entre furiosa (golpea con decisión sobre la mesa con el puño cerrado) y pausas, gesticulación didáctica, lenguaje corporal sexualizado-ritualizado (como gesto continuamente reiterado se echa hacia atrás el pelo largo), provocaciones verbales y gestuales, hasta llegar al agotamiento.¹⁸ La autora dota a su principal protagonista con todos los rasgos que pueden acarrearle escucha, atención, autoridad, recepción emotiva, ya sea en sentido positivo o negativo. José Dirceu, alias Zé Freitas, es estilizado como estrella del movimiento, por medio de comparaciones tomadas de circunstancias de actualidad. Se le trata de Daniel Cohn Bendit del movimiento estudiantil brasileño: “¿Tú? Cohn Bendit subdesarrollado [...] te apodaban. ¿Sabes cómo te decían? Cohn Bendit de los pobres”.¹⁹

Zé Freitas reúne carisma, belleza, ajustada a los juicios de gusto transmitido entonces a través de los medios masivos —“Tu cabello está genial así de largo”—,²⁰ un discurso político astringente y que dispone de una facilidad de palabra o, más propiamente, de una lengua muy suelta. El resumen que la autora pone en boca del coro, ajustado a lo que sería el comentario de un narrador, sostiene: “¡Zé Freitas! ¡El líder de cabellos largos! ¡Debe ser muy chido ser marxista-leninista, apuesto, y además tener la labia que él tiene!”.²¹

17 “esguio, muito jovem, bonito, deservolta e muito agitado”, *ibid.*, p. 29.

18 *Ibid.*, pp. 32-35.

19 “Você é? Cohn Bendit subdesenvolvido [...] Te apelidaram. Sabe do quê? Cohn Bendit dos pobres”, *ibid.*, pp. 37, 57.

20 “O teu cabelo é genial assim comprido”, *ibid.*, p. 57.

21 “Zé Freitas! O líder de cabelos longos! Deve ser muito bacana ser marxista-leninista, bonito, e ainda por cima ter a lábia que ele tem!”, *ibid.*, p. 51.

Como líder, como dirigente estudiantil, Zé Freitas se constituye a través de sus partidarios, su cauda, y en parte, por enfrentamiento, por contraposición con su oponente político.

FUERZAS POLÍTICAS-DISCURSO POLÍTICO-CULTURA POLÍTICA

Consuelo de Castro refleja en *Prova de fogo* la constelación política que definió a la Unión Estatal de Estudiantes de São Paulo (União Estadual de Estudantes de São Paulo, UEE/SP). En 1968 estaba en debate la candidatura para las elecciones en que debía escogerse el presidente de la UNE. Al frente de la UEE/SP había un binomio reconocido a comienzos de ese año. Se trataba de Catarina Melloni del grupo Acción Popular (Ação Popular, AP) y José Dirceu, quien era miembro de un grupo disidente del Partido Comunista Brasileño (PCB), y mantenía una alianza con el grupo Política Obrera (Política Operária, POLOP), entre cuyos fundadores siete años atrás, en 1961, se encontraba el sociólogo Theotonio dos Santos, quien se caracterizaba por su doble crítica tanto al estalinismo como a las pretensiones marxistas de hegemonía de la izquierda brasileña. Melloni y Dirceu eran los dos presidentes reconocidos y, al mismo tiempo, cada uno reclamó para sí esa investidura.²² La lucha que sostuvieron por votos, poder, línea política, un combate territorial, en vísperas del Congreso de la UNE, fue todo lo intensa que puede imaginarse. Acción Popular venía de la antigua Juventud Universitaria Católi-

22 Paulo de Tarso Venceslau, antiguo militante de la disidencia de São Paulo, pasados más de 35 años comenta: "Cuando comenzamos 1968, la UEE tenía dos presidentes reconocidos: Catarina Melloni (AP) y Zé Dirceu. Los dos se proclamaban presidente de la UEE. Entonces todo el Movimiento Estudiantil del 68 comienza con ese ambiente en São Paulo, con dos presidentes. ¡Imaginate las peleas en la manifestación, quién habla, de quién era el turno, disputa por el espacio, codazo por aquí, pisotón por allá, un horror! Pero fue así que el movimiento explotó en 1968" ("Quando a gente entra em 1968, a UEE tinha dois presidentes reconhecidos : A Catarina Melloni [AP] e o Zé Dirceu. Os dois se proclamando presidente da UEE. Então todo o Movimento Estudantil de 68 começa com esse clima em São Paulo, com dois presidentes. Você imagina a disputa que era em manifestação, quem fala, hora de falar, disputa de espaço, cotovelada daqui, pisa no pé de outro, um horror ! Mas foi assim que o movimento explodiu em 1968"), Projeto Memória do Movimento Estudantil, documento del 14 de junio de 2004 <<http://mme.org.br>> (consultado el 9 de noviembre de 2009).

ca (Juventude Universitária Católica, JUC) y tenía miembros provenientes de pequeñas agrupaciones políticas, tales como el Partido Comunista de Brasil (PCDO B) y el Partido Comunista Brasileño Revolucionario (PCBR). Además de protestas de orden general contra el régimen, sus esfuerzos estaban puestos en la lucha antiimperialista y la solidaridad con el Vietcong. Consideraban que su principal arma eran las manifestaciones masivas. En cambio, los “disidentes” que seguían la línea del POLOP tenían, dentro del movimiento estudiantil, prioridades diferentes. Según sus concepciones, el movimiento de los estudiantes debía oponerse, como instrumento de politización, a la política educativa del régimen. Esa constelación sirvió de modelo a De Castro para las discusiones en la primera escena, cuadro primero, la asamblea estudiantil en la ocupada Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la USP.

Ahora bien, si José Dirceu, el disidente, es el modelo de Zé Freitas, la figura de Júlia Silva corresponde a Catarina Melloni.²³ Para Zé Freitas la función del movimiento consiste en “mantener la agitación política”, sin que esto implique que se entienda como vanguardia del movimiento político, pero tampoco sin convertirse en “carne de cañón” (*carne de canhão*), en “mártir subdesarrollado” (*mártir subdesenvolvido*), en lanzarse al “suicidio colectivo”, cuando el ultimátum para el desalojo de las instalaciones concluya, y pueda producirse un asalto violento de la policía con riesgo de muertos.²⁴ Júlia Silva, en cambio, argumenta, con un discurso típicamente leninista, “¡En la

23 El intercambio de golpes verbales entre la posición marxista-leninista de Júlia y las reivindicaciones concretas acerca de la reforma educativa por parte de Zé —lo que le acarrea el reproche de oportunismo— es paradigmático de la conformación de bloques políticos y de los discursos ideológico-políticos divergentes. El tema de primer plano es el de la elección de candidatos: “*Cebola*: ¿Crees que Zé puede llegar a ser presidente de la UNE? *Datargan*: Nunca. Su postura oportunista es muy conocida. *Júlia*: Lo que importa es que no sea Zé. *Luís*: El tipo no debe olvidar que en última instancia nuestro objetivo es la revolución... ¡no la reforma educativa! Ese negro ahí ya olvidó lo que es la «dictadura del proletariado»” (“*Cebola*: Você acha que o Zé consegue chegar a presidente da Une? *Datargan*: Nunca. A posição oportunista dele é mais do que manjada. *Júlia*: O que importa é que não seja o Zé. *Luís*: O cara não deve esquecer que o nosso objetivo em última análise é a revolução... não a Reforma Educacional! Tem nego aí que já esqueceu o que é «ditadura do proletariado»”) Consuelo de Castro, *op. cit.*, p. 53.

24 *Ibid.*, pp. 37-38.

dictadura nada se consigue sin violencia! ¡Todo lo que nace dentro de la podredumbre se genera con violencia! [Grita] ¡La historia es un parto! Nuestra lucha no será fácil. Pero no podemos retroceder”.²⁵

Dentro del planteamiento que nos hemos propuesto desarrollar aquí no ocupan el primer plano las luchas por poder y territorio de las dos figuras²⁶ y sus respectivos partidarios. De más interés son las referencias concretas y la(s) cultura(s) política(s), que constituyen premisas, presupuestos y, en última instancia, codeterminan la construcción del contexto en donde esas luchas podían adquirir sentido.

LA ESTRATEGIA/LA TÁCTICA REVOLUCIONARIA SEGÚN EL MODELO CUBANO DE DEBRAY

La cartografía de los movimientos de protesta o de tipo armado de América Latina incluyó, como centro obligado, la ciudad de La Habana. Pero hubo también una topografía secreta en que la *rue d’Ulm*, en donde funciona la *École Normale Supérieure* en París, y la *rue de l’Université*, en la misma ciudad, en donde estuvieron las oficinas de *Les Temps Modernes*, la revista que dirigía nominalmente Jean-Paul Sartre, tuvieron gran papel. El panfleto de Régis Debray *Revolución en la revolución* (1967), que propuso una “teorización” de la “experiencia cubana”, fue un típico producto *normalien*, un producto de la *rue d’Ulm*, en donde Louis Althusser estaba en ejercicio de sus plenos poderes. La crítica más lúcida y mejor fundamentada del panfleto de Debray, de tanto impacto en toda América Latina, la realizó un militante brasileño del POLOP en una publicación de circulación clandestina muy restringida, que firmaba Marcelo de Andrade (seudónimo de Theotônio dos Santos). Esa crítica tuvo amplia divulgación cuando fue traducida en 1969 en *Les Temps Modernes*, con el título de “Considerations sur les theses de Régis

25 “Nada se consegue sem violência na ditadura! Tudo o que nasce dentro da coisa podre é gerado com violência ! (Grita) A história é um parto! não vai ser fácil a nossa luta. Mas não podemos recuar”, *ibid.*, pp. 37-38, 40.

26 Curiosamente, De Castro centra el debate en cuestiones de machismo y papeles femeninos, que aquí dejo de lado.

Debray”. Su crítica contra la tesis del foco guerrillero, predicada por Debray, se orientó especialmente hacia dos puntos:

1. La carencia absoluta de análisis políticos y económicos en la “teoría” de Debray acerca de la revolución cubana;
2. La sobrevaloración de la lucha armada contra el aparato represivo estatal como medio de movilización de las masas y (finalmente) de la revolución proletaria.²⁷

José Dirceu, alias Zé Freitas, recurre exactamente a esa crítica a las tesis de Debray acerca de la revolución cubana y a la idea de la exportación de su tesis sobre la lucha armada (“foco guerilla”) en su debate con Júlia Silva. La exigencia de “lucha armada”, de la “misión histórica” que tendría en ese sentido la ocupación de la Facultad, de resistencia armada contra el desalojo, tiene el sarcasmo y la ironía de parte de Zé Freitas:

Zé: Ustedes proponen que hagamos una trinchera de esta facultad... más bien ¡un *foco de insurrección!* Una trinchera donde seremos masacrados... los trece. Qué lástima que en la Sierra Maestra hayan sido apenas doce... si no estaríamos parejos. Fidel hizo su revolución con doce tipos, digamos Cebolinha, Júlia y Mário: los más radicales. Pero respondo: primero, no la hizo con doce. Luego, con sus condiciones, hasta yo la haría. [Y agrega además, a manera de chiste] Proponen que cerremos la universidad para equilibrar. Que nos atrincheremos aquí y que coloquemos un letrero en la puerta con los siguientes lemas: “La universidad está cerrada hasta el día de la revolución socialista”.²⁸

27 Marcelo de Andrade, “Considerations sur les theses de Regis Debray”, 1969, pp. 2012, 2021.

28 “Zé: Vocês propõem que faça-mos desta faculdade uma trincheira...melhor dizendo: um *Foco Insurrecional!* Uma trincheira onde seremos massacrados... Os treze. Pena que em Sierra Maestra tenham sido apenas doze... Senão dava certinho. O Fidel fez a revolução dele com doze caras, dirão Cebolinha, Júlia e Mário: Os mais exaltados. Mas eu respondo : Primeiro, não fez com doze. Depois, nas condições dele, até eu fazia [...] Eles propõem que nós fechamos a universidade para balanço. Que fiquemos entrincheirados aqui, e que coloquemos uma placa na porta com os seguintes dizeres: «A universidade está fechada até o dia da revolução socialista», Consuelo de Castro, *op. cit.*, p. 40.

1968: COMISSÃO DOS CEM MIL

El 2 de julio de 1968, después de la manifestación “histórica” en que tomaron parte cien mil personas y hubo muchos detenidos, el mariscal Artur da Costa e Silva recibió una delegación del movimiento estudiantil. La comisión, cuyo objetivo principal debía ser conseguir la libertad de los estudiantes detenidos y presentar sus reivindicaciones inmediatas, estaba no sólo impreparada para ello, se encontró, además, dividida, y su encuentro con el alto jefe político y militar resultó desprovisto de cualquier eficacia. Incluso, por el hecho de que ese encuentro tuvo lugar, le llovieron las acusaciones de oportunismo, revisionismo, incluso de colaboración, de entrar en diálogo, en componendas, con el régimen militar. De otra manera no se deja explicar el desarrollo de los acontecimientos. A la pregunta sobre las metas de la protesta, quienes tomaron la palabra respondieron con “reivindicaciones sin importancia” (*reivindicaciones desimportantes*). La posibilidad real de conseguir la libertad de los estudiantes detenidos se la jugó y la perdió de la manera más ilusa, cuando Marcos Medeiros, candidato de la UNE, miembro del PC y también de la Comisión, provocó la indignación del presidente de la República, Mariscal Costa e Silva, y el encuentro fue dado por clausurado.²⁹ Quienes se han ocupado del tema no consiguen determinar si Medeiros perdió al control, si lo decisivo fue la incapacidad para negociar, el deseo de sobresalir y destacarse, o una apreciación equivocada de la situación.

LA CUESTIÓN DE LA ESFERA PÚBLICA

El hecho es que José Dirceu no formó parte de la Comisión de los Cien Mil (Comissão dos Cem Mil). Consuelo de Castro explica esto aludiendo al encuentro del 2 de julio y a otros intentos de negociación y mediación y dibuja a Zé Freitas, su personaje, como una figura ambigua. En el debate acerca de cómo proceder dentro de la

29 Cfr. Carlos Fico, “1968: o ano que terminou mal”, 2009, pp. 227-228.

Facultad ocupada, qué desarrollo en qué dirección es el adecuado, y sobre el ultimátum de desalojo que está por vencerse, Júlia Santos (como vocera de Acción Popular y de las posiciones del PC) objeta directamente y hace reproches a Zé. Él, que sabe analizar situaciones políticas, que posee instinto político, considera que es el momento de negociar y no de entrar en una confrontación de fuerzas con el Estado, en la que sólo es posible perder. No es el momento de la “lucha armada”. Júlia lo descalifica, lo tacha de “reaccionario”, “entreguista”, “traidor oportunista”, “cobarde”, “pacifista”, “metafísico”, “revisionista”, como alguien dispuesto a negociar y dialogar con el régimen: habría llegado a acuerdos con representantes gubernamentales, lo cual era la máxima imputación imaginable.³⁰ Por eso debe abandonar el cargo de presidente. En los diálogos teatrales de De Castro, vistos como reelaboraciones escénicas de los debates reales y de por sí teatralizados dentro de la Facultad ocupada, una cosa es clara: no consiguen en ese momento ninguna resonancia posiciones que, en la situación *anterior* al decreto AI-5, propugnaban por una estrategia política en la que la creación de una amplia opinión pública, y el establecimiento de posibles alianzas eran la clave. Júlia lo manifiesta de una manera que resulta poco menos que pragmática:

Júlia: No tengo por qué responder a tus teorías reaccionarias. Eres un cobarde oportunista. Un miedoso de marca mayor.

Zé: Bueno, entendí. Ustedes me destituyeron... me derrocaron, porque la única cosa que obstaculizaba a la guerrilla brasileña era un pobre diablo llamado José Freitas.

Júlia: No sólo tú. Todos los líderes reaccionarios del mundo. Todos los revisionistas [...] Y la marcha va a ocurrir. Como las masas quieren. No como las cúpulas temerosas desean.³¹

30 *Ibid.*, pp. 61-64.

31 “*Júlia:* Eu não tenho que responder às suas teorias reacionárias. Você é um covarde oportunista. Um apavoradão de marca maior. / *Zé:* Bom entendi. Vocês me destituíram... me deram um golpe, porque a única coisa que atrapalhava a guerilla brasileira era um pobre coitado chamado José Freitas. / *Júlia:* Não só você. Todos os líderes reacionários do mundo. Todos os revisionistas [...] E a passeata vai sair. Como a massa quer. Não como as cúpulas apavoradas desejam”, Consuelo de Castro, *op. cit.*, p. 62.

Ha de tenerse en cuenta aquí que desde agosto de 1968 la movilización estudiantil había entrado en baja. El día 29 de ese mes fue desalojada la Universidad de Brasilia. Lo mismo ocurrió a fines de septiembre con los estudiantes que habían ocupado hasta ese momento la Universidad Federal de Minas Gerais. Luego llegó el golpe final: el 2 de octubre el ya mencionado Comando de Cacería de los Comunistas (CCC) entró a saco en la Facultad de Filosofía. De aquí colegimos lo obvio: no es posible reconocer una línea política en un movimiento así de amplio e importante, las reivindicaciones a corto o a mediano plazos resultan absolutamente vagas. Lo que queremos subrayar es otro aspecto: la muy corta duración del periodo de verdadera movilización masiva.

José Dirceu ha declarado que en el momento de la preparación de su candidatura para la presidencia de la UNE, la organización de las manifestaciones, y la posterior ocupación de la Facultad de Filosofía, la “disputa política”, “el movimiento estudiantil estaba en una ebullición total”.³² La cuestión no es, sin embargo, comprensible o explicable en términos de acción-reacción, movilización organizativa-represión. La preparación del congreso de la UNE, que debía de tener lugar en Ibiúna, en el estado de São Paulo, entre el 7 y el 12 de octubre de 1968, se desarrollaba con el mayor despliegue de actividad por parte del movimiento estudiantil. La realización propiamente dicha del congreso podría considerarse entonces desde el punto de vista de la implementación de una estrategia tendiente a la creación de ese amplio movimiento de opinión pública, al que antes aludimos. Pero, ¿que sucedió, en términos de los actores políticos o estatales principales?

- Acción Popular entendió el Congreso como un gran acto público, como “una intensificación del combate a la política educativa y a la represión de la dictadura”.³³

32 “o movimento estudantil estava numa ebulição total”, Projeto Memória do Movimento Estudantil <<http://mme.org.br>> (consultado el 9 de noviembre de 2009).

33 “uma intensificação do combate à política educacional e à repressão da ditadura”, Archivo Centro de Documentação e Memória/Universidade Estadual Paulista-CEDEM/UNESP, fondo Centro de Documentação do Movimento Operarário Mario Pedrosa-CEMAP, cx.036, apud Angélica Muller, “O Congresso de Ibiúna: uma narrativa a partir da memória dos atores”, 2009, p. 65.

- El grupo que lideraba Dirceu y que en el momento del congreso ya tenía estatus de disidente, era partidario de un “Congresso abierto, público, con millares de estudiantes”.³⁴

La decisión adoptada fue realizar un congreso *clandestino*. En esas condiciones una comisión especial escogió: a) el lugar del evento; b) la logística para la movilización hasta el lugar elegido de los mil delegados. ¿Por qué en Ibiúna? No porque existiera siquiera una mínima infraestructura sino porque en la región operaba un pequeño grupo guerrillero. Era el lugar del ayudante del general Euryale de Jesus Zerbini, ex comandante de la fuerza pública, quien se llegó a entusiasmar con alguna de las ideas acerca de la guerrilla de Carlos Marighela.³⁵

Los servicios secretos del ejército, la policía y la fuerza pública detuvieron y tomaron presos a la mayoría de los líderes estudiantiles. Las detenciones de estudiantes fueron masivas, y éstos fueron sistemáticamente torturados y algunos de ellos murieron a consecuencia del maltrato. De hecho, entonces, el movimiento estudiantil, objeto de represión violenta por parte del gobierno militar, fue no sólo desarticulado y reprimido sino aniquilado. Para utilizar fórmulas retóricas manidas, pero que convienen completamente para el caso, la flor y la nata de la juventud estudiosa del país, en su momento de militancia y radicalización, fue ofrecido en bandeja de plata para que fuera destruido.

Tal vez sea cierto que incluso los detractores de la llamada “Generación del 68”, son hijos o nietos de ese año. Vistas así las cosas, quiero cerrar con tres conclusiones provisionales, que invitan a seguir trabajando el tema:

1. Como *representación* del movimiento estudiantil de 1968 en Brasil, *Prova de fogo* puede considerarse sin parangón posible. Otros medios —la fotografía, el cine, el reportaje— no consi-

34 Projeto Memória do Movimento Estudantil <<http://mme.org.br>> (consultado el 9 de noviembre de 2009).

35 Cfr. Paulo de Tarso Venceslau. Projeto Memória do Movimento Estudantil <<http://mme.org.br>> (consultado el 9 de noviembre de 2009).

guieron la amplitud de visión que hay en la obra. Quizás, en ese sentido, también constituye una *instantánea*, la mejor muestra de la autocomprensión que pudo alcanzar el movimiento estudiantil de un país, en toda América Latina, en ese año emblemático. El gran reportaje de Elena Poniatowska sobre la masacre de Tlatelolco es un material de un tipo completamente distinto: escrito *a posteriori* y no en medio del acontecer; concebido como visión de una copartípe y no salido del mismo movimiento estudiantil.

2. Como *presentación*, la obra de De Castro consiguió incluir elementos de la puesta en escena y la *performatividad* de las acciones del movimiento estudiantil, que tenían lugar como tales, es decir como puestas en escena y *performance* en el mundo de la vida cotidiana de ese movimiento. Con las limitaciones propias del teatro como institución, *Prova de fogo* vive de la tensión que mantiene con esas dimensiones.
3. Los problemas del 68, tal como se presentan en *Prova de fogo* parecen, sin embargo, pertenecer a un pasado lejano. El ascenso del Brasil de Lula y Dirceu, del PT, hasta convertirse en una de las potencias económicas del mundo, el carácter de gigante que tiene al lado de China e India, hacen que las preguntas sean otras. La cuestión de la democracia, no obstante, parece mantener hasta hoy su vigencia.

Entre la tentación y el deseo de los estudios prosopográficos, que creo indispensables, quiero probar en este artículo el camino de la microhistoria. La antigua oposición entre estructura y acontecimiento en historiografía está agotada. Creo que sabiéndolo podemos intentar esos dos caminos, prosopografía y microhistoria, en nuestro campo de estudios.

BIBLIOGRAFÍA

Almeida Prado, Décio de, “Panorama Crítico (À prova de fogo)”, en Consuelo de Castro, *Urgência e ruptura*, São Paulo, Perspectiva 1989, pp. 517-518.

- Andrade, Marcelo de, “Considerations sur les theses de Regis Debray”, en *Les Temps Modernes*, núm. 275, mayo de 1969, pp. 2009-2036.
- Benjamin, César, “Depoimento sobre 1968”, en Zuenir Ventura, *1968 O que fizemos de nós*, São Paulo, Planeta, 2008, pp. 143-159.
- Castro, Consuelo de, *Prova de fogo*, en Consuelo de Castro, *Urgência e ruptura*, São Paulo, Perspectiva, 1989, pp. 27-117.
- Soares d’Araújo, Maria Celina, Gláucio Ary Dillon Soares y Celso Castro (edits.), *Visões do golpe: a memória militar sobre 1964*, Rio de Janeiro, Relume-Dumara, 1994.
- Dirceu, José, “Maria Antônia: Rebeldia, inconformismo e verdade”, en Maria Cecília Loschiavo Dos Santos (edit.), *Maria Antônia. Uma rua na contramão*, São Paulo, Livreria Nobel, 1988, pp. 217-221.
- Dirceu, José, “Depoimento sobre 1968”, en Zuenir Ventura, *1968 o que fizemos de nós*, São Paulo, Planeta, 2008, pp. 199-211.
- Fico, Carlos, *Como eles agiam. Os subterrâneos da ditadura militar : espionagem e polícia política*, Rio de Janeiro, Record, 2001.
- Fico, Carlos, “1968: o ano que terminou mal”, en Carlos Fico y Maria Paula Araujo (edits.), *1968: 40 anos depois: história e memória*, Rio de Janeiro, 7 Letras, 2009, pp. 223-238.
- Fico, Carlos y Maria Paula Araujo (edits.), *1968: 40 anos depois: história e memória*, Rio de Janeiro, 7 Letras, 2009.
- Goldemberg, José, “Depoimento sobre Memórias da Rua Maria Antônia”, en Maria Cecília Loschiavo Dos Santos (edit.), *Maria Antônia. Uma rua na contramão*, São Paulo, Livreria Nobel, 1988, pp. 155-157.
- Loschiavo Dos Santos, Maria Cecília (edit.), *Maria Antônia. Uma rua na contramão*, São Paulo, Livreria Nobel, 1988.
- Magaldi, Sábado, “Um documento exemplar”, prefacio a *Prova de Fogo*, en Consuelo de Castro, *Urgência e ruptura*, São Paulo, Perspectiva, 1989, pp. 515-516.
- Michalski, Yan, “Consuelo de Castro: Sempre urgente. Sem rupturas”, en Consuelo de Castro, *Urgência e ruptura*, São Paulo, Perspectiva, 1989, pp. 13-24.
- Muller, Angélica, “O Congresso de Ibiúna: una narrativa a partir da memória dos atores”, en Carlos Fico y Maria Paula Araujo (edits.), *1968: 40 anos depois: história e memória*, Rio de Janeiro, 7 Letras, 2009, pp. 63-77.

- Rincón, Carlos, *La no simultaneidad de lo simultáneo. Postmodernidad, globalización y culturas en América Latina*, Bogotá, Editorial Universidad Nacional, 1995.
- Santos, Theotonio de, *Socialismo o fascismo: el nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*, Santiago de Chile, Prensa Latinoamericana, 1972.
- Spielmann, Ellen, “El descentramiento de lo posmoderno”, en Sarah de Mojica (comp.), *Culturas híbridas, no simultaneidad, modernidad periférica: mapas culturales para América Latina*, Berlín, Wissenschaftlicher Verlag, 1999, pp. 109-122.
- Spielmann, Ellen, “Intelectuales brasileños 1969-1997. El caso Fernando Gabeira: *O que é isso companheiro?*”, en Mabel Moraña (edit.), *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*, Santiago de Chile, Instituto de Literatura Iberoamericana/Cuarto Propio, 2000, pp. 351-357.
- Ventura, Zuenir, *1968 O que fizemos de nós*, São Paulo, Planeta, 2008.

Archivos

- Centro De Documentação Do Movimento Operário Mario Pedrosa (CEMAP) Universidade Estadual de São Paulo.
- Centro De Documentação E Memória/Universidade Estadual Paulista (CEDEM) Universidade Estadual de São Paulo.
- Projeto Memória Estudantil, www.mme.org.br [consultado el 9 de noviembre de 2009].

MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES EN LA SEGUNDA
MITAD DEL SIGLO XX Y SUS RELACIONES
CON EL PODER Y LA POLÍTICA

MEMORIAS E HISTORIA DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL EN COLOMBIA (1968)

Álvaro Acevedo Tarazona

1968 fue el año de mi nacimiento. Así que crecí bajo el influjo de una generación excepcional pero no fui testigo de primer orden de los acontecimientos más importantes en los años sesenta y setenta. Como nunca antes en la historia de la cultura el mundo asistió a una revolución de repercusiones en los hábitos, consumos y concepciones sobre el devenir de las sociedades y de los Estados nacionales. La confrontación de ideologías tomó el mundo y el malestar generalizado y las protestas se hicieron visibles en grandes y pequeñas ciudades del mundo. Tal vez no todos los que protestaban o simpatizaron con estas manifestaciones sabían con exactitud por qué o contra quién dirigían el malestar, lo cierto es que querían cambiar el modo de vida, la situación de sus “pesadas” existencias.¹

Si, de otro lado, mi lugar de nacimiento fue en Bucaramanga —ciudad capital de Santander, un departamento del centro oriente de Colombia, relativamente cerca de la frontera con Venezuela—, los acontecimientos del mayo parisino y eurocéntrico fueron muy distantes. Más todavía si mis primeros años y parte de la adolescencia transcurrieron en San Vicente de Chucurí —un municipio de selva tropical húmeda, productor de cacao y con vastos cercados de pastizales para la ganadería, situado a unas cuatro horas en autobús de la capital santandereana y al que todavía se llega por una carretera que se suele llamar “destapada” o sin pavimentar—, en aquella época escenario de operaciones del origen del Ejército de Liberación

1 Tony Judt, *Postguerra: una historia de Europa desde 1945*, 2006.

Nacional y, en los años ochenta y noventa, del paramilitarismo del Magdalena Medio colombiano.

Lo interesante y paradójico de la revolución cultural planetaria del 68 es que mis compañeros de estudio, familia y contemporáneos en general, asistimos a algunas de sus consecuencias. Aun, muchas regiones de América Latina vivieron o padecieron las consecuencias de mayo del 68. La Revolución Cubana, por señalar un acontecimiento, hizo eco en casi todo el continente y en otras latitudes. Por tan extrañas circunstancias es que me interesa y apasiona el año del 68. Bien ha dicho el maestro Marc Bloch² que la historia es un oficio científicamente elaborado que se reconoce en la pasión, el goce estético y la necesidad de comprender los temas o problemas más subjetivos o insólitos.

A partir de esta elección de la historia del tiempo presente o de nuestros días, el estudio de la revolución cultural de mayo del 68 configura una tensión y complementariedad entre memoria e historia: 1) la memoria es inseparable del testigo y de la credibilidad otorgada a sus palabras (estructura fiduciaria del testimonio), la historia permite el acceso a conocimientos que fueron recuerdo de nadie (naturaleza indiciaria del conocimiento y crítica de fuentes); 2) la memoria se construye en la inmediatez del testigo, la historia en la explicación del corpus documental; 3) La memoria procura un reconocimiento, la historia una representación.³

¿UNA REVOLUCIÓN EUROCÉNTRICA?

Si, desde un enfoque crítico con la revolución cultural del 68 y la época, podría señalarse que el mayo parisino no pasó de ser en Europa una revolución eurocéntrica del estilo (la moda, la música, la cultura visual, el sexo), desde otra perspectiva analítica se argumentaría que las rupturas culturales en los años sesenta y setenta fueron de profundos significados políticos en América Latina, y tan

2 *Apología para la historia o el oficio del historiador*, 2001.

3 Roger Chartier, "El pasado en presente", 2007.

relevantes en los impactos planetarios que hasta mediados del siglo pasado la familia, que era la estructura social que más se había resistido a los cambios, se transformó. Si se recurriera al tiempo largo *braudeliano*, se podría argumentar que hasta ahora se están sintiendo los efectos de esta onda cultural. Una de estas consecuencias fue la insalvable distancia generacional que se demarcó entre padres e hijos. “Los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres”, reseñaría Marc Bloch,⁴ a propósito del viejo proverbio árabe. Eric Hobsbawm, en su ya clásica *Historia del siglo XX*,⁵ destaca que hasta entonces ningún movimiento revolucionario había tenido en sus filas tantas personas que leían y escribían libros. En otro estudio del mismo autor, “Mayo de 1968”,⁶ se complementa esta afirmación al señalarse que nunca como antes la juventud había asistido a la educación básica, media y universitaria.

El acceso a nuevas formas de consumo cultural en Europa, como la lectura y la televisión, se explica porque a mediados de la década de 1960 ya era notorio el crecimiento demográfico de la posguerra como resultado de la prosperidad económica de este periodo. Según Tony Judt,⁷ Francia tenía una población de ocho millones de estudiantes (16.1 por ciento del total de la población nacional). El principal problema de los Estados nacionales del viejo continente era cómo educar a este creciente número de jóvenes.⁸ Guardando las proporciones, en Colombia el acceso a la educación no era menos impactante en aquella época. La cifra de estudiantes con acceso a la educación universitaria había ascendido de 4 137 estudiantes matriculados, en 1935, a 50 035 en 1966, de los cuales, en este último año, 56 por ciento se encontraba en el sector público. En los decenios posteriores la demanda de las capas medias para acceder a la educación universitaria seguiría en aumento. En 1980 el registro era de 271 650 estudiantes matriculados, de los cuales 100 803 se encon-

4 *Op. cit.*, p. 64.

5 1998, pp. 322-345.

6 1999, p. 182.

7 *Op. cit.*

8 *Ibid.*, p. 570.

traban en el sector público (37 por ciento) y 170 847 en el privado (63 por ciento).⁹

Esta demanda por la educación superior de mediados del siglo xx tenía como antecedente los signos de buena salud de la economía colombiana y la mejora de la calidad de vida de la población en las ciudades durante las décadas de 1940 y 1950. El café recibía toda la atención por parte del gobierno nacional y Estados Unidos había intervenido en un acuerdo que establecía cuotas de importación para las naciones productoras, garantizándole a Colombia 80 por ciento de la producción anual en el mercado de este país. Los precios se habían estabilizado después de 1940, en promedio de casi veinte centavos por libra durante la primera mitad de esta década. La producción se incrementaba y en 1945 se duplicó hasta casi llegar a seis millones de sacos de café de sesenta kilos. Lo más favorable para Colombia había sido que Estados Unidos, comprador de 96 por ciento de las exportaciones, no sufrió las consecuencias devastadoras de la guerra.¹⁰ En ciertas regiones de Colombia, especialmente las cafeteras, las condiciones económicas no podían ser más favorables.

En contraste, lo mismo no se podía decir de los campos colombianos donde la reforma agraria de 1936 había acentuado los conflictos entre propietarios y campesinos sin tierra. La modernización como fenómeno urbano no llegaba a las zonas rurales donde aún, en 1945, se concentraban las dos terceras partes de los colombianos, de los cuales 60 por ciento no sabía leer: las brechas de calidad de vida entre las clases pudientes y las rezagadas eran notorias. Por otra parte, las tierras cafeteras de Antioquia, Tolima y Valle eran un atractivo de oportunidades para miles de campesinos que abandonaban el oriente y el sur de un país con unos 10.5 millones de habitantes. Las tasas de mortalidad infantil decrecían al mismo tiempo que la de analfabetismo y el promedio de vida se elevó de 36.1 años a 48.9 años. En general, en la década de 1940 había una mejoría en las

9 Absalón Jiménez y Helwan Figueroa, "Políticas educativas en la educación superior: 1925-1992", 2000.

10 James D. Henderson, *La modernización en Colombia: Los años de Laureano Gómez, 1889-1965*, 2006.

condiciones de vida de los colombianos en la zona cafetera y en las ciudades, relacionadas con acceso a médicos, hospitales, profesores y escuelas, que a su vez contrastaba con las zonas rurales del país, sumidas en la escasez, la explotación de los propietarios de las tierras y la violencia bipartidista entre liberales y conservadores. Esta última azuzada desde Bogotá y las capitales departamentales por caciques, caudillos, gamonales y políticos de oficio. En estas condiciones tan desiguales entre el campo y las ciudades colombianas nacía la clase media en las zonas más urbanizadas y con ella nuevas formas de consumo. Consecuencia de estos factores económicos y sociales, era un hecho que las capas medias en Colombia, por primera vez, accedieron a la educación universitaria. Sin embargo, el número seguía siendo poco significativo, de ahí que en Colombia no se puede hablar de universidad de masas o para el pueblo.

Después de más de tres lustros de investigar este periodo de la historia del siglo xx de Colombia, y especialmente su contexto político, cultural y educativo, es significativo presentar las siguientes tesis de estudio sobre la historia de la cultura y la educación:

- a) Desde el siglo xix las políticas educativas por crear un sistema nacional regulado, coherente y de amplia cobertura no fueron más que una suma de fracasos, entre ellos el proyecto liberal de fundación y casi inmediato desmonte de la Universidad Nacional en 1867 o el proyecto de reforma a la Universidad Nacional de Alfonso López Pumarejo en la década de 1930.
- b) El sistema universitario en Colombia, en realidad, adquirió una primera configuración con la “explosión” del sistema universitario regional en la segunda mitad del siglo xx, después de la caída de Rojas Pinilla y de la creación de la Asociación Colombiana de Universidades (ASCUN).
- c) La ausencia de una base sólida organizativa y con permanencia en el tiempo de los estudiantes no consolidó un movimiento social propiamente dicho, sino un acumulado de protestas sobre cinco elementos en común: el apoyo a una educación científica y tecnológica que rompiera de una vez y para siempre la ausencia de un progresivo “ideal de lo práctico”, el rechazo al autori-

tarismo académico y la profesionalización universitaria, la defensa de la autonomía universitaria y de la libertad de cátedra, el antiimperialismo y la búsqueda de una sociedad más justa e igualitaria.

- d) Si bien a partir de la segunda mitad del siglo xx la “lucha de clases” fue una representación de la inconformidad y protesta de los estudiantes, las actuaciones de los mismos no se pueden enmarcar en esta categoría para explicar su acción social colectiva ni mucho menos sus posiciones ideológicas, algunas de las cuales derivaron hacia el mesianismo, el autoritarismo (el mismo que tanto se criticaba) o el elitismo de izquierda, sin descontar la movilidad social tanto de militantes como de la mayoría de los profesionales universitarios.
- e) La confrontación entre estudiantes, asociaciones sindicales educativas, directivos universitarios y gobierno creó escenarios físicos y simbólicos de conflicto y violencia, mediados por discursos excluyentes o de negación del otro.
- f) La presión de los sectores medios universitarios hacia el Estado por la modernización educativa no logró una reforma incluyente y de abajo hacia arriba; por el contrario, se impuso un modelo educativo modernizador estatal sobre la base de una racionalidad instrumental profesionalizante; esto es, privilegió los medios sobre los fines y desconoció valores, afectos y tradiciones en la cultura.

Si se compara el salto educativo de los años sesenta y setenta de Colombia con el de Europa y Estados Unidos las diferencias son abismales, sobre todo porque allí se consolidaron sistemas de educación superior de cobertura y calidad. Si hasta mediados del siglo xx la educación superior en Europa seguía siendo para las élites, la cobertura en la década de 1960 promovió un salto generacional sin precedentes y obligó a los gobiernos nacionales a reformar los sistemas de educación. Igual sucedió con Estados Unidos, que no sólo mejoró su sistema educativo sino que después de la Segunda Guerra Mundial lo consolidó como el mejor del mundo. No es por ello extraño que sólo hasta los años sesenta se discutieran en las

universidades norteamericanas los derechos civiles de la población negra, o que el mayo francés de 1968 fuera el escenario de los acontecimientos más importantes en la historia de la cultura del siglo xx, pero no el único. Si la revolución supone la adopción de una visión del mundo totalmente nueva, luego de un cambio violento en las instituciones del estado social imperante, la paradoja del cambio en los años sesenta y setenta del siglo xx llama la atención por las consecuencias planetarias que desencadenó en el plano cultural mas no político, tesis que tampoco se puede desconocer al estudiar la historia social y de la cultura, más en América Latina que fue una de las regiones del globo donde más se sintió los efectos de esta onda expansiva. Si el detonante de los acontecimientos había sido Francia —hoy leídos más como un símbolo que como un efecto político de alcance duradero—, muchas naciones del orbe vibraron con la utopía igualitaria aclamada por esta juventud, en algunos casos, dispuesta a la acción clara y pausada; en otros, incitada al frenesí de la lucha, el anatema y la desmesura. En cada región del globo, las implicaciones de mayo del 68 no fueron las mismas: en el Tercer Mundo, incluyendo América Latina, una visible agitación política y social; en Estados Unidos, la nación más poderosa del planeta, manifestaciones y disturbios por los derechos civiles y protestas declaradas contra la guerra en Vietnam; en el Segundo Mundo del comunismo soviético, una aparente calma con cráteres lunares políticos de inconformidad en Checoslovaquia y Polonia. Es por ello que la historia comparada adquiere relevancia significativa cuando se trata de estudiar las consecuencias tanto locales como planetarias de este fenómeno cultural y, aún más importante, cuando se trata de sopesar los enfoques metodológicos y el alcance de las fuentes, como en forma sucinta se mostrará.

1968: EL ACONTECIMIENTO EN LA LARGA DURACIÓN

La unidad de análisis de los acontecimientos del 68 supera el marco del Estado-nación para inscribirse en los procesos subyacentes de la economía-mundo capitalista, y en específico de su revolución

cultural, un referente nodal del largo siglo xx histórico en la tesis de Immanuel Wallerstein, que habría comenzado en 1870 hasta alcanzar la hegemonía estadounidense, y que en la actualidad estaría en su etapa final y conclusiva. La denominada *pax americana* se habría delineado a partir de 1945, casi sin grandes obstáculos en la guerra fría, y llegado a su primer punto de caída hegemónica, sin retorno, en la revolución cultural de 1968 y la crisis económica planetaria de 1972-1973. Estas fechas son también el punto en la curva de la descolonización del mundo y de la sistemática crítica del eurocentrismo. En esta tesis, el largo siglo xx se divide en dos momentos: el primero desde 1870 hasta aproximadamente 1968 y el segundo a partir de este año en el que el mundo cambió. Los acontecimientos del emblemático año de 1968 no serían otra cosa que una revolución de larga duración de las estructuras culturales.¹¹

Tanto en esta concepción del largo siglo xx de Immanuel Wallerstein como en la argumentación del corto y dramático siglo xx de Eric Hobsbawm¹² —estallido de la Primera Guerra Mundial hasta el hundimiento de la Unión Soviética en los años ochenta y noventa—, los acontecimientos de 1968 merecen toda la atención por las implicaciones culturales desencadenantes en el mundo, entre ellas, el tránsito de la familia nuclear monógama por otra en la que el género femenino se liberó de ciertos roles y tradiciones patriarcales hasta adquirir identidad y sentido de reivindicación en los movimientos feministas. También fueron sacudidas desde sus cimientos las formas de trabajo y de la economía, la escuela, los medios de comunicación y los saberes de las disciplinas modernas.

EL CORPUS: PRODUCCIÓN ESCRITA Y MEMORIA CULTURAL

Reseñadas las implicaciones planetarias culturales de la época, que se encadenarían con el año de 1968 en Colombia y al mismo tiempo

11 Carlos Antonio Aguirre Rojas, "El mapa general de la perspectiva del análisis de los sistemas-mundo", 2007, pp. 25-29.

12 *Historia del siglo XX*, 1998.

se circunscribirían a un arco espacio-temporal más amplio —conocido en la historiografía política como el Frente Nacional (1958 y 1974)—, el corpus de la indagación se rencontraría con el discurso de la producción escrita y la memoria cultural de los estudiantes universitarios e intelectuales del país en 1968. Si en el mundo el foco de los acontecimientos políticos y culturales fue este año, en Colombia los años de 1971 y 1972 fueron los de mayor visibilidad por las aclamaciones de la utopía revolucionaria y por las protestas contra el pacto político bipartidista del Frente Nacional, la política modernizadora universitaria del Estado y la orientación hacia el modelo de educación superior estadounidense (Plan Atcon, Plan Básico para Educación Superior, Plan de Desarrollo del Banco Interamericano de Desarrollo).

Este encuentro con la producción y con la memoria cultural en estos años de la historia de Colombia —que se puede seguir en la Hemeroteca de la Biblioteca Luis Ángel Arango (revistas *Mito*, *Eco*, *Nadaísmo* 70, *Alternativa*, *Consigna*, *Magazines de periódicos*, entre otras), la colección de seriados de la Biblioteca Nacional o el Archivo Legislativo del Congreso—, analizaría, por una parte, las principales temáticas y contenidos de la producción escrita y las redes intelectuales que formaron opinión, y que de alguna manera construyeron una visión de mundo, en un país caracterizado en aquella época por grandes transformaciones urbanas y sociales. Si en 1918 la población colombiana se acercaba a los nueve millones de habitantes (2 692 en las poblaciones cabeceras y 6 010 en el campo), en 1964 casi se había duplicado rondando la cifra de 17,5 millones, de los cuales un poco más de nueve millones estaban en las poblaciones cabeceras.¹³

Esta aproximación al estudio de la historia de la cultura y de la educación también reconstruiría la suma y combinación de ciertos testimonios individuales de estudiantes e intelectuales que lucharon por la autonomía, la calidad académica y el crecimiento presupuestal público de la universidad. Estudiantes e intelectuales de esta época mantuvieron un activismo solidario con otros movimientos sociales

13 José Antonio Ocampo *et al.*, "La consolidación del capitalismo moderno (1945-1986)", 1996.

en pro de la participación política y del ideal por alcanzar una sociedad más justa, incluyente e igualitaria. Cabe señalar que tan sólo un decenio antes de 1968, la agitación social en Colombia (huelgas sindicales, luchas cívicas, protestas campesinas, de empresarios, de mujeres), en particular la universitaria, motivada de alguna manera por los grandes cambios educativos, socioeconómicos y políticos del país, dio origen, entre otras reformas político-educativas modernizadoras del Estado, a la primera asociación universitaria en el siglo XX (ASCUN, 1957) con el fin de promover el pensamiento educativo y consolidar el sistema universitario colombiano. Una institución que hasta la fecha funciona y que tiene las unidades de información archivística para su estudio. La política educativa también se puede rastrear en archivos de alcaldías y gobernaciones donde nacieron los centros de educación tecnológica y las universidades regionales más importantes del medio siglo XX en Colombia (Bogotá, Valle, Antioquia, Tolima, Atlántico, Santander), al igual que en la Hemeroteca Nacional Universitaria y la Biblioteca de Planeación Nacional.

Hoy se sabe que la radicalización universitaria contó, primero, con la Unión de Estudiantes Colombianos (UNEC, 1962-1966) y la Asociación Universitaria de Santander (AUDESA) con su gran marcha de Bucaramanga a Bogotá en 1964; luego, con la FUN (Federación Universitaria Nacional), la FEUV (Federación de Estudiantes de la Universidad del Valle, 1970-1973) y otras organizaciones estudiantiles regionales. Aunque no es fácil seguir estas organizaciones ni la memoria cultural de sus protestas ni las redes intelectuales, como tampoco las obras y publicaciones seriadas ni los principales libros y revistas que circularon en el ambiente cultural de la época, es importante señalar que existen las librerías de viejo donde una producción impresa importante todavía circula, al igual que es posible rastrear información de archivo en algunas asociaciones estudiantiles como AUDESA (comunicaciones, boletines de prensa, grafitos, pintas y otro tipo de expresiones de esta cultura escrita en la universidad) o recurrir a la memoria cultural de sus líderes o protagonistas, sin descontar los archivos universitarios de las secretarías generales con sus respectivas unidades académicas, oficinas de planeación (documentos de reforma, de acreditación), archivos de bibliotecas, prensa y

fuentes audiovisuales que hoy adquieren suma vigencia y una forma de tratamiento nueva en el campo de la historia.

La memoria cultural de los intelectuales más sobresalientes, de los líderes estudiantiles universitarios de la época y de las organizaciones subversivas también ocuparía un lugar central de análisis en el corpus de esta investigación. ¿Cuál es la memoria cultural de la radicalización de los estudiantes en contra de la política modernizadora educativa universitaria del Estado durante el periodo del Frente Nacional? ¿Acaso fueron las demandas ideológicas y políticas del movimiento estudiantil lo suficientemente estratégicas y eficaces para contrarrestar la política modernizadora educativa del Estado? En el mismo orden de problemas: ¿cuáles fueron los textos impresos de mayor difusión y quiénes los produjeron? ¿Qué redes o espacios de discusión se constituyeron para su lectura y circulación, qué representaciones se difundieron en la comprensión de la sociedad, de la política, de las regiones, de las localidades, del Estado-nación?

La historia de la cultura intelectual se reconstruye con las representaciones sociales y las prácticas políticas y culturales que gravitan en un marco de normas, coacciones físicas o simbólicas y ejercicios de poder. Tanto las representaciones como las sociabilidades modeladoras de las experiencias intelectuales son el sustrato para el análisis de la historia de la cultura y de la educación. Según la relación con el mundo que tienen los creadores de los textos y sus lectores, los juicios intelectuales, las prácticas cotidianas se expresan en sus escrituras (memorias intelectuales, publicaciones) y se transmiten en la memoria colectiva. Los textos como constructores de sentido recrean visiones en sí mismas y de los propios lectores. Son el resultado de una clasificación, organización, producción técnica y difusión. Son también reconocidos por la memoria de los lectores que transmiten una significación de los mismos y son parte de un contexto y de unas normas que delimitan tanto su producción técnica como su contenido.¹⁴ El análisis de esta producción se

14 Roger Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, 1996; Roger Chartier, *Cultura escrita, literatura e historia*, 2000; Roger Chartier, "Lecturas populares", 2007.

delimitaría sólo al conjunto de reglas, operaciones y enunciados de la historiografía como disciplina social que acredita representaciones del acontecer. Las formas literarias como estructuras narrativas, tropos retóricos o figuras metafóricas serían objeto de otro estudio. Así, las preguntas que interrogarían esta producción y la memoria cultural de su transmisión serían: ¿cómo se expresa la confrontación del bipartidismo en Colombia y las violencias que éste desencadenó en la mayor parte de la geografía nacional?, ¿qué dicen sus escrituras sobre la poca legitimidad y gobernabilidad del Estado-nación frente a grandes sectores de la sociedad que asistían como espectadores o víctimas de las luchas internas por el poder entre sus élites?, ¿cuál fue la memoria cultural de los principales protagonistas intelectuales y universitarios que movilizaron protestas y organizaciones estudiantiles en los años mencionados (1968, 1971 y 1972), que se circunscribe al contexto político del periodo del Frente Nacional (1958-1974) sobre la base de la alianza inicial de éstos con el bipartidismo y su posterior desencanto?

La memoria cultural reproduce y transforma las creencias sociales (cognitivas, discursivas y sociales), muchas de las cuales son implícitas a la acción comunicativa por ser básicas en la convivencia. Ésta sería la memoria vital para reconciliar un país en la cronicidad y circularidad de un conflicto armado desolador. La memoria es también una forma de romper con la hegemonía del tiempo de la historia (la larga duración, la coyuntura, el acontecimiento), de señalar que el tiempo vital de los individuos y grupos humanos adquiere sentido día a día. Una memoria muy distinta de la episódica (que es individual y depende del contexto) y que en algunos casos es abstracta y desvinculada del estado social histórico en el que se desenvuelve, como suele ocurrir con las ideologías. Por último, el propósito es alcanzar una visión comparativa con América Latina. Los nexos académicos y universitarios y las discusiones teóricas, en especial las marxistas en el contexto del socialismo de la Unión Soviética y la revolución cultural China, que los intelectuales colombianos tejieron con aquellos de Europa, Estados Unidos y los pocos académicos extranjeros que habían llegado a Colombia por circunstancias disímiles, son una posibilidad real de aproximarse

al estudio de las historias conectadas (México, Argentina y Brasil). Más aún, los acontecimientos culturales de 1968, revelan la sincronización y encadenamiento de ciertos eventos planetarios con aquellos de los Estados nacionales. La historia global deja ver las múltiples temporalidades y espacialidades construidas por las tendencias del espacio-mundo, que acentúan las diferencias, las oposiciones y las inclusiones. Su análisis no sólo remite a la historia europea sino a narrativas, actores, circunstancias de poder y direccionalidades del espacio-mundo.¹⁵ Los eventos de los años sesenta y setenta en Colombia muestran una concordancia de relaciones globales, a la vez que prefiguran una singularidad sobre la forma como se intentó acceder a la modernidad, sobre todo si se reconoce que no hay una sola sino múltiples modernidades.

OTRAS FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA CULTURA Y DE LA EDUCACIÓN EN COLOMBIA SIGLO XX

Producción impresa

La edición de la revista *Mito* en 1955 logró encauzarle una senda definitiva a publicaciones posteriores de calidad y amplia circulación. *Mito* es considerada una de las primeras publicaciones culturales más importante del siglo xx en Colombia porque reunió en sus páginas a escritores, poetas, filósofos y críticos que abrieron la cultura colombiana al contexto literario mundial. Su comité editorial estaba conformado por protagonistas del movimiento intelectual hispanoamericano como Alfonso Reyes, Octavio Paz, León de Greiff, Vicente Alexandre, Jorge Luis Borges, Luis Cardoza y Aragón, Carlos Drummond de Andrade y Mariano Picón-Salas.

La revista *Eco* fue otra de las publicaciones más importantes de la época, editada por primera vez en mayo de 1960 y dirigida por Karl Buchholz, Ernesto Guhl, Hans Herkrath, Hasso Freiherr von

15 Hugo Fazio Vengoa, "De la globalización a la historia global: hacia otra representación del mundo contemporáneo", 2007.

Maltzahn, Carlos Patiño y Antonio de Zubiarrue. La revista tenía como objetivo constituir un eco de las más notables y verdaderas voces de Occidente, en particular del ámbito alemán. Más adelante, en los años setenta, surgirían dos revistas de notoria importancia: una de ellas, *Nadaísmo 70*, dirigida por Gonzalo Arango y Jaime Jaramillo Escobar, en sus páginas editadas con poemas, ensayos críticos y caricaturas del acontecer nacional, reaccionó a la tradición literaria cultivando un estilo mordaz, cercano a las ideas de izquierda y en sintonía con la ruptura cultural de los años sesenta y setenta.

En 1974 surgió otro grupo de intelectuales alrededor de la revista *Alternativa*. La producción de este grupo expresó la cultura de la época, la problemática de la sociedad colombiana, las decepciones de las guerras imperialistas y del propio conflicto interno, los movimientos románticos de la revolución y una mirada más cercana a la política socialista, promovida en algunos países latinoamericanos. *Alternativa* y su lema “atreverse a pensar es empezar a luchar” tenía en su comité editorial a Gabriel García Márquez, Orlando Fals Borda, Jorge Villegas Arango. Con un lineamiento político, esta revista abrió espacios para la creación y difusión artística y literaria. La caricatura, los análisis sociales, la situación social y económica de Latinoamérica y la creación literaria estuvieron presentes en sus páginas, sin descuidar un norte expresado en los editoriales: la convergencia de todos los sectores revolucionarios colombianos en torno a la lucha por la construcción del socialismo.

Como se ha señalado, esta producción literaria de los años sesenta y setenta estuvo en sintonía con el palpar cultural de los acontecimientos nacionales e internacionales. Aunque los índices de ventas de libros no garantizan su lectura son un referente en el análisis de la producción textual discursiva y la reconstrucción de la memoria cultural de este periodo. Diversas temáticas políticas y sociales fueron ampliamente difundidas por librerías colombianas en obras como *El diario del Che*, *Los hijos de Sánchez*, de Oscar Lewis; *El desafío americano*, de Jean Jacques Servan-Scheiber, *Cambio de piel*, de Carlos Fuentes; *La revolución teórica de Marx*, de Althusser. Dichas obras se difundieron en el contexto cultural de la época con ventas significativas en las diversas librerías del país.

La novela de ficción latinoamericana también mantuvo una gran acogida por parte de los lectores nacionales: *Sobre héroes y tumbas*, de Ernesto Sábato; *El señor presidente*, de Miguel Ángel Asturias, *La vuelta al día en ochenta mundos* y *Rayuela*, de Julio Cortázar; *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa; *El llano en llamas*, de Juan Rulfo. De la misma forma, hubo una amplia difusión de novelas nacionales como *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez y *En noviembre llega el arzobispo*, de Héctor Rojas Erazo.

Por citar sólo las ventas de libros en el año de 1968, *Cien años de soledad* ocupó el segundo lugar en la Librería Aguirre, de Medellín, después de *El Diario*, de Ernesto Che Guevara. En la librería Gran Colombia, de Bogotá, ocupó el primer puesto, por encima de *El Diario* de Guevara. En las librerías Nacional, de Cali, y Bucholz, de Bogotá, la novela cumbre de García Márquez también ocupó el primer puesto, le siguió *El desafío americano*. Esta última obra ocupó el primer puesto de ventas en la Librería Central de Bogotá. En este año se vendieron también libros de factura nacional. Además de las obras ya citadas de García Márquez y Rojas Erazo, alcanzaron un puesto significativo de ventas *Laberintos insolados*, de Martha Traba; *Camilo Torres*, de Carlos H. Pareja; *Bolívar: perspectiva psicoanalítica*, de Mauro Torres; *Che Guevara: su vida y su muerte*, de Carlos Villar Borda y *La violencia en Colombia*, de Germán Guzmán. Entre las obras de autores internacionales también se contaron como las más vendidas *El hombre unidimensional* y *Eros y civilización* de Herbert Marcuse, *Topaz*, de León Uris; *La seducción*, de Witodi Gambrowichs; *El mono desnudo*, de Desmond Morris; *Parasitismo y subversión en América Latina*, de Stanislav; *El retorno de los brujos*, de Pawel; *La sociedad industrial contemporánea*, de varios autores; *La revolución inconclusa*, de Isaac Deustcher; *Justine*, del marqués de Sade; *Discusiones sobre planificación*, de varios autores; *El siglo de las luces*, de Alejo Carpentier y *Las anti-memorias*, de André Malraux.

Memoria cultural de organizaciones alzadas en armas contra el Estado

Sobre la base analítica de dicha producción textual, la memoria cultural de los intelectuales más sobresalientes y de los líderes estudiantiles universitarios de la época también ocupa un lugar central de análisis en el corpus de esta investigación. El propósito es hacer un aporte para el estudio de la historia de la cultura y de la educación colombiana, una contribución explicativa de la política modernizadora educativa del Estado y un análisis del conflicto nacional, signado en aquella época por los casi nulos espacios de participación política del Frente Nacional, por la profunda agitación social de movimientos, luchas cívicas y laborales y por el origen de las organizaciones subversivas de mayor impacto en Colombia: Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), Ejército de Liberación Nacional (ELN), Ejército Popular de Liberación (EPL) y Movimiento 19 de Abril (M-19).

Si estudiantes e intelectuales habían sido definitivos en la caída del gobierno de Gustavo Rojas Pinilla, muy pronto éstos no sólo sintieron que el nuevo régimen los había traicionado, sino que injustamente los señalaba de agitadores y subversivos por oponerse al desmedro financiero con el cual el gobierno trataba la educación pública y por denunciar el modelo educativo estadounidense en la universidad colombiana. Los estudiantes mostraron una rápida radicalización que protestó tanto por la igualdad y justicia social como por la defensa de la autonomía universitaria, la calidad académica, la libertad de cátedra y la denuncia al imperialismo de Estados Unidos. Estas demandas fueron una constante durante este periodo que se enlaza con reivindicaciones estudiantiles similares en todo el mundo.

La memoria como fuente

En Colombia la memoria entraña una paradoja: por un lado, la incapacidad del Estado para reconciliar un país fragmentado y dividido por las guerras civiles del siglo XIX y los conflictos armados inconclusos del XX; por otro, una posibilidad para reconciliar un país:

- a) cruzado por memorias circulares de los conflictos armados en los cuales la paz sólo era el preámbulo de uno nuevo, casi con las mismas causas y con los mismos actores;
- b) aturcido por memorias residuales en las que el conflicto deja heridas tan abiertas que es casi imposible la reconciliación;
- c) alterado por memorias mosaico en las que son tantos los escenarios de la violencia y de la guerra, que uno y otro se traslapan en un largo suceder de impunidad. Las muertes de estudiantes en protestas y marchas no sólo de la época sino de ahora son una constatación de esta dura realidad.¹⁶

La memoria cultural de los años sesenta y setenta también debe ser reconstruida en sus distintos matices de excesos, gritos de batalla, sueños, utopías e ideologías. Esta historia cuenta. Es cierto que la memoria no es suficiente para abrir el horizonte de una época, pero es una expresión de la cultura, de ese algo interior de los seres humanos que no se encuentra en las fuentes de archivo, en la lectura de los textos escritos de una época. Mientras la historia se reconoce en el análisis del dato, la memoria es presencia viva del pasado,¹⁷ identidad de grupos y personas. Como toda memoria, la del conflicto colombiano es distinta a la historia del mismo por carecer de la síntesis, la contrastación de hipótesis, la criba de datos; no obstante, la memoria tiene el derecho a una insurgencia de lo que fue, y ante tal exigencia la historia debe reconocer el testimonio, el recuerdo del testigo, como parte de la operación historiográfica que se representa.¹⁸ Es cierto que la memoria carece del universalismo y puede caer en la tentación de aislarse del resto de la historia de la humanidad,¹⁹ pero ella reafirma el testimonio como una fuente que no se puede despreciar.

16 Gonzalo Sánchez, *Guerras, memoria e historia*, 2006.

17 *Idem*.

18 Roger Chartier, "El pasado en...".

19 Eric Hobsbawm, "La historia de la identidad no es suficiente", 1998.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre Rojas, Carlos Antonio, “El mapa general de la perspectiva del análisis de los sistemas-mundo”, en Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, Bogotá, Ediciones Desde Abajo (Biblioteca Pensamiento y Futuro), 2007, pp. 7-47.
- Archila Neira, Mauricio, *Idas y venidas, vueltas y revueltas: Protestas sociales en Colombia, 1958-1990*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH)-Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), 2003.
- Bloch, Marc, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001 [segunda edición en español revisada].
- Chartier, Roger, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1996.
- Chartier, Roger, *Cultura escrita, literatura e historia. Coacciones transgredidas y libertades restringidas (espacios para la lectura)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Chartier, Roger, “Lecturas populares”, en Universidad Eafit (edit.), *II Seminario Internacional Sociedad, Política e Historias Conectadas: cultura impresa y espacio público. Siglos XVI-XXI*, Medellín, 2007.
- Chartier, Roger, “El pasado en presente”, en Universidad Eafit (edit.), *II Seminario Internacional Sociedad, Política e Historias Conectadas: Cultura impresa y espacio público. Siglos XVI-XXI*, Medellín, 2007.
- Fazio Vengoa, Hugo, “De la globalización a la historia global: hacia otra representación del mundo contemporáneo”, en *Análisis Político*, Bogotá, núm. 61, septiembre-diciembre 2007, pp. 28-44.
- Henderson, James D. (2006), *La modernización en Colombia: los años de Laureano Gómez, 1889-1965*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín-Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, 2006.
- Hobsbawm, Eric, “La Historia, de nuevo, amenazada”, en *El Viejo Topo*, núm. 72, Barcelona, 1994, pp. 77-81.
- Hobsbawm, Eric, “Izquierda y políticas de identidad”, en *El Viejo Topo*, núm. 107, Barcelona, 1997, pp. 22-29.

- Hobsbawm, Eric, “La historia de la identidad no es suficiente”, en Eric Hobsbawm, *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 266-276.
- Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo xx*, Buenos Aires, Crítica-Grijalbo, 1998.
- Hobsbawm, Eric, “Mayo de 1968”, en Eric Hobsbawm, *Gente poco corriente: resistencia, rebelión y jazz*, Barcelona, Crítica, 1999, pp. 182-198.
- Jiménez, Absalón y Helwar Figueroa, “Políticas educativas en la educación superior: 1925-1992”, en *Revista Colombiana de Educación*, núm. 38, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, 2000, pp. 181-200.
- Judt, Tony, *Postguerra: una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006.
- Ocampo, José Antonio, Joaquín Bernal, Mauricio Avella y María Errázuriz, “La consolidación del capitalismo moderno (1945-1986)”, en José Antonio Ocampo (comp.), *Historia económica de Colombia*, Bogotá, Tercer Mundo, 1996, pp. 243-334 [cuarta edición].
- Sánchez, Gonzalo, *Guerras, memoria e historia*, Medellín, Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), 2006.
- Volpi, Jorge, *La imaginación y el poder: una historia intelectual de 1968*, México, Era, 2001.

EL MOVIMIENTO POLITÉCNICO DE 1956: LA PRIMERA REVUELTA ESTUDIANTIL EN MÉXICO DE LOS SESENTA

*Jaime M. Pensado**

En América Latina la visibilidad del *estudiante* en la esfera pública y del *estudiantado* como colectivo son recientes. Al igual que el concepto de la *juventud*, se comenzó a distinguir a estos sectores como nuevos actores políticos y sociales sólo a finales del siglo XIX y principios del XX. El surgimiento del joven estudiante mexicano no ha sido una excepción al marco regional.¹ Ruidosas huelgas estudiantiles en las calles del centro de México, la creación de novedosas organizaciones juveniles y la organización de conferencias escolares nacionales e internacionales llamaron la atención de la prensa, de padres de familia y de diferentes autoridades escolares, políticas y clericales durante el porfiriato (1876-1910) y el periodo revolucionario (1910-1938).² A pesar de las esporádicas confrontaciones

* Una versión en inglés de este trabajo se puede encontrar en el capítulo 3 de mi tesis de doctorado "Political violence and student culture in Mexico: The consolidation of Porfirismo during the 1950s and 1960s", 2008. Quiero expresar mis agradecimientos a Pablo Ben por su ayuda en la traducción de este texto.

1 Véase, por ejemplo, Raquel Barceló, "El muro del silencio. Los jóvenes de la burguesía porfiriana" y Gerardo Necochea Gracia, "Los Jóvenes a la vuelta del siglo", ambos en José Antonio Pérez Islas y Maritza Urteaga Castro-Pozo (coords.), *Historias de los jóvenes en México: Su presencia en el siglo XX*, 2004; Jaime M. Pensado, "Between cultured young men and mischievous children: Youth, transgression, and protest in late Nineteenth-Century México," en *Journal of the History of Childhood and Youth*, vol. 4, núm. 1, The John Hopkins University Press, 2011, pp. 26-57 y Renate Marsiske, "Clases medias, universidades y movimientos estudiantiles en América Latina (1910—1930)", en Renate Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. 1, 1999.

2 Javier Garcíadiego, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, 1996; Javier Mendoza Rojas, *Los conflictos de la UNAM en el siglo XX*, 2001, y Ciriaco Pacheco Calvo, *La organización estudiantil en México*, 1980; Jaime M. Pensado, *op. cit.*

que se dieron entre estudiantes y autoridades durante las primeras cuatro décadas del siglo xx, en México, como en otros países latinoamericanos, el estudiante fue celebrado con entusiasmo como un símbolo de “modernidad”, “progreso social”, y “unión nacional”. Tal entusiasmo, sin embargo, comenzó a disiparse a partir de la Segunda Guerra Mundial, un proceso que tampoco fue meramente mexicano sino que aconteció también de manera similar en Europa, Estados Unidos y el cono sur. Un nuevo discurso que llevaba la impronta incipiente de la guerra fría comenzó a cobrar fuerza entre los líderes políticos y los profesionales de la cultura: la juventud sería crecientemente identificada como “un momento de transición en crisis”.³ Voceros del Estado posrevolucionario al igual que importantes autoridades de la iglesia católica y del sector privado temían que en este momento de “crisis” nacional e internacional el joven estudiante mexicano fuera manipulado por “manos extrañas” que podrían provenir tanto de las fuerzas “extranjeras” de la ultraderecha, como, en el peor de los casos, de las “manos extrañas” dirigidas por la izquierda radical.

Estas tensiones inherentes a la guerra fría que redefinieron la imagen del joven estudiante en la vida pública resultaron clave en el desarrollo del movimiento estudiantil de 1956 que tuvo lugar en el Instituto Politécnico Nacional (IPN). La mera posibilidad de que los jóvenes estudiantes se volcaran hacia la ultraderecha o la izquierda radical ponía en entredicho la posición centrista del Estado “revolucionario”. Por tal motivo en este ensayo se argumenta que el movimiento politécnico de 1956 constituyó una inflexión que no tiene parangón con otros momentos de la historia política estudiantil mexicana del periodo posrevolucionario.

3 Luisa Passerini, “Youth as a metaphor for social change: Fascist Italy and America in the 1950s”, en Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (eds.), *A history of young people in the West*, 1997 p. 282; Gerd-Rainer Horn, *The spirit of '68: Rebellion in Western Europe and North America, 1956—1976*, 2007, pp. 23-30, y Valeria Manzano, “Sexualizing youth: Morality campaigns and representations of youth in early 1960s Buenos Aires”, 2005, pp. 433-461. Para el caso mexicano, véase, por ejemplo, los discursos sobre la juventud de parte de la administración presidencial alemanista en Jaime Pensado, *op. cit.*, caps. 1 y 2, y *Rebel Mexico. Student unrest and authoritarian culture during the lost sixties*, 2013, caps. 1 y 2.

Paradójicamente, la importancia de este movimiento ha sido eclipsada por el estudio de los acontecimientos de 1968. Relativamente nada se ha escrito sobre el desarrollo y trascendencia de esta revuelta estudiantil.⁴ El movimiento de 1956 señaló el fin de la era estudiantil cardenista que en la década de 1940 y principios de la de 1950 se había organizado en defensa de la “educación popular” y que en su mejor momento había posibilitado la expansión de escuelas técnicas y rurales para jóvenes provenientes de los sectores populares.⁵ Por otro lado, la huelga politécnica de 1956 representa el primer desafío público y directo organizado por parte de una organización estudiantil (el Frente Nacional de Estudiantes Técnico, FNET) a favor de un nuevo concepto de democracia que maduraría a través de la década de 1960 hasta llegar a culminar en el movimiento estudiantil de 1968. Junto con las revueltas sociales de 1958 y el impacto internacional de la Revolución Cubana un año más tarde, el movimiento estudiantil de 1956 generó una nueva *cultura* de protesta estudiantil y de violencia institucional que caracterizó la turbulenta época de los *sesenta*.⁶ Fue precisamente durante el desarrollo del

4 El trabajo más completo sobre el movimiento estudiantil de 1956 es el de Manuel Marcué Pardiñas *et al.*, “La crisis de la educación en México. La ocupación del Instituto Politécnico Nacional”, 1956.

5 IPN, *50 años en la historia de la educación tecnológica*, 1988, y Roberto Brito Lemus, “Cambio generacional y participación juvenil durante el cardenismo”, 2004.

6 Los “sesenta” o “the long sixties”, como varios historiadores lo han señalado, no es una categoría cronológica que comienza en 1960 y termina en 1970. Los sesenta, argumenta Diana Sorensen, *A turbulent decade remembered. Scenes from the Latin American Sixties*, 2007, p. 215, n. 2, se deben de entender como un periodo “heurístico”, el cual se distingue por el surgimiento de un nuevo espíritu de utopía e innovadora cultura de protesta. De manera similar, Gerard J. De Groot, “The culture of protest: An introductory essay”, 1997, p. 4, arguye que el activismo político y la represión institucional que caracterizaron este periodo de manera simultánea en distintas partes del mundo, desde la mitad de la década de 1950 hasta mediados de la de 1970, “no fue un fenómeno aislado” que ocurrió en diversas partes del mundo y “en distintos momentos”, lo que distinguió a los sesenta fue el surgimiento de una nueva “cultura” de protesta que en un nivel universal creó similares “mitos, lenguajes, costumbres”, y “comportamientos”. Véase también Arthur Marwick, *The Sixties: Cultural revolution in Britain, France, Italy, and the United States, c. 1958-c. 1974*, 1998; Gerd-Rainer Horn, *op. cit.*, 2007; Martin Klimke y Joachim Scharloth (eds.), *1968 in Europe. A history of protest and activism, 1956-1977*, 2008, y Karen Dubinsky *et al.* (eds.), *New world coming: The Sixties and the shaping of global consciousness*, 2008. Para el caso mexicano véase Gerardo Estrada, *1968. Estado y universidad. Orígenes de la transición política en México*, 2004; José René Rivas Ontiveros, *La izquierda estudiantil en la UNAM. Organizaciones*,

movimiento de 1956, y no en 1968, cuando *el estudiante* dejó de ser celebrado como un baluarte de “unión nacional” para convertirse en un creciente “problema nacional”.

Este ensayo se dividirá en dos partes que tienen por objeto examinar la respuesta que la élite política mexicana dio al surgimiento de este “problema nacional”. En la primera parte se considerarán los orígenes y evolución de esta primera protesta estudiantil masiva y se argumenta que la reacción negativa hacia la presencia de la juventud mexicana en los espacios públicos fue incitada principalmente por la cobertura altamente sesgada que llevaron a cabo los medios de comunicación en ese momento.

En la segunda parte del ensayo examino los diferentes mecanismos de control y mediación legales y extralegales desplegados por una amplia gama de autoridades con el objeto de suprimir y negociar con el llamado “emergente problema estudiantil”. Estos mecanismos de control se desarrollaron en 1956, continuaron siendo empleados hasta los años sesenta, y fueron sagazmente combatidos por el movimiento de 1968. Se trata de 1) el apoyo financiero sistemático a la violencia estudiantil, una provocación que más tarde se llegaría a conocer con el término *porrismo*; 2) la ocupación militar del IPN; 3) el encarcelamiento de líderes estudiantiles mediante la ley de disolución social, y 4) la sustitución de líderes estudiantiles “radicales” por representantes “charros”.⁷

movilizaciones y liderazgos (1958-1972), 2007; Jaime M. Pensado, “Student politics in Mexico in the wake of the Cuban Revolution”, 2008, y Jeffrey L. Gould, “Solidarity under siege: The Latin American left, 1968”, 2009, Jaime M. Pensado, “«To assault with the truth»: The revitalization of conservative militancy in Mexico during the global sixties”, en *The Americas. Academy of American Franciscan History*, vol. 70, núm. 3 (enero 2014), pp. 489-521.

- 7 En la década de 1940 en México se bautizaron como “charros” a aquellos líderes sindicales que con el uso de la violencia e intimidación lucharon en contra de los trabajadores independientes que se negaban a pertenecer a los sindicatos estatales. Así nació el fenómeno del “charrismo” en referencia a la alianza que se trató de lograr entre los líderes sindicales y el gobierno. El historiador Antonio Alonso, *El movimiento ferrocarrilero en México, 1958/1959*, 1975, p. 98, explica: “El charrismo es, por definición, ilegal; sus vicios de origen son la violencia y la arbitrariedad. El gobierno, al otorgar su reconocimiento a las direcciones espurias [o charras] las reviste de legalidad, ciertamente; pero salta a la vista que el propio reconocimiento gubernativo constituye, más que un acto de naturaleza propiamente legal, un hecho punible. El gobierno, al legalizar los golpes de fuerza y otorgar protección a las direcciones sindicales espurias [con el uso de líderes charros], se excede en sus facultades, tuerce la interpretación de la ley y rompe evidentemente el orden jurídico”.

LA PROTESTA ESTUDIANTIL DE 1956 Y LA OPINIÓN PÚBLICA

El estallido que inició la protesta de 1956 fue una huelga masiva que involucró al conjunto de 25 mil estudiantes del IPN el 11 de abril de ese año.⁸ El número de huelguistas rápidamente escaló a cien mil cuando la protesta alcanzó escala nacional, extendiéndose a la Escuela Nacional de Maestros, la Escuela de Educación Física y alrededor de 33 escuelas normales y agrícolas de las zonas rurales. Las dos demandas más importantes del estudiantado politécnico fueron: 1) la inmediata renuncia de siete de los administradores de la escuela, incluyendo al director del IPN, Rodolfo Hernández Corso, y 2) la instauración de una nueva ley orgánica que haría posible la autonomía y la participación de los estudiantes en el gobierno del IPN.⁹

Desde el punto de vista de los politécnicos, Hernández Corso simbolizaba lo peor de las transformaciones que habían tenido lugar en la política mexicana desde 1940. En primer lugar, Hernández Corso había sido el crítico más destacado de la educación popular, pero además constituía un símbolo del “imperialismo yanqui” y de la “corrupción” inherente al sistema de educación popular. El estudiantado argumentaba que sólo un proceso democrático, que tuviera lugar por dentro y por fuera de las escuelas, podía mejorar la situación de todos los estudiantes mexicanos.¹⁰

8 *The New York Times*, 18 de abril de 1956; y “Veinticinco mil estudiantes se lanzaron a la huelga”, en *Excelsior*, 12 de abril de 1956. De aquí en adelante utilizaré los términos *estudiante, politécnico, universitario, líder, participante, agitador, revoltoso, preso político, periodista, historiador, joven, y médico* en referencia a ambos sexos. Como se verá más adelante, las jóvenes politécnicas también participaron en el movimiento estudiantil de 1956.

9 Los estudiantes también exigieron un aumento en el presupuesto escolar para las escuelas Nacional de Ciencias Biológicas, Nacional de Medicina, Homeopática, Superior de Ingeniería Química e Industrias Extractivas y Escuela Superior de Economía; la garantía de una vale de mil pesos para alumnos de bajos recursos, la ampliación pre y vocacionales del Distrito Federal y la adquisición de vehículos para las escuelas del IPN. Véase “Pliego petitorio de la FNET, huelga de 1956”, “Alumnos del Politécnico se declararon en huelga”, en *El Popular*, México, 11 de abril de 1956; y Department of State Documents, Washington: Mexico-Internal Affairs, 1955-1959 (en adelante, DSDW, M-IA), Desp. 1348, 8 de junio de 1956.

10 Véase, por ejemplo, FNET, “Manifiesto a la nación”, sin fecha, Fondo Reservado de la UNAM, Impresos Sueltos, Movimientos Socio-Políticos (en adelante, FR-IS-MSP), vol. 26.

Uno de los factores que más contribuyó al odio que el estudiantado politécnico tenía por Hernández Corso era su apoyo público a la creciente injerencia estadounidense en la industrialización mexicana. Sus estudios de maestría en la Northwestern University y su doctorado en Stanford constituían, a los ojos de los estudiantes, pruebas fehacientes de su favoritismo por Estados Unidos a expensas de su México nativo. En el contexto de la guerra fría, Hernández Corso era percibido como un agente del “imperialismo yanqui” que en colaboración con la Secretaría de Educación Pública quería “poner al mando de la educación técnica en México a los norteamericanos”. Si su plan tenía éxito los maestros mexicanos serían sustituidos por tecnócratas estadounidenses y se introduciría el Plan Columbia en el IPN. Este plan “consistía en que los Estados Unidos, por medio de la Universidad de Columbia [en Nueva York], enviara asesores para determinar en qué áreas [del desarrollo nacional] se debía enfocar la educación técnica”.¹¹ Para los politécnicos, sin embargo, el Plan Columbia representaba el último y más escandaloso intento de los inversores norteamericanos por infiltrarse en México para deshacerse de quienes favorecían a las industrias e instituciones nacionalizadas. La perspectiva estudiantil se plasmó, por ejemplo, en un documento de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) que denunciaba como “el Prof. HERNANDEZ CORSO y el C. Secretario de Educación estaban desplazando del Politécnico a los maestros mexicanos para substituirlos por extranjeros, arguyendo que los nacionales se encuentran atrasados en los adelantos técnicos”.¹² El estudiantado del IPN tenía por objeto oponerse a esta sustitución en el marco de un rechazo más amplio de la influencia estadounidense en México, ya que mucha gente creía que ésta, desde 1940, había penetrado todos los sectores de la sociedad.¹³

11 “Pliego Petitorio de la FNET, Huelga de 1956”, en *Hispanic Review* (en adelante HAR), 1956, vol. IX, núm. 4, p. 163; y DSDW, M-IA, Desp. 1191, 20 de abril de 1956.

12 Archivo de la Dirección Federal de Seguridad en el Archivo General de la Nación (en adelante ADFS), “IPN”, exp. 63-3-1956, L-2, H-253-255; “Plan Columbia”, DSDW, M-IA, Desp. 1191, 20 de abril de 1956. El énfasis en mayúsculas es del documento original.

13 Nicandro Mendoza, “Relaciones Estado-IPN”, 1984, p. 84.

Las acciones de Hernández Corso también devinieron símbolo del manejo corrupto y abusivo que, de acuerdo con los estudiantes, era típico de las autoridades gubernamentales. Los “métodos charristas” de Hernández Corso eran característicos de la corrupción sindical.¹⁴ En un periódico estudiantil se acusaba a él y a sus acólitos más cercanos de desviar fondos del presupuesto escolar para que fueran usados en sus campañas políticas. El abuso de poder dentro de las escuelas también era criticado duramente, en especial porque cada vez era más frecuente que “charros académicos” amenazaran con eliminar las becas si el estudiantado votaba por un candidato “equivocado”.¹⁵

Sin embargo, los estudiantes creían que la responsabilidad por la creciente corrupción no se limitaba a Hernández Corso y su grupo. Un factor que los preocupaba era que el presidente de la república podía designar a dedo a los directores con un poder discrecional, eligiendo a quienes fueran cercanos al aparato del Partido Revolucionario Institucional (PRI) sin que el estudiantado pudiera tener voz al respecto. Tales prácticas sólo podían ser eliminadas si se luchaba por una democratización de la institución. La FNET propuso una nueva ley orgánica que aspiraba a democratizar las decisiones políticas cuestionando a la vieja generación de cardenistas. La ley estipulaba la creación de una “Comisión Mixta” en la cual las autoridades de la escuela y el estudiantado dividirían la representación en partes iguales.¹⁶ El cuestionamiento de las relaciones de poder verticales era el eje constitutivo de la FNET, y por eso su política no se limitaba al marco legal que esta organización proponía, sino que además se expresaba también en la voluntad de llevar el mensaje democrático a las calles confrontando públicamente a las autoridades gubernamentales y del IPN. Con este fin se desarrollaron una serie de estrategias de acción innovadoras.

14 Jesús Flores Palafox, entrevista con el autor.

15 “¡No Ceder, Poli! La Agresión a los Internos, Primer Paso del Programa del Gobierno Contra el Instituto Politécnico”, *Fuerza de la ESIME*, núm. 3, sin fecha, en FR-IS-MSP, vol. 26.

16 *Idem*; “Crisis de la autoridad”, en *La Nación*, 18 de junio de 1956; y “Pliego Petitorio”, en IPN, *op. cit.*, p. 144.

Brigadas de información

Una de esas estrategias fue la creación de brigadas de información cuyos nombres enfatizaban su punto de vista nacionalista. Entre otros nombres se destacaban la Brigada Francisco Villa, la Brigada Emiliano Zapata y la Brigada Lázaro Cárdenas. Estos grupos recorrían otras escuelas y se presentaban también en fábricas y pueblos cercanos para explicar la importancia de la protesta estudiantil. Una de las prácticas consistía en leer los diarios estudiantiles a viva voz para extender mensajes de solidaridad que incitaran a la conformación de nuevas alianzas con sectores sociales que compartieran el “enemigo común”.¹⁷ En uno de estos eventos un estudiante sostenía que “Los Dirigentes de la Secretaría de Educación, aplicando la política nefasta del Régimen de RUIZ CORTINES, pretenden hacer fracasar nuestra justa huelga y con ello que aborte nuestra esperanza y lucha por un Politécnico mejor”.¹⁸ Ésta y otras declaraciones constituían un giro importante en la política estudiantil que ahora desconfiaba de las viejas prácticas de negociación con el gobierno. Dado que en el pasado la negociación sólo había dado resultados magros, se creía que era preferible ejercer presión por la vía de una confrontación pública contra el gobierno a la cual se sumaran otros sectores sociales.

El movimiento desarrolló una multiplicidad de tácticas de confrontación al gobierno y acercamiento a la población. En las calles estas tácticas iban desde la organización de tribunas espontáneas en algunas esquinas al bloqueo de avenidas clave por parte de ciclistas que abrían el espacio para que se produjera un debate público. Quienes podían recurrir al coche paterno lo usaban para distribuir panfletos “en todas las esquinas de la ciudad en su alcance”, invitando a la gente a visitar las escuelas del IPN “para que ellos vieran por sí mismos qué abandonadas estaban”. El activismo más radical tomaba colectivos escolares y desde el techo de estos vehículos se

17 “No es un simple cambio de autoridades, sino la solución total del pliego petitorio”, en *La Chispa*, sin fecha, en ADFS, exp. 63-3-1956, L-3, H-32.

18 *Idem*. El énfasis en mayúsculas es del documento original.

dirigía a la población con megáfonos, llegando a lugares tan lejanos como Tlaxcala, Puebla, Michoacán, Guadalajara, Monterrey y Chihuahua.¹⁹

El estudiantado femenino también jugó un papel crucial en estos esfuerzos, aunque muchas veces con roles signados por cierta división sexual del trabajo. En general se les asignaba tareas de apoyo a la organización de las brigadas informales, tales como alimentar a los camaradas varones y organizar los papeles. Con todo, para los varones el rol femenino no era importante por estas tareas secundarias sino por la supuesta capacidad femenina de levantar los ánimos masculinos cuando la lucha contra las autoridades presentaba sus aristas más duras. El presidente de la FNET, Nicandro Mendoza, consideraba que la participación femenina se destacaba por el “entusiasmo y la abnegación de estas jovencitas [que] estimuló, de manera significativa, a todos los compañeros del Politécnico para que el entusiasmo en la batalla diaria no decayera”.²⁰ No obstante, que los varones tuvieran esta mirada no significaba que las estudiantes siempre la aceptaran. Sería un error creer que todas las estudiantes se limitaron a esperar pacientemente dentro de las escuelas mientras sus camaradas varones estaban en las calles. La huelga de siete mil maestras que había tenido lugar a principios del mismo año probablemente inspiró a las politécnicas. Las estudiantes más radicalizadas no dudaron en desafiar la asociación de la masculinidad con la esfera pública y se lanzaron a distribuir panfletos, organizar marchas y recolectar fondos para el movimiento. Junto con los varones, algunas marcharon con pancartas que rezaban: “LA POLÍTICA TRATA DE REPRIMIR A LOS ESTUDIANTES, MARNOS FUERA DE EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL, CANALLA CORZO, FUERA”.²¹

19 ADFS, “IPN”, exp. 63-3-1956, L-3, H-1 y H-4; Nicandro Mendoza, entrevista con el autor; “Mitin en Tlaxcala de estudiantes del Poli”, en *Excélsior*, 15 de abril de 1956; ADFS, “IPN”, exp. 63-3-1956, L-3, H-1 y L-2, H-253-255.

20 Nicandro Mendoza, *op. cit.*, p. 85.

21 ADFS, “IPN”, exp. 63-3-1956, L-3, H-2-5. El énfasis en mayúsculas es del documento original. Para la huelga de maestras véase Aurora Loyo Brambila, *El movimiento magisterial de 1958 en México*, 1979.

Esta “actitud radical” adoptada por unas pocas mujeres que expresaban su desafío a la autoridad en público resultó sorprendente para mucha gente, incluso para quienes formaban parte del movimiento de mujeres. La organización feminista Ideario Político de la Mujer, dirigida por Julieta Domínguez, convocaba a las politécnicas a la desmovilización, pidiéndoles que razonaran sobre sus roles y responsabilidades como mujeres jóvenes. Formar parte del movimiento estudiantil era simplemente “anti-patriótico”. Las mujeres jóvenes no tenían porque meterse en “la política”. Al contrario,

Deben intervenir en el ánimo [equivocado] de sus compañeros, para hacer que la inquietud de los varones tome su cauce en la marcha progresista de México, porque es importante que la Patria reciba la savia fresca y vigorosa de la juventud, para fortalecer sus instituciones sociales, culturales y políticas en bien de *la gran familia Mexicana*.²²

Julieta Domínguez había perdido de vista hasta qué punto los jóvenes estudiantes politécnicos habían dejado de identificarse con las figuras de la autoridad de “la gran familia mexicana”. La protesta de 1956 marcaba un quiebre a partir del cual se cuestionaría la consolidación “de un sistema cada vez más autoritario”.²³

Mítines relámpago

Una táctica más contenciosa adoptada por los estudiantes fue la organización de mítines relámpago: grupos de tres o cuatro estudiantes se juntaban en lugares como las bocacalles, las puertas de fábricas, los puestos de mercado y las escuelas. Esta actividad tenía que necesariamente limitarse a “pequeños grupos” que actuaran “de una manera rápida” porque, tal como notaba uno de los líderes,

22 “La mujer mexicana ante las inquietudes de la juventud: llamado a la cordura”, *El Universal*, 4 de junio de 1956. El énfasis en cursivas es mío.

23 Óscar González López, entrevista con el autor.

los “«gorilas» siempre nos estaban pisando los talones”.²⁴ La táctica de los mítines relámpago, tal como quedaría claro a lo largo de los años sesenta, era particularmente efectiva para recaudar fondos para el movimiento, crear coaliciones con otros sectores sociales y distribuir propaganda política.²⁵

Entre otras funciones, los mítines relámpago se podían organizar para denunciar “las acusaciones falsas hechas en contra de los estudiantes por parte de los periódicos mercenarios” que, según los estudiantes, “se habían vendido al imperialismo yanqui”.²⁶ En una ilustración publicada en un manifiesto estudiantil se explicaba que “era necesario” organizar estos mítines para difundir posiciones que de otro modo serían marginalizadas por la dificultad de acceder a otras vías de comunicación con la sociedad.²⁷ Los periódicos principales y las estaciones de radio censuraban la voz del estudiantado en connivencia con la Secretaría de Educación Pública. Los estudiantes argumentaban que los medios y el gobierno se habían unido para generar una “campana de mentiras contra ellos” y que era necesario contradecir tales “linchamientos públicos”.²⁸

Ocupación de edificios y grupos de autodefensa

Para algunos estudiantes radicales, la acción directa incluía la toma de vehículos, la ocupación de edificios, e incluso la posibilidad de la violencia física contra quienes se opusieran al movimiento. Al principio esto comenzó con el secuestro de vehículos de transporte escolar, pero cuando el gobierno se mostró reacio a realizar concesiones la lucha se radicalizó y un grupo de estudiantes comenzó a

24 Nicandro Mendoza, entrevista con el autor. En este caso, *gorilas* es utilizado en referencia a un grupo específico de seudoestudiantes que fueron utilizados por parte de las autoridades como provocadores.

25 *Ibid.*, y ADFS, “IPN”, exp. 63-3-1956, L-2, H-253-255.

26 Nicandro Mendoza, entrevista con el autor; ADFS, “IPN”, exp. 63-3-1956, L-2, H-253-255 y L-3, H-1.

27 Anónimo, “Represión estudiantil”, en Manuel Marcué Pardiñas *et al.*, *op. cit.*, 1956, p. 53.

28 *Idem.*

ejercer presión a través de la toma de edificios. Una vez realizada la ocupación, los politécnicos organizaban “guardias de auto-defensa” para proteger los “territorios liberados”.²⁹

Los primeros edificios en ser tomados fueron las escuelas, en especial las aulas, cafeterías, dormitorios y las oficinas administrativas. Luego se organizaron las guardias de autodefensa para impedir que “estudiantes traidores” y “esquiroles” financiados por las autoridades escolares y gubernamentales removieran las pancartas rojas y negras. Fue entonces que el levantamiento cobró un carácter más militante. El 27 de abril de 1956 la DFS reportaba que en

la mañana [un grupo de individuos], que no estaban de acuerdo con la huelga [...] , se dedic[ó] a fijar en las paredes en contra de dicho movimiento. Al darse cuenta el Comité de Huelga [...] el Secretario de la F.N.E.T, MARIANO MOLINA RODRÍGUEZ, [...] envió una *brigada de choque* [para] golpear a los estudiantes.

Según otros documentos de la DFS y reportes de la prensa, quienes no simpatizaban con la huelga eran retratados por el activismo estudiantil como “agentes del imperialismo” y, consecuentemente, eran atacados violentamente por las guardias.³⁰

El recurso a la violencia por parte de una minoría de activistas resultó ser un arma de doble filo para el movimiento. Por un lado el estudiantado obtuvo un pequeño número de victorias que se manifestó en la liberación temporal de algunos espacios que pasaban a ser tribunas públicas del movimiento desde donde se podía hacer propaganda a la huelga. Sin embargo, la confrontación violenta afectó negativamente la imagen pública del movimiento. Mucha gente no veía la razón por la cual el estudiantado politécnico se embarcaba en una confrontación pública con la autoridad gubernamental. Tenía que haber algo “clínicamente problemático” con los “psicoestudiantes,” decía el periódico *Excelsior* en una de las dramatizaciones satíricas del caricaturista Freyre. Poniendo en evidencia la brecha

29 Nicandro Mendoza y Jorge *El Oso* Ocegüera, entrevistas con el autor.

30 ADFS, “FNET”, exp. 63-3-1956, L-3, H-129.

generacional, Freyre sarcásticamente argumentaba que ni los doctores podían “diagnosticar” a la juventud politécnica.³¹

La brecha generacional estaba presente aun en la relación entre estudiantes y cardenistas, ya que los últimos pensaban que la juventud del IPN no era capaz de apreciar aquello que la Revolución les “había dejado como legado”. Unos pocos días luego de que estallara la huelga estudiantil, por ejemplo, un número de enconados comentaristas comenzó a realizar observaciones paternalistas que destacaban la “falta de respeto a las autoridades” por parte de “estudiantes malagradecidos”. Se sacaron a relucir los subsidios que recibían del gobierno los estudiantes politécnicos. Un reportero sostuvo que el movimiento de 1956 no era otra cosa más que un capricho por parte de unos “pequeños bribones que no supieron corresponder a lo que recibían del pueblo”.³² Otras noticias mantenían un tono similar:

Mientras haya niños que vayan a las escuelas sin desayunar, [...] insuficientes escuelas para la población de estudiantes [y] cientos de miles de niños de familias rurales sin acceso a las necesidades básicas más elementales, el Gobierno no puede adoptar como sus hijos a unos pocos estudiantes rebeldes con pretensiones de comer, vestirse y ser pagados como si fueran hijos de “pequeños burgueses” y no adolescentes y jóvenes que deben construir una “patria nueva” con esfuerzo y sacrificio.³³

“¿Qué puede esperar México de [esta] generación”, la página editorial de *Excélsior* lamentaba, “inclinada a las subversiones y a la anarquía?”³⁴

Un autoproclamado veterano de la Revolución que también era líder progresista de varias huelgas obreras llegó incluso a preguntarse si la juventud mexicana podía ejercer el derecho de huelga del

31 Freyre, “Psicoestudiantes”, *Excélsior*, 15 de junio de 1956.

32 “Educación: cierre del internado del IPN”, en *Tiempo*, 1° de octubre de 1956, p. 4.

33 DSDW, M-IA, Desp. 1248, 11 de mayo de 1956. El énfasis en cursivas es mío. Véase también “El dinero del pueblo”, *Excélsior*, 21 de abril de 1956.

34 “Crisis en la juventud”, *Excélsior*, 29 de abril de 1956.

mismo modo que las personas adultas de clase obrera. En una carta al “Señor Presidente”, este líder, que se presentaba “como representante de la clase obrera”, argumentaba que

Jamás trataré de frenar o desvirtuar el entusiasmo y aspiraciones justas de la juventud, especialmente de los estudiantes [...] porque considero, que tienen perfecto derecho a aspirar a una vida mejor [...] pero [también creo que] es necesario que las autoridades aclaren y definan en una forma legal [si los estudiantes también gozan de] EL DERECHO DE HUELGA QUE TIENEN LOS TRABAJADORES, CONSAGRADO EN EL ARTICULO 123 DE LA CONSTITUCIÓN.

Y de manera más concertante, añadía:

El Gobierno debe buscar la forma legal de que termine dicha huelga, que está perjudicando gravemente a los [verdaderos] estudiantes y a sus padres [Las autoridades del] Gobierno [no pueden estar] solapando inmoralidades [...] deben [ordenarle] al Procurador de Justicia del Distrito Federal que efectúe una minuciosa investigación en el Politécnico [para aplicar] enérgicamente las sanciones que [sean necesarias].³⁵

Las protestas contra el carácter “crecientemente violento” y “desagradecido” del movimiento politécnico constituían un bombardeo ideológico diario de los periódicos, pero la indignación pública se incrementó cuando el apoyo que el Partido Popular (PP) ofrecía al estudiantado politécnico se hizo evidente tras el uso de la imagen del líder estudiantil Nicandro Mendoza.

35 Carta de Guillermo Rodríguez G. al presidente don Adolfo Ruiz Cortines, 17 de abril de 1956, en Archivo General de la Nación, Fondo Reservado, Adolfo Ruiz Cortines (en adelante FARC), vol. 11, exp. 111/404. El énfasis en mayúsculas es del documento original.

El apoyo del Partido Popular y las reacciones de la opinión pública

El vocero principal del movimiento estudiantil de 1956 fue el presidente de la FNET, Nicandro Mendoza, un reconocido líder estudiantil cuya afiliación con el PP devino el tema central de discusión en las páginas de los periódicos. Para el estudiantado, la filiación política de Mendoza era una prueba del carácter genuinamente democrático del movimiento.³⁶ Señalaban que la lucha estaba abierta tanto para quienes fueran miembros del PP como para activistas de las filas del PRI, el Partido Comunista Mexicano (PCM), el Partido Obrero Campesino Mexicano (POCM) y el Partido de Acción Nacional (PAN). Los diarios y el gobierno, sin embargo, presentaban las cosas de otro modo. Para ellos Mendoza era la prueba más contundente de que la protesta estudiantil había sido organizada por “manos extrañas”, que tenían la esperanza de desestabilizar la nación para generar una chispa que hiciera estallar la “revolución marxista”. Con la guerra fría como telón de fondo, los medios insistieron en representar sistemáticamente a los estudiantes como “peones del Partido Comunista Internacional”.³⁷

La insistencia de las tiras cómicas políticas acerca del peligro “rojo” fue particularmente efectiva. En uno de los tantos comentarios ilustrados que representaron la lucha estudiantil, el dibujante Arias Bernal, del diario *Excélsior*, retrató a los politécnicos como “títeres amenazadores del Partido Internacional Comunista”.³⁸ Contradictoriamente con la noción de “títere”, no obstante, el dibujante prevenía a su audiencia sosteniendo que los “burros blancos” (nombre dado a los politécnicos por la mascota del IPN) constituían una amenaza por sí mismos. Este tipo de comentarios hicieron que los politécnicos dejaran de ser meros “hijos ingratos de la Revolu-

36 *Tiempo*, 14 de mayo de 1956, p.4.

37 “Apoya abiertamente la Huelga del «Poli» el Partido Comunista”, en *Excélsior*, 14 de abril de 1956; “Comunistas y pepistas quieren aprovechar el desfile para agitar en pro del Politécnico”, en *Excélsior*, 30 de abril de 1956; y Humero Núñez, “Hay que erradicar el comunismo de nuestras instituciones docentes”, en *Excélsior*, 3 de mayo de 1956.

38 Arias Bernal, “Sin comentarios”, en *Excélsior*, 14 de abril de 1956.

ción” y que se convirtieran en “agentes peligrosos de las fuerzas antipatrióticas”. Dentro del conjunto de estudiantes politécnicos las representaciones negativas elegían como blanco a los “fósiles”, como en el caso del títere soviético “Nicandovich Mendoza”, nombre con el que uno de los reporteros eligió llamarlo.³⁹ A través de la construcción de este “ambiente peligroso” se aconsejaba a los padres que no permitieran a sus hijos involucrarse con demagogos foráneos infiltrados en la educación. Otra tira política del famoso dibujante Freyre, por ejemplo, presentaba a Mendoza como un peligroso comunista al acecho que se aprovechaba de la inocencia de la juventud.⁴⁰

Los dibujantes políticos y los periodistas no eran los únicos preocupados por la influencia comunista en el IPN. Esta inquietud también era compartida por investigadores estadounidenses que escribieron sobre la protesta estudiantil y por influyentes autoridades de ese país en México, quienes temían el apoyo que los miembros del PP daban al “radicalismo estudiantil”. En su libro *Communism in Mexico*, Karl Schmitt escribió: “en medio de una apuesta por el incremento del poder que incluía el control del director del Instituto, los líderes del PPS y del FNET condujeron la organización en una serie de revueltas y huelgas que plagaron la ciudad de México de abril a octubre de 1956”.⁴¹ Aún más reveladora era la caracterización del primer secretario John M. Cates Jr. en su reporte mensual al Departamento de Estado norteamericano. Según el secretario, el movimiento estudiantil mexicano de 1956 constituía “la amenaza más seria que México tuviera a la seguridad nacional [...] en años”. Parte del problema, señalaba Cates, era que la FNET estaba “dominada por marxistas” tales como Nicandro Mendoza y otros “individuos de los estratos bajos de México [quienes se habían] impuesto por sí mismos sobre los estudiantes por medio de la violencia y el terrorismo”.

39 DSDW, M-IA, Desp. 1310, 25 de mayo de 1956; “Politécnicos y normalistas, sin darse cuenta... están utilizados por el Partido Comunista”, en *La Nación*, 10 de mayo de 1956; DSDW, M-IA, Desp. 1248, 5 de noviembre de 1956, y Rodrigo García Treviño, “Lecciones de la huelga estudiantil”, en *Excélsior*, 27 de abril de 1956.

40 Freyre, “Regreso a clases”, en *Excélsior*, 28 de mayo de 1956.

41 Karl M. Schmitt, *Communism in Mexico: A study in political frustration*, 1965, p. 153.

Más peligroso, agregaba Cates, era el hecho de que “cada huelga llevada a cabo por la Federación había resultado en la acumulación de cada vez más poder”. Finalmente, concluía el reporte, “está por verse si el gobierno [mexicano] aprovechará o no el favorable clima de la opinión pública, si tendrá el coraje político para despejar [...] el último rebrote comunista en México”.⁴²

Un llamado a la acción

Otros representantes políticos ajenos al PRI hicieron eco de las opiniones que Schmitt había presentado en su libro y Cates en su reporte. Fue así que no dudaron en desaprobador públicamente a los “peligrosos” politécnicos. Estos políticos fueron incluso más lejos que otros críticos de los estudiantes y pidieron que se castigara al estudiantado politécnico por sus “acciones antipatrióticas”. Los partidarios del PAN, por ejemplo, le pedían al gobierno que actuara “más vigorosamente y que no haga como el avestruz que esconde su cabeza en la arena”. Siguiendo la misma tónica, los representantes del más conservador Partido Nacionalista Mexicano (PNM) urgían al gobierno para que tomara “medidas drásticas, tales como la expulsión de líderes de la huelga y «fósiles», o estudiantes que aparentemente veían las recompensas a las que podían acceder permaneciendo en el Politécnico por años como algo más atractivo que el trabajo honesto”.⁴³

La opinión pública también demandaba al gobierno una actitud más autoritaria para disciplinar “a los cada vez más peligrosos estudiantes”. Lo que la nación necesitaba en este tiempo de “crisis de autoridad” señalaba un editorialista, era una ley constitucional más estricta que hablara directamente acerca de las “obligaciones” del mismo modo que de los “*derechos constitucionales*”.⁴⁴ Un coro

42 DSDW, M-IA, “Comments on the Polytechnic Institute Strike”, de John M. Cates Jr., Primer Secretario, Desp. 1406, 27 de junio de 1956.

43 DSDW, M-IA, Desp. 1204, 27 de abril de 1956, y “Crisis de la autoridad”, en *La Nación*, 18 de junio de 1956.

44 “Educación: Cierre del internado del IPN”, en *Tiempo*, 1° de octubre de 1956, p. 5. El énfasis

diverso de independientes enfurecidos por los actos de vandalismo y las banderas rojas y negras que colgaban de las entradas de todos los edificios del IPN también imploraban al presidente para que “disciplinara” a “los rojillos demagogos”. En algunos casos se agregaba “con fuerza si es necesario” si es que los estudiantes continuaran “desobedeciendo las ordenes de las autoridades”.⁴⁵ En una carta enviada al presidente Adolfo Ruiz Cortines y al secretario de Educación Pública, José Ángel Ceniceros, un ciudadano común cansado de los “delincuentes” explicaba que

ya es tiempo que pongan un hasta aquí a los Estudiantes del Politécnico [...] Estos bribones, flojos, pillos y holgazanes creen que el pobre pueblo [...] está contribuyendo para que estos sinvergüenzas se eduquen [y] que el dinero lo recogemos con una escoba para que estos mitoteros lo estén despilfarrando en su actitud vagabunda.

Y en tono más violento agregaba: “Hagan ustedes Sr. Presidente y Sr. Srio. de Educación lo que en otros países, cerrar los colegios y despachar a estos zánganos a que trabajen las tierras para que sepan cómo se suda para ganar el dinero [...] debe imponérseles el castigo [que se merecen] con toda energía”.⁴⁶

Para un número creciente de “ciudadanos preocupados”, sin embargo, el clamor público dirigido al presidente no bastaba para solucionar el problema estudiantil. Mucha gente argumentaba que la actitud política “indecente” y “extraña” que el estudiantado desplegaba en público estaba ya “fuera de control”, por lo cual era necesario que varios sectores sociales se hicieran cargo por su cuenta formando grupos parapoliciales.⁴⁷ El 15 de junio *El Universal* “Pi-

en cursivas es mío.

45 Éstos y similares comentarios se pueden encontrar en numerosos reportajes de *Excélsior* y de *El Universal*.

46 Carta de Joel Ibarra dirigida al presidente Adolfo Ruiz Cortines y el secretario de Educación Pública, José Ángel Ceniceros, 10 de mayo de 1956, en FARC, vol. 11, exp. 111/404.

47 “La verdad sobre la huelga del «Poli»”, en *Excélsior*, 19 de abril de 1956; “Crisis en la juventud”, en *Excélsior*, 20 de abril de 1956; “Hay que erradicar el comunismo de nuestras instituciones docentes”, en *Excélsior*, 3 de mayo de 1956, y “¿Una conspiración roja?”, en *Excélsior*, 8 de mayo de 1956.

dió que se tomara en serio la formación de grupos parapoliciales de ciudadanos que protegieran a la ciudad de la ira estudiantil”.⁴⁸ Este tipo de llamados a la acción implícitamente acusaban al gobierno de haber sido demasiado blando con los “revoltosos” y por eso los ciudadanos comunes debían confrontar al estudiantado de manera directa a fin de “restablecer el orden”.⁴⁹ Este tipo de violencia por cuenta propia dirigida contra los estudiantes no tardó en pasar del discurso a la acción. Ese mismo mes varios grupos de estudiantes fueron echados de mercados locales y de las puertas de fábricas cuando intentaban organizar mítines relámpago. En uno de los casos un periodista explicó que los “propietarios de puestos en el mercado de La Merced hacían llover una variedad de vegetales en estado de descomposición sobre el estudiantado obligando a que se retiraran”.⁵⁰ Algunos dueños de fábrica llegaron incluso a decir que no emplearían ya más graduados del IPN porque habían probado que “no eran más que agitadores políticos”.⁵¹ Por otro lado el gobierno y un número de autoridades responderían al “problema estudiantil” más duramente recurriendo tanto a medios legales como también a mecanismos extralegales de control y mediación. Éste es el tema de nuestra próxima sección.

REACCIONES A LA PROTESTA ESTUDIANTIL DE 1956

El 21 de junio de 1956 el estudiantado del IPN retornó a sus estudios luego de una huelga de 72 días de duración que fue “oficialmente” suspendida por tiempo indefinido. El fin de la protesta estudiantil

48 DSDW, M-IA, “Political developments in Mexico during June 1956”, Desp. 28, 10 de julio de 1956. El énfasis en cursivas es mío.

49 “¿Hay huelga en el Poli?”, en *Excélsior*, 17 de mayo de 1956; Bernardo J. Gastelum, “Nuestra más alta Escuela Técnica”, en *Excélsior*, 21 de mayo de 1956; “Ya es demasiada tolerancia”, en *Excélsior*, 29 de mayo de 1956; y J. Rodolfo Lozada, “Nuestro deber ante el conflicto estudiantil”, en *Excélsior*, 6 de junio de 1956.

50 DSDW, M-I, Desp. 1281, 19 de mayo de 1956.

51 DSDW, M-IA, “Political Developments in Mexico during June 1956”, Desp. 28, 10 de julio de 1956.

de 1956 siguió un patrón común a las protestas que se habían dado en el pasado. En este caso los representantes de la FNET se reunieron con las autoridades gubernamentales para negociar un acuerdo. Se consensuaron los siguientes puntos que fueron hechos públicos por el presidente Ruiz Cortines:

1. El proyecto de la Ley Orgánica del IPN se enviará al Congreso de la Unión para que sea discutido en el próximo periodo de sesiones.
2. Se continuará las construcciones ya iniciadas y se emprenderán otras para lo cual el gobierno federal destinará \$10 millones durante el presente año y \$20 millones en el de 1957.
3. Una comisión mixta presidida por el director del IPN, en la que participarán maestros y alumnos, estudiará el problema de la reestructuración del Politécnico es su aspecto técnico y docente.
4. Otra comisión, integrada en la misma forma que la anterior, emprenderá el estudio de los aspectos asistenciales del Instituto.⁵²

En esta declaración estaba ausente toda discusión acerca de uno de los directivos cuestionados por la protesta estudiantil. Uno de los reclamos más importantes del pliego petitorio de 1956 demandaba la inmediata expulsión de Hernández Corso del IPN. De hecho, esta cuestión resultaba tan sensible para el estudiantado que Corso temió por su seguridad y prefirió no volver a aparecer por el Politécnico nunca más. Primero intentó manejar la institución desde una oficina afuera de la escuela, pero incluso esta opción terminó siendo inviable. Cuando las demostraciones estudiantiles y los mítines relámpago se multiplicaron a lo largo de toda la ciudad las autoridades de la SEP le exigieron a Corso que se fuera. Su renuncia se hizo efectiva el 20 de agosto de 1956 y fue remplazado por Alejo Peralta. Los politécnicos no tardarían en notar que la nueva dirección era aún más autoritaria de lo que había sido bajo la conducción de Hernández Corso.

52 Manuel Marcué Pardiñas *et al.*, *op. cit.*, p. 46.

El “problema” del internado y la promoción de la violencia estudiantil

Como hombre de negocios adinerado, Alejo Peralta creía que todos los problemas del IPN podían ser resueltos si la institución era manejada “como una empresa privada”. Con este fin, Peralta sostuvo que debían instaurarse una serie de “objetivos pragmáticos” que incluían un completo y detallado plan “apolítico” para el futuro del IPN. Bajo el nuevo directivo se privilegió una respuesta represiva a los “revoltosos” que habían fomentado el “desorden y la falta de disciplina” en la institución desde los años cuarenta.⁵³ Peralta llegó incluso a proponer que era necesario desarrollar una relación más cercana con las autoridades policiales, aunque al mismo tiempo acusaba a éstas de haber sido demasiado tolerantes con los “fósiles” y los “rojos”.⁵⁴

Paralelamente a la designación de Peralta, el jefe del Departamento de Policía, Miguel Molinar, inició una campaña más dura contra la rebelión estudiantil. Para entonces las autoridades lamentaban que “el activismo cada vez más delincuente de los estudiantes” se había expandido a otras escuelas del país, incluyendo un número de preparatorias en la ciudad de México e incluso otras universidades de provincia. En el marco de una creciente polarización quienes se oponían a las demandas estudiantiles exigían que “se les tenía que poner un hasta aquí”.⁵⁵ Al igual que el estudiantado politécnico estos estudiantes también habían comenzado a cuestionar sus respectivas autoridades a través de la confrontación violenta.

53 Antes del movimiento de 1956 se dieron dos importantes huelgas estudiantiles en el Politécnico, una en 1942 y otra en 1950. Ambas se distinguieron por su política cardenista en defensa de la educación popular que a partir de 1940 comenzó a perder apoyo por parte del Estado. Véase IPN, *op. cit.*, 1988, y Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student unrest and authoritarian culture during the long sixties*, cap. 1.

54 *Zócalo*, 27 de agosto de 1956.

55 “Peralta ve fácil lo del Politécnico”, en *Excelsior*, 25 de agosto de 1956. “Para evitar más derramamiento de sangre”, las preparatorias núms. 2 y 5 también fueron cerradas. Véase DSDW, M-IA, Desp. 116, 3 de agosto de 1956; “«Prep» students riot in Mexico”, en *The Washington Post*, 22 de agosto de 1956. En provincia, el caso más paradigmático se puede encontrar en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Véase, por ejemplo, el excelente artículo de Antonio Gómez Nashiki, “El movimiento y la violencia institucional. La Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1956-1966”, 2007, pp. 1179-1208.

Una de las protestas estudiantiles más violentas tuvo lugar el 14 de agosto de 1956, cuando un grupo de estudiantes politécnicos ocupó dos hoteles en respuesta a una decisión de la SEP que, cuatro días antes, había anunciado la inmediata suspensión de toda la asistencia a los estudiantes del internado. Una vez en control de los edificios los estudiantes descontentos declararon que no iban a dejar los hoteles hasta que las autoridades del IPN no garantizaran vivienda y servicios sociales a todos los estudiantes de la provincia que conformaban el internado.⁵⁶ Las autoridades de la SEP y del IPN, en especial Peralta, sostenían que el recorte de gastos de residencia era un paso “necesario” para proteger a los “estudiantes reales” de “fósiles” y de quienes desde 1950 se habían instalado en el internado con el exclusivo propósito de llevar a cabo una “agitación política”.⁵⁷

La distinción entre “estudiantes auténticos” y “fósiles” tuvo un fuerte impacto en el seno mismo del internado porque un creciente número de jóvenes de provincia, recién llegados a la ciudad, carecía de apoyo para afrontar los gastos de alojamiento. Dada la falta de apoyo oficial, estos estudiantes ocuparon físicamente el internado haciéndolo su hogar. Tal medida pronto resultó insuficiente y cuando el hacinamiento resultó excesivo los estudiantes comenzaron a ocupar espacios aledaños donde pudieran pasar la noche. Esto incrementó la tensión entre quienes residían en el internado y aquellos para quienes no había espacio. La ocupación temporal de espacios para dormir adquirió tal extensión que los estudiantes que la practicaban comenzaron a ser identificados con un nuevo apodo: *gaviotas*. La visibilidad de la ocupación era evidente, los estudiantes se desperdigaban por las aulas vacías y bajo las estradas del estadio donde podían pasar la noche. A la mañana se podía ver al mismo grupo esperando a que las cafeterías abrieran sus puertas y compartieran los pocos alimentos que habían dejado quienes habitaban el internado. Las *gaviotas* no siempre eran bienvenidas por el resto del estudiantado, al punto de que algunos expresaban su descontento “con los modales tan pobres que estos estudiantes habían traído de

56 ADFS, “FNET”, exp. 63-3-1956, L-6, H-50.

57 “Contra los falsos estudiantes”, en *Excelsior*, 27 de agosto de 1956.

provincia”. Cuando la tensión entre las *gaviotas* y los “internos” llegaba al punto de ebullición se armaban “muy violentos zafarranchos”. En febrero de 1956, por ejemplo, un agente de la DFS notaba que un gran número de *gaviotas* había saqueado “la bodega del Internado del Politécnico, robándose varios objetos [...] y golpeando algunos estudiantes”.⁵⁸

Los medios explotaron el prejuicio contra las *gaviotas* para pedir el cierre del internado. Desde su punto de vista el internado creaba demasiados problemas y su cierre acabaría con los problemas políticos y sociales del Politécnico. Para la prensa las *gaviotas* representaban lo peor del estudiantado: eran “holgazanes” y “revoltosos,” y muchos diarios sostenían que eran responsables por haber “corrompido a nuestros jóvenes estudiantes” con sus malas maneras de provincia. Un periodista de *El Tiempo* responsabilizaba a las *gaviotas* por el “caos” y los “vicios sociales” que plagaban al IPN. La lista de comportamientos indebidos que exhibía la prensa era larga: acusaban a esos estudiantes de beber “licores en gran cantidad”, organizar “constantes francachelas”, “portar armas ilegales”, “practicar apuestas en los juegos”, “hacer uso de mujeres públicas”, y ejercer el “homosexualismo”. Para la prensa este tipo de comportamientos era común en este “foco de prostitución”, palabras con las que referían al internado.⁵⁹ Tanta corrupción amenazaba la inocencia del verdadero estudiantado politécnico.

La nueva dirección del IPN y la policía compartían opiniones similares acerca de las *gaviotas*. Desde el punto de vista de estas autoridades no cabía duda de que aquéllas eran quienes estaban detrás de la ocupación ilegal de los dos hoteles. Con todo, tanto Peralta como Molina sospechaban que todos los politécnicos simpatizaban con su causa. La “absurda” protesta estudiantil debía ser castigada. En alianza con la prensa estas dos figuras sostuvieron que los estudiantes eran “enemigos de la nación” de acuerdo con los esta-

58 ADFS, “IPN”, exp. 63-3-54, L-1, H-17, 8 de abril de 1956; Jorge *El Oso* Ocegüera, entrevista con el autor, y ADFS, “IPN”, exp. 63-3-956, L-2, H-170.

59 “Educación: Cierre del internado del IPN”, en *Tiempo*, 1° de octubre de 1956, p. 4.

tutos más rigurosos de la ley.⁶⁰ Por eso, Molinar dio instrucciones específicas al “batallón motorizado, al [nuevo cuerpo] de granaderos y a [miembros] del servicio secreto” para que pusieran “un alto [definitivo] a los desmanes de los alumnos del Instituto Politécnico Nacional” arrestando “a todos los subversivos” que se negaran “a cooperar” con las autoridades. Estas órdenes fueron dadas luego de consultar con Peralta una semana después de que éste asumiera el cargo el 22 de agosto. Luego de dar estas órdenes, Molinar apostó las “guardias” en las áreas aledañas a todas las escuelas del IPN hasta que “el orden fuera restaurado”.⁶¹

Empero, quienes eran partidarios de frenar el “caos” en el IPN no se contentaron con esperar pacientemente a que las autoridades policiales disciplinaran a los “elementos subversivos”. La desclasificación de documentos de la DFS revela que muchas figuras influyentes en varias posiciones de poder financiaron varios actos de violencia sistemáticos, al igual que todo tipo de provocaciones, contra el estudiantado. El objeto de tal estrategia, que se repetiría luego en la década de 1960, era desacreditar al activismo estudiantil favoreciendo las respuestas políticas más agresivas que a su vez pondrían presión para que el gobierno se impusiera por la fuerza sobre los “revoltosos”.⁶²

Para que esta estrategia fuera exitosa la violencia debía quedar claramente asociada con el estudiantado politécnico. Un activista estudiantil explicaba esta nueva forma de “tratar” con la emergencia del “problema estudiantil” mediante el uso de agitadores:

60 ADFS, “FNET”, exp. 63-3-1956, L-6, H-50, y Ortega, “Futurismos: historia de un fracaso”, en *El Universal*, 7 de junio de 1956.

61 “Se ordena a la policía detener a los estudiantes depredadores. Desde hoy arrestarán a los que cometan delitos”, en *Excélsior*, 22 de agosto de 1956, y “Peralta ve fácil lo del Politécnico”, en *Excélsior*, 25 de agosto de 1956. El cuerpo de granaderos fue creado en 1950 con el apoyo del jefe de la policía de la ciudad de México, Othón León Lobato y el entrenamiento del coronel estadounidense Rex Applegate. Véase Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student...*, pp. 39-40.

62 Los estudiantes estaban perfectamente conscientes de estas estrategias utilizadas por las autoridades. Véase, por ejemplo, “¡No ceder, Poli! La agresión a los internos, primer paso del programa del gobierno contra el Instituto Politécnico”, en *Fuerza de la ESIME*, núm. 3, sin fecha, en FR-IS-MSP, vol. 26.

[Las autoridades llegaron] al extremo de organizar *porras pseudo-estudiantiles* para que cometiesen desórdenes, atracos y toda clase de desmanes en la vía pública, en los cines y en el pequeño comercio, con el propósito de provocar animosidad en el pueblo en contra de los huelguistas del Instituto Politécnico Nacional a quienes se atribuían luego esos atentados.⁶³

Aparentemente esto es lo que ocurrió el 23 de agosto de 1956 cuando los diarios informaron que un grupo de “estudiantes” que portaban indumentaria del IPN habían destrozado el cine Variedades.⁶⁴

Una mirada atenta a la perspectiva estudiantil revela que estos “revoltosos” no tenían nada que ver con el activismo. Luego del destrozo del cine Variedades, por ejemplo, un grupo de activistas escribió la siguiente declaración en un pizarrón afuera de la escuela más grande del IPN para que fuera leída por todos los que pasaban:

Pueblo de México: Los estudiantes del Politécnico no somos capaces de agredir al pueblo, porque de él provenimos. Son los enemigos de la educación popular los que calumnian a nuestro glorioso IPN por medio de artimañas nefastas y diabólicas, teniendo a sueldo a bandas de asaltantes, vagos y fósiles de las escuelas para que causen desórdenes en distintos rumbos de la ciudad portando para ello sweters con nuestros colores, blanco y guinda.⁶⁵

Aun así, debe notarse que no todos los agentes provocadores estaban siempre prolijamente vestidos con la indumentaria del IPN. Junto con los pseudoestudiantes en uniforme, preparados para la prensa, estaba un grupo de “pistoleros” profesionales pagados para intimidar al activismo estudiantil. El 12 de abril de 1956, por ejemplo, “un grupo de maleantes [...] trató de apoderarse del Comité de Huel-

63 Estudiante anónimo, citado en Manuel Marcué Pardiñas *et al.*, *op. cit.*, p. 43. “Porra” es utilizado aquí en referencia a un grupo de provocadores. El énfasis en cursivas es mío.

64 “Los estudiantes retan a la policía”, en *Excélsior*, 24 de agosto de 1956.

65 Citado en Manuel Marcué Pardiñas *et al.*, *op. cit.*, p. 43.

ga por la fuerza”. Estos personajes habían “llegado en diez carros de la policía secreta”, lo cual hacía que los estudiantes no tuvieran la menor duda respecto de quién estaba detrás de la provocación.⁶⁶

Para amedrentar a líderes estudiantiles y posibles activistas las autoridades también confiaron en grupos de pistoleros conocidos como *gorilas* que adquirieron una triste fama por el nivel de violencia al que recurrían. Entre estos pistoleros estaban por ejemplo Castillo Mota, Horacio Oliva, los hermanos Gama del equipo de fútbol americano de los Pumas y los líderes del mismo equipo, Leopoldo y Mario Basurto. Ésa y otra gente también había ofrecido sus servicios a las autoridades universitarias de otras escuelas donde también estuvo cerca de estallar la protesta estudiantil.⁶⁷

No sólo se contrataron personas ajenas al estudiantado para detener la protesta, sino que las autoridades incluso recurrieron a estudiantes que habían “adquirido fama dentro de las escuelas a través de los puños” así como también a agitadores que aceptaran ser cooptados por determinada suma de dinero. Este grupo incluía a las “*gaviotas* desesperadas” que aprovecharon estas oportunidades para mejorar su situación económica y social en el IPN. También hubo “vendidos” de organizaciones estudiantiles de izquierda que recurrían a la violencia con la aparente justificación del activismo pero con el objeto real de avanzar en una carrera política oculta.⁶⁸ Aparentemente esto es lo que ocurrió el 20 de julio de 1956 cuando un grupo de diez simpatizantes de Baudelio Alegría atacó violentamente a Nicandro Mendoza.⁶⁹ Un documento de la DFS, preparado por su director, el coronel Leandro Castillo Venegas, asevera que Alegría era un miembro importante de la Confederación de Jóvenes Mexicanos (CJM), una organización creada a finales de la década de 1930 como parte de la estructura corporativista que en aquel momento intentó nuclear diferentes sectores sociales en organizacio-

66 “Sangrientas refriegas entre estudiantes del Politécnico y policías, a resultas de la huelga”, en *Excélsior*, 13 de abril de 1956.

67 Jorge *El Oso* Ocegüera y Óscar González López, entrevistas con el autor.

68 *Idem*.

69 ADFS, “IPN”, exp. 63-3-1956, L-5, H-265, 23 de julio de 1956.

nes ligadas al Estado revolucionario. La información del escrito de Castillo Venegas brinda elementos clave sobre los posibles responsables del atentado a Mendoza. De acuerdo con éste, Alegría recibió el apoyo de Jorge Arteaga, de las Juventudes Socialistas, financiadas por Jorge Prieto Laurens, el presidente del Frente Anticomunista Mexicano. Tal parece que Prieto habría intentado tomar control de la FNET para expulsar a todos los estudiantes simpatizantes del comunismo de todas las posiciones de poder dentro del IPN.⁷⁰

Otros grupos involucrados en el intento de expulsar a Nicandro Mendoza de su liderazgo en el FNET incluían al de Antonio Pastrana Flores y el de Mariano Molina. El primero tenía el apoyo de Hernández Corso, cuyas razones para manipular la violencia estudiantil en detrimento de Mendoza eran probablemente de carácter personal. El segundo había comenzado a distanciarse de Mendoza para promover la candidatura de Molina, el secretario del FNET que quería ser elegido presidente de esa organización en la próxima votación. El material de archivo de la DFS revela que Molina de hecho recibía apoyo financiero de Rafael Estrada Villa, quien pertenecía a las Juventudes Populares (afiliadas al PP).⁷¹

No debería pensarse que el financiamiento de estas actividades parapoliciales, que tenían por objeto promover la violencia y desacreditar al estudiantado, fue llevado a cabo sólo por partidarios del PRI, tal como la mayor parte del activismo y sus simpatizantes sostuvieron en repetidas ocasiones. El PRI ciertamente tuvo un papel clave en este sentido, pero es necesario precisar qué grupo en particular dentro del partido promovió la violencia en contra de los estudiantes. Por otro lado, atribuir el conjunto de la manipulación encubierta al PRI no permite ver la multiplicidad de posiciones ideológicas, de izquierda a derecha, que coexistieron en el seno mismo de este partido.⁷²

70 ADFS, "FNET", exp. 63-3-1956, L-6, H-29, 10 de agosto de 1956.

71 ADFS, "FNET", exp. 63-3-1956, L-6, H-50, 16 de agosto de 1956; ADFS, "IPN", exp. 63-3-1956, L-6, H-55, 18 de agosto de 1956.

72 Muchas de las luchas estudiantiles que se dieron a través de los sesenta, por ejemplo, fueron entre alemanistas (fieles al presidente Miguel Alemán), diazordistas (fieles al presidente Gustavo Díaz Ordaz), y echeverristas (fieles al presidente Luis Echeverría); todos importantes

Los documentos de la DFS puntualizan con precisión la responsabilidad de ciertos líderes dentro del PRI que siguieron la línea de azuzar al estudiantado para desprestigiarlo y enviar pistoleros y provocadores para intimidar y confundir. Una de las personas responsables señaladas en uno de los reportes fue Rodolfo González Guevara. Su contacto más importante en el IPN era Félix López Lizarra, quien estuvo detrás de los ataques a Nicandro Mendoza en 1956.⁷³ En ese momento González se desempeñaba como presidente del Comité Regional del PRI en el Distrito Federal, posición que ocupó hasta 1964. El peso de su influencia política se sintió en la Cámara de Diputados, institución que condujo en 1954. Para 1958 Rodolfo González Guevara se había convertido en un aliado cercano de Alfonso Corona del Rosal —futuro jefe del Departamento del Distrito Federal (DDF) durante la administración de Díaz Ordaz y líder político clave en la represión estudiantil de los sesenta—, y la relación entre ambos continuaría en los próximos años.⁷⁴

Las provocaciones encubiertas contra el estudiantado politécnico pretendían desalentar la participación en el activismo, intimidar a los líderes y amedrentar a los simpatizantes para que no se unieran a la lucha. Otro objetivo de estas provocaciones era erosionar la legitimidad de la protesta. Si tomamos en cuenta las reacciones de la opinión pública contra el estudiantado, referidas anteriormente, queda en claro que la provocación encubierta cumplió sus fines con éxito. Un número creciente de personas comenzó a demandar mano dura contra los estudiantes por parte del gobierno y cuando este último no adoptó tal actitud se instó a la creación de grupos parapoliciales que protegerían a la sociedad del “peligro” estudiantil. Los documentos sugieren, sin embargo, que el gobierno no fue el único interesado en generar

representantes del PRI pero con distintos planes políticos e ideologías. Véase, por ejemplo, Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student...*

73 ADFS, “FNET”, exp. 63-3-1956, L-6, H-50, 16 de agosto de 1956.

74 Roderic Ai Camp, *Mexican political biographies 1935-1993*, 1995, pp. 304-305. Para la participación de Alfonso Corona del Rosal en la represión estudiantil de los sesenta, véase Sánchez Gudiño, *Génesis, desarrollo, y consolidación de los grupos estudiantiles de choque en la UNAM, 1930-1990*, 2006; Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student...*; Jacinto Rodríguez Munguía, *1968: Todos los culpables*, 2008.

este clima. La reacción antiestudiantil provino de un amplio abanico de figuras que desde una procedencia ideológica múltiple se aprovechó de la situación y contribuyó a provocar al estudiantado. Como ya mencionamos, entre otros podemos enumerar a Jorge Prieto Laurens, de la FUA; el director del IPN, Hernández Corso; Rafael Estrada Villa, del PP, y Rodolfo González Guevara, del gobierno de la ciudad.

Con todo, cuando este nuevo artilugio de control encubierto falló en el contexto de una profunda crisis de la autoridad, el Estado no dudó en recurrir a medidas más autoritarias para poner fin a la protesta estudiantil. Fue así que las fuerzas armadas ocuparon el IPN, cerraron el internado y encarcelaron a activistas estudiantiles y a otras personas percibidas como problemáticas.

Operación P y el cierre del internado

El 23 de septiembre de 1956 el gobierno de Ruiz Cortines concluyó que la “amenaza” planteada por el estudiantado politécnico era de tal magnitud que justificaba la ocupación militar de las escuelas por parte de las fuerzas armadas. La intervención se conoció con el nombre de Operación P y fue liderada por el secretario de Defensa, Matías Ramos Santos. Un total de 1 800 soldados de los batallones de infantería octavo y vigésimo cuarto se sumó a 300 policías del cuerpo de granaderos y más de cien oficiales del Departamento de Policía Judicial. También hubo un número desconocido de agentes secretos de la DFS que participaron en esa batalla de la guerra fría que cayó sobre los estudiantes y cuya infiltración en las escuelas aumentaría a través de los sesenta. En colaboración con Peralta y Ramos Santos, un grupo de agentes de la DFS fue enviado a los sótanos de las escuelas de mayor importancia para desconectar los teléfonos y redes de electricidad. Se designó a otros agentes de la DFS para patrullar las áreas aledañas a las varias escuelas del IPN en coches de civil. El objetivo era mantener a los “revoltosos” bajo vigilancia “las 24 horas del día” hasta que el orden fuera restaurado en México.⁷⁵

75 *Últimas Noticias*, 24 de septiembre de 1956; “Cierre del Internado del IPN”, *Tiempo*, núm. 752,

Una vez que las escuelas del IPN fueron ocupadas efectivamente por soldados, se ordenó a los batallones que arrestaran a quien se negara a cooperar con las autoridades de la escuela o del gobierno. En caso de necesidad no debía dudarse en poner a los agitadores bajo custodia, incluso se les dejó en claro a los soldados que no tuvieran pruritos para usar las armas, incluyendo “bombas de gases lacrimógenos” y “sus garrotes” si la situación lo requiriera.⁷⁶

Resulta difícil estimar exactamente cuántas personas no registradas en el IPN como estudiantes vivían en el internado. El total de residentes era de 1500. De acuerdo con algunos documentos del Departamento de Estado (de los Estados Unidos), el número de *gaviotas* era de 300. El *Excélsior*, sin embargo, estimaba que eran “más de 400” y Alejo Peralta dijo que eran 204, diez de los cuales, según argumentó, “se habían encontrado en completo estado de ebriedad” durante la operación. En *Problemas de Latinoamérica*, los editores argumentaron que sólo “53 jóvenes disfrutaban indebidamente de los servicios asistenciales”. *El Universal*, sorprendentemente, coincidió con este último número. Según la versión de este periódico se arrestó a 200 personas, pero 150 probaron ser estudiantes del IPN luego del arresto.⁷⁷

Existe mayor precisión respecto del número de estudiantes que tuvieron que afrontar problemas judiciales: un total de 300 personas. También es posible asegurar que 204 estudiantes fueron puestos en prisión e interrogados. De ese total, 52 tuvieron que pagar altas multas e incluso cayeron presos por un tiempo breve. Los que no fueron mandados a prisión fueron puestos en camiones y pronto se dispersaron por la ciudad para evitar represalias.⁷⁸

1° de octubre de 1956; A. Ramírez de Aguilar, “El Toque de “Diana” despertó a los revoltosos a la realidad de que el Gobierno agotó su paciencia”, en *Excélsior*, 24 de septiembre de 1956; y “Se acabó el foco de agitación que era el Internado del IPN”, *El Universal*, 24 de septiembre de 1956. Para una historia de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) en relación con el activismo estudiantil durante los sesenta, véase Jaime Pensado, *Rebel Mexico Student...*

76 A. Ramírez de Aguilar, “El Toque de “Diana” despertó a los revoltosos a la realidad de que el Gobierno agotó su paciencia”, en *Excélsior*, 24 de septiembre de 1956.

77 *El Universal*, 24 de septiembre de 1956, citado en Karl M. Schmitt, *op. cit.*, p. 165, y Manuel Marcué Pardiñas *et al.*, *op. cit.*, p. 53.

78 DSDW, M-IA, Desp. 275, 14 de septiembre de 1956; y ARA a Mr. R.R. Rubottom, 8 de octubre de

Luego del arresto masivo, Alejo Peralta ordenó dar a cada uno de los internos registrados como estudiantes la suma de 200 pesos por persona para que pudieran encontrar un lugar donde quedarse. Se les pidió que aprendieran a “mantenerse por sí mismos” y no crearan problemas. También se les previno que el internado “nunca más volverá a abrir sus puertas”, por el contrario, “sería transformado de manera permanente en barricadas militares” hasta que el orden fuera restaurado, y “que si la FNET hace tan solo un acto que ponga en peligro al estudiantado [o] al buen nombre del Politécnico”, agregó Peralta “se pedirá a las [Tropas] Federales [que usen] la Fuerza” que fuera necesaria. Ante un periodista que se encontraba presente cuando ocurrieron los hechos, Peralta agregó que “Es una vergüenza tener que adoptar medida[s] de este tipo,” pero aseguraba que “los estudiantes no le habían dejado otra opción a las autoridades”. Luego, dirigiéndose al estudiantado politécnico, explicó que la ocupación “es por el bien de los buenos estudiantes” y en tono de amenaza paternalista agregó: “No me gusta mostrar la fuerza, pero menos me gustaría tener que usarla”. El secretario de Defensa, Ramos Santos, se expresó de modo similar: “La culpa es de todos ustedes, que no supieron aprovechar las ventajas que le otorgó el Estado”. Luego agregó en referencia al grupo de acusados: “Quiero exhortarlos a que se porten bien. Es lo que más les conviene”.⁷⁹

El estudiantado del IPN no negaba la existencia de agitadores profesionales y fósiles en el internado, pero pensaban que las autoridades de la escuela eran las responsables de que así fuera. Para clarificar su posición los estudiantes redactaron un testimonial colectivo en el que dieron a conocer las siguientes acusaciones:

¡Mienten quienes afirman que el estudiante técnico se pasa la vida agitando causas innobles y que pierde miserablemente el tiempo! [Los

1956. Para otras conclusiones, véase A. Ramírez de Aguilar, “El Toque de “Diana” despertó a los revoltosos a la realidad de que el Gobierno agotó su paciencia”, en *Excélsior*, 24 de septiembre de 1956; Manuel Marcué Pardiñas *et al.*, *op. cit.*, p. 50, y “Cierre del Instituto”, en *Tiempo*, 1° de octubre de 1956.

79 ADFS, “IPN”, exp. 63-3-56, L-6, H-216, 24 de septiembre de 1956; y A. Ramírez de Aguilar, “Tropas federales clausuraron el internado del Politécnico”, en *Excélsior*, 24 de septiembre de 1956.

que pierden] el tiempo son las autoridades quienes no atienden los problemas que afectan [al Politécnico].

Si bien es cierto que una Casa de Estudios es para estudiar y no para alimentarse de ella, también es cierto de que en un país pobre y limitado como México [...] , [las autoridades tienen] el deber de hacer esfuerzos para auxiliar al estudiante pobre. [Y si realmente] la anarquía [existe en el internado] no es base para agredir y clausurar [los] Servicios Asistenciales. [...] Son las autoridades quienes han propiciado la corrupción [...] son ellas y nada más [ellas] las que han malversado los fondos; son [ellas] las que por temor a tal o cual grupo no [...] tienen el valor suficiente para reglamentar los Servicios Asistenciales; [son ellas] quienes tradicionalmente manejan la dotación de plazas y becas con la amenaza de quitarlas si el alumno no se sojuzga a sus intereses políticos o económicos; son ellas quienes han corrompido a dirigentes; [son ellas las que] otorgan servicios a [seudo] estudiantes.⁸⁰

A pesar de sus defensas el estudiantado no logró ser escuchado. Todos los edificios estaban ocupados por el ejército. Las acusaciones de los estudiantes no tuvieron repercusión porque “los agentes secretos y provocadores a sueldo habían alcanzado la infamia a través de sus amenazas a los estudiantes que se atrevían a distribuir propaganda a favor del movimiento”. Además, como Nicandro Mendoza hizo notar luego en una entrevista, a “los provocadores, que eventualmente los llegaríamos a conocer como «porros», se les daba el permiso de distribuir todos los manifiestos apócrifos que ellos tenían a su disposición”.⁸¹ A todo esto se sumaba el hecho de que la prensa se negaba a hacer público cualquier manifiesto estudiantil. No se permitió que ninguna noticia que expresara el punto de vista del estudiantado fuera publicada.

Toda la prensa —con las notables excepciones de *El Popular* (periódico del Partido Popular) y *La Voz de México* (del Partido

80 FNET, “El Poli habla”, sin fecha, en IPN, *op. cit.*, p. 150. Acusaciones similares en contra del gobierno por parte de los internos se pueden encontrar en “¡No ceder, Poli! La agresión a los internos, primer paso del programa del gobierno contra el Instituto Politécnico”, en *Fuerza de la ESIME*, núm. 3, sin fecha, en FR-IS-MSP, vol. 26.

81 Nicandro Mendoza, entrevista con el autor.

Comunista)— celebró unánimemente las medidas tomadas por el gobierno. Una fuente estadounidense retrataba la situación sosteniendo que una vez que se cerró el internado y los estudiantes volvieron a cursar sus estudios el 1° de octubre se reemplazó la “anarquía y la agitación” por el “orden y la disciplina”.⁸² La prensa y algunos reportes mexicanos y estadounidenses sostenían que “el pueblo no pudo haber estado más contento”. “Por fin la huelga había terminado” proclamaban algunas personas en cartas que escribían a los diarios, “el nido de revoltosos”, en referencia al internado, “por fin se había cerrado”.⁸³

También se unieron políticos de diversas corrientes al coro de aprobaciones de la ocupación militar. El PAN sostuvo que el cierre del internado había sido necesario. Muchos funcionarios del gobierno hicieron público su apoyo a la ocupación y felicitaban a Alejo Peralta. En *Novedades*, por ejemplo, el diputado del Distrito Federal se dirigió al presidente y a Peralta anunciando “¡Enhorabuena por la clausura del internado!”. El mismo día el senador de Oaxaca expresaba su gratitud en *Excélsior*, argumentando que la ocupación militar “fue una magnífica medida. Confiamos en las autoridades [...] que [después de haber] estudiado el problema [del Politécnico] a fondo [...] decidieron [usar la fuerza] y terminar con los disturbios”. El senador de Guanajuato, Luis I. Rodríguez, que presidía el Comité de Relaciones Exteriores, sostuvo que “fue atinada la medida dictada por el señor presidente de la República. Los alumnos del Instituto Politécnico ya se habían excedido: El Gobierno hizo lo único que podía hacerse; antes fue demasiado paciente”.⁸⁴ Un oficial del Departamento de Estado, en Washington, expresó una idea similar: “Las autoridades [del Politécnico] están recibiendo el apoyo de una prensa responsable, de las organizaciones laborales, y de los sectores de la clase [media]. [Por fin] se comienza a notar orden, disciplina, y

82 DSDW, M-IA, Desp. 340, 5 de octubre de 1956.

83 Estos comentarios aparecieron en numerosas ocasiones en el *Excélsior* y *El Universal*.

84 Gerardo Medina, “Fondo político en la huelga estudiantil... la solución está en las manos del régimen”, en *La Nación*, núm. 762, 20 de mayo de 1956, pp. 7-8; *Novedades*, 25 de septiembre de 1956; en *Excélsior*, 20 de septiembre de 1956; y “Crisis de la autoridad”, en *La Nación*, núm. 765, 10 de junio de 1956, pp. 3-4;

un sentido de responsabilidad entre los estudiantes y profesores [en México]”.⁸⁵

Las voces a favor de la ocupación se oían por doquier, alcanzaron tal magnitud que en “dos días [...] cerca de 500 telegramas de adhesión, simpatía, agradecimiento y admiración” fueron enviados a Alejo Peralta por parte “de vecinos [...] políticos [...] funcionarios del Estado [...] empresas privadas, de personas desconocidas y maestros”. La ocupación militar del IPN representó “una gloriosa victoria” para la nación. La euforia fue tal que cuando un periodista preguntó a Peralta si era posible que los normalistas y universitarios se adhirieran a las fuerzas del estudiantado politécnico, éste último respondió: “El ejército puede con todos”.⁸⁶

No queda claro con seguridad si la amenaza de Peralta llegó a escucharse en la UNAM. Lo que sí queda claro es que los universitarios nunca se unieron al estudiantado del IPN para protestar la ocupación, como algunos comentaristas temían en la prensa. De hecho, salvo en casos menores y aislados en algunas preparatorias, no hubo apoyo a la protesta. La prensa señalaba que la solidaridad no había tenido lugar por “obvias diferencias de clase” y por el antagonismo que existía entre quienes concurrían al IPN y la UNAM como resultado de la rivalidad en los juegos de fútbol americano desde los años cuarenta.⁸⁷ Sin embargo, un activista de la UNAM en aquel momento recuerda la situación de modo bastante diferente. Óscar González López, un estudiante de izquierda de la Escuela Nacional de Economía, asegura que con la ayuda del famoso intermediario *Palillo* todos los líderes estudiantiles fueron aconsejados “de la manera más sutil por Nabor Carrillo [rector de la UNAM], quien con incentivos muy atractivos nos ordenó que no nos involucráramos en la huelga del Politécnico. Claro, aquellos que estaban

85 DSDW, M-IA, Desp. 358, 10 de octubre de 1956.

86 “Cierre del Internado del IPN”, en *Tiempo*, 1 de octubre de 1956, p. 7; Arias Bernal, “Por la clausura”, en *Excélsior*, 25 de septiembre de 1956; y “Toda agitación será reprimida”, en *Excélsior*, 26 de septiembre de 1956.

87 “La Universidad no se hará eco de la agitación”, en *Excélsior*, 26 de septiembre de 1956. Para el antagonismo social y deportivo entre universitarios y politécnicos que se llegó a explotar por parte de las autoridades, véase Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student...*, cap. 2.

interesados en una futura carrera política, tomaron muy en serio su «consejo»⁸⁸.

El estudiantado del Politécnico no logró construir una alianza con sus pares de la Universidad u otros grupos de estudiantes hasta 1958. Aquel año un frente unificado de universitarios, estudiantes del Politécnico y normalistas demandó que el ejército se retirara de inmediato del IPN.⁸⁹ La demanda tuvo una respuesta positiva el 24 de diciembre de ese mismo año.

A lo largo de los sesenta el estudiantado también comenzaría a demandar que se liberara a todos los presos políticos que hubieran sido afectados por la Ley de Disolución Social.

El anticomunismo y la Ley de Disolución Social

Una vez cerrado el internado tras la ocupación por las tropas federales que controlaron efectivamente todo el IPN, el Estado pasó a encarcelar al activismo político que encabezaba la protesta estudiantil. La justificación legal para tal proceder provino de la Ley de Disolución Social. Originalmente la ley había sido promulgada por el presidente Ávila Camacho en 1941 bajo el artículo 145 de la Constitución. Se trataba de una respuesta a la amenaza internacional que el fascismo había planteado a los poderes del Eje durante la Segunda Guerra Mundial. El artículo 145 sostenía que la ley debía ser aplicada

al extranjero o nacional mexicano, que en forma hablada o escrita, o por cualquier otro medio realice propaganda entre extranjeros o entre mexicanos difundiendo ideas, programas o normas de acción de cualquier gobierno extranjero que perturbe el orden público o afecte la soberanía del Estado mexicano.

88 Óscar González López, entrevista con el autor. *Palillo* era un porrista de futbol americano, carismático e importante líder político que sirvió de intermediario entre los estudiantes y las autoridades escolares y gubernamentales a través de las décadas de 1940 y 1950. Para un detallado análisis de *Palillo*, véase Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student...*, cap. 2.

89 Para el movimiento estudiantil de 1958 véase Gerardo Estrada, *op. cit.*; José René Rivas Ontiveros, *op. cit.*, y Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student...*, cap. 4.

La definición que este artículo daba de “perturbar el orden público” incluía cualquier acto cuya intención fuera “producir rebelión, sedición, asonada o motín”. Basándose en esta definición, la ley se había diseñado para castigar a quienes “obstaculicen el funcionamiento de [las] instituciones legítimas o propaguen el desacato de parte de los nacionales mexicanos a sus deberes cívicos” llevando a cabo “actos de sabotaje,” “acciones de provocación” o “invasión de territorio”. El objetivo de esta ley, cuya precisión era originalmente vaga, fue proteger la “Soberanía Nacional” de aquellas personas catalogadas como “subversivas”.⁹⁰

En el contexto de la guerra fría, donde el comunismo se presentaba como una creciente amenaza, la ley fue enmendada para que abarcara un espectro mayor de posibles intentos de disolución social. Así, en 1950 el artículo 145 fue modificado por el Congreso tras una sugerencia enviada por el presidente Miguel Alemán. La politóloga Evelyn P. Stevens explicó que “el estatuto de la enmienda [ahora incluido en el Código Penal] extendió el tiempo de la pena que originalmente oscilaba de tres a seis años a [un periodo] de [entre] dos a doce años”. Aunque era evidente que la amenaza del fascismo que había sido el objeto original de la ley “había retrocedido, se argumentaba que había otros peligros contra los cuales debían mantenerse medidas apropiadas”.⁹¹

A medida que la protesta estudiantil de 1956 cobró importancia la “amenaza comunista” planteada por el estudiantado politécnico fue identificada como uno de los “peligros” mencionados por la nueva enmienda a la Ley de Disolución Social. El contexto de la guerra fría facilitó la inclusión de las acciones estudiantiles en el marco de los “peligros” mencionados por la ley. La prensa fue crucial en este sentido porque, efectivamente, convenció a sectores importantes de la opinión pública de que la protesta estaba inspirada por ideologías foráneas, infiltradas en México por peligrosos demagogos. La cruzada anticomunista hizo eje en la figura de Nicandro Mendoza

90 Para una detallada interpretación de la ley, véase Evelyn P. Stevens, *Protest and response in Mexico*, 1974.

91 Evelyn P. Stevens, “Legality and extra-legality in Mexico”, 1970, p. 64.

al retratarlo como la mayor amenaza en el seno del IPN. Uno de los elementos de esta retórica que tuvo mayor efecto fue el que insistió en la inocencia de jóvenes mexicanos que, en plena juventud, eran manipulados por fuerzas extrañas que promovían el sabotaje contra la nación, incitando a la traición y la subversión.

El arresto del activista comunista Nicandro Mendoza y “sus pistoleros” (en palabras de un periodista), llevado a cabo el 27 de septiembre de 1956, se montó sobre la parafernalia de prejuicios anticomunistas que la prensa había desarrollado *ad nauseam*. Los mentados pistoleros eran Efraín Ruiz López y Raúl Lemus Sánchez: el primero parece que estuvo a cargo de un grupo de choque formado por *gaviotas* y estudiantes jóvenes de la Vocacional 3; en cuanto al segundo, se trataba de un famoso jugador de fútbol americano y karateca especializado en organizar grupos de choque que defendían a Nicandro Mendoza.⁹² Un extenso informe publicado por *Excélsior* en primera plana, al igual que noticias de otros periódicos, argumentaban que estos activistas habían sido arrestados por su supuesta participación en una “trifulca” que tuvo lugar aquel día a la salida del Comedor Universitario. Este espacio era una cafetería administrada por las autoridades escolares, y sostenida por beneficencia privada, que atendía diariamente a 450 universitarios de bajos recursos y a 150 politécnicos y normalistas con un menú subsidiado o gratuito. La reyerta explotó porque Alejo Peralta, Nabor Carrillo, el rector de la UNAM, y el secretario de Salubridad, Ignacio Morones Prieto, anunciaron que este beneficio sería eliminado y se otorgarían 150 pesos mensuales para compensar su pérdida. Un grupo de estudiantes —liderados por Augusto Velazco y Luis Muñoz— organizó una actividad en repudio a esta medida. Otro grupo —encabezado por Adolfo de la Cueva, Andrés Torres Mellado, Rogelio García y Diógenes Mendoza— tomó el camino opuesto y comenzó a plantear: “No queremos más agitación [sino que] queremos estudiar”.⁹³

92 Eduardo Téllez, “Nicandro Mendoza entre los detenidos”, en *El Universal*, 28 de septiembre de 1956.

93 “Trifulca estudiantil en el centro de la capital”, en *Excélsior*, 28 de septiembre de 1956. Véase también Donald Russell Morris, “Political violence and political modernization in Mexico: 1952-1964”, 1971, p. 370.

Según la prensa el grupo de Velazco y Muñoz “atacó violentamente” al otro grupo. Como prueba del ataque *Excelsior* publicó una gran imagen (véase fotografía 1) en primera plana que rezaba:

La batalla entre estudiantes se desarrollaba furiosamente. El licenciado Castillo Mota (centro [de la fotografía]) le propina fenomenal paliza al médico Luis Muñoz. La foto habla claro: Mota muestra su actitud pugilística, mientras el cuerpo de Luis Muñoz hace un viaje al suelo. Todo sucedió por una división entre alumnos de la Universidad, del Politécnico y de la Normal.

Fotografía 1



“Trifulca estudiantil en el centro de la capital”, en *Excelsior*, 28 de septiembre de 1956.

Esta representación de la prensa fue confrontada por estudiantes que comenzaron a hacer circular otras versiones del evento que diferían sustancialmente. En primer lugar, sostenían, no existía animosidad entre grupos de estudiantes de diferentes instituciones que concurrían al comedor: todo lo contrario, si había una distinción que primaba era la tensión entre estudiantes provenientes de diferentes regiones del país. En realidad, lo más importante era que no había habido ninguna pelea entre estudiantes: para los estudiantes quedaba claro que un grupo de pistoleros se había presentado cuando el estudiantado se dispuso a defender la continuidad del comedor. Esta versión puede corroborarse en la fotografía misma del *Excélsior* que había sido distorsionada por los títulos y la nota que la acompañaban. En la imagen podía verse con claridad a Castillo Mota que, tal como notamos anteriormente, era uno de los miembros más importantes de la banda de los *gorilas*. Algunos estudiantes además creían que Castillo Mota había desarrollado una carrera lucrativa como agente provocador del Ministerio Público. En algunos casos, incluso se llegaba a señalar que el ataque había sido pagado por Nabor Carrillo a través de su secretario privado, Efrén del Pozo. Siguiendo una línea similar, otro manifiesto estudiantil denunciaba que los golpeadores habían recibido un total de 120 mil pesos por su ataque y por la destrucción de la cocina que había tenido lugar en aquel momento.⁹⁴

Un periódico estudiantil preguntaba con enojo:

¿[Exactamente] a qué estudiantes se refería *Excélsior*? No [puede ser] los que [están presentes en la fotografía], pues no son estudiantes, sino *pistoleros a sueldo*. [De hecho, el supuesto] “universitario” que aparece golpeando cobardemente a un auténtico estudiante [no es más que] un Sr. Agente del Ministerio Público [y su] “cuidador” es un luchador que cobra sueldo en la UNAM como “Instructor de Educación Física”.

94 “¿Rectitud o vandalismo?”, archivo personal del autor, junio de 1956; ADFS, “UNAM”, exp. 63-4-953, L-1, H-26, y “Los judas del comedor”, en *El Cometa Universitario*, núm. 3, octubre-noviembre de 1956, en FRIIB, vol. 1, exp. 91. Para la participación de Efrén del Pozo en la proliferación del porrismo en la UNAM, véase Hugo Sánchez Gudiño, *Génesis, desarrollo, y consolidación de los grupos estudiantiles de choque en la UNAM, 1930-1990*, 2006, y Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student...*, cap. 4.

La ira por el modo en que los medios desfiguraban lo ocurrido era compartida por el presidente de la sociedad de estudiantes de la Escuela de Filosofía, que escribió: “Es inconcebible que [...] grupos de pistoleros [hayan sido] utilizados para disolver la manifestación [...] de los compañeros del Comedor Universitario, [pero es] más inconcebible aún que [...] la prensa capitalina [vea a esta] lacra pistolera [...] como los defensores de los estudiantes sinceros”.⁹⁵

Había un punto en el que tanto el *Excélsior* como el estudiantado acordaban. En ambas versiones se notaba que había un gran número de granaderos, agentes secretos y agentes de policía que estaban presentes pero que no intervinieron y dejaron que la reyerta siguiera su curso. Respecto de otras cuestiones prevalecía la divergencia entre las versiones de los hechos. Un punto de desacuerdo importante se refería al fin del conflicto. En este momento las autoridades se aprestaron a detener a Nicandro Mendoza, pero éste negaba no sólo su participación en la pelea sino incluso en la misma protesta por el cierre del comedor. Aún así, el jefe de policía aseveraba con certeza que sus agentes habían visto a Mendoza “estimulando a más de 150 pseudo estudiantes” en la Universidad antes de la reyerta y por este motivo justificaba su arresto.⁹⁶

Inmediatamente luego del arresto de Nicandro Mendoza la policía también detuvo a Mariano Molina que era el secretario general de la FNET. El arresto de Molina se produjo a la salida de la oficina central del PP y, al igual que había ocurrido con Mendoza, se trató de una acción conjunta de la policía y la DFS. Estas fuerzas procedieron a la detención de un importante sector de la dirección de izquierda del movimiento estudiantil que fueron sometidos a investigación bajo la acusación de participar en disturbios. Entre otros se encon-

95 “La verdad sobre el atentado gangsteril al comedor universitario”, *El Cometa Universitario*, núm. 3, octubre-noviembre de 1956, archivo personal del autor, y Clemente Valdez—Presidente de la Sociedad de Alumnos de Filosofía y Letras, “Opinión de los estudiantes universitarios”, *El Cometa Universitario*, núm. 3, octubre-noviembre de 1956, en archivo personal del autor.

96 “La UNAM, nido de juniors y niños popof”, archivo personal del autor, sin fecha; “«Gaviotas» con el sweater de la UNAM”, en *El Universal*, 27 de septiembre de 1956, y “Politécnicos disfrazados de universitarios tratarán de inmiscuir a la UNA en sus líos”, en *Excélsior*, 27 de septiembre de 1956.

traban Augusto Velazco, del Comedor Universitario; Ramiro Ramos Hernández y José Luis Sánchez Ponce, de la FNET; Manuel Salazar González, un amigo personal de Mendoza que pertenecía a un grupo representativo de jóvenes del Partido Comunista; Baudelio Alegría de la Confederación de Jóvenes Mexicanos y otros seis “agitadores sospechosos” más que aparentemente fueron detenidos por agentes de la DFS por simpatizar con quienes protestaban en el IPN.⁹⁷ Acto seguido, el fiscal de distrito, Julio Ramírez, sostuvo que eran “tantos y tan graves los daños causados al Instituto Politécnico Nacional y a los estudiantes del mismo por Nicandro Mendoza y demás *agitadores* que lo secundan, que estos se *han hecho acreedores a que se les procese por el delito de disolución social*”.⁹⁸

Entre el 5 y el 6 de octubre, Nicandro Mendoza, Mariano Molina y Raúl Lemus Sánchez fueron sentenciados a prisión por violación de la Ley de Disolución Social sin permitirseles la posibilidad de eximirse por libertad bajo fianza.⁹⁹ El documento oficial que la oficina del fiscal del Distrito facilitó al *Excélsior* sostenía que los acusados habían sido arrestados por organizar una amplia gama de “actos para perturbar el orden y la paz pública”. Además se sostenía que habían instado al resto del estudiantado para que se alzara en armas contra las fuerzas del Estado apostadas en el IPN.¹⁰⁰ Otros cargos incluían la posesión ilegal de armas, la incitación al motín, desórdenes públicos, asalto y resistencia a la autoridad e incluso conductas indecentes.¹⁰¹

Una vez que los estudiantes fueron sentenciados a prisión las autoridades hicieron públicas todas las pruebas que conectaban a estos “subversivos” con el comunismo. Para Nicandro Mendoza,

97 “Molinar, líder de la FNET en la redada”, en *Excélsior*, 29 de septiembre de 1956, y “Los líderes Nicandro Mendoza y Molina, dados de baja del Politécnico, no expulsados”, en *Excélsior*, 30 de septiembre de 1956.

98 “Molinar, líder de la FNET en la redada”, en *Excélsior*, 29 de septiembre de 1956. El énfasis en cursivas es mío.

99 “Nicandro Mendoza y sus socios ingresaron en la Penitenciaría”, en *Excélsior*, 2 de octubre de 1956.

100 *Idem*, y DSDW, M-IA, Desp. 340, 5 de octubre de 1956.

101 DSDW, M-IA, Desp. 340, 5 de octubre de 1956.

por ejemplo, se repitió con insistencia en todos los periódicos que “recientemente había retornado de un viaje tras la Cortina de Hierro financiado por fuentes misteriosas”.¹⁰² La “prueba decisiva” que unía “a este rojillo revoltoso” con las fuerzas comunistas, según el dibujante de tiras políticas Audifred de *El Universal*, era la visita que había recibido en prisión del “viejo demagogo” Vicente Lombardo Toledano que aparecía “dando el espaldarazo” a Mendoza por los sacrificios que había hecho y por su duro trabajo con el PP.¹⁰³

Esta visita de Vicente Lombardo Toledano, el 11 de octubre de ese año, fue discutida por toda la prensa. Frente a la presencia de los periodistas el dirigente del PP que había concurrido a la prisión para ver a Mendoza se decidió a dar una conferencia de prensa en la que sostuvo que el documento que contenía los cargos en contra de los estudiantes era absurdo e ilógico: “El estatuto criminal que marca la ley de disolución social nunca fue invocado. [La ley de disolución social] fue integrada al Código Penal durante la última administración presidencial para complacer a las fuerzas del imperialismo Yanqui”. Tras su partida Vicente Lombardo Toledano le dijo a los prisioneros: “Tengan fe en mí”, prometiéndoles a sus “discípulos” que él y el PP “iban a hacer todo lo posible en su poder para asegurarse que los estudiantes tengan mejores abogados defensores”.¹⁰⁴

No queda claro hasta qué punto las promesas de Vicente Lombardo Toledano eran sinceras. De lo que no hay duda es que Nicandro Mendoza y varios estudiantes más permanecieron en prisión hasta diciembre de 1958, cuando el presidente Adolfo López Mateos dictó una amnistía general. También queda claro que al ser arrestados los principales dirigentes estudiantiles la división entre los dirigentes del movimiento se hizo más obvia. Esta división fue particularmente evidente entre Mendoza y Molina. El Departamento de Estado en Washington notaba, por ejemplo, que “en contraste con la actitud desafiante de Nicandro Mendoza, [Mariano] Molina

102 *Idem*.

103 Audifred, “El espaldarazo de Lombardo el Rojo a Nicandro el Rojillo”, en *El Universal*, 13 de octubre de 1956.

104 DSDW, M-IA, Desp. 380, 19 de octubre de 1956; “Molinar, líder de la FNET en la redada”, en *Excelsior*, 29 de septiembre de 1956, y DSDW, M-IA, Desp. 340, 5 de octubre de 1956.

aparecía sumiso y dispuesto a hablar. [Molina] admitió que efectivamente él [al igual que Mendoza] eran agitadores [del IPN] y que habían logrado un control casi total del estudiantado”.¹⁰⁵

El uso que el gobierno hizo de la Ley de Disolución Social frente a la protesta estudiantil de 1956 dejó un legado que afectaría el modo de encarar la relación con la disidencia política en los años venideros. Durante los años sesenta, por ejemplo, el gobierno recurriría a la misma ley como herramienta intimidatoria e instrumento para reprimir y detener a una variedad de reformistas de izquierdas, revolucionarios disidentes y activistas sindicales independientes. En la famosa huelga de ferroviarios de la década de 1950, por ejemplo, muchos líderes fueron arrestados y acusados de sabotaje en razón de esta ley, luego de que la huelga fuera decretada ilegal. Los casos más conocidos fueron los de Demetrio Vallejo y Valentín Campa, quienes estuvieron en prisión por alrededor de una década durante la cual se les negó la libertad condicional en numerosas ocasiones. El recurso represivo a la Ley de Disolución Social se llevaría a cabo también con los organizadores del Movimiento Revolucionario de Maestros: Otón Salazar, J. Encarnación Pérez Rivero, Nicolás García Abadand y Venancio Zamudio Cruz. En 1960 el renombrado muralista David Alfaro Siqueiros y el periodista Filomeno Mata correrían la misma suerte. Cuatro años más tarde, los líderes de la huelga de médicos fueron puestos en prisión por la misma ley aunque, como nota Evelyn P. Stevens, esto ocurrió de modo “más indirecto”. La autora explica que “Aproximadamente un año después de que la protesta de médicos se diluyera varios de sus líderes fueron arrestados con cargos que aparentemente no tenían relación con la huelga. Luego se los sentenció por participar en un complot para derrocar al gobierno por medio de la fuerza”.¹⁰⁶

No sólo el activismo y el sindicalismo se enfrentaron a estas medidas represivas debido a la aplicación de la Ley de Disolución Social. Según *El Popular*, hacia 1959 había en México aproximada-

105 DSDW, M-IA, Desp. 340, 5 de octubre de 1956.

106 Evelyn P. Stevens, *op. cit.*, p. 70. Véase también Aurora Loyo Brambila, *op. cit.*, y Ricardo Pozas Horcasitas, *La democracia en blanco: el movimiento médico en México, 1964-1965*, 1993.

mente 800 presos políticos y, de ese número, se estimaba que unos 150 habían sido detenidos simplemente porque se les categorizó como “comunistas”.¹⁰⁷ El número de personas detenidas por motivos políticos continuó creciendo a lo largo de los años sesenta hasta que se comenzaron a organizar cada vez más marchas reclamando que esta ley fuera abolida del Código Penal.

Durante una de las marchas estudiantiles en apoyo a la huelga de normalistas en 1958, la sociedad de estudiantes de la Escuela de Filosofía de la UNAM exigió la inmediata eliminación del artículo 145 y 145-bis de la Constitución. El año siguiente activistas de la Facultad de Derecho hicieron pública la misma demanda cuando apoyaron la huelga de maestros. Entre 1960 y 1967, el Movimiento de Liberación Nacional (MNL) y la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED) organizaron un número de protestas demandando su derogación.¹⁰⁸

La derogación de la Ley de Disolución Social fue crucial para el movimiento estudiantil de 1968. Dos de las seis demandas del pliego petitorio del Comité de Huelga hablaban directamente contra ella. La primera de estas demandas exigía la inmediata libertad a los presos políticos; la segunda reclamaba la “derogación de los artículos 145 y 145-bis del Código Penal Federal”.¹⁰⁹ En los estudios dedicados al 68 se advierte que el gobierno no concedió ninguna de las dos demandas. De hecho, la derogación de la Ley de Disolución Social tomaría dos años más y sería llevada a cabo sólo en 1970.

En 1968 miles de estudiantes se reunirían para demandar que se expulsara a la FNET del Politécnico. Luego de la derrota del movimiento de 1956 el gobierno había cooptado esta organización que había liderado la lucha estudiantil, convirtiéndola en una estructura “charra” al servicio de la agenda política de las autoridades del IPN y del gobierno.

107 *El Popular*, 31 de marzo de 1959.

108 Véase Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student...*, caps. 5 y 6.

109 Sergio Zermeño, *México. Una democracia utópica*, 1978, p. 29.

El financiamiento del “charrismo estudiantil” y la creación de la nueva FNET

El uso de medidas represivas no culminó con la prisión de los líderes más importantes de la FNET. A continuación Alejo Peralta profundizó el autoritarismo para continuar intimidando y reprimiendo al estudiantado. Las tropas federales continuaron ocupando el IPN hasta diciembre de 1958 cuando surgió una nueva protesta estudiantil que unió a universitarios, normalistas, y politécnicos, los cuales exigieron el retiro inmediato de los soldados apostados en el IPN con renovada fuerza. En esta nueva atmósfera de rebelión numerosos politécnicos también se unieron para demandar la renuncia de Alejo Peralta quien había anunciado un año antes que sólo “los estudiantes con «buen carácter» serían aceptados en el Politécnico”.¹¹⁰ Esta restricción intencionalmente vaga tenía por objeto negar el ingreso de quien expresara simpatías por la izquierda. La medida involucraba no sólo a quienes ingresaban sino que incluso los estudiantes que ya se encontraban estudiando podían ser echados si participaban en algún acto de protesta. La intolerancia de esta política excluyente provocó la caída de la matrícula: en 1956 había 25 277 estudiantes; dos años después eran 22 187, es decir varios miles menos.¹¹¹

Con el tiempo Peralta pagaría un alto precio político por haber adoptado este control autoritario sobre el IPN. A fines de 1958 ya era tan denostado en esa institución que un grupo de estudiantes se atrevió incluso a tirarle piedras y cocteles molotov.¹¹² Ante la creciente tensión, el presidente le recomendó que presentara su renuncia el 28 de febrero de 1959 porque su presencia misma contribuía a generar más resistencia entre el estudiantado, que organizaba marchas contra su figura en varias de las escuelas del IPN. Diez días más tarde el presidente López Mateos designó a Eugenio Méndez Docurro como nuevo director. Bajo la nueva dirección las mismas políticas autori-

110 Donald Russell Morris, *op. cit.*, 1971, p. 372.

111 IPN, *op. cit.*, 1988, p. 154.

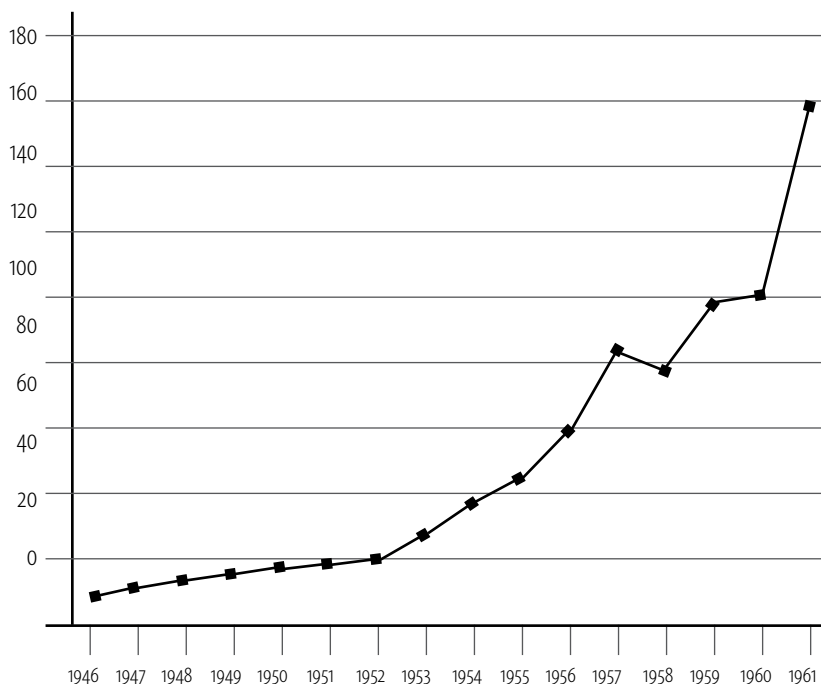
112 Donald Russell Morris, *op. cit.*, 1971, p. 372.

tarias se mantendrían en pie hasta 1963 cuando Méndez Docurro fue remplazado por otro director.

Entre 1956 y 1964 el IPN fue sometido nuevamente a una relación corporativista con el gobierno.¹¹³ Uno de los resultados de tal control fue que el presupuesto que el gobierno proporcionaba al IPN creció sustancialmente. De los pequeños aumentos en la década de 1940 se pasó a aportes mucho más significativos (véase la gráfica 1).

GRÁFICA 1

Inversiones federales en el IPN (millones de pesos)



113 El Instituto Politécnico Nacional fue fundado en 1937. Desde sus inicios mantuvo una estrecha relación con el Estado, la cual hizo imposible su autonomía. Para una historia (aunque bastante oficial) de esta institución véase IPN, *op. cit.*, 1988.

De algún modo esto significa que, a pesar de la derrota política que sufrió el movimiento de 1956, algunas de sus demandas fueron concedidas hasta cierto punto. El contraste entre la represión sufrida por la protesta estudiantil y el logro de algunos de sus objetivos más importantes sugiere que el gobierno estaba dispuesto a realizar concesiones si la relación de fuerzas se volcaba a favor del estudiantado. Sin embargo, lo que el gobierno parecía no haber tolerado bajo ninguna circunstancia es que se pusiera en cuestión su legitimidad en la esfera pública. Las medidas represivas tal vez estaban orientadas a disuadir cualquier tipo de protesta y exigir que todas las demandas se canalizaran por los cauces establecidos por la estructura estatal corporativa. El gobierno no sólo llevó a cabo una política represiva sino que aportó cada vez más fondos para aplacar la disidencia.

Más allá del crecimiento de la inversión estatal en el IPN, el gobierno no quiso que eso fuera interpretado como un resultado de las demandas estudiantiles. Esto significó que algunos estudiantes terminaron pagando un costo muy alto por la concesión de estas demandas porque el Estado quiso prevenir el crecimiento potencial de las protestas mediante castigos ejemplificadores. Estos castigos cayeron sobre todos los estudiantes que se comprometieron en demandar que las demandas de las protestas de 1942, 1950 y 1956 fueran concedidas. Por el contrario, quienes fueron fieles a la dirección del IPN y a las autoridades gubernamentales se beneficiaron tanto política como financieramente. Uno de los grupos más beneficiados sería el formado por los nuevos miembros del nuevo FNET que se constituyó como estructura corporativa controlada por el Estado.

El nuevo liderazgo del FNET fue elegido durante el Noveno Congreso de Estudiantes Técnicos, que tuvo lugar entre el 22 y el 26 de octubre de 1956. Varias facciones presentaron candidatos a la presidencia del FNET en ese congreso y el pedido de retiro inmediato de las tropas que ocupaban el IPN fue unánime.¹¹⁴ Las facciones más importantes eran las del grupo dirigido por Francisco J. Velázquez, la de Manuel Ocho Velázquez, el grupo de Agapito Ríos y el de Benjamín Nieto. El primero de estos grupos era el favorito de Peralta y

114 ADFS, "IPN", exp. 63-3-56, L-6, H-352.

su oponente más importante fue un grupo organizado por Arnaldo Bellereza que más tarde sería nodal en la exitosa lucha por la expulsión de Peralta de la dirección del IPN.¹¹⁵ Los grupos de Velázquez y Ochoa Velázquez encontraron la mayor parte de su apoyo en la Escuela Vocacional 3. Un documento de la DFS revela que recibían gran parte de apoyo de Rodolfo González, el presidente del Comité Regional del PRI en el Distrito Federal, que, como mencioné anteriormente, también había pagado al grupo de choque contra Nicandro Mendoza.¹¹⁶

El Noveno Congreso en el que se eligieron las autoridades del nuevo FNET se caracterizó por una tensión política que llegaría a adquirir alto voltaje. Pronto quedó claro que los grupos de Agapito Ríos y Benjamín Nieto agrupaban las fuerzas más importantes contra la presidencia del FNET. No obstante, ambos grupos se acusaban mutuamente de corrupción y gangsterismo.¹¹⁷ Ríos unificó todo el estudiantado que provenía del Bloque de Estudiantes Técnicos, la organización estudiantil que surgió al calor de la protesta contra la ocupación militar del IPN. Baudelio Alegría, de la CJM, brindó su apoyo a Ríos luego de haberse distanciado de Prieto Laurens. A su vez Alegría recibió apoyo financiero de Enrique Ramírez y Ramírez cuando la CJM rompió lazos con el Partido Popular Socialista (PPS, que reemplazó al PP en 1959) que para entonces se encontraba en vías de integración a la estructura corporativista del PRI.¹¹⁸ Los estudiantes que siguieron esta línea eran conocidos como ramiristas. Su líder, Enrique Ramírez y Ramírez, había sido el secretario del PP, pero luego de 1955 se había convertido en el más renombrado opositor a Vicente Lombardo Toledano. La otra ala del movimiento estudiantil que se opuso a la nueva dirección cooptada de la FNET, bajo la dirección de Benjamín Nieto, fue apoyada por Salvador Gamiz y por Vicente Lombardo Toledano. El objetivo primario de los llamados lombardistas fue conseguir la liberación de Nicandro Mendoza

115 Donald Russell Morris, *op. cit.*, p. 373.

116 ADFS, "IPN", exp. 63-3-56, L-6, H-266.

117 "Repudio a los líderes de la FNET", en *Excélsior*, 23 de octubre de 1956.

118 Karl M. Schmitt, *op. cit.*, 1965, pp. 84-85.

y Mariano Molina para que el PP pudiera recuperar el esplendor al que había llegado anteriormente en el IPN. La disputa que Vicente Lombardo Toledano y Enrique Ramírez y Ramírez habían tenido en 1955 repercutió en el seno del movimiento estudiantil enemistando a ambos grupos. Por este motivo en el congreso el estudiantado votó la presidencia de acuerdo con líneas faccionales, la tensión interna creció, y la presidencia de la FNET se resolvió en parte mediante la lucha física entre grupos de choque de todo tipo.¹¹⁹

Hacia el 24 de octubre era evidente que el grupo ramirista había triunfado y que la violencia estudiantil y la mediación a través de líderes charros se habían convertido en los modos más comunes de resolver las disputas políticas internas.¹²⁰ En noviembre varios estudiantes asumieron puestos de importancia local y nacional en la FNET, pero Enrique Ramírez y Ramírez continuó controlando los hilos por detrás de la escena política hasta 1964. A esto se sumó el hecho de que durante este periodo los ramiristas recibieron el apoyo de López Mateos hasta el fin de su sexenio. Esto hizo que el grupo se acercara gradualmente al PRI y se distanciara cada vez más del PP. A cambio de fidelidad al gobierno, los ramiristas acumularon un poder político considerable que tuvo como corolario un nivel de corrupción sin precedentes. Sin embargo, el poder del ramirismo fue tal que lo hizo inmune a las impugnaciones de otros líderes. En consecuencia la FNET misma se convirtió en una organización charra al servicio del gobierno.¹²¹

En 1964 la era ramirista llegaba a su fin, sólo para ser remplazada por una etapa signada por un autoritarismo y corrupción aún más profundos. Los grupos estudiantiles de la FNET luego del 64 fueron financiados por sectores muy influyentes de alemanistas y díazorristas. Entre estos líderes se destacaron Alfonso Corona del Rosal y Jesús Robles Martínez, que establecieron lazos muy fuertes con el presidente Díaz Ordaz. Este grupo usó todo el poder del Sindicato

119 ADFS, "IPN", exp. 63-3-56, L-6, H-306; Karl M. Schmitt, *op. cit.*, pp. 77-119; David Vega, entrevista con el autor, y ADFS, "IPN", exp. 63-3-56, L-6, H-319.

120 "No más violencia en el Politécnico", en *Excélsior*, 24 de octubre de 1956.

121 David Vega, entrevista con el autor.

Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) para manipular a la FNET a través del uso de líderes porros tales como *El Johnny*, que luego se opondría a quienes organizaron el movimiento del 68. Para entonces la FNET se convirtió en un lugar con conflictos internos tan fuertes que terminaría disolviéndose ese año.¹²²

CONCLUSIÓN: MÁS ACÁ DEL 68

En la historiografía sobre movimientos estudiantiles latinoamericanos el caso argentino de 1918 y el mexicano de 1968 han sido probablemente los más estudiados. En historia, al igual que en sociología y en ciencias políticas, se ha destacado la importancia de estos dos movimientos por sus características de ruptura. Múltiples aniversarios han idealizado ambos movimientos constituyéndolos en momentos fundacionales de protestas que tendrían lugar por décadas. Se han organizado diversas mesas redondas, salas de museos, y numerosos estudios, compilaciones de ensayos, cuentos y hasta novelas. En estos eventos no sólo se exagera la importancia de estos dos movimientos estudiantiles sino que también se invisibilizan otras instancias de movilización estudiantil que, ante el brillo del 68 mexicano y el 18 argentino, caen en la oscuridad. En el caso argentino, la narrativa se ha consolidado en un discurso oficial que repetidamente explica como el movimiento universitario de reforma se inició en la Universidad Nacional de Córdoba en 1918 y se extendió rápidamente a las demás universidades del país y de América Latina: a Perú en 1920, a México en 1929, a Chile y Bolivia dos años más tarde, y a otros países que lo seguirían más tarde.¹²³ Algo similar ocurre con la historiografía sobre el movimiento estudiantil de 1968 en México, la cual ha sido escrita casi exclusivamente des-

122 Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student...*, cap. 3.

123 Dos de los estudios más originales que se han publicado recientemente sobre el movimiento de reforma universitaria de 1918 incluyen: Natalia Milanesio, "Gender and generation: The university reform movement in Argentina, 1918", 2005, y María Cristina Vera de Flachs, "Antecedentes del movimiento universitario de 1918 en Córdoba: los primeros profesores de la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas", 1999.

de las perspectivas de sus principales líderes y con escasa revisión histórica. Las consignas más repetidas: “¡El 68 no se olvida!” y “Un México antes y un México después del 1968”, han mitificado el movimiento de modo tal que resulta difícil percibir la actividad política y estudiantil previa.¹²⁴

Proclamar que “¡El 68 no se olvida!” se ha convertido en un símbolo ritual que se repite año a año en numerosas marchas que conmemoran la masacre estudiantil del 2 de octubre en la Plaza de la Tres Culturas de Tlatelolco.¹²⁵ No es mi intención decir que tenemos que olvidar; todo lo contrario. El esclarecimiento de la masacre perpetuada por el Estado mexicano en este momento constituye una deuda fundamental de la historiografía. No cabe duda que también es fundamental continuar estudiando en profundidad el movimiento del 68 en todos sus aspectos.¹²⁶ Con todo, esta tarea debe ser llevada a cabo críticamente y cuestionando lo que Herbert Braun ha denominado “el discurso oficial”: una perspectiva que asume como axioma la idea de que el movimiento estudiantil siempre ha sido “unido”, “heroico” y “homogéneo” y que luchó contra un “Estado monolítico”, representado en México históricamente por el “enemigo común” de todos los movimientos sociales, el PRI.¹²⁷ Sin lugar a duda, personajes clave del PRI financiaron una variedad de mecanismos de control —legales e ilegales— para negociar, intimidar,

124 Para un excelente revisión de los diferentes estudios que se han escrito sobre 1968 en las últimas tres décadas, véase Vania Markarian, “El movimiento estudiantil mexicano de 1968. Treinta años de debates públicos”, 2001.

125 La conmemoración más grande que se ha organizado hasta la fecha sobre el movimiento del 68 se llevó a cabo recientemente en una exhibición en el Centro Cultural Universitario Tlatelolco de la Universidad Nacional Autónoma de México. Para un resumen fotográfico de la exhibición, véase Álvaro Vázquez Mantecón, Juncia Avilés y Sergio Raúl Arroyo, *Memorial del 68*, México, UNAM, 2007.

126 Algunos de los estudios más rigurosos que se han escrito sobre el 68 recientemente son Deborah Cohen y Lessie Jo Frazier, “«No sólo cocinábamos...» Historia inédita de la otra mitad del 68”, 1993; Herbert Braun, “Protest of engagement: Dignity, false love, and self-love in Mexico during 1968”, 1997; Sergio Aguayo Quezada, *1968: Los archivos de la violencia*, 1998, y Ariel Rodríguez Kuri, “Los primeros días. Una explicación de los orígenes inmediatos del movimiento estudiantil de 1968”, 2003. Véase también el estudio clásico de Sergio Zermeño, *op. cit.*

127 Herbert Braun, *op. cit.* Véase también Jaime Pensado, “The (forgotten) sixties in Mexico”, 2008, pp. 83-90.

cooptar, y reprimir a un sinnúmero de estudiantes e intelectuales durante, antes y después del movimiento de 1968.¹²⁸ No obstante, como algunos historiadores lo han notado recientemente, el PRI realmente nunca llegó a constituir una entidad monolítica y mucho menos logró adquirir un monopolio absoluto sobre la represión política de los movimientos sociales.¹²⁹ Como ha sido señalado en este artículo, hubo miembros antagónicos tanto en el seno de ese partido como fuera de él. El movimiento estudiantil no sólo fue manipulado por el PRI sino también por actores influyentes de otros partidos que se aprovecharon del movimiento estudiantil de 1956 para tratar de establecer un control hegemónico sobre las escuelas afiliadas al IPN. Lo mismo sucedería durante las numerosas revueltas estudiantiles que se desarrollaron en diferentes partes de México a lo largo de los años sesenta.¹³⁰ El 68 no fue la excepción en este sentido porque el control social del estudiantado fue característico a toda la etapa de la guerra fría. Fue a partir del movimiento politécnico de 1956 que la juventud sería identificada cada vez más como un momento de la vida en el que la inocencia puede ser explotada por peligrosos intereses contrarios a los de México. La visibilidad de la figura del *estudiante* en la esfera pública y del *estudiantado* como colectivo se comenzó a identificar a partir de este momento como un “problema nacional”. Voceros del gobierno, autoridades escolares, representantes de los medios masivos de comunicación y miembros de diferentes

128 Véase, por ejemplo, Julio Scherer García y Carlos Monsiváis, *Parte de guerra II. Los rostros del 68*, 2002; Raúl Jardón, *El espionaje contra el movimiento estudiantil. Los documentos de la Dirección Federal de Seguridad y las agencias de inteligencia estadounidense en 1968*, 2003; Gilberto Guevara Niebla, *La libertad nunca se olvida. Memoria del 68*, 2004; Hugo Sánchez Gudiño, *op. cit.*; Enrique Condés Lara, *Represión y rebelión en México (1959-1985)*, 2007, y Jacinto Rodríguez Munguía, *op.cit.*

129 Véase, por ejemplo, Jeffrey W. Rubin, *Decentering the regime. Ethnicity, radicalism and democracy in Juchitán, México*, 1997; Elisa Servín, *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954*, 2001; O'Neill Blacker-Hanson, “Cold War in the Countryside: Conflict in Guerrero, Mexico”, 2009, pp. 181-210, y Tanalis Padilla, *Rural resistance in the land of Zapata. The Jaramillista movement and the myth of the Pax-Priista, 1940-1962*, 2008.

130 Véase, por ejemplo, Antonio Gómez Nashiki, *op. cit.*; Enrique de la Garza, Tomás Ejea León, y Luis Fernando Macías, *El otro movimiento estudiantil*, 1986, y Eric Zolov, “¡Cuba sí, Yanquis no!: The sacking of the Instituto Cultural México-Norteamericano in Morelia, Michoacán, 1961”, 2008.

partidos políticos temieron que en este momento de crisis nacional el joven mexicano fuera manipulado por “manos extrañas”. La atención exclusiva al movimiento del 68 ha perdido esto de vista.

Por eso la consigna “Un México antes y un México después de 1968” resulta más que problemática. Se trata de una distinción cronológica que ha dominado la historiografía del movimiento estudiantil mexicano e incluso ha jugado un rol fundamental en el modo en que los historiadores piensan la cronología política del conjunto del país. Estudios recientes sobre el tema insisten en que la historia moderna de México se divide en dos: una antes y una después del movimiento estudiantil de 1968. Según estos estudios, la lucha por la democracia en México se comienza a desarrollar a partir de este movimiento.¹³¹ Esta narrativa hace invisibles todas las formas de resistencia que existieron anteriormente. De este modo se borra de un plumazo la importancia de la lucha de los estudiantes médicos en la creación de asambleas estudiantiles en 1965, la demanda de los estudiantes de provincia en los sesenta para que se abrieran universidades estatales, los desafíos planteados por los sectores populares y en especial las luchas obreras por la creación de sindicatos independientes a finales de la década de 1950. En este artículo, he intentado compensar el modo en que el 68 nos ha obnubilado a través de mi estudio de la protesta de los estudiantes politécnicos en 1956. El concepto de democracia fue vagamente articulado en el curso del movimiento de 1956, pero resulta fundamental recordar que se trató del primer desafío público, directo y *masivo* en contra del Estado corporativo que el PRI intentó montar. La experiencia del 56 llevó al estudiantado a desarrollar un lenguaje antiautoritario y a pensar tácticas políticas que luego constituirían un legado tanto para los estudiantes capitalinos como para los movimientos de provincia que, a partir de los años sesenta, introdujeron la novedad organizativa de las brigadas de información que prevenían contra líderes “charros”, la organización de mítines relámpago en los espacios públicos de la

131 Véase, por ejemplo, la compilación de autores en El Universal, *1968: un archivo inédito*, 2008; Carlos Monsiváis, 2008; Eduardo Valle, *El año de la rebelión por la democracia*, 2008, y Pablo Gómez, *1968: La historia también está hecha de derrotas*, 2008.

ciudad, la ocupación de edificios como tácticas de presión, y la creación de grupos de autodefensa en contra de los esquirols y pistoleros que a finales de la década de 1960 se llegarían a conocer como *porros*.

Para concluir, el movimiento de 1956 marca el primer desafío público y directo organizado por parte de una organización estudiantil a favor de un nuevo concepto de democracia que maduraría a lo largo de los sesenta. Durante esa década las tensiones de la guerra fría aumentarían y el estudiantado se transformaría en un “problema nacional”. Para lidiar con este emergente problema la élite política mexicana llegó a crear nuevos mecanismos de control y mediación como el uso de los granaderos, el encarcelamiento de líderes estudiantiles, bajo la Ley de Disolución Social, la infiltración de agentes de la DFS en las escuelas, y la consolidación del charrismo estudiantil, los mismos actos autoritarios que marcarían las principales demandas de los estudiantes durante el movimiento de 1968.

BIBLIOGRAFÍA

Aguayo Quezada, Sergio, 1968: *Los archivos de la violencia*, México, Grijalbo, 1998.

Alonso, Antonio, *El movimiento ferrocarrilero en México, 1958/1959*, México, Era, 1975.

Barceló, Raquel, “El muro del silencio. Los jóvenes de la burguesía porfiriana”, en José Antonio Pérez Islas y Maritza Urteaga Castro-Pozo (coords.), *Historias de los jóvenes en México: Su presencia en el siglo XX*, México, Secretaría de Educación Pública (SEP)-Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ), 2004, pp. 114-150.

Blacker-Hanson, O’Neill, “Cold War in the countryside: Conflict in Guerrero, Mexico”, en *The Americas*, Academy of American Franciscan History, octubre, 2009, pp. 181-210.

Braun, Herbert, “Protest of engagement: Dignity, false love, and self-love in Mexico during 1968”, en *Comparative Studies in Sociology and History*, vol. 39, núm. 3, Cambridge, Cambridge University Press, julio de 1997, pp. 511-549.

Brito Lemus, Roberto, “Cambio generacional y participación juvenil du-

- rante el cardenismo”, en José Antonio Pérez Islas y Maritza Urteaga Castro-Pozo (coords.), *Historias de los Jóvenes en México: Su presencia en el siglo xx*, México, Secretaría de Educación Pública (SEP)-Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ), 2004, pp. 233-280.
- Camp, Roderic Ai, *Mexican political biographies 1935-1993*, Austin, University of Texas Press, 1995 [tercera edición].
- Cohen, Deborah y Lessie Jo Frazier, “«No sólo cocinábamos...» Historia inédita de la otra mitad del 68,” en Ilán Semo (edit.), *La transición interrumpida: México 1968-1988*, México, Universidad Iberoamericana, 1993, pp. 75-105.
- Condés Lara, Enrique, *Represión y rebelión en México (1959-1985), La guerra fría en México. El discurso de la represión*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2007.
- De Groot, Gerard J., “The culture of protest: An introductory essay”, en Gerard J. De Groot (edit.), *Student protest. The Sixties and after*, Londres, Longman, 1997, pp. 3-11.
- Dubinsky, Karen, Catherine Krull, Susan Lord, Sean Mills, Scott Rutherford (edits.), *New world coming: The Sixties and the shaping of global consciousness*, Toronto, Between the Lines, 2008.
- Estrada, Gerardo, 1968. *Estado y universidad. Orígenes de la transición política en México*, México, Plaza y Janés, 2004.
- Garciadiego, Javier, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México/Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Garza de la, Enrique, Tomás León Ejea, y Luis Fernando Macías Zuluaga, *El otro movimiento estudiantil*, México, Extemporáneos, 1986.
- Gómez Nashiki, Antonio, “El movimiento y la violencia institucional. La Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1956-1966”, en *Revista de Investigaciones Educativas*, vol. 12, núm. 35, octubre-diciembre de 2007, pp. 1179-1208.
- Gómez, Pablo, 1968: *La historia también está hecha de derrotas*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2008.
- Gould, Jeffrey L., “Solidarity under siege: The Latin American left, 1968”, en *American Historical Review*, vol. 114, núm. 2, abril de 2009, pp. 348-375.

- Guevara Niebla, Gilberto, *La libertad nunca se olvida. Memoria del 68*, México, Cal y Arena, 2004.
- Horn, Gerd-Rainer, *The spirit of '68: Rebellion in Western Europe and North America, 1956-1976*, Oxford, Oxford University Press, 2007.
- IPN (Instituto Politécnico Nacional), *50 años en la historia de la educación tecnológica*, México, 1988.
- Jardón, Raúl, *El espionaje contra el movimiento estudiantil. Los documentos de la Dirección Federal de Seguridad y las agencias de inteligencia estadounidense en 1968*, México, Itaca, 2003.
- Klimke, Martin y Joachim Scharloth (eds.), *1968 in Europe. A history of protest and activism, 1956-1977*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2008.
- Loyo Brambila, Aurora, *El movimiento magisterial de 1958 en México*, México, Era, 1979.
- Manzano, Valeria, "Sexualizing youth: Morality campaigns and representations of youth in early 1960s Buenos Aires", en *Journal of the History of Sexuality*, vol. 14, núm. 4, 2005, pp. 433-461.
- Marcué Pardiñas, Manuel *et al.*, "La crisis de la educación en México. La ocupación militar del Instituto Politécnico Nacional", en *Problemas de Latinoamérica*, vol. 3, núm. 13, México, Técnica Moderna, noviembre de 1956.
- Markarian, Vania, "El movimiento estudiantil mexicano de 1968. Treinta años de debates públicos", en *Anuario de Espacios Urbanos, Historia, Cultura, Diseño*, Área de Estudios Urbanos, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México, 2001, pp. 239-264.
- Marsiske, Renate, "Clases medias, universidades y movimientos estudiantiles en América Latina (1910-1930)", en Renate Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. 1, México, Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés, 1999, pp. 142-157.
- Marwick, Arthur, *The Sixties: Cultural revolution in Britain, France, Italy, and the United States, c. 1958-c. 1974*, Oxford, Oxford University Press, 1998.
- Mendoza Rojas, Javier, *Los conflictos de la UNAM en el siglo XX*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés, 2001.

- Mendoza, Nicandro, “Relaciones Estado-IPN, en 1956”, en Óscar Mohar, (edit.), *Crisis y contradicciones en la educación técnica de México*, México, Edición Gaceta, 1984, pp. 73-95.
- Milanesio, Natalia, “Gender and generation: The University reform movement in Argentina, 1918”, en *Journal of Social History*, vol. 39, núm. 2, invierno de 2005, pp. 505-529.
- Monsiváis, Carlos, *El 68. La tradición de la resistencia*, México, Era, 2008.
- Necoechea Gracia, Gerardo, “Los jóvenes a la vuelta del siglo”, en José Antonio Pérez Islas y Maritza Urteaga Castro Pozo (coords.), *Historias de los jóvenes en México: Su presencia en el siglo xx*, México, Instituto Mexicano de la Juventud/Secretaría de Gobernación/Archivo General de la Nación (Jóvenes, 16), 2004, pp. 92-113.
- Pacheco Calvo, Ciriaco, *La organización estudiantil en México*, Sinaloa, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1980.
- Padilla, Tanalís, *Rural resistance in the land of Zapata. The Jaramillista movement and the myth of the Pax-Priista, 1940-1962*, Durham, Carolina del Norte, Duke University Press, 2008.
- Passerini, Luisa, “Youth as a metaphor for social change: Fascist Italy and America in the 1950s”, en Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (edits.), *A history of young people in the West*, Cambridge, Belknap Press, 1997.
- Pensado, Jaime M., “Student Politics in Mexico in the Wake of the Cuban Revolution”, en Karen Dubinsky, Catherine Krull, Susan Lord, Sean Mills, Scott Rutherford (edits.), *New world coming: The Sixties and the shaping of global consciousness*, Toronto, Between the Lines, 2008, pp. 330-338.
- Pensado, Jaime M., “The (forgotten) Sixties in Mexico”, en *The Sixties: A Journal of History, Politics and Culture*, vol. 1, núm. 1, junio de 2008, pp. 83-90.
- Pensado, Jaime M., “Political violence and student culture in Mexico: The consolidation of porrismo during the 1950s and 1960s”, tesis de doctorado, Chicago, Universidad de Chicago-Departamento de Historia, 2008.
- Pensado, Jaime M., *Rebel Mexico. Student unrest and authoritarian culture during the long Sixties*, Stanford, Stanford University Press, 2013.

- Pozas Horcasitas, Ricardo, *La democracia en blanco: el movimiento médico en México, 1964-1965*, México, Siglo XXI, 1993.
- Rivas Ontiveros, René, *La izquierda estudiantil en la UNAM. Organizaciones movilizaciones y liderazgos (1958-1972)*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2007.
- Rodríguez Kuri, Ariel, “Los primeros días. Una explicación de los orígenes inmediatos del movimiento estudiantil de 1968”, en *Historia Mexicana*, núm. 209, vol. 53, núm. 1, México, El Colegio de México, julio-septiembre de 2003, pp. 179-228.
- Rodríguez Munguía, Jacinto, *1968: Todos los culpables*, México, Debate, 2008.
- Rubin, Jeffrey W., *Decentering the regime. Ethnicity, radicalism and democracy in Juchitán, México*, Durham, Duke University Press, 1997.
- Russell Morris, Donald, “Political violence and political modernization in Mexico: 1952-1964”, tesis de doctorado, Madison, Wisconsin, Universidad de Wisconsin, 1971.
- Sánchez Gudiño, Hugo, *Génesis, desarrollo, y consolidación de los grupos estudiantiles de choque en la UNAM, 1930-1990*, México, Facultad de Estudios Superiores Aragón-Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa, 2006.
- Scherer García, Julio y Carlos Monsiváis, *Parte de guerra II. Los rostros del 68*, México, Nuevo Siglo/Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.
- Schmitt, Karl M., *Communism in Mexico; a study in political frustration*, Austin, University of Texas Press, 1965.
- Servín, Elisa, *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954*, México, Cal y Arena, 2001.
- Sorensen, Diana, *A turbulent decade remembered. Scenes from the Latin American Sixties*, Stanford, Stanford University Press (Cultural Memory in the Present Series), 2007.
- Stevens, Evelyn P., “Legality and extra-legality in Mexico”, en *Journal of Inter-American Studies and World Affairs*, vol. 12, núm. 1, enero de 1970, pp. 62-75.
- Stevens, Evelyn P., *Protest and response in Mexico*, Boston, MIT Press, 1974.
- Universal, El/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1968: un archivo inédito*, México, 2008.

- Valle, Eduardo, *El año de la rebelión por la democracia*, México, Océano, 2008.
- Vázquez Mantecón, Álvaro, Juncia Avilés y Sergio Raúl Arroyo, *Memo-
rial del 68*, México, Universidad Nacional Autónoma de México,
2007.
- Vera de Flachs, María Cristina, “Antecedentes del movimiento universitario
de 1918 en Córdoba: los primeros profesores de la Facultad de Cien-
cias Físico-Matemáticas”, en Renate Marsike (coord.), *Movimientos
estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. 1, México, Centro
de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de
México/Plaza y Valdés, 1999, pp. 84-120.
- Zermeño, Sergio, *México: Una democracia utópica*, México, Siglo XXI,
1978.
- Zolov, Eric, “¡Cuba sí, Yanquis no!: The sacking of the Instituto Cultu-
ral México-Norteamericano in Morelia, Michoacán, 1961”, en Gil-
bert M. Joseph y Daniela Spenser (edits.), *In from the cold: Latin
America’s new encounter with the Cold War*, Durham, Duke Univer-
sity Press, 2008, pp. 214-252.

**LA VIDA DE LOS OTROS: LA FECECH Y SU CONFLICTIVA
RELACIÓN CON EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL
EN LA UNIVERSIDAD DE CHILE (1978-1984)**

Pablo Toro Blanco

INTRODUCCIÓN

La idea de que la FECH (Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, fundada en 1906) es, en cualquier coyuntura que se analice, un certero barómetro de la política chilena y un predictor eficiente de sus rumbos futuros ha formado parte del repertorio de *lugares comunes* sobre la época de creciente participación democrática que Chile vivió desde la década de 1920 hasta el arribo de la dictadura de Augusto Pinochet en septiembre de 1973. Si se atiende estrictamente a la perspectiva electoral, probablemente el fundamento de ese aserto se debería limitar a la década de 1960, primero con el episodio de hegemonía de las directivas estudiantiles demócrata cristianas y luego con el triunfo de plataformas de izquierda que preludiaron la llegada al poder de sus respectivas alianzas políticas.¹ Sin embargo, más allá de la precisión que pueda acarrear tal idea de la FECH como indicio del porvenir inmediato de la política chilena, es posible interpretar que la instalación de ese tema en el sentido común de la opinión pública se debe al pertinaz protagonismo que los estudiantes organizados de la Universidad de Chile han tenido en las principales etapas de cambio político y social acelerado en el país.

1 El lazo entre elecciones universitarias y cambio político nacional se reflejó claramente en los triunfos demócrata-cristianos en casi todas las universidades chilenas en los años inmediatamente anteriores a la llegada de Eduardo Frei Montalva al poder, según señalaba un analista coetáneo, Alistair Hennessy, en su estudio "Los estudiantes universitarios y la política nacional", 1970, p. 150.

Botones de muestra de ello serían, por ejemplo, las movilizaciones contra el régimen autoritario de Carlos Ibáñez del Campo en 1931, la integración protagónica a diversos episodios críticos de emergencia de demandas sociales (participación en manifestaciones populares urbanas de gran masividad como la ocurrida en abril de 1957), la vinculación con los propósitos de transformación socialista en la época de la Unidad Popular y, como colofón, la propia lucha política y gremial contra la dictadura militar, expresada en la búsqueda de fortalecer la organización estudiantil de los jóvenes opositores al régimen de Pinochet y, a partir de 1984, resucitar la histórica FECH entendiéndola como plataforma para la democratización del país.² A través de distintas coyunturas, la Federación ha sido vista como un eslabón principal de la cadena de fuerzas vanguardistas en el proceso político, social y cultural en Chile.

En continuidad con lo recién señalado, emerge con claridad uno de los roles que se sostiene que la FECH ha cumplido históricamente: ser un semillero de liderazgos y una permanente generadora de cuadros políticos.³ A esta dimensión se le ha concedido interés desde perspectivas generales que, usualmente, miran al movimiento estudiantil en su conjunto como un actor político-social comprometido con los cambios democratizadores y tributario de un espíritu progresista y libertario, que estaría en sintonía con tendencias correspondientes que, se sostiene, caracterizarían al proceso histórico chileno en general. Ahora bien, cuando se amplía la perspectiva y se atiende a tendencias estudiantiles que se apartan de la identificación canónica de las organizaciones universitarias con la izquierda política y el movimiento popular, es posible señalar al menos dos constatacio-

2 Sobre el papel protagónico de la FECH en los graves incidentes de abril de 1957, en que convergieron manifestaciones estudiantiles y obreras en el centro de Santiago y la organización universitaria se vio sobrepasada en la conducción del conflicto, es útil la lectura del texto de Pedro Milos, *Historia y memoria. 2 de abril de 1957*, 2007, pp. 392-409; Alejandro Rojas, presidente de la FECH, da testimonio de una mirada autocrítica de su papel como protagonista del movimiento estudiantil universitario de la Universidad de Chile durante la Unidad Popular en una entrevista en el texto de Ricardo Brodsky, *Conversaciones con la FECH*, 1988, pp. 133-150.

3 Esta dimensión es abordada, para las primeras décadas de existencia de la Federación, por Fabio Moraga en su artículo, "La Federación de Estudiantes. Semillero de líderes de la nación", 2005.

nes: la primera, que apunta a una certeza, es que ellas también son instancias de formación de cuadros políticos y parlamentarios de los sectores de derecha, lo que puede corroborarse al dar una mirada a buena parte de los cuadros de los partidos de ese sector que se forjaron en la dictadura: la UDI (Unión Demócrata Independiente) y, en menor medida, RN (Renovación Nacional).⁴ La segunda, que indica más bien un espacio de duda, deja en claro que el conocimiento y caracterización de tales tendencias está menos recorrido por la historiografía chilena.⁵

El propósito de las siguientes páginas es, en consideración a lo recién indicado, entregar una perspectiva acerca de los sectores de estudiantes organizados en la Universidad de Chile durante parte de la época de la dictadura militar, enfocando la atención en aquellos que encabezaron la singular experiencia de representación estudiantil fortalecida por las autoridades militares delegadas por el gobierno en dicha universidad y pensada como una forma alternativa a las tradiciones participativas del movimiento estudiantil en la Casa de Bello.

NACIMIENTO DE LA FECECH

Para tener una visión acerca del momento en que se pretende estructurar, desde los grupos oficialistas, una suerte de propuesta de un movimiento estudiantil controlado, afín al régimen militar y apolítico (de acuerdo al marco general de ataque a la idea de política que se dio en la época en Chile), es necesario remontarse a fines

4 Como simple botón de muestra, en lo que se refiere a la Universidad de Chile, considérese el caso del presidente de FECECH en 1981-1982, Pablo Longueira Montes, actual senador y líder principal de la UDI.

5 En una investigación reciente, Carla Arce presta atención a la actitud de los grupos estudiantiles de derecha y los contrastes y convergencias que ellos tienen con el movimiento estudiantil opositor en torno al restablecimiento de las formas de representación estudiantil tradicionales en el marco de la lucha contra la dictadura militar. Al respecto, consúltese su texto "La transición política de los universitarios de los 80'. Nociones de democracia y proceso de construcción democrática en la representación estudiantil de la Universidad de Chile y la Universidad Católica de Chile (1983-1985)", 2009.

de 1978, cuando las autoridades universitarias dieron el beneplácito para la instalación de un nuevo ente representativo del conjunto de los estudiantes de la principal universidad del país, tras varios años de abierta persecución tanto práctica como discursiva a cualquier forma que evocara al sufragio de los alumnos como fuente de legitimación. No se pretendía volver hacia una federación de estudiantes en el sentido de representación directa y universal que ésta tenía antes del golpe militar, lo que se explicitó en el reglamento de creación (“las federaciones de Centros de Alumnos de la Universidad de Chile que se crean en el presente Decreto, no son las continuadoras de la FECH”).⁶ Por el contrario, el propósito de la nueva Federación de Centros de Alumnos de la Universidad de Chile (FECECH) se hacía transparente en su nombre, que pretendía representar el principio de subsidiariedad y jerarquía piramidal que debería regir a la nueva institucionalidad universitaria. Por esto, se consideraba que los organismos básicos serían los centros de alumnos y que las instancias superiores sólo debían dar pautas generales y actuar donde y cuando aquellos no pudieran hacerlo. Mediante esta concepción se podía hacer eventualmente más comprensible el principio de la representación indirecta y, por ende, la generación no masiva de las cúpulas de la FECECH. En términos electorales esta solución aparecía como razonable para el oficialismo y las autoridades, pues mediante los mecanismos de votación de delegados que se propusieron originalmente en el estatuto de FECECH, como recuerda su primer presidente:

el sistema en cierta moda provocaba un empate a nivel de consejo de delegados, de manera tal que la elección de directiva del centro de alumnos era dirimida por la directiva saliente, y la primera directiva a su vez había sido designada. Eso fue pensado así porque de otra manera habría sido difícil que la rectoría aprobara la reforma que nosotros proponíamos. Hablando las cosas con absoluta franqueza, el sistema era autoprotegido y apuntaba a que hubiera continuidad en el grupo que estaba a cargo del centro de alumnos.⁷

6 Decreto Universitario núm. 12.948, 29 de septiembre de 1978.

7 Entrevista con Erich Spencer, realizada por Diego García, José Isla y Pablo Toro, 14 de enero de 1997.

El sistema de generación de delegados de cursos, promociones o carreras estaba reglamentado por el artículo noveno del estatuto de FECECH. Una pieza digna de una antología política que merece ser citada *in extenso*:

Para los efectos de tales designaciones, el presidente del respectivo Centro convocará especialmente a los alumnos de cada uno de los cursos, promociones o carreras, con el objeto de consultarles acerca de las personas más idóneas para ocupar los mencionados cargos. Cada estudiante de la promoción, curso o carrera respectivo deberá manifestar por escrito sus preferencias respecto de tres alumnos de ella. Una vez establecidas las preferencias expresadas en la consulta, el presidente, en presencia de alguna autoridad de la Facultad, carrera o Sede de Provincia, según corresponda, expresamente designado para tal efecto, quien actuará como Ministro de Fe, designará a los dos delegados, de entre las cuatro más altas mayorías expresadas en dicha consulta, dentro de los cinco días siguientes a la realización de ésta.⁸

En cuanto a la generación de la directiva, el estatuto original de la FECECH establecía que sería elegida por el Consejo de la Federación a propuesta de la directiva saliente. Indudablemente, esto introducía un elemento de subsidio permanente a los grupos políticos afines al régimen. Lo mismo puede decirse respecto al artículo transitorio número 3 del estatuto, que instituía que el primer presidente de la FECECH designaría a las directivas de los centros de alumnos que regirían durante el primer año de funcionamiento del nuevo sistema de representación estudiantil. Por otra parte, el mecanismo electoral entregaba a la directiva saliente un no despreciable peso en la sucesión de dirigentes, ya que tenía el equivalente a los votos de 1 500 estudiantes. Todo esto refuerza la apreciación retrospectiva de los dirigentes de la FECECH acerca del carácter autoprotegido de esta instancia de representación estudiantil.

La ceremonia de nacimiento de la FECECH se llevó a cabo en octubre de 1978 y tuvo una amplia cobertura en la prensa, inusual

8 Decreto Universitario núm. 12.948, 29 de septiembre de 1978.

atención para asuntos relacionados con el mundo estudiantil universitario. Para los jóvenes gremialistas que se reunieron en el Salón de Honor de la Universidad de Chile a presenciar el acto inaugural de la Federación, se iniciaba un proceso que conduciría a mayor participación y plena autonomía de la organización estudiantil frente a las autoridades universitarias. Esta expectativa no era compartida por todos los grupos de estudiantes oficialistas, señalaba Aníbal Vial, último representante del fenecido Consejo Superior Estudiantil que preludió la fundación de la FECECH, ya que había sectores que no compartían esa idea de independencia, lo que se había manifestado en los meses previos al nacimiento de la nueva institucionalidad de representación en “recientes intentos por vulnerarla de parte de autoridades locales de una determinada Facultad”, con lo que se hacía referencia a la hostilidad que sentían los sectores nacionalistas de la Facultad de Derecho, liderados por su decano Hugo Rosende, ante la estructura estudiantil gremialista, trasunto universitario del conflicto que separó aguas en el oficialismo entre “duros” y “blandos”.⁹ La expectativa de los sectores ligados a aquéllos parecía ser la de postergar de modo indefinido cualquier tipo de escenario que pudiera representar una vuelta hacia un sistema de participación ampliada.

Luego de su lanzamiento oficial, la FECECH continuó la labor que había sido desarrollada por el Consejo Superior Estudiantil. Así, en el verano de 1979 se llevaron a cabo los Trabajos de Verano de FECECH en la alejada y sureña localidad de Coyhaique, en conjunto con organismos de gobierno y planificadores regionales.¹⁰ El hito más interesante para el primer año de vida de la nueva estructura estudiantil, en un contexto nacional en que la disidencia frente al régimen comenzaba a hacerse cada vez más visible, fue, sin duda, el proceso de elección de delegados de curso, en el que casi 35 000 estudiantes votaron en Santiago para escoger a 490 delegados de curso

9 El nacimiento de FECECH y los discursos del rector Agustín Toro Dávila, de Aníbal Vial y de Erich Spencer se encuentran profusamente abordados en *Revista de la Universidad de Chile*, núm. 130, 12 de octubre de 1978, pp. 2-3.

10 *Revista de la Universidad de Chile*, núm. 155, abril de 1979, p. 11.

a fines de abril de 1979. Dichos delegados elegirían al año siguiente a los nuevos centros de alumnos. Pese a que, de parte de los estudiantes oficialistas, se intentó enfatizar el carácter no electoral de esta instancia —buscando centrar la elección de los delegados en aspectos personales antes que definiciones políticas— hubo llamados públicos a la abstención, formulados mediante panfletos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y las Juventudes Comunistas (J.J.CC.). La naturaleza dirigida de la elección se hizo notar en detalles tales como que los vocales de cada mesa eran dos: uno por sorteo y otro designado por el centro de alumnos de cada facultad. Supuestamente, en esas elecciones no hubo candidaturas, aunque los estudiantes opositores, reconocidos y organizados mediante los comités de participación, eligieron en asambleas a sus candidatos con el propósito de maximizar sus votos. Ya antes los comités se habían manifestado, durante el breve y estéril proceso de consulta previo a la creación de FECECH, y mantuvieron, en general, una actitud reprobatoria frente a la institucionalidad estudiantil. Una de las situaciones más impugnadas por la oposición era el sistema de elección de los delegados de curso, de acuerdo con el ya mencionado artículo 9 del estatuto de FECECH. El vacío de legitimidad de esa llamativa norma fue asumido incluso por la propia dirección gremialista. Según señalaba el presidente de la FECECH

apenas asumió la nueva Federación, se efectuó un proceso de difusión y captación de inquietudes y sugerencias con respecto al proyecto, lo que culminó en que se decidiera solicitar públicamente al señor Rector la modificación del artículo 9, uno de los aspectos más críticos. Fuimos escuchados y ahora cada estudiante votará sólo por un compañero de su curso o promoción, y resultarán automáticamente elegidos quienes obtengan las dos primeras mayorías.¹¹

Desde la perspectiva de quienes miraban el complejo tramado normativo del edificio institucional levantado por el oficialismo para servir de residencia a la representación de los estudiantes de la

11 Revista *Qué Pasa*, núm. 420, mayo de 1979, p. 9.

Universidad de Chile, la situación resultaba desafiante y compleja. En palabras de uno de los líderes de la oposición, bajo el sistema de elección de la FECECH,

era difícil que la oposición tuviera tanta fuerza como para ganar las dos primeras mayorías de delegados de cada curso, por lo que generalmente se producía un empate en los cursos y por lo mismo en el consejo de delegados. La otra genialidad del sistema era que la primera directiva de centro de alumnos era designada y tenía voto dirimente. Entonces, al elegir centro de alumnos, el sistema era indirecto. Se votaba en el consejo de delegados, empatábamos a cinco, dirimía el centro de alumnos designado y ganaban ellos, y así sucesivamente año tras año.¹²

Respecto de los resultados de las elecciones, se inauguró una tendencia que acompañaría la mayor parte del periodo FECECH: la evaluación totalmente discordante de cifras de acuerdo con la visión de gremialistas u opositores. Según Spencer los resultados demostraban 53 por ciento de respaldo a la FECECH y 47 por ciento de votos correspondientes a sectores representativos de la oposición, mientras que según el Frente de Estudiantes Democráticos la oposición alcanzó cincuenta por ciento de los votos y el resto se dividió en treinta por ciento para los partidarios de la FECECH y veinte por ciento de independientes. La abstención habría alcanzado 29.4 por ciento del alumnado con derecho a sufragio. Otra interpretación entregada por sectores de prensa de la oposición le adjudicaban 59.2 por ciento de los votos.¹³ En términos generales, la situación se acercaba a un virtual empate, fruto de los singulares mecanismos de sufragio.¹⁴ Llamaba la atención que, *grosso modo*, los primeros cursos dieron mayor apoyo a la FECECH que los mayores y que en carreras como Diseño, Odontología, Agronomía e Ingeniería Forestal la tendencia

12 Entrevista con Yerko Ljubetic, realizada por Diego García, José Isla y Pablo Toro, 30 de diciembre de 1996.

13 Una tabla de los resultados de elecciones FECECH se publicó en la revista *Hoy*, núm. 101, mayo de 1979, pp. 9-10.

14 Revista *Qué Pasa*, núm. 421, mayo de 1979, p. 10.

de la FECECH se vio favorecida, así como la oposición predominó en las escuelas del Área Oriente. Probablemente, en su vuelta a los patios universitarios, la vida electoral de los estudiantes estaba mostrando que la penetración del discurso hegemónico antipolítico había calado hondo en las generaciones jóvenes. De todos modos, esa tendencia fue pasajera ya que, en la medida que las elecciones de dirigentes estudiantiles pasaron a formar nuevamente parte del escenario universitario, éstas adquirieron un fuerte paralelismo con los procesos generales que se daban en el país, particularmente en lo que se refiere a las crecientes críticas al autoritarismo gubernamental.

Las elecciones de delegados correspondientes a abril de 1980 mantuvieron el halo de misterio a la hora de las interpretaciones. Los resultados marcaron una tendencia al fortalecimiento de los estudiantes disidentes: pro FECECH 28.65 por ciento y oposición 59.20 por ciento. Un año con grados crecientes de agitación política, considerando que en septiembre se sometería a plebiscito la propuesta constitucional del régimen militar, más el contexto de la lucha democratizadora internacional y el prestigio ganado en ciertos sectores de izquierda por la triunfante salida nicaragüense a la dictadura somocista, eran el marco en el cual se dieron estas elecciones. La hora de las interpretaciones de los resultados electorales marcaba diferencias. Mientras “en esferas de gobierno se dijo que con esos resultados FECECH dominaría el 87.2 por ciento de los centros de alumnos [...] los opositores reiteran que el apoyo a FECECH apenas sobrepasa el 30 por ciento”.¹⁵ Inferencias que no eran lejanas de la realidad, pues hay que considerar que la mayoría que la FECECH tenía se debía a que ese organismo contaba de antemano con tres delegados en cada centro de alumnos. Cada sector reivindicaba del proceso electoral lo que le parecía más acorde a una legitimación de su discurso. Para Eduardo Silva, dirigente gremialista y próximo presidente de la FECECH estaba surgiendo un “nuevo tipo de dirigente estudiantil más auténtico, sano y universitario, en contraste con el antiguo líder político-estudiantil, de oratoria fácil y habilidad para halagar, pero que no respondía a los intereses universitarios sino a

15 Revista *Hoy*, mayo de 1980, núm. 149, pp. 19-21.

los de su carrera política en ciernes”. Por su parte, Felipe Sandoval, delegado opositor, de la Democracia Cristiana, interpretaba el aumento de la abstención como una forma de rechazo a la FECECH: “la opción es política y es bien clara. O se está con FECECH, y por ende con el régimen, o se está con la democracia, y por lo tanto con una verdadera universidad”. La abstención cercana a 40 por ciento y una alta definición en términos de votación por corrientes políticas habrían sido, según la visión de la izquierda, los hitos fundamentales de esta elección: “los propios estudiantes —dijo Patricia Torres, presidenta de Ciencias Humanas— han optado por un proceso más responsable y no han aceptado votar por el compadre o el de cara más bonita”. En términos político partidarios, el oficialismo no perfiló expresamente su conflicto interno entre “duros” y “blandos”. Por su parte, en la oposición, la izquierda aventajó a los demócrata-cristianos.¹⁶

Al margen de las interpretaciones discordantes, las elecciones de delegados de curso de abril de 1979 y 1980 pusieron en el paisaje universitario un escenario de debates, urnas, recuentos, propaganda encubierta o abierta, conciliábulos y comités. Una nueva polis que comenzaba a latir. Pugna de polos opuestos, prefiguración de grados de participación mayores voluntaria o involuntariamente cedidos, la FECECH fue el referente desde el cual, por acción u omisión, la dimensión política del mundo estudiantil universitario se perfiló para su resurrección pública.

FECECH Y SUS PROBLEMAS DE LEGITIMACIÓN

La aparición de la FECECH significó, como se ha indicado, un flanco preciso para que las críticas opositoras encontraran destino preciso. No obstante, en sus primeros años de existencia, no fue éste el único debate en que la entidad estudiantil oficialista se vio metida. Así, por ejemplo, la dificultosa relación con algunas autoridades universitarias, proyección del conflicto de sectores en el oficialismo, acom-

16 En *ibid.*, p. 18, figura una tabla con los resultados de la elección.

pañó a la dirigencia estudiantil gobiernista durante todo el proceso. Lo señalaba Patricio Melero, vicepresidente de la Federación, en septiembre de 1979:

la incomprensión por parte de algunas autoridades universitarias de que era necesario realizar una abertura [*sic*] en la organización estudiantil. Esto ha hecho que critiquen y no apoyen a la actual FECECH propiciando volver a un sistema en que los dirigentes son designados por la autoridad.¹⁷

También la FECECH tuvo que desarrollar una compleja relación con las estructuras administrativas y académicas surgidas en la universidad con la intervención militar. Un tópico de estos primeros años de la organización estudiantil gremialista fue incorporar un discurso modernizador, con un cierto contenido formalmente aperturista y crítico de los núcleos de poder en la institución. Esto queda claro en el discurso de asunción del mando de Eduardo Silva, que destacaba que “la mediocridad de sectores directivos o académicos les hace temer con razón que sus actuales posiciones de influencia no podrán mantenerse con la vigencia de nuevos esquemas más participativos”.¹⁸ No obstante este tipo de críticas, los dirigentes estudiantiles oficialistas no dudaban en endurecer sus perspectivas cuando dirigían su mirada al campo opositor.

La relación polémica con las autoridades administrativas también puede hallar su explicación en otro conjunto de problemas que se levantaban entre los dirigentes de la FECECH y la institucionalidad universitaria. En el contexto global de las inciertas pero, según los oficialistas, inevitables reformas que se cernían sobre el sistema universitario a inicios de la década de 1980, estaba en juego el rol que le tocaría jugar a la Universidad de Chile en el nuevo escenario que comenzaba a tomar forma. Era una situación conocida públicamente que las autoridades ministeriales encargadas de la educación nacional no tenían especial simpatía por el papel histórico que la Casa de

17 Revista *Presente*, núm. 5, septiembre de 1979, p. 11.

18 *Ibid.*, núm. 6, noviembre de 1979, p. 17.

Bello había desempeñado en los años recientes y que, por otra parte, dichas autoridades estaban penetradas por una cierta hostilidad a la cultura laicista, monopólica y estatista afincada, según su perspectiva, en la Universidad de Chile. Sucedió entonces que se levantó como tema el de la defensa de la universidad en el contexto de los nuevos balances de poder de todo el sistema universitario. En tal coyuntura, desde los grupos opositores se acusaba a los dirigentes de la FECECH de ser más leales a la proyección doctrinaria del movimiento gremial y, extremando las cosas, de ser “manejados a control remoto” desde la Universidad Católica, tierra sagrada del gremialismo. Las críticas que los dirigentes de la FECECH levantaban contra estos sectores que resentían la posibilidad de una pérdida del papel tradicional de la Universidad de Chile dentro del sistema universitario no hicieron sino más que agriar las relaciones entre “modernizadores” (campo al que adscribían gustosos los jóvenes gremialistas) y “tradicionalistas” (los así definidos por el gremialismo como defensores de la hegemonía histórica de la Universidad de Chile). Los dirigentes de la FECECH criticaban a estos sectores de académicos y funcionarios sosteniendo que

nos preocupa constatar, así, que desde el seno de estos últimos grupos se procura arrastrar a nuestra Casa de Estudios hacia una absurda y anacrónica pugna con otras Universidades, para lo cual incluso se reviven viejas pretensiones hegemónicas que no necesitamos y que la historia ya superó hace mucho tiempo.¹⁹

Los dirigentes estudiantiles gremialistas se definían, pues, en torno a un par polar que se estaba manifestando en un nivel mucho más global en el país: la lealtad a un pasado que se presentaba, en la persistente retórica oficial, como un nebuloso campo de politización estéril y viciosa, acompañado de ineficacia en la toma de decisiones y que competía con la promesa de la construcción de un futuro despolitizado y basado en la gestión técnica de quienes, desde un conocimiento *científico* precisamente generado en las aulas universi-

19 *Idem.*

tarias, debían conducir al país hacia un nuevo modelo de desarrollo que permitiría la superación de los traumas históricos recientes de la nación. El aprecio por este pragmatismo tecnocrático es un rasgo interesante de cotejar en la doctrina general de los dirigentes estudiantiles oficialistas, los que, por lo demás, provenían fundamentalmente de carreras de corte científico o matemático y mostraban un especial desdén por el incierto horizonte productivo de las carreras humanísticas.

Este rasgo se encuentra respaldado en el propio lenguaje que las directivas de la FECECH utilizaban cuando hacían declaraciones públicas frente a temas cruciales en el contexto del reordenamiento global del sistema universitario. Un temperamento sereno y desapasionado, un horizonte anclado en las decisiones técnicas y que se consideran a sí mismas como ajenas a toda contaminación ideológica, es lo que conforma el discurso gremialista en la Universidad de Chile en un momento en el que la suerte de ésta se encontraba en una encrucijada. Desde la perspectiva que regala el paso del tiempo, uno de los líderes de la organización estudiantil oficialista sostiene que, frente al proceso global de descentralización en que estaba empeñado el gobierno, a la FECECH le interesaba que la Universidad se adaptara a él, lo que significaba someter a discusión (en los términos sumarios que tal proceso puede haber tenido en la época) su naturaleza de universidad de cobertura nacional: “nosotros estábamos más bien por una atomización que no solamente se expresa en el concepto de la división regional de Chile sino que también se expresa respecto a cómo configuramos esto dentro de la Región Metropolitana misma, aquí en Santiago”.²⁰ O sea, los dirigentes estudiantiles gremialistas veían con buenos ojos la liquidación de la esencia nacional de la Universidad de Chile, decisión para la cual levantaban una serie de argumentos que se conciliaban más con la economía y la buena administración que con la historia. Sostenían que era necesario

20 Entrevista con Patricio Melero Abaroa realizada por Diego García, José Isla y Pablo Toro, 19 de agosto de 1996.

que la universidad mostrara un camino de desarrollo de largo plazo. Además, [los gremialistas de la Universidad de Chile] nos habíamos formado la percepción de que la extensión regional de la Universidad de Chile no la estaba beneficiando para nada. *Las sedes regionales gozaban de la marca de la Universidad de Chile, pero fuera de eso, no había beneficios mutuos ni para la universidad ni para sus sedes.*²¹

La polémica por la reducción de la Universidad de Chile al carácter de entidad meramente capitalina tuvo su expresión doméstica en la propia discrepancia acerca de la pertinencia de dividir temáticamente a la institución. Criterios de variada índole —entre los cuales el de la persistencia de una enraizada cultura de resistencia política estudiantil en el área de los estudios pedagógicos tuvo algo que ver— condujeron al planteamiento de segregar al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y convertirlo en Academia Superior de Ciencias Pedagógicas. En esta decisión, sostiene el dirigente recién citado,

creo que tiene que haberse pensado en su momento también lo siguiente: el Pedagógico era un foco conflictivo, y a la Universidad no le convenía tenerlo como sede, desde ese punto de vista de la imagen, el público pensaba que toda la universidad estaba en un mismo nivel de conflicto. *Es decir, mirado en jerga comercial, echaba a perder la marca.* Seguramente se tuvo presente el modelo de funcionamiento de universidades extranjeras, donde hay casos de universidades temáticas y específicamente pedagógicas.²²

Uno de los campos en que los estudiantes gremialistas detectaban una de sus principales falencias en su apelación a la comunidad estudiantil era el cultural. Es una noción claramente consolidada que, en las universidades, la lucha por la hegemonía de las expresiones artísticas, musicales y literarias y su vinculación con un de-

21 Entrevista con Eric Spencer, realizada por Diego García, José Isla y Pablo Toro, 14 de enero de 1997. El subrayado es nuestro.

22 *Idem.* El subrayado es nuestro.

terminado horizonte político era un campo de conflicto en el que el oficialismo tenía una profunda desventaja. Esta situación llevó a los estudiantes gremialistas a plantearse persistentemente el tema de la “lucha por la cultura” en el interior de los campus universitarios. Frente a esto, su diagnóstico era, en general, preocupante: como principal misión para el periodo 1979-1980, el vicepresidente de la FECECH, Ignacio Fernández, indicaba que era una prioridad “darle mucho énfasis a la parte cultural que está siendo utilizada por algunos grupos políticos como escudo de sus actividades, ajenas al quehacer cultural estudiantil”.²³

Tal como en los años previos, los estudiantes gobiernistas, ahora bajo el alero de la FECECH, crearon publicaciones periódicas para divulgar sus planteamientos entre los estudiantes. Las pretensiones de una cultura ajena a condicionantes coyunturales y compromisos con la prosaica realidad, un temperamento estilístico de un cierto esteticismo, se manifiestan en las editoriales de los jóvenes intelectuales oficialistas en su medio *Amancaes*, cuando sostienen que “nuestro deseo primordial es llevar la cultura hacia un aspecto de objetividad superior, tratando lo contingente desde una imparcialidad casi absoluta (aunque no se nos crea), para así lograr el ansiado «bien común» y la autorrealización”²⁴

Los estudiantes gremialistas se hacían cargo de la situación que afectaba a la cultura durante la primera parte de los años ochenta. Varios años de censura abierta o velada y un clima poco amable para las expresiones divergentes de una difusa verdad oficial habían conducido a un cierto letargo, que ellos mismos reconocían cuando sostenían que “nos topamos primero con una pasividad o «apagón» en un sector no poco importante del alumnado”. En cierto modo hijos del “apagón cultural”, los estudiantes oficialistas notaban que las actividades culturales que se daban en el mundo estudiantil se encontraban orientadas hacia un fin político explícito ya que

23 Revista *Presente*, núm. 6, noviembre de 1979, p. 19.

24 Revista *Amancaes*, núm. 1, abril 1980, p. 1.

está el sector con inquietudes culturales, entre los cuales algunos, de mejor o peor intención, confunden lo cultural con lo contingente, sea esto en política, religión, etc., llevando la cultura a su “lado”, haciéndonos bailar al compás de “su música”, bajo “su bandera”.²⁵

Frente a este panorama, la FECECH intentó fomentar actividades culturales mediante generosos y periódicos concursos de fotografía, pintura y literatura. Con todo, este estilo de difusión cultural no parece haber hallado terreno fértil y provechoso en el estudiantado.

El discurso apolítico del gremialismo de la Universidad de Chile, manifiesto en esta actitud frente a las expresiones artísticas y culturales, nos parece, en la perspectiva que otorga el horizonte temporal, un conjunto con rasgos de coherencia interna significativos, en la medida que se dirigía hacia todos los otros ámbitos del ser estudiantil universitario con la misma pretensión de asepsia doctrinaria al margen, como hemos indicado, del difícil y conflictivo cotejo con la praxis de los propios estudiantes oficialistas. En su universo ideológico, los gremialistas de la U pretendían imponer un nuevo concepto de dirigente universitario. De esta manera, para ellos lo que estaba en juego era el sentido fundacional de las nuevas formas de representación.

De acuerdo a lo recién indicado, es posible comprender que los dirigentes oficialistas desplegaran un discurso que sostenía una lógica *paralela* a la del repertorio tradicional de conceptos relativos a representación estudiantil. De esta manera es que se entiende que defendieran a pie juntillas el modelo de representación indirecta, alegando que

algunos medios de difusión y sectores universitarios, han opinado que el sistema es “un engaño”, puesto que lejos de introducir un factor de despolitización, mediante la no presentación de candidatos, los alumnos se habrían agrupado en dos bandos por la disputa del poder: los “oficialistas” y los “democráticos” presentando cada uno a sus respectivas candidaturas. Tales aseveraciones demuestran desconocimiento

25 *Ibid.*, p. 2.

de la realidad universitaria e inexactitud en el análisis del proceso electoral. Los factores de despolitización, trazados en los estatutos de FECECH, no impiden el hecho de que un grupo de estudiantes, todos miembros de una misma promoción o curso, se agrupen en forma espontánea para postular un nombre y votar todos por él. Sería irracional pensar que el estudiantado universitario no tiene afinidades doctrinarias, culturales, sociales y deportivas, que los induzcan a agruparse, más bien sostenemos que esto es altamente positivo, pues permite una concentración de los votos, fortaleciendo la representatividad de los elegidos. Lo que sí resulta inaceptable, es que aquella agrupación, hasta ahora espontánea, deje de serlo por la intromisión de corrientes ideológicas o partidos políticos interesados en controlar la organización estudiantil, valiéndose de un acto electoral netamente gremial. Los estatutos de FECECH, es esto lo que prohíben o intentan minimizar: la posibilidad de que dichos grupos ajenos y exteriores a la Universidad puedan promover candidaturas, montar campañas y, en el fondo, encasillar al estudiantado dentro de un esquema, privándolo de la verdadera libertad para elegir. Un segundo factor de despolitización, está en un hecho que durante los dos últimos años se ha venido dando: *la personalidad y características del nuevo dirigente estudiantil*. Se ha suplantado el tradicional líder político, de gran habilidad en la oratoria, demagogo, capaz de ser simpático con los que para él no lo son, capaz de repetir ramos para lograr su permanencia en la universidad y, por último, capaz de postergar sus principios e ideales con el fin de satisfacer a algún “padrino” que de afuera lo ampara. El líder de hoy es esencialmente universitario, se expresa con cierta dificultad aunque en forma segura y coherente, no promete más allá de lo que no está seguro de poder cumplir, aborda aspectos de interés y preocupación universitaria, marginando lo contingente que nada tiene que ver, y es al extremo cauteloso en no mostrarse protegido o al servicio de un gobierno, corriente ideológica, o partido político, manifestando con absoluta objetividad su posición frente a los diversos hechos. En definitiva el dirigente actual es esencialmente gremial, y esto despierta la ira de quienes quisieran una universidad “comprometida” al servicio de sus mezquinos intereses.²⁶

26 Revista *Presente*, núm. 8, mayo de 1980, p. 5.

Este apasionado alegato a favor del sistema de representación indirecto y sin identificación de corrientes políticas explícitas es testimonio de los diversos componentes lógicos del discurso gremialista: afirmación de la posibilidad de ejercicio de cargos directivos a partir de criterios de objetividad y desasimio político, primacía de las instituciones de base y sospecha de los organismos nacidos a partir de la participación ampliada, estigmatización de la presencia de frentes estudiantiles de partidos políticos en la escena universitaria y, por último, reconocimiento de la legitimidad de las opciones políticas individuales, siempre que no se expresen en términos activos y gregarios.

Tras los elementos que hemos destacado, es posible apreciar que hay una crítica de raíz a la manera en que usualmente se articularon los movimientos estudiantiles en la Universidad de Chile, tal como en otras tantas entidades superiores, durante buena parte del siglo xx. Un escenario estudiantil inmune al contagio disociador de las presiones partidistas era el paradigma que pretendían levantar los jóvenes gremialistas de la FECECH. Dicho ideal puede ser visto, en una perspectiva de más largo aliento, como parte de una tendencia secular presente en parte de la derecha chilena, que ha levantado la expectativa de una sociedad basada en formas de representación que se enmarcan en una concepción finalmente organicista de la sociedad, en que cada grupo funcional puede y debe asumir la gestión de sus intereses bajo el supuesto de obrar en concierto con el interés general de la colectividad. Este tipo de pensamiento se domicilia en el conjunto de una tradición ideológica de raigambre hispanista, católica y conservadora, que se encuentra en amplia circulación en las esferas universitarias de las cuales emergen los grupos primigenios del gremialismo, especialmente en el caso de la Universidad Católica.²⁷

El suelo gremialista aparece como un terreno fértil para la confluencia de la poderosa tradición ideológica recién indicada, que se encuentra corregida y aumentada, desde la perspectiva de una teoría

27 Carlos Huneeus ha destacado esta faceta al referirse, por ejemplo, a la influencia del sacerdote conservador Osvaldo Lira sobre esta parte de la derecha chilena. *Cfr. El régimen de Pinochet*, 2000, cap. VII.

de la sociedad bajo presupuestos *técnicos* antes que ético espirituales, con la renovada impetuosidad con que penetra el pensamiento neoliberal en el país desde la segunda mitad de la década de 1970. El tradicionalismo y los arrebatos tecnocráticos del nuevo paradigma liberal ensamblaron de modo afortunado en una coyuntura en la que una nueva manera de entender la organización de la política, la sociedad y la economía se veía fortalecida por su imposición *manu militari* y por su atractivo ideológico, que no se expresaba aún de modo generalizado ni consciente en sectores amplios de la población, pero del cual algunos de sus agentes de propagación más entusiastas eran los estudiantes gremialistas que ostentaban la hegemonía en la dirección de la representación estudiantil en la Universidad de Chile.

Esta nueva perspectiva para entender el proceso global de organización del país y el rol de la universidad en éste tenía necesaria y paradójicamente un planteamiento universalista, en que a los estudiantes oficialistas les era imperativo desarrollar un compromiso explícito de carácter político. Bajo el alegato formal de no estar fomentando la vuelta a la universidad de la vida política partidista, los jóvenes gremialistas fueron, sin embargo, militantes de una causa muy determinada y de definidos contornos, la cual era el proyecto de país planteado por el gobierno militar.

En virtud de lo anterior, el pretendido perfil apolítico de la FECECH, no obstante, sufrió de inconsistencias periódicas, en cuanto la coyuntura llevaba a sus dirigentes a explorar más allá de los caminos netamente gremiales. El entusiasmo desplegado por el oficialismo en pos de la aprobación de la Constitución mediante un plebiscito, llevado a cabo en circunstancias bastante desdorosas para la importancia del asunto, atrapó en las arenas de la contingencia a los dirigentes estudiantiles oficialistas, que se manifestaron públicamente en términos individuales e institucionales como partidarios de la aprobación del nuevo marco jurídico propuesto por el régimen.

EL MODELO FECECH RUMBO A SU QUIEBRA: DESBORDE OPOSITOR Y COLAPSO OFICIALISTA (1981-1984)

La circunstancia del plebiscito constitucional de septiembre de 1980 había crispado las relaciones entre estudiantes oficialistas y opositores en la Universidad de Chile. Lo que tenía de interesante esta situación es que formaba parte de un reciente proceso de emergencia a la luz de las tendencias partidarias en los campus universitarios. Pugna ahora transparente y extendida a los diversos rincones de la geografía cotidiana de los estudiantes universitarios, la controversia entre gobiernistas y opositores se tornó un elemento propio del cotidiano de la universidad.

La dirigencia estudiantil oficialista, infatuada por el discutible éxito electoral obtenido por las propuestas políticas del régimen militar y consciente de la necesidad de difundir su ideario a los alumnos y alumnas de la universidad, implementó durante los meses siguientes al plebiscito una actitud de decidido apoyo a las políticas gubernamentales en el sector universitario. Como ya se ha indicado, la FECECH manifestó su aprobación, mediante declaraciones públicas de sus más altos dirigentes, a la Ley General de Universidades que se promulgó al inicio de 1981, pese a que ésta había sido el resultado de un proceso en el cual los dirigentes estudiantiles no tuvieron la más mínima participación.²⁸

En el contexto de la aplicación de la Ley General de Universidades y de las reformas que ésta involucraba para el sistema universitario público comenzó a agitarse con mayor fuerza el cuestionamiento a los problemas económicos que afectaban a los estudiantes, en función de la creciente puesta en práctica del criterio de autofinanciamiento universitario, que traía aparejada la supresión de los mecanismos de pago de arancel diferenciado e implicaba consolidar al sistema de crédito fiscal como vía de financiamiento para los estudiantes que no dispusieran de los medios necesarios. Sistema inaugurado años antes de la radical reforma del sistema universitario en 1981 por parte del gobierno militar, el crédito fiscal había sido

28 Cfr. *Realidad Universitaria*, núm. 1, febrero 1981, p. 12.

reputado tempranamente como insuficiente por los dirigentes estudiantiles gremialistas, tendencia crítica que se mantuvo durante los años de existencia de la FECECH .

La preocupación de los dirigentes oficialistas por una dotación suficiente de crédito universitario que garantizara el acceso sin restricciones económicas de estudiantes a la universidad había constituido un tema de la agenda de las directivas de la FECECH en sus primeros años y no dejó de figurar entre sus máximas preocupaciones. Indudablemente, constituyó un factor de roce entre los dirigentes estudiantiles y las autoridades delegadas de la universidad, conflicto que ofrecía, sin embargo, múltiples matices, en la medida que cuando se anunciaba por las autoridades algún tipo de modificación en los montos asignados para financiar parcialmente los costos de la educación universitaria, bajo la vía del crédito fiscal, era frecuente que tal “conquista” fuera reivindicada como propia por las directivas gremialistas, mismas que elaboraban y difundían a través de sus publicaciones periódicas amplias críticas al sistema, fundamentalmente en cuanto a su aplicación antes que a su fundamento, el cual finalmente compartían: la educación superior era un bien que debía ser costado por quien la quisiera tener.

Como ejemplo de lo anterior debe considerarse a las diversas declaraciones públicas de las directivas gremialistas, tales como las de septiembre de 1982, en que se protestaba contra el establecimiento de una cuota adicional de matrícula.²⁹ Este episodio dio lugar a una singular escaramuza entre la directiva de la FECECH y el rector delegado, general Ernesto Medina Lois. Pablo Longueira Montes, a la sazón presidente del organismo estudiantil, se entrevistó ni más ni menos que con el presidente Pinochet y sostuvo a la salida del encuentro que había logrado la promesa presidencial de anular el cobro de la polémica cuota adicional. Tres días después, el rector se encargaba de desmentir públicamente a Longueira y sugería, en un tono lejano a lo académico y muy cercano a lo castrense, que las

29 En las revistas *Qué Pasa*, núm. 598, 16 septiembre de 1982, p. 12 y *Ercilla*, núm. 2469, 17 noviembre de 1982, p. 25, figuran entrevistas a los dirigentes estudiantiles gremialistas en que plantean su descontento con estas alzas a los costos de la educación en la Universidad de Chile.

declaraciones de la FECECH debían ser más cuidadosas, ya que “al que no le guste, hay otros organismos de educación superior que a lo mejor quisieran acogerlos”.³⁰

En el mismo ánimo de polémica frente a los mecanismos de financiamiento estudiantil se encuentran las expresiones del presidente de la FECECH, Manuel Sepúlveda, en 1983, cuando indicaba que, hasta que la organización estudiantil *logró* que se cubriera las necesidades de crédito fiscal de los 10 568 alumnos y alumnas que lo solicitaron en ese año, “los estudiantes habíamos sufrido por tres años la implementación del sistema de financiamiento universitario que no satisfacía a nadie y que urgía cambiar”.³¹ Desde este talante defensor de los intereses económicos de los estudiantes, el mismo dirigente indicaba que como FECECH “no permitiremos que un estudiante abandone sus estudios superiores por razones de compromiso económico con la Universidad”.³² A los jóvenes gremialistas les parecía preocupante el problema del crédito fiscal ya que, según información que manejaba la FECECH, la deserción universitaria había aumentado desde la instauración del nuevo sistema de financiamiento universitario, por lo que los dirigentes estudiantiles oficialistas solicitaban acceso ilimitado a crédito fiscal para evitarla. Sostenían que “la única manera de hacer valer el principio de igualdad de oportunidades es el otorgamiento de un crédito fiscal ilimitado”.³³ Hacia los últimos meses de funcionamiento de la FECECH esta permanente disputa con las autoridades acerca de la dotación de crédito y la oposición estudiantil a las alzas arancelarias se mantuvo, enturbiando las relaciones entre los dirigentes estudiantiles y la rectoría y generando posibles escenarios de abierto conflicto, tales como paros universitarios de protesta, que finalmente no sucedieron.³⁴

30 Para un seguimiento de las noticias vinculadas a esta discusión y a las relaciones entre FECECH y la rectoría de la Universidad de Chile, véase *Realidad Universitaria*, núm. 19, septiembre de 1982, p. 8, núm. 5 y posteriores.

31 Revista *Dadis Revinu*, núm. 1 agosto de 1983, p. 5.

32 *Idem*.

33 Entrevista con Manuel Sepúlveda, presidente de la FECECH, en *idem*.

34 La posibilidad de implementar un paro estudiantil frente a los problemas económicos fue ma-

Los permanentes planteamientos de las directivas de la FECECH a que las autoridades fueran más generosas en la dotación de recursos para respaldar crediticiamente a los estudiantes universitarios se enmarcaban, no obstante, en un panorama ideológico en que los mecanismos de financiamiento universitario debían ser entendidos como inscritos en una nueva lógica de las relaciones económicas, en un *nuevo trato* en el que los individuos, en tanto adquirentes de un bienpreciado simbólica y funcionalmente, como es la educación superior, debían entender que ésta tenía un costo que no podía ser sufragado mediante subsidios generalizados a la enseñanza universitaria. De tal modo, la idea de focalización del gasto público, viga maestra de los planteamientos que estaba llevando a cabo la política social del gobierno, de acuerdo con el paradigma neoliberal en curso, tenía mucho sentido para estos jóvenes dirigentes, singularmente maduros a la hora de aceptar este horizonte crecientemente restrictivo que se proyectaba. Incluso más: algunos de los dirigentes estudiantiles gremialistas a cargo de la FECECH entendían la nueva doctrina económica como una clave con la cual someter a reinterpretación la propia naturaleza de la relación entre estudiante y universidad. Es lo que se puede notar en las expresiones de Pablo Longueira, presidente de la organización estudiantil oficialista, cuando planteaba un concepto francamente mercantil de universidad. De acuerdo con su punto de vista, ya que el estudiante estaba entregando más (al tener que pagar su carrera), tenía derecho a opinar más y a adoptar una actitud crítica: “pienso que en la medida que nosotros cancelamos más por nuestra educación tenemos derecho a exigir más de la universidad”.³⁵

La lógica de mercado de los jóvenes gremialistas, que queda manifiesta en lo recién señalado, nos parece que debe ser entendida no como la mera ostentación de un raciocinio “de pizarrón”, esto es, una aplicación dogmática de un principio de fe frente a un conflicto complejo como era el de definir posiciones ante el problema del acce-

nejada ampliamente por las últimas directivas de la FECECH. Como ejemplo, puede cotejarse las declaraciones de Flavio Angelini, en *La Tercera*, 29 de enero de 1984, p. 15.

35 *Revista Cosas*, núm. 135, noviembre de 1981, p. 30.

so a la educación superior. En nuestra opinión, se inserta en un sentido mucho más amplio, en tanto nos franquea el acceso a una visión general de la universidad y de la sociedad que están planteando los dirigentes estudiantiles gremialistas a inicios de la década de 1980. Creemos que la perspectiva con la cual los estudiantes oficialistas percibían el problema del financiamiento universitario es un sitio fructífero que se nos ofrece para articular una mirada comprensiva a los procesos de cambio que, como ya hemos indicado, afectaron al país durante la primera parte de la década de los ochenta. Además, en la perspectiva que ofrece la continuidad del devenir histórico posterior, es también una coyuntura que resulta ilustrativa del desarrollo de parte de una generación que, posteriormente, desde las arenas de la política parlamentaria de la democracia reinaugurada en 1990, se abocará a la defensa sistemática de los elementos fundamentales de este nuevo orden que se ha impuesto con su colaboración.³⁶

Para los dirigentes oficialistas, el nuevo sistema universitario por construir también les significaba adaptarse a actuar sobre un escenario de fricciones habituales contra tendencias que eran inherentes a la imposición del nuevo orden: si la universidad se encontraba en el tráfigo de gigantescos cambios, éstos empujaban tanto hacia las rutas que el paradigma neoliberal indicaba, siendo apoyados por el gremialismo de la FECECH, como también introducían en la escena universitaria tensiones antes ajenas a ella, hitos novedosos, efectos *no deseados* de una operación mayor sobre la institución completa. Es el caso, por ejemplo, de los intentos de adoctrinamiento que circularon en la universidad durante los primeros años de la década de 1980, bajo la figura de un proyecto rectoral de implantación de una cátedra obligatoria de Seguridad Nacional para todos los estudiantes de la universidad.³⁷ Frente a esta perspectiva, que pretendía actualizar en las aulas universitarias una aspiración querida por los sectores más autoritarios y nacionalistas del régimen, la directiva de

36 No puede pasar inadvertido el hecho de que entre los líderes más importantes de la Unión Demócrata Independiente (la UDI, principal bastión político de los defensores del régimen militar) figuren durante el periodo posterior a la dictadura varios de los dirigentes estudiantiles de la época que estudiamos, entre los que destacan Patricio Melero y Pablo Longueira.

37 *Idem.*

la FECECH se planteó de manera rotundamente crítica, indicando la impertinencia de esa iniciativa. En éste, tal como en otros episodios, los dirigentes estudiantiles oficialistas hacían uso de amenazas, tonos enérgicos y emplazamientos que emparentaban su actuar con la tradición contestataria de los movimientos estudiantiles históricos de la Universidad de Chile, pero desde un pragmatismo que sabía disociar perfectamente las aristas más peligrosas y las de menos cuidado en el roce contra la autoridad delegada a cargo de la Casa de Bello.³⁸

Los numerosos baches y resaltos que ofrecía el camino de la transformación radical de la universidad provocaban, muy ostensiblemente, una serie de problemas sobre los cuales los estudiantes oficialistas creían que debían pronunciarse. Siendo una de las bases discursivas de legitimidad del gremialismo su proclamada preocupación por los aspectos propios de la convivencia universitaria, la formación de los estudiantes y la excelencia académica, era esperable que los dirigentes universitarios gobiernistas de la Universidad de Chile tuvieran que manifestar su inquietud ya que, según sus propias palabras, se estaba llegando, en los inicios de la década de 1980, a que el sistema universitario estuviera produciendo un tipo de alumnado egoísta, sin proyección social, enfocado sólo a su perfeccionamiento individual.³⁹ Junto con esto, también preocupaba a los gremialistas de la FECECH la progresiva disociación que se estaba dando entre profesores y alumnos en la universidad, producto de la desmedrada situación que tenían los académicos, sometidos a desventajosas condiciones económicas que los llevaban a emprender un éxodo hacia otros planteles de educación superior.⁴⁰

La perspectiva gremialista sobre la universidad, que se levantaba a partir del ya indicado discurso de independencia frente a poderes e

38 En el caso que indicamos, considérese la enérgica negativa de Longueira a la cátedra de Seguridad Nacional, formulada en *idem*: "parto de la base que si el rector nos reconoce como organismo canalizador de las inquietudes de los estudiantes y nosotros hemos dicho en varias formas que no queremos que esa cátedra sea obligatoria, si se implanta creo entonces que la conversación llegó a su fin".

39 Es lo que puede apreciarse en las declaraciones del presidente de la FECECH, Pablo Longueira, en entrevista consignada en *idem*.

40 Es la preocupación que manifiesta el último presidente de FECECH, Flavio Angelini, en entrevista publicada en el diario *La Tercera*, 29 de enero de 1984, p. 15.

influencias externas a ella y que suponía una actitud de defensa radical de la vida universitaria, se encontró tensada al máximo durante sus últimos años a cargo de la representación de los estudiantes de la Universidad de Chile. Tal tirantez se producía especialmente en virtud de la discordancia de fondo que existía entre las autoridades delegadas de la Casa de Bello y los dirigentes gremialistas: primaba una relación de desconfianza, manifestada en que los rectores veían con preocupación la posibilidad cierta de que FECECH cayera en una crisis terminal de legitimidad y que, para intentar revertir su escasa penetración en las adhesiones de los universitarios, buscara marcar distancia frente al ideario común que, en definitiva, vinculaba a la autoridad y a los dirigentes oficialistas, alimentando, paradójicamente, las críticas a la cadena de mando que debía imperar sin contraste en la universidad.

El problema de la pérdida del control de la representación universitaria, que se había ido dando en la medida que las formas de participación se apartaban más del modelo inicial propuesto en el estatuto FECECH de 1978, agriaba los lazos entre la FECECH y Rectoría. Comenzaban a colarse por los intersticios de la organización oficialista los efectos combinados de la presión opositora, expresada como movilización activa y rupturista en el propio esquema de la FECECH y, por otra parte, como el cáustico recurso de la abstención que, a lo largo de la vida de esta federación, fue minando fuertemente su legitimidad.⁴¹

En este camino terminal de la organización oficialista hubo una serie de pasos que fueron debilitando la rigidez del esquema de elecciones planteado en 1978. Así, por ejemplo, las frecuentes y masivas críticas que se levantaron frente a los procedimientos de inscripción de candidatos de acuerdo al estatuto original, que impedían la postulación anticipada y pública de aspirantes al cargo de delegados de curso, condujeron hacia reformas que fueron colaborando a la

41 Durante la existencia de FECECH hubo permanentemente altas tasas de abstención, lo que hace pensar en la desconfianza que el sistema sembraba en el estudiantado. Como ejemplo de esta tendencia, puede considerarse la elección de delegados correspondiente a 1980, en que se calculó en un 40 por ciento la abstención estudiantil. *Cfr.* revista *Hoy*, núm. 140, 30 de abril al 6 de mayo de 1980, p. 33.

creación de un clima electoral cada vez más semejante a la tradición histórica del movimiento estudiantil en la Universidad de Chile. Testimonio de esto es la disposición que, para las elecciones de delegados de 1982, modifica el reglamento de elecciones, permite la inscripción de candidaturas individuales y amplía el proceso electoral a ocho días, que se extienden desde la inscripción hasta la votación misma.⁴² Es indudable que la maciza estructura de las adhesiones políticas en el estudiantado, que se había mantenido subterránea durante los años anteriores y comenzaba a aflorar al compás de las críticas cada vez más amplias y generalizadas al régimen, se hizo cada vez más visible, poblando el paisaje de las sedes universitarias, en un despliegue de referencias ideológicas cada vez más explícitas: los apurados trazos de anónimas brochas y pinceles, dibujando sobre los lienzos negros y naranjas frases cargadas de crítica y rebeldía, le confirieron a los campus de la Universidad de Chile la impronta de un escenario más en el juego de oposiciones radicales que agitaba al país. Para las ambiciones del gremialismo de conservar a la universidad intocada por los avatares de la contingencia, este proceso se vivió como la destrucción de una expectativa que, por otra parte, nunca había sido totalmente lograda de acuerdo a sus presupuestos originales.

El avance opositor y la amenaza de un desborde de la estructura representativa oficialista llevaron a las autoridades a evaluar la conveniencia de mantener su respaldo a la FECECH, lo cual queda de manifiesto en las poco conciliadoras palabras del rector delegado Ernesto Medina Lois quien sostenía, al dar inicio al año académico 1982, que

confiamos en la inteligencia y madurez de nuestros jóvenes alumnos y estamos ciertos que la existencia misma de una organización de estudiantes estaría en juego, si no se dieran las condiciones de participación y consiguiente representatividad, que la comunidad universitaria toda desea.⁴³

42 Revista *Hoy*, núm. 260, 2 al 8 de junio de 1982, p. 15.

43 Ernesto Medina Lois, *Inauguración del año académico 1982. Discurso del Rector*, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1982, p. 12.

Mediante la alocución recién indicada, el rector planteaba a los dirigentes oficialistas como misión ser un dique que encauzara y contuviera las inquietudes estudiantiles. La FECECH, sin embargo, ya no estaba en condiciones de cumplir esta función, a partir del hecho que la estructura misma de la organización se encontraba fuertemente agrietada, azotada por los embates opositores. Hacia finales del periodo de la FECECH, en su periódico de fugaz existencia, podemos encontrar una polémica entre estudiantes que concentra, precisamente bajo la alegoría estructural de un muro, las contradicciones que condujeron al colapso del edificio estudiantil gremialista. La crítica de un dirigente disidente acerca del esquema de su funcionamiento sostenía que

FECECH fue impuesta de arriba hacia abajo; nació sin el cimiento que son los estudiantes de la Universidad, de ahí su necesidad de llegar hasta la tierra, al contacto con las bases. Pero no se pueden construir los cimientos después de que la muralla ya ha sido levantada.⁴⁴

De esta manera, se le planteaba a los dirigentes gremialistas la necesidad de proceder a desmontar la compleja trama electoral de la organización estudiantil y restituir el principio de elección directa y universal de los representantes del alumnado. La respuesta de la directiva de la FECECH no se dejó esperar:

¿ha pensado, señor Sáez en la verdadera intención de estos “seudo reivindicadores” de los derechos estudiantiles? ¿Ha pensado que esa intención no es otra que la de llevar a una organización netamente gremial a la arena del enfrentamiento político?, ¿y que eso significaría irremediablemente que el movimiento estudiantil estaría manejado por el partido de turno cuyos dirigentes buscarían sólo satisfacer sus inquietudes políticas, gastando el dinero de todos los estudiantes en un proselitismo que en nada ayuda a la organización estudiantil? ¿O cree, señor Sáez, que una elección directa no acarrearía todo ese caos y que no se dejarían de lado los problemas que les son propios a los estudiantes?⁴⁵

44 “Carta de L. Felipe Sáez, del Centro de Alumnos de Arquitectura”, en *Dadis Revinu*, núm. 1, agosto 1983, p. 2.

45 “Respuesta de directiva FECECH a carta de L. Felipe Sáez, del Centro de Alumnos de Arquitectura”, en *idem*.

La virulencia de la respuesta de los dirigentes gremialistas estaba en sintonía directa con la sensación de crisis que transmitía la FECECH en sus últimos meses de vida. A partir de 1983, los estudiantes opositores comenzaron a privilegiar la realización de elecciones de centros de alumnos de modo directo, pasando por sobre las normativas de la entidad gremialista. El resultado de esta estrategia fue que, a inicios de 1984, predominaban los centros de alumnos de simpatías opositoras, los que, con todo, no eran reconocidos por la directiva de la FECECH.⁴⁶ De modo tal que, en la respuesta a las críticas del dirigente opositor, se trasuntaba la preocupación frente a la inminente resurrección de la FECH, asunto que los dirigentes gremialistas rechazaban abiertamente basados en sus ya clásicos argumentos contra la politización inherente al sistema de votación directa.⁴⁷

Flavio Angelini, último presidente de la FECECH, ya manejaba a mediados de 1984 la muy predecible hipótesis de la disolución del organismo estudiantil. Anunciaba que el gremialismo no participaría en el referéndum convocado por los centros de alumnos elegidos por votación directa que tenía como objetivo resucitar a la FECH y sostenía que el paralelismo que habían desarrollado los centros de alumnos democráticos hundió a la FECECH con el objetivo de implantar una FECH al viejo estilo, o sea, según su punto de vista, con transparentes vínculos con los partidos políticos, fundamentalmente de izquierda.⁴⁸

El apasionado alegato del dirigente estudiantil parecía hacer las veces de epitafio, siendo un alegato final contra el inevitable colapso de un modelo de representación estudiantil basado en una lógica que no se emparentaba con la tradición de los movimientos estudiantiles en la universidad y que, por otra parte, no había logrado el concurso de una legitimación a través de campos paralelos a los meros mecanismos electorales: era, en definitiva, la constatación de una derrota, si se le quiere entender como una batalla en el marco discreto de

46 Las alternativas de este proceso, para la segunda parte del año 1983, se encuentran bien descritas en *Realidad Universitaria*, boletín publicado por la Academia de Humanismo Cristiano.

47 Cfr. "¿Queremos politizar a la organización estudiantil?" y "La FECH no volverá", en *Dadis Revinu*, núm. 2, noviembre de 1983, p. 3.

48 *Revista Cosas*, núm. 202, 28 de junio de 1984, p. 35.

su aplicación al conjunto de los estudiantes de la Universidad de Chile. Dicho revés se entendía en la medida que, tal como había sido el diagnóstico de directivas anteriores de la FECECH, se había prolongado la deficiente penetración de los ideales gremialistas en el alumnado de manera masiva, siendo sólo círculos muy estrechos los que habían estado abiertos a la recepción del nuevo credo.

A mediados de 1984 colapsaba, pues, la institucionalidad de representación estudiantil que, bajo diversas formas, había sido conducida por los gremialistas en la Universidad de Chile durante casi una década. Un esquema que había pretendido expandir y legitimar por el uso la idea de la representación indirecta y que había sido calculado para subvencionar permanentemente a los cuadros estudiantiles simpatizantes del oficialismo mediante intrincados mecanismos electorales. Mientras las urnas se emplazaban en los patios de las diversas sedes de la universidad, listas para recibir los votos que permitirían, mediante un proceso trabajoso y algo oscuro, reconstituir a la histórica FECH, bajo la alianza táctica de los estudiantes democristianos y de izquierda, los estudiantes gremialistas veían naufragar su propuesta de representación estudiantil basada en el pretendido apoliticismo y la autonomía de los cuerpos intermedios.⁴⁹

Como se ha indicado, un factor que ayuda a entender este resultado es la penetración sólo superficial que tuvieron los ideales gremialistas en el conjunto de los estudiantes que ejercían efectivamente su dimensión asociativa dentro de la universidad. En este sentido, la falta de articulación de un discurso integrador, atractivo y de mecanismos efectivos de socialización de sus ideas, habría jugado el rol de un cerco para la propuesta de la FECECH, pese a que durante toda su existencia contó con medios suficientes para ello.

49 El proceso de convocatoria a plebiscito para un congreso de constitución de la FECH tuvo que atravesar por agudos problemas de legitimidad, tales como la falta de mayoría real en las votaciones llevadas a cabo para establecer dicho congreso. Al respecto, se halla el testimonio de Yerko Ljubetic, protagonista principal de esa situación. *Cfr.* Entrevista con Yerko Ljubetic, realizada por Diego García, José Isla y Pablo Toro, 30 de diciembre de 1996.

Con respecto de lo anterior, se les hacía evidente a los directivos gremialistas que no habían logrado involucrar en un consenso activo a sus seguidores, entregándoles por omisión a los opositores todos los espacios propios del hábitat cotidiano de la vida universitaria. Así, precisando un diagnóstico del porqué del auge del movimiento estudiantil de oposición, los estudiantes oficialistas notaban que los opositores

contaban con la asistencia de alumnos que por diversas razones (venir de provincias, pertenencia a ciertos grupo socioeconómicos, diferente formación), no lograron integrarse con la mayoría de sus compañeros. Éstos, a su vez, se veían absorbidos en exceso por la carga académica y por la liviandad, lo que los llevó a caer en una lamentable negligencia: el egoísmo comenzó a sustituir al compañerismo, la competencia a la amistad, la frivolidad a la solidaridad, la desidia a la participación.⁵⁰

Estas observaciones significaban una clara autocrítica, la que, no obstante, no podía llegar a la profundidad suficiente como para tomar nota de que, en los términos de lograr un consenso activo, había una incompatibilidad radical entre el discurso gremialista (privatizador de los espacios universitarios y deficiente constructor de legitimidad) y el poderoso atractivo que, bajo la empresa colectiva y articuladora de ciudadanía universitaria implícita en la lucha antidictatorial, les ofrecía a los estudiantes el conglomerado de centros de alumnos opositores en la universidad.

En sus últimos meses, la FECECH llevó a cabo la publicación de un periódico que, como otros medios anteriores, intentó difundir los puntos de vista de la directiva estudiantil. Rescatamos el hecho, que podría caer en el amplio continente de lo anecdótico, en la medida que nos abre una puerta interpretativa para entrar en el meollo de la contradicción —que se hallaba cada vez más explícita— entre el ideario de los dirigentes gremialistas y los procesos contingentes que llevaban a la vida interna de la universidad a restablecer sus vínculos seculares entre los movimientos estudiantiles y la política nacional, en este caso bajo las urgencias de la lucha contra la dictadura.

50 "Frente a la acción de los grupos políticos", en *Dadis Revinu*, núm. 1, agosto 1983, p. 5.

Dadis Revinu, el título de la publicación gremialista, nos ofrece un juego de palabras mediante los cuales confrontar expectativas y realidad. Si se pone al periódico frente a un espejo, como indicaban sus editores, se nos aparece el nombre de la universidad. Con ello, los jóvenes gremialistas querían dar a entender que dicho medio escrito (y, a la larga, sus ideales) eran el mejor reflejo de la universidad. Lo cierto es que, complementariamente y desde una línea de interpretación distinta, se podía señalar que, en este mundo y no en el de las imágenes reflejas, el nombre del periódico simplemente dejaba en evidencia que se estaba presentando a la Universidad de Chile al revés, contra su esencia histórica, bajo una gramática que, por alteración de la solidaridad sintagmática de los elementos que componen la palabra, no tenía sentido si no era bajo la nueva clave que los estudiantes oficialistas pretendían entregar.

El contraste que hemos indicado es, a la larga, lo que nos parece que constituye el núcleo de la deficiencia del gremialismo para poder expandir su prédica apolítica: en una universidad situada en el ojo del huracán de un proceso de cambios acelerados, llevado a cabo bajo una legitimidad ampliamente cuestionable, la identificación de FECECH con la proyección del régimen dentro de la Casa de Bello les enajenó a los gremialistas la credibilidad de amplios sectores del estudiantado. La FECECH era vista como parte de esta imagen distorsionada que ofrecía una universidad al revés, pese a los esfuerzos que llevara a cabo por inaugurar una mística marcada por las expectativas de implementar un giro radical en el país, como planteaban los redactores de *Dadis Revinu*:

la Universidad es la riqueza más preciada de una nación; dentro de sus recintos se forman los jóvenes que la sobrellevarán y que pueden hacerla poderosa o pobre. La universidad es un raro espejo, donde la realidad nacional de los próximos años se refleja en ciernes, en formación. Es el deber nuestro crear este reflejo. Poseemos la bola de cristal.⁵¹

51 *Ibid.*, p. 3.

Así, a mediados de 1984, para los gremialistas de la Universidad de Chile resultaba, pues, evidente que su expectativa de desterrar la política de las aulas universitarias se hallaba frustrada, especialmente en la medida que los universitarios se habían ya consolidado como protagonistas centrales de las protestas contra el régimen (eventos concertados entre políticos, estudiantes y prensa opositora nacional y extranjera, que sembraban violencia y atentaban contra el orden, según la visión de la FECECH).⁵² Así, no fue de extrañar que, a pesar de los varios años de prédica apolítica del gremialismo desde situaciones de poder, privilegio y recursos, esta tendencia, expresada en la FECECH, no pudiera resolver sus contradicciones propias y las interdicciones ajenas, provenientes de un enérgico movimiento estudiantil opositor que sostuvo un encarnizado conflicto con *los otros*. Esta pugna abierta por la concepción de qué tipo de representación estudiantil debía existir en la Universidad de Chile tuvo como resultado final que, en el contexto de la lucha antidictatorial, la histórica FECH volviera por sus fueros, bajo nuevas preocupaciones y en un país cuyos profundos cambios le plantearía en los años venideros serios desafíos a los tradicionales lazos entre estudiantes y política.⁵³

BIBLIOGRAFÍA

Diarios, Revistas y documentos

Dadis Revinus, Periódico de la Federación de Centros de Estudiantes de la Universidad de Chile, 1983.

Diario La Tercera, 1984.

Medina Lois, Ernesto, *Inauguración del año académico 1982. Discurso del Rector*, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1982.

Realidad Universitaria, Boletín de la Academia de Humanismo Cristiano, 1983.

52 *Ibid.*, p. 7.

53 Acerca de los desafíos de la renacida FECH, es útil la consulta del texto colectivo editado por Ricardo Brodsky, *Conversaciones con la FECH*, 1988.

Revista Cosas, 1981.

Revista de la Universidad de Chile, 1978-1979.

Revista Hoy, 1979-1982

Revista Qué Pasa, 1979-1982.

Universidad de Chile, *Decreto Universitario núm. 12.948*, 29 de septiembre de 1978.

Libros, tesis y artículos

Arce, Carla, “La transición política de los universitarios de los 80’. Nociones de democracia y proceso de construcción democrática en la representación estudiantil de la Universidad de Chile y la Universidad Católica de Chile (1983-1985)”, tesis de magister en Historia, Santiago de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2009.

Brodsky, Ricardo, *Conversaciones con la FECH*, Centro de Estudios Sociales (CESOC), Santiago, 1988.

García Monge, Diego, José Isla Madariaga y Pablo Toro Blanco, *Los muchachos de antes. Historias de la FECH. 1973-1988*, Santiago de Chile, Universidad Alberto Hurtado, 2006.

Hennessy, Alistair, “Los estudiantes universitarios y la política nacional”, en Claudio Véliz (edit.), *El conformismo en América Latina*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1970, pp. 133-175.

Huneus, Carlos, *El régimen de Pinochet*, Santiago de Chile, Sudamericana, 2000.

Huneus, Carlos, *Movimientos universitarios y generación de élites dirigentes: estudio de casos*, Corporación de Promoción Universitaria (CPU), Santiago de Chile, 1973.

Milos, Pedro, *Historia y memoria. 2 de abril de 1957*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Alberto Hurtado/LOM (Colección Historia), 2007.

Moraga, Fabio, “La Federación de Estudiantes. Semillero de líderes de la nación”, en *Anales de la Universidad de Chile*, sexta serie, núm. 17, Universidad de Chile, Santiago de Chile, diciembre de 2005, pp. 153-171.

ESCARCEOS ESTUDIANTILES EN ÉPOCA DE DICTADURA, ARGENTINA (1976-1981)

María Cristina Vera de Flachs

BREVE BALANCE DE LAS INVESTIGACIONES SOBRE MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES

Enfrentar el análisis de la historia reciente en Argentina es difícil por varias razones: en primer lugar, porque es un campo atravesado por distintos discursos; luego, porque no toda la documentación existente está disponible y, a veces, porque no es posible suplir la falta de información con otros métodos como, por ejemplo, con la historia oral. Por otro lado, la ausencia de trabajos académicos monográficos impide cotejar datos o efectuar comparaciones con lo ocurrido en otros espacios geográficos.

En estas últimas décadas en algunos países de primer orden, como Alemania o Estados Unidos las investigaciones sobre los movimientos sociales actuales han sido objeto de interés de sociólogos, historiadores, etc.¹ En cambio, en Latinoamérica por lo general la producción sobre dicha temática careció de investigaciones empíricas, dando como resultado trabajos descriptivos. La cuestión se complica aún más cuando lo que se pretende estudiar son los movimientos estudiantiles, pues se necesita, en muchos casos, de una mirada más compleja e interdisciplinaria. No obstante, la universidad es últimamente objeto de un renovado interés analítico internacional y local. Eso nos ha permitido contar con algunos trabajos pioneros que ayudaron a repensar el tema, como los de Juan Carlos

1 Josep Pont Vidal, "La investigación de los movimientos sociales desde la sociología y la ciencia política. Una propuesta de aproximación teórica", en *Papers*, núm. 56, 1998, pp. 257-272.

Portantiero, Carlos Tunnermann Bernheim y los aportes individuales y colectivos coordinados por Renate Marsiske.²

En Argentina, los levantamientos estudiantiles producidos después de la reforma de Córdoba de 1918 fueron despertando interés en los especialistas desde temprano, lo que resultó en trabajos de dispar valor. De la misma manera, los derivados del mayo francés de 1968 también han dado mucho que hablar en cuanto denunciaron el malestar interno existente en las universidades contemporáneas, las que todavía mostraban en ciertos aspectos algunos de los problemas que denunciara la reforma de 1918. Los artículos y compilaciones coordinadas por Hugo Biagini y Cristina Vera de Flachs, algunos fruto de congresos internacionales realizados en estos últimos años, intentan dar respuestas a algunas de esas preocupaciones.³ Sin embargo, queda mucho por investigar y es indispensable que los historiadores analicen, en esos procesos, el papel de la institución con sus mecanismos de control y crítica.

Llegado a este punto se hace preciso efectuar algunas preguntas que hemos tratado de tener en cuenta en esta investigación y que pueden ser útiles para otras futuras: ¿los movimientos estudiantiles latinoamericanos de la segunda mitad del siglo xx tuvieron finalidades similares?, ¿sus formas de organización fueron análogas?, ¿representaron en su momento valores nuevos y homogéneos?, ¿formaron parte de un proyecto integral o fueron consecuencia de sus propios conflictos internos?, ¿cuánto incidió la situación socioeconómica o política del país donde hicieron eclosión?, ¿consiguieron lo que se proponían?, ¿qué tipo de fuentes y

2 Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina 1918-1938*, 1978 y Carlos Tunnermann Bernheim, *Noventa años de la reforma universitaria de Córdoba: 1918-2008*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) 2008, Renate Marsiske, *Movimientos estudiantiles en América Latina: Argentina, Perú, Cuba y México. 1918-1929*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad y la Educación-UNAM, 1989.

3 VV. AA., Primer Congreso Internacional sobre Historia de las Universidades en América y Europa, Universidad Nacional de Córdoba, 2003, 2 ts.; VV. AA., *Movimientos estudiantiles en América y Europa*, t. 1, Córdoba, Junta Provincial de Historia de Córdoba y Universidad Nacional de Córdoba 2006; Hugo E. Biagini, "El Che Guevara y su influencia como paradigma juvenil" <www.ensayistas.org/antología/XXA/biagini/elche.htm>; Hugo E. Biagini (comp.), *La Universidad de La Plata y el movimiento estudiantil desde sus orígenes hasta 1930*, Buenos Aires, Universidad de La Plata, 1999.

métodos se puede utilizar para hacer una investigación empírica?, ¿son ellas homogéneas?

Tratando de dar respuesta a algunas de estas variables este artículo pretende rescatar del olvido un movimiento estudiantil que se desencadenó en la República Argentina, en 1981, en plena dictadura militar, sabiendo que el estudio de este fenómeno es complejo y puede ser objeto de múltiples enfoques. Para comprender el posicionamiento de los distintos sectores involucrados es necesario realizar un breve recorrido por lo acontecido en la historia argentina previa al conflicto.

LA LEY UNIVERSITARIA DE LA DEMOCRACIA PERONISTA

Una de las características de los gobiernos militares latinoamericanos de la década de 1970 estuvo dirigida a facilitar los procesos de concentración de capital. Las “modernizaciones” que en su momento se invocaron respondían a demandas internacionales. Obviamente, las universidades debían expresar los mismos requerimientos, razón por la cual se echó mano a las propuestas de ideólogos, generalmente estadounidenses, que venían cuestionando la politización de las universidades latinoamericanas, y proponían su “profesionalización”, según las necesidades del mercado de trabajo, articulado por la preponderante presencia de empresas multinacionales.⁴

Para el caso argentino es preciso recordar además que, entre 1970 y 1973, la Juventud Universitaria Peronista alcanzó masividad y se transformó en la fuerza mayoritaria del movimiento estudiantil. Es difícil comprender este fenómeno habida cuenta que históricamente la política de los gobiernos peronistas estuvo en contra de las reformas universitarias. Sólo podemos explicarlo señalando que parte de la intelectualidad argentina no aprobaba la política de proscripción del peronismo lo que, a su vez, era mantenido como instancia de convergencia por parte de la resistencia

4 Se ocupó del tema Mario Toer, “¿En búsqueda de un nuevo perfil? Los movimientos estudiantiles en el Cono Sur”, en *Nueva Sociedad*, núm. 76 marzo-abril de 1985, pp. 101-111.

obrero y popular. En ese contexto el conflicto con los estudiantes resultaría ineludible.

En ese tiempo, la organización Montoneros clamaba por el retorno de Perón del exilio entendiendo que con su presencia se abriría el camino hacia el socialismo en la Argentina. En 1973 se convocó a elecciones, en las que triunfó el peronismo en medio de un masivo protagonismo juvenil. Poco tiempo después se pusieron en evidencia las incompatibilidades entre el proyecto del viejo caudillo y ese incierto “socialismo nacional” que sustentaban las juventudes radicalizadas. De todos modos lo importante de destacar es que durante esa corta gestión, el 25 de marzo de 1974, se promulgó la ley de universidades nacionales (número 20645), a través de la cual se reconoció la autonomía académica y docente y la autarquía administrativa y económica, pero se prohibió terminantemente la participación política, estableciendo para la composición del gobierno de dichas instituciones sesenta por ciento de docentes, treinta por ciento de estudiantes y diez por ciento de no docentes, a la vez que dispuso que las designaciones de los rectores y decanos “normalizadores”, serían competencia del poder ejecutivo nacional estableciéndose un plazo para instalar un gobierno autónomo en cada una de ellas; sin embargo, esto nunca llegó a cumplirse, ya que las pugnas internas del peronismo influían en dichos nombramientos que dependían del Ministerio de Educación.

El fallecimiento de Juan Domingo Perón —acaecido el 1° de julio de 1974— abortaría este proyecto en poco tiempo.

LAS CONSECUENCIAS DEL FALLECIMIENTO DE PERÓN

La muerte del líder fue recibida con profundas muestras de pesar y desasosiego por todos los sectores sociales y políticos de Argentina en tanto se abría un largo interregno hasta el próximo llamado a elecciones previsto para octubre de 1976. Extinguida su figura, que había servido para aglutinar a los diversos sectores del peronismo y había sido aceptada por la oposición, la sensación de incertidumbre de la población fue anticipatoria de lo que iba a ocurrir poco después.

Su esposa y vicepresidente de la nación, María Estela Martínez de Perón (conocida como Isabel), no estaba dotada para gobernar por lo que se recostó sobre la figura del ministro de Bienestar Social, José López Rega, un ex comisario, astrólogo, mayordomo del viejo general en el exilio español, adicto a las sectas y representante de la extrema derecha, quien pronto adquirió un poder significativo sobre ella.

Tal como señaló tiempo después Guido Di Tella,⁵ López Rega basó su acción en cinco objetivos: en primer término para finalizar con el problema de la subversión armó la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) que solventada desde el Ministerio de Bienestar Social se hizo cargo del trabajo sucio. El segundo era evitar la infiltración de ideología de izquierda en la educación; en tal sentido se designó como ministro de Educación a Oscar Ivanissevich, antiguo militante peronista y como rector de la Universidad de Buenos Aires a Alberto Ottalagano, un hombre de línea dura que no dudaba en comentar públicamente su admiración por el fascismo. El tercer objetivo era de corte económico y consistía en producir un vuelco decidido hacia la economía de mercado, abandonando prácticas proteccionistas, lo cual obviamente iba en contra de la conducta tradicional de los sectores sindicales peronistas. El cuarto objetivo suponía el sometimiento de los líderes de los sindicatos, para lo cual se destituyó a algunos tratando de lograr una jefatura más permeable. El quinto, y uno de los más importantes, era lograr que los militares abandonaran su actitud de prescindencia política y adoptaran una más favorable al gobierno, para lo cual, en mayo de 1975, se designó como comandante en jefe al general Numa Laplane, que estaba dispuesto a brindar su apoyo a éste.

A pesar de este programa, el gobierno de Isabel tuvo un rápido desgaste, no sólo porque las circunstancias políticas del momento así lo marcaban, sino porque a ello había que sumar la grave situación económica que afrontaba el país. Su primer ministro de Economía fue Alfredo Gómez Morales, un peronista histórico que había desempeñado el cargo durante la segunda presidencia de Perón y que tenía cierto acercamiento al tipo de política de estabilización

5 Ex ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Carlos Menen.

ortodoxa, lo que implicó el rechazo de la Confederación General de Empresarios.

Entre tanto, la situación económica era conflictiva, la inflación bordeaba 400 por ciento anual mientras los salarios sólo habían aumentado 200 por ciento. Las devaluaciones no produjeron los resultados esperados y la constante presión sindical y empresarial intermedia precipitó la caída de Gómez Morales y la designación de Celestino Rodrigo quien, como primera medida, impuso una devaluación superior a 100 por ciento y un aumento de los precios que, en algunos casos, llegó a 200 por ciento. Dichas medidas, que se conocieron como “rodrigazo”, motivaron la rápida y airada respuesta de los gremios que se manifestaron en su contra y de López Rega y llamaron a una huelga nacional para el 7 y 8 de julio de 1975 en repudio a la política gubernamental.

Se organizaron movilizaciones masivas mientras se pedía un aumento de 160 por ciento sobre los salarios reales, lo que para el gobierno era un requerimiento imposible de conciliar. De cualquier manera parte de los propósitos de los sindicatos se cumplieron con la destitución de los dos ministros más cuestionados, López Rega y Rodrigo, pero no antes de que la crisis se propagara al ejército, de modo que Numa Laplane perdió su apoyo, por lo que fue remplazado por el general Jorge Rafael Videla. Éste accedió, en agosto de 1975, a la comandancia en jefe del ejército.

La base de consenso que necesitaba el sistema para asegurar la gobernabilidad a esta altura de los acontecimientos prácticamente había desaparecido. El sindicalismo estaba descontento con Isabel y no apoyaba su gobierno que tambaleaba. Para tratar de dar un viso de cambio designó a un hábil político, Ángel Robledo, como ministro de Interior y a Antonio Cafiero como titular de Economía; las primeras reacciones a ambos nombramientos fueron positivas. No obstante, pocos días después se le impuso a Isabel una licencia por razones de salud de cinco semanas, periodo en el que la presidencia fue asumida por un político de postura moderada, Italo A. Luder, titular del Senado de la Nación, con lo que la imagen del gobierno recibió una reforma cosmética que le permitió sortear un par de meses. Durante su interinato se crearon los consejos de Defensa y

Seguridad destinados a tomar participación directa en la represión de la subversión y en la conducción estratégica de esa lucha. En consecuencia, los altos mandos del ejército, autorizados por el Congreso, empezaron a tomar medidas concretas al respecto.⁶

Pero veamos a continuación brevemente cuáles eran esos grupos subversivos y qué pasaba en las universidades nacionales ante los acontecimientos que acabamos de relatar.

CULTURA DE LA VIOLENCIA Y ORGANIZACIONES TERRORISTAS

A fines de la década de 1960 el mundo entero vivió una serie de acontecimientos que hacían presagiar cambios vertiginosos, los que no tardaron en repercutir en las universidades argentinas: la oposición de los jóvenes a la guerra de Vietnam, el mayo francés, la militancia de los sacerdotes tercermundistas y figuras de la talla del *Che* Guevara y Camilo Cienfuegos fueron despertando en algunos grupos universitarios un compromiso político más profundo que en épocas anteriores. Bregando por un nuevo orden proclamaban por aquellos días la consigna: “La patria socialista, ni yanquis ni marxistas”.

Sus críticas, rebeldía y rechazos a la sociedad de sus mayores, sus discursos con un alto grado de politización y los debates progresivos en la universidad iban en contra de la institución a la que tildaban de conservadora y a la que deseaban cambiar. Reclamaban una enseñanza apta para las necesidades del país, aunque las aspiraciones de un grupo más pequeño iban contra el sistema: por tal razón consideraban necesario modificar la realidad y modelar un “hombre nuevo” que cambiara el rumbo de las cosas: la dependencia económica, la injusticia social y la proscripción del peronismo.⁷

6 Recordemos que la *Doctrina de Seguridad Nacional* que nutrió a las dictaduras del Cono Sur Latinoamericano expresaba la convicción de que las instituciones militares eran la salvaguarda de los valores morales y espirituales de la civilización occidental y cristiana, María Cristina Vera de Flachs, *Historia institucional argentina*, Córdoba, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales-Universidad Nacional de Córdoba, 2008.

7 Lucas Rubinich estudió la experiencia dentro de las “cátedras nacionales”, un conjunto de equipos docentes de orientación peronista, constituido desde 1967 en la carrera de Sociolo-

Esta perspectiva y la situación del país alentó las primeras experiencias guerrilleras en Argentina, las que se desarrollaron alentadas por el fervor que se vivía en toda América Latina. Entre los numerosos grupos y células terroristas surgidas entonces había cinco importantes: las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) y Montoneros. Por su parte, Mario Santucho había formado en 1970 el Partido Revolucionario de los Trabajadores, organización que serviría como base para el lanzamiento del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), el grupo guerrillero más organizado y radicalizado conjuntamente que vio Argentina. El ERP, que resultó de la fusión y división de distintas agrupaciones trotskistas y otra genéricamente antiimperialista, se instaló en el noroeste argentino, particularmente en la provincia de Tucumán. A fines de 1975, se produjo el ataque a la guarnición Monte Chingolo en la provincia de Buenos Aires, que tuvo un desenlace cruento. A partir de entonces, la debilidad del gobierno de Isabel Perón y el profundo juego de las tendencias internas del peronismo facilitaron la acción de los extremismos de izquierda y de derecha hasta límites inimaginables. A la violencia se respondió con violencia, lo que impedía el normal funcionamiento del país. La existencia y accionar de estos grupos expresaron ideologías diferentes, aunque frente a la represión, Montoneros y ERP terminaron por cooperar entre sí.⁸

Durante los años siguientes la subversión mantuvo e intensificó sus ataques que fueron reprimidos por las fuerzas armadas, al tiempo que el cuerpo social en general estaba atemorizado ante lo

gía de la Universidad de Buenos Aires. Para este autor, antes que un grupo académico se trató de una formación cultural de vanguardia, que en lugar de legitimarse ante los científicos o académicos, buscaba como referente a los estudiantes. Estos jóvenes, a su vez, protagonizaban una rebelión pedagógica contra las formas autoritarias de la enseñanza, y una politización que los acercaba al peronismo o a alguna de las formas del marxismo, "Entrevista breve a Lucas Rubinch", en *Cuestiones de Sociología*, núm. 9, Universidad de la Plata-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación-Departamento de Sociología, 2013.

8 Se ocuparon del tema, entre otros, Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, 2002; Oscar Terán, *Nuestros años sesenta: la formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina. 1956-1966*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; María Seoane, *Todo o nada, La historia secreta y política del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Buenos Aires, Planeta, 1991; Richard Gillespie, *Soldados de Perón. Los montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987, p. 307.

que se reflejaba en la opinión pública como una guerra abierta entre grupos facciosos y el ejército.

Córdoba se vio afectada por este proceso. Una interminable ola de atentados y asesinatos agobiaba a la población, sumado a lo cual comenzaron a circular denuncias sobre torturas policiales a los detenidos por cuestiones políticas y violaciones a los derechos humanos. La prensa de la época hizo constar que, en 1974, hubo 900 víctimas fatales más centenares de personas detenidas.⁹

Desde fines de 1975 dos miembros del partido radical, el diputado Manuel E. Molinari Romero y Eduardo C. Angeloz, denunciaban ante el Congreso de la Nación esta circunstancia. El segundo fue más allá y solicitó explicaciones al gobierno sobre algunos casos aunque, luego, admitió que no tenía respuestas para dar. Más tarde, el radicalismo pidió explicaciones acerca de la actuación de la Triple A, mientras el peronismo expulsaba de sus filas al ex presidente Héctor J. Cámpora. En síntesis, el clima general era complicado: una inflación galopante, desórdenes sindicales, la presencia de la guerrilla y el retorno de Isabel a la Casa de Gobierno con su negativa a ser desplazada del poder por un movimiento palaciego, aun cuando en un discurso manifestó su renuncia a ejercer cualquier cargo electivo en el próximo gobierno, así como la postura de las demás fuerzas políticas incitaron a que se hablara de la inminencia de un nuevo golpe de Estado.

Mientras arreciaban las versiones sobre el quiebre del orden institucional, el Congreso de la Nación no hallaba una vía para salir del estancamiento político y los partidos políticos —luego de ana-

9 Entre los estudiantes de Córdoba presos en ese entonces se encontraba el doctor Carlos Zanini, secretario legal y técnico de la nación durante los gobiernos de Néstor Kirchner y de Cristina Fernández de Kirchner. Uno de los centros académicos que más sufrió fue la Escuela de Ciencias de la Información, dependiente de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba, que no sólo vio cerrar sus puertas transitoriamente entre 1976 y 1978, también perdió estudiantes y docentes que se exiliaron en ese periodo y la vida de los siguientes miembros: Ernesto Andreotti, Humberto Annone, Alfredo Barbano, Raúl Paco Bauducco, Susana Bertola, José Negro Brizuela, Isabel Burgos, Adriana Carranza, Enrique Carreño, Elizabeth Casanova, Yolanda Mabel Damora, José D'Ángelis, María Demarchi, José Alberto García, Luis Gattara, Luis Leiva, Ricardo Levin, Juan Carlos Luna, Jorge Malberti, Roberto Lerú Montali, Miguel Chicato Mossé, Cristina Morandini, Néstor Morandini, Juan Carlos Perchante, Ernesto Ponza, Daniel Romanutti y Silvia Sánchez.

lizar la grave emergencia que vivía la nación— reafirmaron la vigencia de las instituciones de la República y del régimen democrático. Pero nada dio resultado, incluido el último esfuerzo del líder del partido radical, Ricardo Balbín, para encontrar una fórmula que posibilitara llegar a las próximas elecciones, con lo que el golpe militar fue una realidad y con el cual se puso fin, entonces, al tercer periodo de gobierno peronista.¹⁰

El 24 de marzo de 1976 las fuerzas armadas detuvieron a Isabel Perón quien fue remplazada en la presidencia de la nación por el general Jorge Rafael Videla. Pocas veces en la historia un golpe militar se había previsto con tanta anticipación, pensando que con esto la crisis terminaba. Nadie preveía entonces la tragedia por venir.

En este contexto político analizaremos los primeros escarceos estudiantiles ocurridos en el periodo de la dictadura militar. Con este objetivo hemos recurrido a los periódicos de la época, al Archivo General Universitario e hicimos algunas entrevistas orales semiestructuradas a miembros de la comunidad universitaria que estuvieron en esa época involucrados en el conflicto con el fin de ampliar el panorama cultural de la década, lo que nos permitió plantearnos los interrogantes a los que hicimos referencia al comenzar este trabajo.

LA SUERTE DE LAS UNIVERSIDADES NACIONALES DESPUÉS DEL GOLPE DE MARZO DE 1976

Las 25 universidades nacionales existentes en 1976 contaban con una población de 471 515 alumnos, de los cuales 270 108 eran varones. Las tres más grandes absorbían setenta por ciento del estudiantado; la de Buenos Aires era la que concentraba mayor número de matrícula (174 616), seguía la de La Plata con 62 753 y, en tercer

10 No fue esta la única propuesta. El diputado nacional por UDELPA (Unión del Pueblo Argentino), Armando Molina Zavalía, propuso que se reunieran los diez hombres más prominentes de la república para superar la crisis. Entre otros nombres sugiere el del propio Balbín, el de los ex presidentes Arturo Frondizi, Arturo Illía y H. Cámpora, y el de Delolindo Bittel, *La Nación*, 22 de marzo de 1976, p. 3. Ese día se detuvieron en Córdoba tres abogados: Rodolfo Villada, Raúl Peralta y Luis Prol.

lugar, la de Córdoba con 46 588 estudiantes,¹¹ los que constituían cinco por ciento de la población total de la ciudad; mientras, en el interior de esta última provincia, la Nacional de Río Cuarto, que comenzó a funcionar en enero de 1972, tenía 4 232 estudiantes. Hasta 1974, las distintas casas de altos estudios procedían con autonomía y diferentes criterios pero, por lo general, se suprimió toda forma de evaluación y durante ese año y los dos siguientes se admitió a todos los aspirantes siempre que hubiesen aprobado el llamado Tríptico Nacional.¹² Esto incrementó notablemente la matrícula.

El golpe militar agudizó las tensiones que se vivían en los distintos claustros y significó un cambio de rumbo: la democracia universitaria y la participación estudiantil terminaron abruptamente. El 29 de ese mes se sancionó la ley de facto número 21 276, que significó para las universidades nacionales la intervención directa del gobierno militar a través de los rectores interventores, el estricto control ideológico, político, educativo y cultural que ya se había iniciado en 1974. En efecto, el poder ejecutivo nacional intervino las casas de altos estudios colocando al frente de cada una de ellas a un delegado militar encargado de reforzar el control total de éstas.

La nueva legislación pondría énfasis en el planeamiento universitario e instituyó normas de carácter administrativo. El ministro de Cultura y Educación fijó las prioridades en los presupuestos, también dispuso que los profesores por concurso fuesen declarados en comisión, manteniendo vigente el artículo 58 de la ley 20 654, lo que implicaba la privación de la garantía de estabilidad de que gozaban, autorizando además a la autoridad respectiva a prescindir de sus servicios cuando mediaran “razones reorganizativas”.¹³

Por el artículo 7 se prohibía que en el recinto de todas las casas de altos estudios la actividad que asumiera “forma de adoctrinamiento, propaganda, proselitismo, agitación de carácter político, gremial docente y no docente y estudiantil. Toda violación a dicha

11 *Atlas total de la República Argentina*, Centro Editor de América Latina. núm. 99, 1980.

12 Sistema que se suprimió en Córdoba por Resolución 1577/75, manteniéndose sólo para los estudiantes extranjeros.

13 AGUC, Resolución núm. 429, del 26 de marzo de 1976, en *Resoluciones rectorales. Originales*, t. 2, 1976.

norma debía ser sancionada en forma inmediata y enérgica puesto que de otro modo carecería de eficacia concreta”.¹⁴

Por otro lado, se dispuso que los uniformados se ubicaran en las puertas de ingreso de cada unidad académica con el fin de controlar a los estudiantes, quienes debían presentar documentos, llevar vestimenta correcta, el pelo corto y estar bien afeitados, sistema que hasta 1981 se mantuvo firme.

Ante el desborde de la matrícula en el Consejo de Rectores se analizó el establecer cupos de ingreso y aranceles. Después de 1977 se estableció un sistema común de ingreso a todas las universidades nacionales con sucesivos ajustes en el cupo, lo que derivó en el estancamiento y, en algunos casos, en la disminución de la matrícula.

LOS AÑOS DE FUEGO Y SU REPERCUSIÓN EN LA EDUCACIÓN

Sin duda, la etapa que se inicia en marzo de 1976 hasta fines de 1978 fue la más dura de la represión. En esos años todo era motivo para sembrar dudas o temor.¹⁵ Obviamente, los sectores más afectados fueron los miembros de las organizaciones guerrilleras, los cuadros sindicales, obreros, políticos, profesionales y estudiantes.

Simultáneamente a las primeras medidas tomadas por el gobierno militar desde el Ministerio de Educación y Cultura se gestó la Operación Claridad que consistía en ir contra los opositores en toda el área de la cultura. El 29 de abril de 1976, en Córdoba, en el Regimiento de Infantería Aerotransportada de La Calera ardió una pila de libros. El comunicado oficial señaló que: “Se incinera esta

14 AGUC, Resolución núm. 89, del 9 de abril de 1976, en *Resoluciones rectorales. Delegación Militar*, t. 1, 1976.

15 El Comunicado núm. 19, del 24 de marzo de 1976 dijo a la población “que la Junta de Comandantes Generales ha resuelto que sea reprimido con la pena de reclusión por tiempo indeterminado el que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare comunicados o imágenes provenientes o atribuidas a asociaciones ilícitas o personas o grupos notoriamente dedicados a actividades subversivas o al terrorismo. Será reprimido con reclusión de hasta diez años, el que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare noticias, comunicados o imágenes, con el propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar las actividades de las Fuerzas Armadas, de Seguridad o Policiales”, *La Prensa*, 24 de marzo de 1976.

documentación perniciosa que afecta al intelecto y a nuestra manera de ser cristiana a fin de que no pueda seguir engañando a la juventud sobre nuestro más tradicional acervo espiritual: “Dios, Patria y Hogar” (fotografía 1).¹⁶

Fotografía 1



Quema de libros en el Tercer Cuerpo del Ejército el 29 de abril de 1976.

En la Universidad Nacional de Córdoba se ordenó que fuesen retirados de circulación cientos de volúmenes, medida que se reiteró en las bibliotecas públicas y escolares, las cuales soportaron la censura sobre sus actividades de extensión. Una de las más afectadas fue la de la Escuela Superior de Comercio Manuel Belgrano, institución dependiente de la Universidad, donde el 2 de abril de 1976 se quemaron libros y se enviaron a depósito aquellos “relacionados con temas políticos, ideológicos, doctrinarios”, además de sufrir la

16 Archivo *La Voz del Interior*, periódico, Córdoba, 29 de abril de 1976, p. 9.

desaparición de doce adolescentes, entre alumnos y ex alumnos de la institución.¹⁷

La inestabilidad política obviamente incidió en el campo académico y una de las primeras pérdidas de vida de un intelectual en Córdoba se produjo el 10 de junio con el asesinato del decano de la Facultad de Ciencias Económicas, Juan Luis Nogueira García.

A partir de entonces hubo cierre de carreras, cambios de planes de estudio, éxodo de profesores y estudiantes como consecuencia de haber sido detenidos, inhabilitados para enseñar o porque se exiliaron voluntariamente tratando de evitar otros males. Ello trajo aparejado que la docencia se resintiera, a la vez que aparecieron problemas nuevos: costo creciente del financiamiento del sistema, aumento de la deserción estudiantil y bajo promedio de egresos, inconvenientes que hoy, pese a la estabilidad política, se mantienen, y exigen a los que gobiernan las casas de estudios a que busquen soluciones tendientes a lograr el nivel de excelencia que ellas requieren.

Sin embargo, desde el polo ideológico contrario la mirada era completamente distinta.¹⁸ La situación económica del país no mejoró en los primeros años de lo que se conoció como Proceso de Reorga-

17 En la Facultad de Filosofía y Humanidades de Córdoba, por ejemplo, se retiraron cerca de trescientos ejemplares. Lo llamativo de esta medida es que entre esos textos figuraban algunas novelas de Gabriel García Márquez, poemas de Pablo Neruda e investigaciones de Osvaldo Bayer. AGUC, *Resolución decanal*, núm. 455, 1976. La Biblioteca Córdoba también sufrió la quema de "libros que no se podían usar". El "acto" de la quema de libros en Córdoba fue precedido de un discurso, reproducido en *La Voz del Interior*, en el cual se informaba que se procedía "a incinerar esta documentación perniciosa" para evitar que "se continúe engañando a nuestra juventud". La hoguera bibliográfica fue registrada por fotografías que tomaron "periodistas acreditados". Este hecho no fue exclusivo de Córdoba la ciudad de Rosario, provincia de Santa Fe, los militares usurparon la Biblioteca Popular Constancio C. Vigil, institución que en esa fecha tenía 55 000 volúmenes en circulación y 15 000 en depósitos. El 25 de febrero de 1977 fue intervenida y ocho miembros de su Comisión Directiva detenidos ilegalmente a la vez que su control de préstamos bibliográficos fue utilizado para investigar a los socios. Miles de libros de la entidad fueron quemados. Marcelo Massarino, *Revista Sudestada*, núm. 46, 18 de marzo de 2006; Federico Zeballos, *Bibliotecas y dictadura militar: Córdoba, 1976-1983*, Buenos Aires, 2006 <http://www.ffyh.unc.edu.ar/archivos/investigacion_concurso_baez.pdf>.

18 Por ejemplo, en octubre de 1977 se reunió en Buenos Aires la Federación de Estudiantes de Universidades Católicas de América Latina, la que aprobó por unanimidad una resolución que sostenía que para los estudiantes del ciclo superior constituía un deber de cristianos combatir una doctrina "que niega a Dios y pretende sustituirlo con el materialismo dialéctico", *La Prensa*, Buenos Aires, 19 de octubre de 1977.

nización Nacional. Por el contrario, en los años subsiguientes volvió a sentirse una oleada de protestas obreras en Córdoba. En marzo de 1979 se levantaron las siguientes empresas: Renault, Ilasa y Thompson Ranco, las que contaron con el apoyo de los estudiantes universitarios que tenían interés en participar en esos levantamientos habida cuenta que la actividad en los claustros era nula. Por lo general, los reclamos estudiantiles se limitaban a requerir información cuando algún compañero caía preso, era expulsado o estaba desaparecido. Para efectuar estos trámites o participar de alguna actividad previamente solían reunirse en clandestinidad. Pronto la relación entre obreros industriales y estudiantes universitarios se convirtió en el centro del escenario social y sus protagonistas convirtieron a Córdoba en una ciudad contestataria de vanguardia, ejemplo para otras del país.

UNA NUEVA LEGISLACIÓN UNIVERSITARIA

Mientras tanto, el 11 de abril de 1980, el ministro de Educación y Cultura de la Nación, el doctor Juan Lleredo Amadeo dio a conocer la segunda ley (la número 22 207) para las universidades nacionales sancionada durante el gobierno *de facto*. Era ésta a su vez la octava ley que se aprobaba desde que apareció la primera en 1885, sin contar textos legales transitorios o complementarios. En esa oportunidad, el ministro reconoció que la misma se aprobaba con alguna demora sobre todo porque uno de los sectores de la vida del país donde con mayor intensidad se vivieron los problemas políticos era la universidad, en consecuencia su sanción se demoró más de lo previsto. La mencionada legislación incorporó algunos cambios respecto de la anterior y su finalidad principal fue encauzar a breve plazo la normalización de las universidades públicas y privadas. Desde el punto de vista estructural, la ley comprendía toda la materia en seis títulos, algunos divididos en capítulos, con un total de 81 artículos. Instituyó un régimen de gobierno similar al establecido en 1954 por el peronismo en la ley 14 297, es decir los rectores eran designados por el poder ejecutivo nacional y los decanos a propuesta de los rec-

tores¹⁹ al tiempo que se establecía que dichos nombramientos eran incompatibles con otros, ya fueran políticos partidarios o gremiales.

Respecto del ejercicio de la docencia universitaria, se mantenía el acceso a la cátedra a través de concursos y la confirmación en ese cargo se conseguía después de una permanencia en él en forma satisfactoria por siete años. Se incluía la autonomía académica y la autarquía administrativa y financiera y se mantenía la prohibición de realizar proselitismo o agitación de carácter político partidario o gremial como tampoco la difusión o adhesión a concepciones políticas totalitarias o subversivas²⁰ y el sistema de arancelamiento de los cursos para graduados, y los cupos de ingreso.

Dentro de los treinta días de vigencia de la ley se constituiría en cada casa de estudios superiores un consejo asesor (que integraban el decano, el vicedecano y los profesores ordinarios elegidos según la modalidad dispuesta por cada facultad) y a los 120 días los rectores elaborarían un proyecto de estatuto de sus respectivas universidades y luego de su aprobación comenzaría la designación de los profesores ordinarios.

La sanción de la nueva ley tuvo una repercusión negativa dentro de los partidos políticos que veían contradicciones en su redacción, desalentaba la militancia y se constituía en una mella para el prestigio institucional de los mismos. Otro aspecto criticable era la designación de los rectores por parte del poder ejecutivo nacional a propuesta del ministro de Educación, lo que iba en contra de la posibilidad de los claustros de darse por sí mismos sus propias autoridades, punto esencial de una auténtica autonomía universitaria que era lo que se planteó desde la reforma de 1918.

La cuestión del arancelamiento universitario, que se preveía subir de acuerdo con el costo de la vida, tenía, a criterio de los detractores, consecuencias políticas funestas al tiempo que los beneficios

19 La primera ley universitaria nacional fue sancionada en 1885 cuando sólo existían dos universidades nacionales, la de Córdoba y la de Buenos Aires, y es conocida como *Ley Avellaneda*, la segunda fue puesta en vigencia en 1947, la tercera en 1954, en 1955, después del derrocamiento de Perón se sancionó el decreto ley 6 403; en 1967 la ley 17 245 y en 1974 la 20 654, modificada por la 21 276 de marzo de 1976, la que con algunos agregados rigió hasta 1981.

20 *La Nación*, 22 de abril de 1980, pp. 1 y 16.

económicos eran modestos. Una editorial de *La Nación* de esos días afirmaba sobre esta ley que el artículo que la establecía tenía una curiosa redacción, pues decía que se estipulaba respetando la igualdad de oportunidades dentro de límites razonables y con posibilidades de excepciones de aranceles diferenciales. Para Córdoba se sumaba la preocupación como consecuencia de la existencia de la ordenanza 26/77 que disponía que los estudiantes de segundo año en adelante que hubiesen sido aplazados en dos tercios del total de las materias que integraban el plan de la carrera perdían su condición. El argumento era que con esta resolución se buscaba eliminar el estudiante crónico.²¹

DESPUÉS DEL CORDOBAZO LOS UNIVERSITARIOS IRRUMPEN EN EL ESCENARIO POLÍTICO

Los acontecimientos descritos crearon el caldo de cultivo necesario para que a comienzos de la década de 1980 la oposición política comenzara a romper su aislamiento. Poco a poco se escuchaban declaraciones contra el régimen militar, al tiempo que la represión empezaba a disminuir; sin embargo, todavía nadie se animaba a desafiar a las autoridades.

Históricamente el 29 de mayo se conmemora el día del ejército, generalmente con actos que se realizan en las unidades militares, pero en 1981 había en Córdoba un clima que hacía presagiar que se presentarían problemas pues esa fecha coincidía desde 1969 con la conmemoración de otro acontecimiento: el *Cordobazo*, un movimiento social donde obreros, particularmente de las fábricas automotrices, y estudiantes universitarios se movilizaron por las calles de la ciudad para luchar contra el gobierno del general Juan Carlos Onganía y tras unas jornadas de intensa lucha entre éstos y las fuerzas de seguridad quedó el saldo de varios muertos. Para descomprimir la situación Onganía optó por intervenir el gobierno de la

21 AGUC, *Consejo Asesor, Actas 1981-1982*. Resoluciones rectorales, t. 10-11, Condiciones para el ingreso de 1982.

provincia y clausurar la universidad. Después del Cordobazo quedó a la vista que la gestión de Onganía, sumamente impopular en todos los sectores, había fracasado, por lo tanto el fin de su gobierno era previsible.

Entre tanto, en la Universidad de Córdoba el célebre enfrentamiento entre reformistas y nacionalistas había dado paso al surgimiento de nuevas agrupaciones estudiantiles que ahora pretendían no sólo luchar por el cogobierno, sino por la revolución a la que pensaban llegar por diferentes vías.²² La denominada Integralismo, de raíz católica, poseía ramas de igual vertiente en otras universidades nacionales y, aunque utilizando distintas denominaciones, concentró sus reivindicaciones específicamente en los problemas universitarios; Franja Morada tenía fuerza en la Facultad de Derecho; la Federación Universitaria de Córdoba (FUC) aglutinaba a distintas corrientes de izquierda, como comunistas, socialistas y a algunos radicales. Y desde 1964 se conformó el Movimiento Nacional Reformista (MNR) que tendría presencia en esta universidad, particularmente en la Facultad de Ciencias Económicas e Ingeniería, y además en las de Rosario y Tucumán.

Pero, a su vez, el Cordobazo dio pie para que los guerrilleros informaran el 30 de junio que iniciaban la lucha. A partir de esos acontecimientos y como señaló Félix Luna, “las universidades argentinas se convirtieron en el marco de un activismo de extrema izquierda que desbordó las previsiones más sombrías”. En efecto, el panorama universitario se mostraba cada vez más convulsionado no sólo en Córdoba, sino en todo el país. Por ejemplo, a mediados de mayo de 1969, los estudiantes de la Universidad de Corrientes protestaron por las nuevas tarifas del comedor universitario. A raíz de los desórdenes murió un estudiante de la Facultad de Medicina, lo que reprodujo incidentes en otras partes del país. En Rosario

22 Antonio Sillau Pérez “Caracterización del pensamiento nacionalista en Córdoba en el período de entreguerras. Una propuesta católica desde el interior (1919-1943)”, 2008; María C. Vera de Flachs y Antonio Sillau Pérez, “Un estudio sobre las luchas políticas e ideológicas de la Universidad de Córdoba, Argentina”, 2008, y María C. Vera de Flachs y Antonio Sillau Pérez, “Un estudio sobre las luchas políticas e ideológicas de la Universidad de Córdoba, Argentina”, en *Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija*, Madrid, vol. 11, núm. 2, 2008, pp. 307-331.

en una corrida falleció otro estudiante de Ciencias Económicas.²³ A partir de entonces la conjunción de obreros y estudiantes en los alzamientos que se sucedieron en varias ciudades del país expresaba un hecho nuevo de profundas implicaciones. En Córdoba, desde hacía un tiempo, se había producido un acercamiento entre el sector estudiantil y obrero, gracias a la figura de los líderes sindicales, particularmente del Sindicato Metalmeccánico y de Luz y Fuerza y en especial de Agustín Tosco.²⁴

Era explicable entonces que, en mayo de 1981, hubiera nerviosismo en el gobierno puesto que no se sabía que podía ocurrir el día de conmemoración del ejército. Las fuerzas armadas desde los cuarteles locales trataban de impedir cualquier forma de exteriorización contraria al orden establecido. El obstáculo se sorteó con éxito pero meses más tarde nada ni nadie pudo impedir que Córdoba tuviese su primera marcha estudiantil en tiempos de la dictadura militar, organizada por el censurado y clausurado Centro de Estudiantes de Derecho.

¿Qué había ocurrido? ¿Ahora se permitían las marchas? Evidentemente la respuesta era no; pero veamos cómo transcurrieron los acontecimientos.

El 2 de octubre, un grupo de estudiantes compuesto por unos 500 jóvenes, comandados por algunos dirigentes y militantes universitarios liderados por el Centro de Estudiantes de Derecho y apoyados por la FUC y la juventud afiliada al partido radical, desafiaron al gobierno y sus medidas represivas y en un intento por “ganar la calle y ver qué pasaba” pensaron entregar un petitorio a las máximas autoridades de la Casa de Trejo, el cual comenzaba señalando que Argentina vivía una de las crisis más profundas de su historia, signada por la aplicación en estos últimos cinco años de un modelo antinacional que afectó todos los planos de la realidad, incluso la propia universidad que, para adecuarse a ese proyecto, debió achicar sus estructuras académicas.

23 Pocos días después en lo que se conoce como marcha del silencio realizada en esa ciudad murió otro de sólo quince años. La respuesta del gobierno fue crear tribunales militares para juzgar a los detenidos.

24 Carlos Ceballos, *Los estudiantes universitarios y la política (1955-1970)*, Buenos Aires, Centro Editor de América (Biblioteca Política Argentina, 103), 1985, pp. 19-20.

Como consecuencia de esa realidad el documento sostenía que miles de jóvenes eran marginados del acceso y permanencia en la universidad que cada día se alejaba más de las necesidades de la República; por tal razón, entre otras cosas, pretendían la suspensión del arancelamiento, la derogación de la ley universitaria, la eliminación de las trabas al ingreso, el aumento del presupuesto, la reapertura del comedor universitario, la reactivación de los servicios de bienestar estudiantil y la participación democrática de los estudiantes a través de sus centros en debates sobre los graves problemas que los afectaban, reclamando científicismo, gratuidad de la enseñanza y libertad de pensamiento.²⁵ Se incluía además una petición por la liberación de los presos sin causa ni proceso, el esclarecimiento de la situación de los desaparecidos y la vigencia de la constitución nacional.

EL LEVANTAMIENTO DE LOS ESTUDIANTES CORDOBESES

¿Qué ocurrió para que esa marcha tuviera lugar en Córdoba? ¿Quiénes fueron sus cabecillas? ¿Dónde y cómo actuaban?

Señalamos que la presencia de los uniformados en las universidades limitaban las actividades de los jóvenes, los que obviamente debían militar fuera de los espacios públicos; en consecuencia poco es lo que habían podido hacer hasta ese momento; la actuación se limitaba a recolectar información sobre alumnos expulsados, presos o desaparecidos o recorrer los claustros pasando “la gorra” para conseguir apoyo económico para la familia de alguno de ellos.

A partir de 1981, la parálisis que experimentó la vida universitaria y estudiantil en los primeros años del gobierno militar se fue descomprimiendo de la mano de diversas expresiones culturales, sobre todo musicales, fenómeno éste que por su magnitud es digno de ser estudiado con detenimiento. En esos lugares de encuentro que, por lo general, solían ser peñas, organizadas por los mismos estudiantes,

25 *La Voz del Interior*, 3 de octubre de 1981, también en Luis Heredia, “La marcha olvidada”, en *La Voz del Interior*, 1 de octubre de 2006, p. 7.

que servían de escenario político, solía aparecer un dirigente que decía algunas palabras improvisadas sobre la situación local o nacional.

Pero para la manifestación realizada el 2 de octubre de ese año, la organización fue más precisa y durante un largo mes sus dirigentes se reunieron en secreto en distintos sitios. Sin esperar grandes resultados, justamente por el miedo imperante, y pensando que probablemente todos terminarían presos se decidieron a salir a la calle.

La propaganda se hizo de boca en boca. Previamente a la marcha Jorge Páez Molina organizó una *volanteada* en los patios del edificio de la Facultad de Derecho y dos mujeres, Mabel Bravo y Graciela Gussi Barsky, fueron las encargadas de recorrer los cursos para incitar a los compañeros a salir a la calle (Bravo es abogada). La consigna era aplaudir para, luego, congregarse en la plazoleta ubicada al frente de la Compañía de Jesús y aledaña al rectorado y a la mencionada facultad.

Cuando armaron el proyecto pensaron que, con suerte, concitarían el interés de unos cuarenta o cincuenta estudiantes sobre una población estudiantil de tres mil de Derecho, pero se sorprendieron cuando comprobaron la presencia de unos 500 a los que se sumaron algunos compañeros de Medicina, Ingeniería, Ciencias Económicas, miembros de la Federación Universitaria y de la juventud radical.

Tal como estaba planeado, la columna, eufórica por la convocatoria suscitada, se reunió en la plazoleta de la Compañía de Jesús, lugar simbólico pues en ella los reformistas de 1918 habían derribado la estatua de un docente, el doctor Rafael García.²⁶

El acto dio inicio a las 17:30 horas y fue encabezado por Mario El Puma Ponce, Graciela Barsky, Mabel Bravo, Serra y entre otros habló Carlos Vicente, un dirigente fogueado en reuniones clandestinas y cerebro, junto a Pedro Zalazar, de dicha marcha.²⁷

26 García fue catedrático por 24 años de Jurisprudencia por concurso (Derecho Civil, Romano, Español y Procedimiento). Fue además vicerrector en 1856; director de la Academia de Práctica Forense en 1858, autor de numerosas notas sobre el Código Civil argentino. Diputado en las Convenciones constituyentes de la provincia de Córdoba de 1858 y 1870 y juez federal.

27 Carlos Vicente en 1977 y 1978 fue procesado. Por entonces además de estudiante de Derecho era empleado en Tribunales. Hoy es abogado, ex legislador y convencional constituyente de la provincia de Córdoba. En 2006 fue Secretario de Relaciones Institucionales de la Municipa-

El principal orador señaló que no proponían el caos sino que deseaban “desterrar la política elitista de la Universidad, instaurando una auténtica democracia”, a la vez que aprobaron un petitorio que reclamaba su democratización, la suspensión del arancelamiento y la derogación de la ley universitaria vigente. Seguidamente un dirigente de la FUC abogó por la recuperación de las obras sociales y la actividad de bienestar estudiantil, advirtiendo que querían ser responsables y participar en una universidad abierta, científica y democrática. Recordemos además que desde hacía tiempo se reclamaba por la derogación de la ordenanza rectoral número 26/76 que, como señalamos, disponía que los estudiantes de segundo año en adelante que hubiesen sido aplazados en dos tercios de las materias del total de las que integraban la carrera o no hubiesen aprobado una por año, perdían su condición (las autoridades militares argumentaban que con esta ordenanza se deseaba evitar el estudiante crónico). Se controlaba además a los jóvenes que hubiesen sido detenidos por algún motivo exigiéndoles un certificado policial actualizado.

Sin duda, estos motivos eran más que suficientes para movilizar la columna de jóvenes que recorrió las calles céntricas y terminó frente a la sede de *La Voz del Interior*, un periódico que desde los tiempos de la reforma acompañaba a los movimientos estudiantiles, donde se dio lectura al pronunciamiento aprobado. Los estudiantes, con buen criterio, intuían que si hacían notoria la protesta tenían asegurado seguir en la “vida pública”, evitando de ese modo pasar a la clandestinidad o que los reprimieran o encarcelaran. Con todo, llama la atención que en el relato del día siguiente al hecho no se mencionaron en las páginas del diario los nombres de los oradores, probablemente, como recordara su cronista hace un tiempo, fue una forma de protegerlos de posteriores reprimendas o persecuciones.²⁸

En los días que siguieron la Multipartidaria, una institución conformada por los distintos partidos políticos argentinos con el

lidad de Córdoba y actualmente es vice jefe de gobierno de esa institución. Ponce se recibió de abogado. Zalazar es hoy es juez de menores de Río Tercero.

28 *La Voz del Interior*, sábado 3 de octubre de 1981, p. 7.

objeto de conseguir la sustitución del gobierno *de facto* por la vigencia de la constitución, integró una comisión de educación para atender las cuestiones de la educación, desde el nivel primario al universitario.²⁹ En coincidencia con esos planteos el 4 de octubre, la FUA criticó al gobierno militar por la falta de respuesta a sus reclamos y también solicitó la vuelta a la democracia.

LA RESPUESTA OFICIAL

Entre tanto, en Córdoba, la respuesta del Consejo Asesor de la Universidad ante los reclamos suscitados fue sostener que la agitación que se observaba en sus claustros ocurría en otros sectores, por lo que se recomendó a los decanos estar alertas a esas manifestaciones, a la vez que debían solucionarse las fallas de funcionamiento para restar argumentos a las protestas. En esa ocasión, se sindicó a los estudiantes pertenecientes a Franja Morada como el grupo más activo que arrastraba a los alumnos con base en frases como “Exámenes más frecuentes”, “Planes más livianos” “Supresión del número de aplazos”.³⁰ Otra de las medidas dispuestas fue destinar fondos provenientes del arancelamiento, unos 2 800 millones de pesos, para mejorar la enseñanza y facilitar la participación de los estudiantes de la casa en congresos, simposios, seminarios y reuniones de índole científica que fuesen organizados o propiciados por las respectivas unidades académicas.

Días más tarde, en un panel en el que intervinieron docentes universitarios, se expuso la crítica situación del presupuesto educativo. Participaron los doctores Carlos Tagle Achával y José Westerkamp, el contador Salvador Treber y Alberto Martínez Roca. Treber criticó

29 La Unión Cívica Radical aportó la figura del doctor Fernando de la Rúa, entonces senador por la Capital Federal y años más tarde presidente de la nación; el Desarrollismo al doctor Antonio Salonia, un fiel colaborador del presidente Arturo Frondizi; los demócratas al doctor Carlos Auyero; el Partido Intransigente a Mariano Lorences, un odontólogo que supo integrar la Comisión de Educación de la Cámara de Diputados y el partido Justicialista al doctor Torcuato Fino.

30 AGUC, *Actas del Consejo Asesor, 1981-1982*. Reunión del 24 de octubre de 1981.

la reducción de casi cincuenta por ciento del presupuesto educativo, tanto en el nivel inicial como en el universitario respecto del de 1970. Carlos Tagle Achával hizo referencia a la política de los últimos ministros de educación, a los profesores deshonestos y a la falta de concursos. Martínez Roca habló contra los medios de comunicación y el gobierno *de facto*. Recordemos que en el periodo el orden que pretendían las autoridades nacionales no pudo hacerse efectivo habida cuenta que ni siquiera hubo continuidad en la conducción del Ministerio de Educación de la Nación, en tanto hubo sucesivos cambios de ministros de dicha cartera: Bruera, Juan J. Catalán, Juan R. Llerena Amadeo (1978-1981), Carlos Burundarena (1981) y Cayetano Licciardo (1981-1982).

Por su parte, las distintas reparticiones académicas dieron otras respuestas. El grupo de trabajo de la Facultad de Filosofía y Humanidades reclamó la vigencia de la constitución nacional, la refacción de aulas y talleres, la compra de textos y material didáctico para las bibliotecas y la recuperación del nivel académico mediante concursos así como la revisión de planes y programas de participación estudiantil. Mientras, el decano de Derecho, doctor Aldo Cima, advirtió que las entrevistas que había mantenido con los estudiantes habían sido “cordiales y gentiles”, aunque opinaba que el petitorio estudiantil era un planteo político que escapaba a lo que podía disponer la Facultad. En efecto, los planteos se extendían a otros sectores sociales y demostraban que había un movimiento latente que incidía en el funcionamiento de la Universidad. Por ejemplo, para el 14 de ese mes, se programó en la ciudad un acto de Madres de Plaza de Mayo, el que obviamente no fue permitido: desde el rectorado se pensó que los estudiantes tratarían de realizar actos relámpagos ese día en apoyo a las madres, por lo que recomendó a los decanos “ejercer eficaz vigilancia”.³¹

31 AGUC, *Actas del Consejo Asesor, 1981-1982*.

Entre tanto, la lucha estudiantil de Córdoba abrió un nuevo espacio de protesta en el resto del país. El 22 de octubre, por la tarde, una concentración encabezada por la FUBA se congregó frente al Ministerio de Cultura y Educación en Buenos Aires con la intención de entregar un petitorio al ministro ingeniero Burundarena donde, entre otras cosas, solicitaban la eliminación del arancelamiento y de los cupos de ingresos, los que para la UBA y para 1982 estaban previstos en 8 795 vacantes y el remplazo del rector de dicha casa, doctor Lucas J. Lennon, y de los decanos de las facultades de Arquitectura y Medicina.³²

La policía disolvió al centenar de estudiantes y golpeó a algunos de ellos, lo que fue retratado por un reportero gráfico de la Agencia Noticias Argentinas, Mario Fiordelisi. Al sentirse identificados los policías velaron el rollo fotográfico pero en medio de esos acontecimientos uno del diario *La Prensa* salió en defensa de su colega y también fue agredido por las fuerzas de seguridad por lo que tuvieron que internarlo en un sanatorio debido a los golpes recibidos.³³

La solidaridad con la FUBA no tardó en hacerse presente y desde varios sectores se repudió la represión policial en Buenos Aires. El hecho fue condenado por el círculo de periodistas acreditados en la casa de gobierno, por los representantes de los partidos políticos y por otras entidades que agrupaban a los periodistas, quienes defendieron la actividad y expresaron su desaprobación ante la represión estudiantil y contra los hombres de prensa. A su vez, la juventud del partido radical hizo público su apoyo y exigió la implementación de las siguientes medidas:

32 Lennon estaba en el cargo desde el 20 de noviembre de 1978. El arancel para 1982 se fijó en 75 pesos mensuales para los estudiantes de la UBA y de La Plata, y no en 60 pesos como dispuso el CRUN (Consejo de Rectores de Universidades Nacionales), argumentando que esas casas de altos estudios estaban en las zonas más ricas del país y que el incremento se debía al aumento del costo de vida.

33 *La Nación*, 21 de octubre de 1981, p. 8, 23 de octubre de 1981, pp. 1 y 9 y 24 de octubre de 1981 pp. 1 y 12 c. 1.

- 1) Derogación de la ley universitaria vigente
- 2) Amplio debate con la participación de todos los sectores integrantes de la comunidad universitaria sobre las decisiones fundamentales de la enseñanza superior
- 3) Libertad de expresión dentro y fuera de la universidad
- 4) Vigencia irrestricta de los derechos garantizados en la constitución nacional.³⁴

Las autoridades nacionales, por su parte, se limitaron a decir que los jóvenes habían sido disuadidos porque no habían solicitado la autorización correspondiente ante la Policía Federal para realizar el acto y que se comprometían a realizar las investigaciones correspondientes. Pocos días después de estos sucesos, el Ministerio de Educación hizo cesar en sus funciones al rector de la UBA.

En el ínterin, un grupo de estudiantes de la Universidad de La Plata se preparaba para realizar un acto similar a los descritos, el que obviamente no fue autorizado por la policía de la provincia. No obstante, el 30 de octubre se concretó el mismo sin problemas pudiendo los jóvenes entregar al rector Guillermo Gallardo su peticionario donde reclamaban cuestiones similares: eliminación de los cupos de ingreso y de los aranceles, mejoramiento del nivel académico, democratización de la vida universitaria, reconocimiento de las federaciones y participación docente y estudiantil en las grandes decisiones universitarias.³⁵

Estos planteos demostraban que la movilización estudiantil había salido a la luz y que la huelga de Córdoba dejó de ser un hecho aislado. La idea era seguir presionando a tal punto que en esta ciudad se produjeron varias manifestaciones al respecto. Por ejemplo, el centro de estudiantes de Ciencias Económicas difundió a través de la prensa un comunicado firmado por su presidente, Ricardo Camps, en el que entre otros puntos reclamaba “el reconocimiento legal del centro y la devolución de sus bienes”, convocando al fortalecimiento del organismo y a elegir una comisión directiva

34 *La Nación*, 24 de octubre de 1981, primera sección, p. 7.

35 *La Prensa*, 31 de octubre de 1981, p. 6 col. 6; *La Voz del Interior*, 31 de octubre, primera sección, p. 3.

de acuerdo con los estatutos, así como la designación y formación de cuerpos de delegados.

También el análisis de la crítica situación universitaria fue el tema principal de las deliberaciones de la mesa central de la Unión Nacional de Estudiantes (UNE), que se reunió en esta ciudad el 16 de noviembre. En el encuentro participaron más de cincuenta dirigentes de distintos puntos del país, quienes al término de esas deliberaciones dieron a conocer un documento donde marcaron la posición de la agrupación ante la realidad nacional. Advirtieron que “no pueden existir soluciones para la universidad en forma aislada. Su interrelación con los demás sectores del país exige una transformación profunda, un cambio que dé respuesta al clamor unánime de un país que quiere terminar con su permanente frustración”.³⁶

Por su parte la FUA consideró que los exámenes y cupos de ingreso cerraban la posibilidad de educación popular e impedían el resurgimiento nacional. Enfatizaba que

el desconocimiento de la soberanía popular y la implementación de planes de educación a espaldas al pueblo con las consecuentes intervenciones que han anulado de plano las vigencias de las conquistas de la reforma de 1918, han profundizado la crisis por la que atraviesan las universidades alcanzando su máxima expresión en la Ley Universitaria 22207 [...]. Y añadía no habrá solución al problema educativo argentino sin la participación activa de toda la comunidad, y en el caso de la universidad con la de los docentes, estudiantes, graduados y no docentes.

Tras resaltar el valor del petitorio firmado por veinte mil estudiantes en contra de los aranceles se convocó al movimiento estudiantil argentino en aras de lograr:

- Universidad gratuita sin aranceles.
- Ingreso sin exámenes ni cupos.
- Derogación de la Ley 22 207.

36 *La Voz del Interior*, Primera Sección, lunes 16 de noviembre de 1981, p. 7.

- Participación de todos los claustros en el gobierno de la universidad.
- Aumento de presupuesto para cultura y educación.
- Autonomía universitaria.
- Contenidos de los planes de estudio vinculados a las necesidades del país.
- Libre expresión y participación democrática a través de centros de estudiantes.
- Esclarecimiento de la situación de detenidos y desaparecidos.
- Levantamiento del estado de sitio.³⁷

A MODO DE CONCLUSIÓN

Del relato realizado y de las preguntas que efectuamos al comienzo de este artículo se desprenden algunos aspectos que nos parece necesario puntualizar. En primer término, que la lucha de los universitarios argentinos en plena dictadura no fue un hecho aislado en América Latina e independiente del entorno sociopolítico. La marcha de octubre de 1981 de Córdoba marcó el inicio de la lucha estudiantil argentina por conseguir el regreso de la democracia, a raíz de que una serie de acontecimientos demostraba el fracaso de las metas iniciales del proceso militar con su propuesta de cambios profundos.

No estuvieron solos en ese anhelo: el arco político comenzó a reunirse con idénticos fines. En 1982 la Multipartidaria Nacional elaboró un diagnóstico sobre la situación del país en general, en el cual se alertó sobre la situación de la universidad, se criticó el sistema de cupos, el arancelamiento y todo lo que profundizaba la desigualdad de oportunidades.³⁸

Los cinco partidos que conformaban ese organismo reclamaron la elaboración de un cronograma electoral concreto, al tiempo que

37 *La Voz del Interior*, Primera Sección, martes 24 de noviembre de 1981, p 7.

38 Multipartidaria Nacional, *La propuesta de la Multipartidaria Nacional*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1982, p. 44.

señalaban los problemas del país y se efectuaban denuncias sobre la violación a los derechos humanos.

Poco a poco la apatía e indiferencia cedían paso a un activismo de los partidos políticos. La invasión a las islas Malvinas aplacó por un tiempo corto esas aspiraciones, aun cuando se entendía que ese acontecimiento era una contraofensiva política de los militares. La derrota precipitó los acontecimientos y operó a la inversa provocando el colapso del gobierno militar. El camino a la vuelta de la democracia estaba abierto.

Finalmente, cabe acotar que muchos de los dirigentes estudiantiles de entonces se convertirían en pocos años más en importantes figuras del progresismo, militando en el partido radical, el socialismo y en el kirchnerismo.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

AGUC (Archivo General de la Universidad de Córdoba).

Actas del Consejo Asesor, 1981-1982.

Resoluciones rectorales. Originales, t. 2.

Resoluciones rectorales. Delegación Militar, t. 1, 1976.

Periódicos y revistas

Económico, núm. 64, Buenos Aires, enero-marzo de 1977.

La Voz del Interior, 1° de octubre de 2006, p. 7.

Heredia F. Luis, *La marcha olvidada*.

Los Principios (1981)

La Prensa (1976-1981)

La Nación (1980-1981)

Los años setenta: Memoria y militancia, dossier de *Entrepasados*, revista de *Historia*, año 15, núm. 28, Buenos Aires, 2005.

Bibliografía

- Dutrenit Silvia, Waldo Ansaldi, Gerardo Caetano y César Tcach (coords.), *Diversidad partidaria y dictadura: Argentina, Brasil y Uruguay*, Instituto Mora, México, 1996.
- Kaufmann, Carolina y Delfina Duval (edits.), *Dictadura y educación, universidad y grupos académicos argentinos (1976-1983)*, t. 1, Madrid, Miño y Dávila, 2001.
- Marsiske, Renate (coord.), *Movimientos estudiantiles en América Latina: Argentina, Perú, Cuba y México. 1918-1929*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.
- O'Donnell, Guillermo, “Estado y alianzas en la Argentina, 1955-1966”, en *Desarrollo*, s.d.
- Pedrosa, Fernando, “La Universidad y los estudiantes frente a la dictadura militar”, Renate Marsiske, (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. 2, México, Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México/ Plaza y Valdés, 1999, pp. 209-237.
- Polak, Laura y Gorbier, Juan Carlos, *El movimiento estudiantil argentino (Franja Morada, 1976-1983)*, Buenos Aires, CREL, núm. 498, 1994, p. 35.
- Portantiero, Juan Carlos, *Estudiantes y política en América Latina 1918-1938*, México, Siglo XXI, 1978.
- Sarlo, Beatriz, *La batalla de las ideas. (1943-1973)*, Biblioteca del Pensamiento Argentino VII, Buenos Aires, Ariel Historia, 2001.
- Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI de Argentina, 2002.
- Sillau Pérez, Antonio, “Caracterización del pensamiento nacionalista en Córdoba en el período de entreguerras. Una propuesta católica desde el interior (1919-1943)”, tesis de maestría en Ciencia Política, Universidad Internacional de Andalucía, Sevilla, 2008.
- Solari, Aldo E., “Los movimientos estudiantiles universitarios en América Latina”, en *Deslinde*, núm. 13, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972.

- Vera de Flachs, María Cristina y Antonio Sillau Pérez, “Una puja política-ideológica en la universidad de Córdoba en los años treinta: nacionalistas versus reformistas”, en María Cristina Vera de Flachs y Luciano Gallinari (comps.), *Pasado y presente, algo más sobre los italianos en la Argentina*, Córdoba, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)/Consiglio Nazionale delle Ricerche (CNR), 2008, pp. 193-227.
- Vera de Flachs, María Cristina y Antonio Sillau Pérez, “Un estudio sobre las luchas políticas e ideológicas de la Universidad de Córdoba, Argentina”, en *Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija de Estudios sobre la Universidad*, vol. II, núm. 2, Madrid, Universidad Carlos III-Instituto Figuerola de Ciencias Sociales, 2008, pp. 307-331.
- Vera de Flachs, María Cristina, *Historia institucional argentina*, Córdoba, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales-Universidad Nacional de Córdoba (Serie Ciencia Derecho y Sociedad. Materiales de Estudio), 2009, pp. 113-125.
- Viñas Chiappini, Verónica Esther, “Cambio político y políticas públicas: Argentina 1976-1989”, tesis de doctorado, Madrid, Universidad Complutense de Madrid-Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, 2002.
- Zanatta, Loris, *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo 1930-1943*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes (UNQUIM), 1996.
- Zanatta, Loris, *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo 1943-1946*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

MASAS CRÍTICAS Y REDES SOCIALES: UNA EXPLICACIÓN MICROESTRUCTURAL DEL SURGIMIENTO DE CUATRO MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES EN LA UNAM (1986-2000)

Sebastián Garrido de Sierra

INTRODUCCIÓN

Poco después de que el Consejo Universitario de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) aprobara —durante la madrugada del 12 de septiembre de 1986— las 26 reformas a diversos reglamentos y ordenamientos que en muchos casos rigen la vida del alumnado, Imanol Ordorika —entonces consejero universitario estudiantil por la Facultad de Ciencias— advirtió a las autoridades universitarias que los cambios recién aprobados no tenían ni el consenso ni el respaldo de los alumnos y, más aún, que significaban un atentado contra miles de estudiantes pobres. Antes de abandonar el salón junto con buena parte de los representantes estudiantiles, Ordorika dirigió su mirada hacia el rector Jorge Carpizo y señalándolo dijo: “Nos vamos, pero volveremos y seremos miles”.

Los hechos de la década previa no parecían respaldar esta tajante declaración. Después del trágico desenlace del movimiento estudiantil de 1968, los movimientos estudiantiles de la UNAM habían estado marcados por un largo periodo de atomización y fragmentación entre sus diferentes corrientes, con un discurso radical y desvinculado de las demandas de los alumnos de la Universidad, muchas veces más preocupados por conflictos y problemáticas de movimientos obreros o campesinos que por los de la propia institución. Como resultado, el apoyo masivo que había caracterizado

las protestas estudiantiles de finales de los sesenta, desapareció durante los años setenta y principios de los ochenta.¹

Lo cierto es que la historia de los siguientes seis meses terminaría por confirmar la amenaza de Ordorika. El 9 de febrero de 1987 el Consejo Estudiantil Universitario (CEU) realizó su séptima marcha multitudinaria desde su surgimiento, el 30 de octubre de 1986, convocando a más de 250 mil personas, y además se cumplía el décimo segundo día desde que esta organización estudiantil iniciara el bloqueo al acceso a las instalaciones de la UNAM. Finalmente, la combinación de estas acciones provocaría que las autoridades universitarias a cedieran a las demandas del CEU y el 10 de febrero de 1987 derogaran las reformas aprobadas en septiembre del año anterior.

El conflicto de 1986-1987 marcó el inicio de una etapa de recurrentes enfrentamientos entre las autoridades universitarias y diversos grupos estudiantiles en torno a lo que la UNAM debe ser y hacer, cimbrando a la institución en otras tres ocasiones en 1992, 1997 y 1999. En todos los casos, las pugnas entre las autoridades universitarias y los estudiantes fueron provocadas por los intentos de las autoridades universitarias por reformar los reglamentos Generales de Exámenes (RGE), Inscripciones (RGI) o Pagos (RGP), tres de las normas más importantes en la regulación de la vida de los alumnos en esta institución.

Lo llamativo es que aun cuando el motivo que generó las cuatro disputas fue similar, el *timing* con que los movimientos estudiantiles iniciaron sus acciones de protesta y el apoyo que recibieron de la comunidad estudiantil en sus primeras manifestaciones fue radicalmente diferente. Por un lado, en los conflictos estudiantiles ocurridos en 1991-1992 y 1999-2000 los estudiantes lograron articular una respuesta inmediata y numerosa ante los proyectos de reformas

1 Entrevistas con Carlos Imaz, Imanol Ordorika y Alfredo Velarde. Este diagnóstico era compartido por el propio rector Carpizo, quien al principio de su administración, en enero de 1985, declararía: "Los estudiantes son el sector más numerosos de la Universidad, pero no están organizados y tampoco tienen capacidad para levantar un movimiento. Han pasado 17 años desde el 68, y no hay una sola organización estudiantil y mucho menos líderes [...] Un movimiento y sus líderes, no nacen ni se hacen de un día para el otro", Esther Ibarra Rosales, "El Consejo Estudiantil Universitario o la fe errática de la democracia: una visión periodística", 1996, p. 9.

promovidos por Rectoría, incluso antes de que dichas propuestas fueran presentadas formalmente ante el Consejo Universitario. Por otro lado, en el conflicto de 1986-1987 las primeras protestas estudiantiles ocurrieron siete meses después de que el rector anunciara su proyecto de reformas y un mes después de que estas fueran aprobadas, y en 1997 los estudiantes apenas lograron movilizar a unos pocos miles de sus compañeros.

Ante estas sensibles diferencias, es inevitable preguntarse: ¿por qué en algunas ocasiones un grupo de activistas de diferentes corrientes estudiantiles, con experiencias y visiones diversas sobre la naturaleza de los conflictos estudiantiles en la UNAM tiene éxito para contactar a sus compañeros, convenciéndolos de la justicia de sus demandas, logrando además organizarlos y movilizarlos rápidamente, mientras que en otras este proceso toma mucho más tiempo o únicamente alcanza a movilizar unos cientos de estudiantes? Puesto en términos más generales, ¿por qué las protestas colectivas de las organizaciones estudiantiles inician cuando lo hacen y con el nivel de participación con que lo hacen?

Retomando el marco teórico que plantearon Gerald Marwell y Pamela Oliver,² en este artículo propongo que la velocidad con que un movimiento estudiantil resuelve su dilema de acción colectiva e inicia sus acciones de protesta, y la cantidad de gente que respalda estos primeros actos, dependerán de la existencia de un pequeño grupo —o *masa crítica*— de activistas estudiantiles: 1) fuertemente interesado en oponerse a las reformas y 2) con densas redes sociales que le permitan acceder a cada plantel de la UNAM para contactar, convencer y movilizar amplios sectores de la población estudiantil. Sólo así las masas críticas estudiantiles podrán llevar las acciones al punto donde los beneficios de participar sean, por lo menos, iguales a los costos de hacerlo para sus compañeros estudiantes.

Este artículo está organizado en tres secciones. En la primera reviso y discuto las explicaciones alternativas que hasta ahora se han propuesto para el estudio de los conflictos estudiantiles de la UNAM. En la segunda sección presento el cuerpo teórico que sus-

2 *The critical mass in collective action*, 1993.

tenta mi investigación, detallando cómo se aplica al caso específico de los conflictos estudiantiles en la UNAM. Por último, en la tercera sección analizo y explico detalladamente lo ocurrido al inicio de cada uno de los cuatro conflictos estudiantiles estudiados. Concluyo proponiendo algunas reflexiones en torno las implicaciones de esta investigación.

EXPLICACIONES ALTERNATIVAS AL SURGIMIENTO DE LOS CONFLICTOS ESTUDIANTILES

Buena parte de los trabajos dedicados a la investigación de los movimientos estudiantiles en la UNAM entre 1986 y 2000 están marcados por tres características centrales. Primero, son relativamente escasos, y los que existen se concentran en los casos de 1986-1987 y el de 1999-2000, los dos movimientos más grandes y con mayor difusión de estos años. Segundo, todos, sin excepción, son estudios de un solo caso, motivo por el cual la mayor parte de estas explicaciones sufren de un problema de sesgo estadístico. Y tercero, aun cuando en la mayoría de los textos no hay una referencia explícita al marco teórico que utilizan, la literatura sobre este tema está identificada, por un lado, con los estudios que analizan el impacto que las transformaciones estructurales ocurridas en México tuvieron en el surgimiento de los movimientos sociales, y, por el otro, con aquellos que estudian cómo los cambios institucionales dentro de la UNAM y la solución del dilema de acción colectiva permitieron el surgimiento de las protestas estudiantiles. En los primeros dos apartados de esta sección revisaré las explicaciones propuestas por estos autores estructuralistas e institucionalistas, y posteriormente presentaré el cuerpo teórico que sustenta mi investigación.

Transformaciones estructurales y descontento social

El argumento central de las explicaciones de corte estructuralista consiste en proponer que el surgimiento de diversos movimientos

estudiantiles en los últimos años del siglo xx es una respuesta del alumnado ante los efectos negativos generados por las reformas económicas que el gobierno federal comenzó a impulsar a partir de comienzos de la década de 1980. Al igual que en los casos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y los movimientos campesinos en América Latina,³ para estos autores las protestas de los estudiantes de la UNAM han respondido a dos factores: primero, los cambios en los planes de estudio y las políticas educativas en el nivel superior producto de las transformaciones del sistema económico internacional y las presiones de organismos multilaterales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM);⁴ segundo, la intención de las autoridades de la UNAM y del gobierno federal por transferir a los alumnos los costos del recorte presupuestal que la institución comenzó a sentir desde principios de los ochenta, y que se reflejaron a partir de 1986 en las propuestas para reducir la matrícula e incrementar las cuotas.⁵

Frente a la pérdida de oportunidades económicas y de derechos sociales, proponen estos autores, los estudiantes que se agruparon en torno al CEU en 1986 y al Consejo General de Huelga (CGH) en 1999 entendieron que las propuestas para modificar los mecanismos de ingreso y permanencia en el primer caso, y de aumentar las cuotas en el segundo, no era sino otra de estas políticas “neoliberales”, que, promovidas por presiones de organismos internacionales,

3 Para el EZLN véase Adolfo Gilly, *Chiapas: la razón ardiente. Ensayo sobre la rebelión del mundo encantado*, 1997; para los movimientos campesinos véase James Petras, *Neoliberalismo en América Latina. La izquierda devuelve el golpe*, 1997.

4 Para María Luisa Ceja, “El movimiento estudiantil en la UNAM (1986-1987): o de cómo ganamos y perdimos el Congreso”, 1989, pp. 12-22, “el movimiento ceuista que surgió abruptamente [en 1986] como movimiento defensivo contra la reforma en la UNAM [se oponía] a la imperiosa necesidad del Estado mexicano por «modernizar» la educación superior, adecuándola a las exigencias de reestructuración económica mundial”, cuya racionalidad era restringir “el acceso a la enseñanza universitaria a sectores provenientes de clases medias bajas y de familias de trabajadores calificados que habían logrado esa conquista en las décadas previas de expansión económica”.

5 María Luisa Ceja, *op. cit.*; Luis Javier Garrido, “El movimiento estudiantil de 1999-2000 en la UNAM”, 2000; Pablo González Casanova, *La Universidad necesaria en el siglo XXI*, 2001; Enrique Rajchenberg y Carlos Fazio, “Prólogo”, 2000; Adrián Sotelo Valencia, *Neoliberalismo y educación. La huelga en la UNAM a finales de siglo*, 2000.

intentaban privatizar la universidad más grande de América Latina, afectando a los sectores más pobres de nuestro país.⁶

Aunque es innegable que este argumento acierta en señalar la coincidencia temporal entre la crisis económica de 1982, el inicio de una serie de reformas estructurales nacionales y dentro de las propias instituciones de educación superior, con el ciclo de quince años de protestas estudiantiles intermitentes dentro de la UNAM, tiene dos problemas significativos. El primero es que si bien esta propuesta pretende explicar el surgimiento de un par de movimientos estudiantiles en la UNAM, no acierta a responder por qué los dos movimientos ocurren en el momento en que lo hacen y en el lugar que lo hacen. Dicho de otra forma, esta propuesta ofrece una respuesta a por qué surgió un movimiento estudiantil estructurado y masivo en 1986-1987 y 1999-2000 dentro de la UNAM, pero falla en responder por qué no surgió en algún otro periodo de reformas institucionales —como 1997— o en alguna otra institución educativa nacional que haya pasado por un proceso de modificaciones similares.

Aún más, algunos datos mínimos no parecen corroborar la veracidad de esta explicación para otras instituciones. Por ejemplo, poco después que el Consejo Universitario de la UNAM aprobara las 26 reformas a diversas normas internas el 11 y 12 de septiembre de 1986, la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) y el Instituto Politécnico Nacional (IPN) —dos importantes universidades ubicadas en la ciudad de México— aplicaron programas de reestructuración similares. Sin embargo en ninguna de ellas hubo una respuesta tan bien organizada y con tanto apoyo como en la UNAM.⁷

Asimismo, la mayoría de las universidades públicas de México han cobrado cuotas semestrales o anuales por más de dos décadas, renovándolas sistemáticamente sin grandes protestas del alumnado. Sólo por mencionar algunos datos, las cuotas semestrales que en 1999 se pagaban en la Universidad Autónoma de Hidalgo (UAH), la

6 María Luisa Ceja, *op. cit.*; Ana Esther Ceceña, "Para una arqueología de los nuevos movimientos sociales", 2000; Luis Javier Garrido, *op. cit.*; Pablo González Casanova, *op. cit.*; Enrique Rajchenberg y Carlos Fazio, *op. cit.*; Adrián Sotelo Valencia, *op. cit.*; Sergio Zermeño, "La universidad de todos", 2000.

7 María Luisa Ceja, *op. cit.*, pp. 12-13 y 23-26.

Universidad Autónoma de Chiapas (UACH), la Universidad Autónoma de Benito Juárez de Oaxaca (UABJO) y la Universidad Autónoma de Guerrero (UAG) eran respectivamente 600, 262 a 572, 90 a 500 y 25 a 35 pesos contra los veinte centavos que se han pagado en la UNAM desde 1966.⁸ Lo interesante es que aun cuando todas estas universidades públicas pertenecen a cuatro de los estados más pobres, en ninguna de ellas surgió un movimiento estudiantil similar al CEU de 1992 o el CGH de 1999. De esta forma, en un contexto en el que podríamos asumir habría un mayor malestar hacia las políticas educativas “neoliberales” de los últimos 20 años, no se cumple la hipótesis que estos autores proponen.

Incluso si limitamos el análisis a la UNAM, los contrastes en el activismo de los alumnos de cada uno de sus planteles es significativo. Considerando que todos enfrentan las mismas reformas a los reglamentos generales, ¿por qué los estudiantes de las facultades de Ciencias, Ciencias Políticas y Sociales, Economía, Filosofía y Letras, la Escuela Nacional de Trabajo Social, junto con los cinco planteles del Colegio de Ciencias y Humanidades, han sido mucho más activos desde el principio en los diferentes conflictos de esta época, y movilizaron a los mayores contingentes en las marchas, mientras que los alumnos del resto de los planteles tardan mucho más tiempo en incorporarse a las protestas, y sus contingentes suelen ser numéricamente menores?

El segundo problema con el planteamiento estructuralista es que asume que los efectos negativos que los cambios estructurales de los últimos veinte años han generado en diferentes sectores de la sociedad mexicana, provocaron, por si solos, la formación de agrupaciones estudiantiles que no están dispuestas a perder ciertos derechos o privilegios. Incluso si aceptáramos como cierto el que las transformaciones estructurales fueron el motivo del descontento del alumnado de la UNAM, el problema medular de este planteamiento radica en asumir que el hecho de que un grupo de individuos compartan un interés por cierto bien es suficiente para que éstos actúen de forma conjunta para conseguirlo.

8 José Manuel del Río Zolezzi, “El financiamiento de las universidades públicas en México”, 1999.

Sin embargo, como propuso Mancur Olson en *The logic of collective action*,⁹ la premisa recién expuesta no se cumple para la mayoría de los casos. Si bien es cierto que un grupo de estudiantes puede compartir el enojo en contra de las políticas que las autoridades intentan impulsar, también es cierto que cada alumno tiene intereses y prioridades particulares que no necesariamente coinciden con las del grupo. Por lo tanto, aunque la no aprobación o suspensión de la reforma a un reglamento general significara un beneficio para todos los estudiantes que comparten un interés en este sentido, la obtención de este logro implicaría también que cada individuo tuviera que pagar costos individuales al ir a las marchas, participar en la recolección de recursos o en difundir su postura en los diferentes planteles de la institución.

Dado que las organizaciones estudiantiles persiguen objetivos que, una vez obtenidos sus beneficios, no pueden ser limitados únicamente a los estudiantes que participaron en las acciones para obtenerlos, Olson propone que el razonamiento de cada alumno involucrado preferiría obtener la suspensión de una reforma a un reglamento general sin tener que participar en las labores de brigadeo, difusión, convencimiento y movilización para conseguirlo. El problema es que, si todos los estudiantes que comparten una preocupación por evitar que las políticas de las autoridades se aprueben actúan de la misma manera, ninguno participará en las acciones para conseguirlo y las reformas se concretarán.¹⁰

En resumen, las propuestas estructuralistas que analizan el surgimiento del CEU de 1986-1987 y el CGH de 1999-2000 no especifican los mecanismos causales que explican cómo es que las personas que compartían una misma causa resolvieron el problema de acción colectiva que enfrentaban, formando movimientos estudiantiles que realizaron numerosas propuestas masivas y paralizaron la UNAM.¹¹

9 *The logic of collective action. Public goods and the theory of groups*, 1965.

10 *Idem*.

11 Peter Hedström y Richard Swedberg, *Social mechanisms. an analytical approach to social theory*, 1998, p. 7.

Instituciones y acción colectiva

A partir del estudio del conflicto de 1986-1987, Jorge Bravo¹² presenta una propuesta alternativa para analizar el surgimiento y desarrollo de los movimientos estudiantiles en la UNAM. Este autor trata de entender cuáles fueron los motivos que dieron origen al malestar estudiantil y cómo fue que los estudiantes lograron expresarlo colectivamente

Utilizando los fundamentos teóricos del nuevo institucionalismo,¹³ Bravo propone que el malestar que las 26 reformas aprobadas el 11 y 12 de septiembre de 1986 generaron en el sector estudiantil se debió a la transformación de la estructura de incentivos de los alumnos de la UNAM, ya que estos cambios generaron costos privados, inmediatos y seguros, mientras que los beneficios que buscaban serían públicos y tardarían tiempo en llegar. De ahí que en términos generales los costos excedieran a los beneficios y que surgiera un descontento generalizado.¹⁴

Una vez explicado cuál fue el motivo del descontento entre los estudiantes, el siguiente paso es dilucidar cómo lograron que esta oposición latente trascendiera el problema de acción colectiva antes revisado. En este punto Bravo parte del supuesto de que los intereses y motivaciones de la base estudiantil y los líderes son diferentes, y plantea que la participación de grandes contingentes de alumnos en las acciones colectivas del CEU se explica gracias a que antes que ser un costo, dicha participación se convirtió en un beneficio. La lógica detrás de este argumento es que las asambleas, marchas y plantones, los conciertos y actividades culturales paralelas, el conocer perso-

12 "El pase automático en la UNAM y la lógica del movimiento estudiantil de 1986-1987", 1997.

13 Desde mi perspectiva, la idea central que Jorge Bravo, *ibid.*, pp. 11 y 19-24, retoma de esta escuela es que las instituciones "constituyen *la estructura de incentivos* [énfasis del autor] que da forma al intercambio humano, sea político, social o económico", permitiendo así la solución de problemas de acción colectiva, pero que al mismo tiempo genera inconformidades por sus efectos distributivos al asignar recursos y oportunidades de manera desigual.

14 Para un estudio detallado de cómo las reformas a los Reglamentos Generales de Exámenes, Inscripciones Estudios de Posgrado y al Estatuto del Personal Académico transformaron la estructura costos y beneficios entre el sector estudiantil y el profesorado, véase *ibid.*, pp. 88-94 y 93-95.

nas, así como la sensación de solidaridad y de estar participando en un movimiento que transformaba la UNAM, hacían de la participación en el CEU un beneficio antes que un costo.¹⁵

Para los líderes estudiantiles —aquellos que iniciaron las acciones en contra de las reformas, y que después proveerían los beneficios que facilitaron la incorporación de grandes sectores estudiantiles a las acciones colectivas— Bravo propone que además de buscar el bien colectivo que a todos los involucrados beneficiaría por igual, los dirigentes perseguían también los beneficios individuales que el ser líderes les otorgaría, mismos que eran privados, significativamente mayores a los del resto de los estudiantes y se obtendrían antes.¹⁶ Entonces, aunque los costos iniciales fueran altos y las probabilidades de éxito bajas, de conseguir que la acción colectiva se llevara a cabo, los beneficios en el largo plazo serían mucho mayores que costos y riesgos iniciales.¹⁷

El planteamiento de Bravo tiene tres problemas importantes. El primero radica en que al únicamente basarse en el cálculo de los costos y beneficios que las reformas institucionales de 1986 generaron en los estudiantes, Bravo deja de lado las percepciones que los estudiantes tenían o construyeron respecto de los cambios en los reglamentos generales como de los costos que estas modificaciones generarían. Si el argumento es que los movimientos estudiantiles nacen cuando las reformas institucionales provocan un cambio en

15 Para Jorge Bravo, *ibid.*, pp. 107-111, esto se comprobó por la dificultad que la cúpula del CEU enfrentó para terminar la huelga, pues aun cuando las demandas del movimiento fueron conseguidas en su totalidad, las bases no querían dejar de disfrutar los beneficios de participación recién descritos. Pero lo cierto es que las dificultades para levantar la huelga en aquel entonces no se debieron a que las bases se rehusaran a perder el beneficio que la huelga significaba para ellos, sino a una lucha interna entre facciones con estrategias y proyectos diferentes dentro del CEU.

16 *Ibid.*, pp. 14-19. Alguno de los beneficios ejemplificados por el autor son el “acceso a los principales funcionarios de la UNAM, así como a la prensa escrita”, *ibid.* p. 118.

17 Para reforzar este argumento, Jorge Bravo, *ibid.*, pp. 115-120, menciona que los líderes estudiantiles del CEU habían estado involucrados en el activismo estudiantil por lo menos desde diez años antes, esperando la oportunidad para organizar un movimiento de grandes proporciones. Según el autor, “esto explica el que, desde 1985, un grupo de estudiantes desplegara diversas manifestaciones de oposición ante la gestión del Rector Carpizo: estaban a la búsqueda de una oportunidad política para organizar una acción colectiva estudiantil”, p. 120.

la estructura de incentivos de los estudiantes, ¿por qué no surge un movimiento masivo para oponerse a las reformas del RGE y RGI que en 1997 restringieron el pase reglamentado,¹⁸ principal causa de oposición del CEU de 1986-1987? Si bien es cierto que las primeras reformas implicaban menores modificaciones institucionales y afectaban a un sector más reducido de la población estudiantil, el impacto sobre la estructura de incentivos de los bachilleres era igual, por lo menos respecto del pase reglamentado.

De la misma forma, ¿cómo explicar con un cálculo costos-beneficios que si la reforma al RGP de 1992 era casi idéntica a las 1999 el número de estudiantes movilizados fuera mucho menor en el primer año que en el segundo? ¿Cómo explicar que si las reformas de 1992 y 1999 fueron pensadas para que no se aplicaran a los estudiantes ya inscritos, en ambas la respuesta organizada haya sido de éstos?

El segundo problema radica en tratar de explicar la solución del dilema de acción colectiva, tanto para los líderes como para las bases estudiantiles, proponiendo que la participación representaba un beneficio sin costo alguno. Planteado en términos generales, esto equivale a decir que el problema de acción colectiva que enfrenta un conjunto de individuos con intereses similares siempre podrá ser resuelto si existe un pequeño grupo de activistas que esté dispuesto a pagar los costos iniciales y pueda organizar acciones colectivas que, dada su naturaleza, siempre representen un beneficio antes que un costo para las bases.

Pero si esto es así, ¿por qué en 1997 el movimiento estudiantil que se oponía a la reforma al RGI no logró crecer lo suficiente, ni involucrar a grandes sectores de estudiantes de licenciatura que le permitieran llevar a cabo una huelga general, si había líderes con perspectivas e intereses similares a los de 1986-1987? ¿Cómo fue que el mismo factor explicativo genere diferentes resultados? Más aún, ¿para qué esforzarse en explicar cómo una organización resolvió el

18 El pase reglamentado, vigente desde 1969 en la UNAM, garantiza que todos los estudiantes de nivel bachillerato, sin importar sus méritos académicos, tengan acceso directo al nivel universitario dentro de la propia UNAM.

dilema de acción colectiva que enfrentaba, si en realidad no había tal dilema pues la participación significaba un beneficio para las bases en todo momento? ¿Dónde está el dilema entonces?

El punto aquí no es negar que los individuos siempre participan en acciones colectivas para recibir un beneficio, sea del tipo que sea, sino recalcar que es equivocado argumentar que para el caso del CEU en 1986-1987 —como para el de cualquier otro movimiento estudiantil— esta colaboración estuvo exenta de costos, y que gracias a lo cual la organización resolvió su dilema de acción colectiva. Dicho de otra forma, Bravo no explica cómo el CEU resolvió el dilema de acción colectiva que enfrentaba sino que aporta una explicación muy parecida a la de los autores de la primera corriente revisada: los estudiantes actuaron colectivamente en contra de ciertas reformas dentro de la UNAM porque les interesaba y porque encontraban un beneficio en esto, sin preocuparse en analizar las dificultades organizativas que pudieron haber enfrentado, o contemplar que las diferencias entre preferencias y oportunidades que, como Jon Elster propone, son fundamentales.¹⁹

Irónicamente, aun cuando los estudios estructuralistas revisados en la primera sección parten de principios epistemológicos completamente diferentes a los del trabajo de Bravo, ambas propuestas cometen el error de suponer que el interés compartido por un bien colectivo y la voluntad de un conjunto de individuos para obtenerlo serán suficientes para que estos actúen conjuntamente, sin contemplar, como ya mencioné, que las diferencias entre preferencias y oportunidades son cruciales.²⁰

Más allá de las críticas que se puedan hacer a los planteamientos estructuralistas e institucionalistas recién descritos, es importante señalar que la explicación del inicio de las protestas masivas de los movimientos estudiantiles en la UNAM que se propone en este artículo parte de una diferencia conceptual importante: intentar explorar cuáles son las condiciones microestructurales²¹ que favorecen la so-

19 *Tuercas y tornillos*, 1996, p. 27.

20 *Ibid.*, p. 27.

21 A diferencia de los planteamientos estructuralistas —para los cuales las variables explicativas

lución de lo que Mancur Olson²² llamara hace casi 40 años el dilema de la acción colectiva, no las razones que pudieron haber tenido los estudiantes para actuar en contra de las reformas a alguno de los tres reglamentos generales. Vale la pena señalar esta diferencia por dos motivos. El primero es establecer que este trabajo toma como un dato dado el que todos los movimientos estudiantiles de la UNAM han tenido motivos para oponerse a las diferentes reformas, sin preguntarse cuáles son para cada uno. El segundo es que al establecer esta diferencia implícitamente estoy aceptando que la existencia de cierto tipo de preferencias no es suficiente para explicar el inicio de las acciones colectivas de una agrupación; hace falta entender también las oportunidades que enfrentará cada organización para explicar el resultado final.²³

UNA EXPLICACIÓN MICROESTRUCTURAL DEL SURGIMIENTO DE LOS MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES EN LA UNAM

A diferencia de lo que los autores más tradicionales de la escuela de acción colectiva han propuesto, Gerald Marwell y Pamela Oliver²⁴ plantean que la pregunta central en el análisis de toda acción colectiva no debe ser si ésta es racional o no,²⁵ sino cuándo ésta es racional. Dicho de otra forma, la preocupación principal de todo estudio en este campo se debe centrar en explicar bajo qué circunstancias estructurales los individuos encuentran que el beneficio de participar excede sus costos personales.

se encuentran en las estructuras económicas, sociales y políticas de un país— el análisis microestructural que propongo —retomado de las ideas de Gerald Marwell y Pamela Oliver— para estudiar el inicio de las protestas masivas estudiantiles, identifica los factores explicativos de este proceso en las condiciones en que se encuentran diversos elementos estructurales de la comunidad estudiantil de la UNAM antes de que comiencen las protestas. Gerald Marwell y Pamela Oliver, *The critical mass in collective action. A Micro-social theory*, 1993, p. 9.

22 *Op. cit.*

23 Jon Elster, *op. cit.*, 1996.

24 *Op. cit.*

25 Mancur Olson, *op. cit.*

En contraposición con las hipótesis más comunes en este campo, estos autores asumen que “en la mayoría de las ocasiones la acción colectiva es producida por un conjunto relativamente pequeño de individuos altamente interesados y con recursos, antes que por los esfuerzos de miembro «promedio» de un grupo”; por eso su objetivo central es “delinear las condiciones estructurales bajo las cuales dicha masa crítica de individuos y recursos será acumulada y dirigida a obtener un objetivo colectivo”.²⁶ Estas condiciones están determinadas por tres conjuntos de variables: 1) las características del grupo; 2) las características del bien colectivo, y 3) las redes sociales.

Las características del grupo

Este primer conjunto de variables está formado tanto por las características de los individuos que conforman un grupo como por las del grupo en sí. Marwell y Oliver proponen que los individuos involucrados en cualquier acción colectiva están definidos por sus intereses y recursos,²⁷ las dos variables explicativas más importantes del modelo. La distribución de estos dos elementos dentro de un grupo²⁸ determinará qué porcentaje de la población del mismo estará interesada y tiene los recursos necesarios para llevar a cabo la acción colectiva.

Mientras mayor sea el porcentaje de individuos altamente interesados y con recursos en un grupo determinado, es más probable que la acción colectiva se concrete. Pero aun cuando los intereses y recursos estén distribuidos de forma desigual, la acción colectiva podrá llevarse a cabo cuando la heterogeneidad de dichas distribuciones permita que un pequeño grupo de personas muy interesado

26 Gerald Marwell y Pamela Oliver, *op. cit.*, p. 2.

27 Los intereses se definen como el valor que tiene para una persona un incremento estándar en el monto de un bien colectivo proveído, *ibid.*, p. 16. El nivel de recursos individuales se define como la cantidad de recursos discrecionales (como tiempo o dinero) que dicho individuo puede proveer para obtener un bien colectivo, *ibid.*, pp. 16-17.

28 Entendido como un agregado de todos los individuos que tienen interés positivo en cierto bien colectivo.

tenga al mismo tiempo los recursos suficientes para actuar. En otras palabras los grandes contribuidores —aquellos altamente interesados y con muchos recursos— jugarán un papel especialmente importante en la acción colectiva.

Para los fines de este artículo, asumiré como un supuesto dado que la distribución de los intereses y los recursos de la población estudiantil en cada conflicto estudiado es heterogénea, sin especificar la forma de dicha distribución. De esta forma, asumo que algunos estudiantes preferirán que la política pública en disputa tenga las características que el movimiento estudiantil propone; otros preferirán la propuesta de Rectoría, y algunos más estarán en medio de estas dos posiciones.

Ahora bien, ocupándonos de las características del grupo, el principal aspecto por considerar es el impacto que tiene el tamaño del mismo en las posibilidades de que la acción colectiva se realice. Nuevamente, estos autores no comparten la hipótesis de Olson respecto de que el tamaño del grupo tiene un efecto negativo en la realización de la acción colectiva.²⁹ Y esto no se debe a que no encuentren relación alguna entre una y otra variable sino a que el vínculo entre ellas es mucho más complejo que lo que Olson pensaba. Para entenderlo, hace falta revisar las características de los bienes.

Las características de los bienes

De acuerdo con Marwell y Oliver, el efecto que juega el tamaño del grupo en las posibilidades de iniciar sus acciones colectivas está mediado por el tipo de función de oferta que tenga el bien colectivo en cuestión, con lo que se divide así a los bienes en dos grandes categorías. En la primera se encuentran todos aquellos bienes en los que los beneficios individuales potenciales disminuirán conforme el tamaño del grupo aumente, pues habrá más personas entre las cuales repartirlo. Este tipo de bienes tienen una función de oferta exclu-

29 Mancur Olson, *op. cit.*

yente o con cero *jointness*.³⁰ En la segunda categoría están los bienes —Marwell y Oliver proponen que son la mayoría— en los que el beneficio individual potencial por participar en la acción colectiva para obtenerlos es igual para todas las personas involucradas, sin importar el número. En este caso, se dice que los bienes colectivos tienen una función de oferta no excluyente o *jointness*.³¹

A partir de esta diferenciación, Marwell y Oliver argumentan que el siguiente paso para entender el efecto que tendrán las funciones de oferta excluyentes o no excluyentes sobre la consecución del bien que se busca obtener, es analizar cómo es que el tamaño del grupo afectará la relación entre la contribución total de todos los miembros del grupo, y el valor percibido por cualquiera de los individuos participantes. En los bienes con una función de oferta cero *jointness*, el tamaño del grupo tendrá un efecto negativo en la acción colectiva, ya que mientras más personas involucradas haya, menor será el retorno marginal que cada una reciba y los costos de participar serán los mismos. Si el grupo crece desmedidamente, se llegará a una situación donde los costos superarán a los beneficios, por lo que los individuos no estarán interesados en participar en la acción colectiva.

Pero en los bienes con una función de oferta *jointness*, el tamaño del grupo tendrá un efecto positivo en la realización de la acción colectiva y la obtención del bien. Esto se debe a que el valor del bien es igual para todos los individuos que contribuyen en la acción colectiva, independiente del número de participantes que lo disfruten, por lo que el nivel del bien colectivo obtenido sólo dependerá de la cantidad de recursos contribuidos. Entonces, como las funciones de oferta *jointness* hacen irrelevante el tamaño del grupo para los beneficios de cada individuo, el tamaño del grupo repercutirá positivamente en las contribuciones totales de recursos para la realización de la acción colectiva. Mientras más personas estén involucradas en el grupo existirán más recursos potenciales para llevar a cabo

30 Este término se refiere a que el consumo del bien por un individuo no disminuye el nivel de consumo de dicho bien para ningún otro miembro del grupo.

31 Gerald Marwell y Pamela Oliver, *op. cit.*

las protestas. Asimismo, y retomando lo expuesto en el apartado dedicado a las características del grupo, mientras más heterogénea y desviada positivamente sea la distribución de los intereses y los recursos de la población, es más probable que el tamaño del grupo tenga un efecto positivo en la obtención del bien colectivo.³²

Vale la pena hacer un paréntesis para enfatizar, nuevamente, que lo que importa para resolver un problema de acción colectiva no son los patrones de relación entre los intereses, los recursos y el tipo de bien de todo el grupo, sino los de la masa crítica. Es decir, si se dan las condiciones recién planteadas, será más fácil y barato organizar una acción colectiva que involucre a un pequeño grupo dentro de uno grande, que uno grande dentro de uno chico. Es por esto que la solución del dilema de acción colectiva no radica en movilizar a cada persona que se beneficiaría de dicho bien colectivo o cada persona que pueda estar interesada en ser movilizada, sino en la existencia de algún mecanismo social que vincule y relacione al suficiente número de personas que tengan los recursos e intereses apropiados para que puedan actuar. Entonces el problema para los grupos no es su tamaño por sí solo, sino la distribución de los recursos e intereses, las características del bien y el tipo de vínculos sociales que tenga. Lo que cuenta para una movilización exitosa es que existan suficientes personas que estén dispuestas a participar y que puedan ser contactadas e involucradas a través de las redes sociales del grupo.³³

Ahora bien, otro de los factores relevantes para entender las probabilidades de que se realice la acción colectiva es la función de producción del bien colectivo en cuestión. A diferencia de Mancur Olson,³⁴ Marwell y Oliver³⁵ no creen que los bienes colectivos sean intercambiables entre sí y que su análisis pueda ser generalizable; en su lugar sugieren que la forma en que cada uno se produzca afectará en gran medida la capacidad de proveerlo. Entre otros motivos, esto

32 *Idem.*

33 *Idem.*

34 *Op. cit.*

35 De acuerdo con los autores en *idem*, la naturaleza de la función de producción es el determinante más importante del resultado potencial de la acción colectiva. Por esto, el análisis de Olson no puede generalizarse a todos los grupos y todos los bienes.

se debe a que la función de producción de cada bien colectivo especifica tanto la relación entre los costos pagados por cada individuo al participar en la acción colectiva y los beneficios que de ella recibe, así como la relación entre volumen total de recursos contribuidos en la acción colectiva y la cantidad del bien colectivo que es provisto para dicho nivel de contribución. Así, cualquier discusión sobre la acción colectiva de un grupo debe referirse a funciones de producción lineales, escalonadas, con rendimientos marginales decrecientes, con rendimientos marginales crecientes o funciones de tercer grado que combinen las dos últimas. Para los fines de este artículo, únicamente me ocuparé de los tres últimos casos.

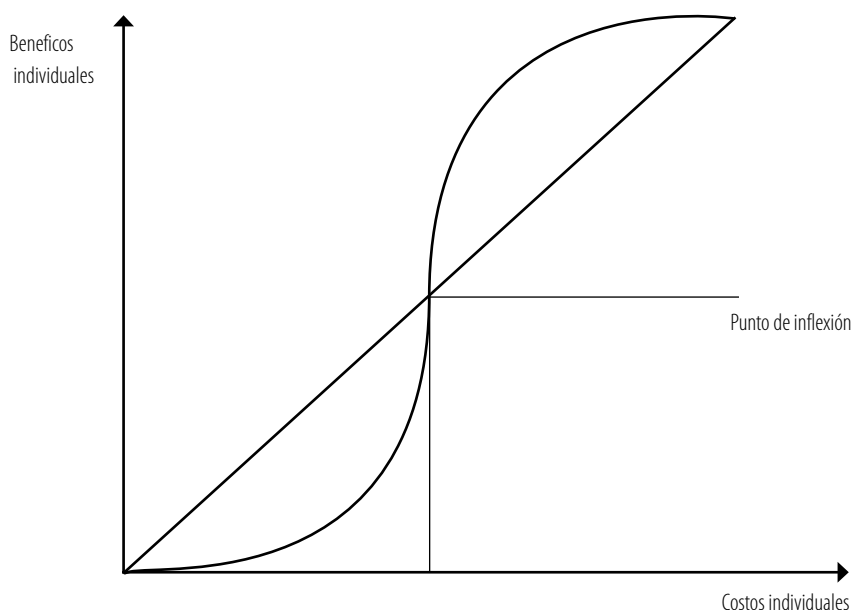
Las funciones con rendimientos marginales decrecientes (RMD) son aquellas en donde los beneficios obtenidos por cada gasto adicional será cada vez menor. Por lo tanto, en este tipo de funciones existe una relación negativa entre los beneficios individuales obtenidos por participar en la acción colectiva y el incremento de individuos que participen en la misma. Por su parte, en las funciones con rendimientos marginales crecientes (RMC) la inversión de nuevos recursos incrementará los beneficios obtenidos, propiciando así una relación positiva entre los beneficios obtenidos y el número de individuos involucrados. Finalmente, las funciones de tercer orden son una combinación de las dos funciones recién descritas. Como el esquema 1 muestra, la parte inicial es similar a una función acelerada. Los retornos son bajos en un principio, por lo que los individuos no invierten sus recursos a menos que tengan los suficientes como para pasar el punto de inflexión y llegar a la parte desacelerada de la función, donde las ganancias son netas.

Una de las pocas maneras de llegar al punto donde los beneficios de participar en la acción colectiva son mayores que los costos, radica en que un pequeño grupo o masa crítica —con altos intereses y recursos— esté dispuesta a cubrir los elevados costos iniciales, aun cuando en un principio incurra en pérdidas. Como antes vimos, la existencia de esta masa crítica será más probable cuando la heterogeneidad en la distribución de los intereses y recursos permita que un conjunto reducido de personas tenga ambas variables en grandes proporciones, cuando la función de oferta del bien sea no

excluyente y cuando el grupo sea grande. Ahora bien, una vez que se haya pasado el punto de inflexión, la heterogeneidad facilitará que los individuos con mayores contribuciones potenciales encuentren más atractivo contribuir, generando un ciclo virtuoso en el que las contribuciones iniciales aumenten el interés para contribuciones subsiguientes. Este concepto es definido por Marwell y Oliver como interdependencia creciente.³⁶

ESQUEMA 1

Función de producción de tercer orden



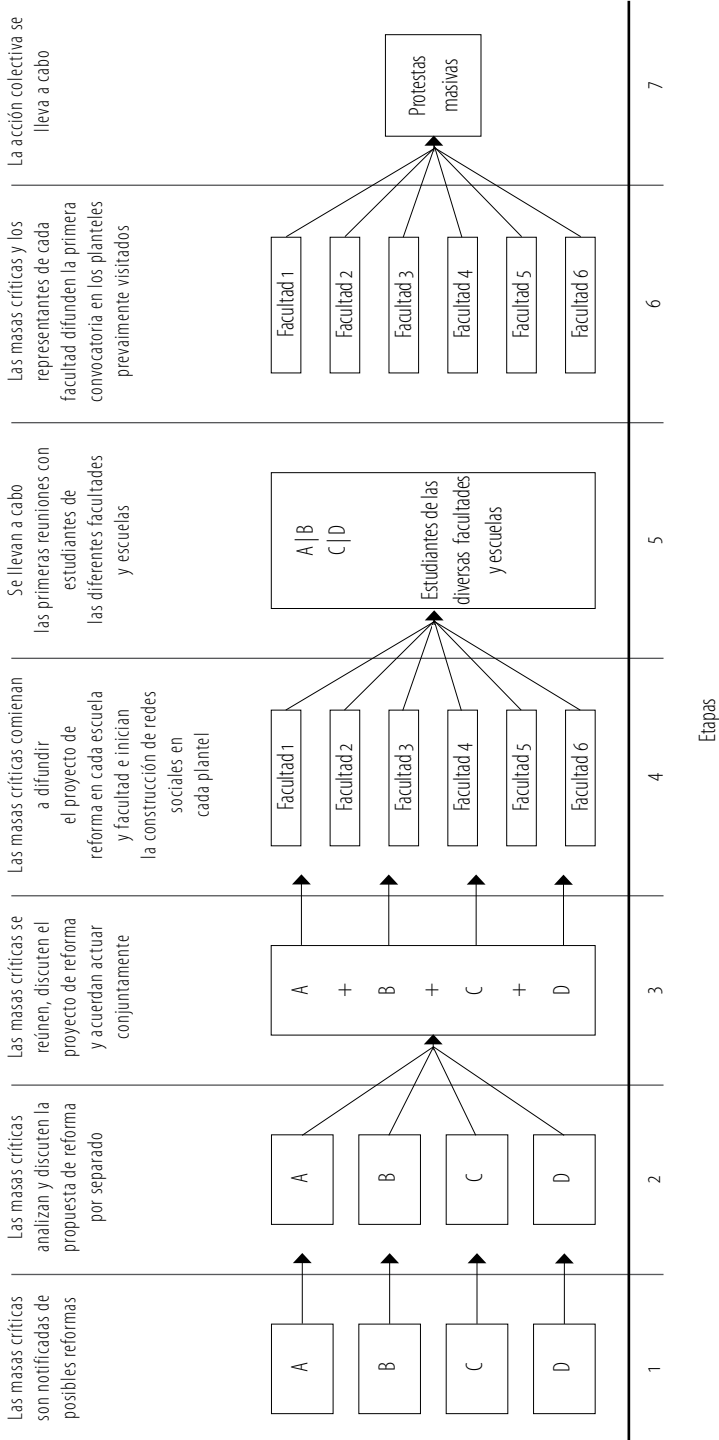
Las redes sociales

Una vez definidos cuáles son los elementos estructurales que favorecerán la existencia de una masa crítica y las posibilidades de que ésta cubra los costos iniciales de las acciones colectivas que quiere impulsar, el siguiente paso es explicar cómo es que este grupo de

36 *Idem.*

ESQUEMA 2

¿Cómo se resuelve el dilema de acción colectiva en la UNAM?



activistas altamente interesados y con recursos, logran contactar y movilizar a grandes sectores de la población una vez que llegan al punto en la función de producción donde los costos individuales son iguales a los beneficios de participar.

Para responder esta pregunta, y explicar así cómo puede ser coordinado el problema de acción colectiva, Marwell y Oliver proponen el estudio de las diferentes características que las redes sociales de una organización tienen, analizando entonces cómo es que su estructura promoverá o dificultará las posibilidades de movilización planificadas por el organizador. Estas estructuras estarán marcadas por una compleja red de lazos sociales que diferencian la relación entre los miembros, facilitando y posibilitando interactuar con ciertos sectores e imposibilitándolo con otros de manera creciente.³⁷

Es comúnmente aceptado que los vínculos o lazos sociales son fundamentales para explicar la acción colectiva, dado que facilitan el reclutamiento de nuevos miembros y la movilización de grandes contingentes. Aquí la variable dependiente es la cantidad de recursos contribuidos para la acción colectiva, ya sean económicos o capital humano, mientras que la variable independiente es la densidad de las redes, entendida como el número de vínculos sociales que una masa crítica tiene con diferentes sectores de la población u otras organizaciones. Mientras más grande sea la cantidad de interconexiones sociales en una comunidad, más sólida será la base para la interdependencia de los individuos, y por lo tanto más probable es que se sumen a las acciones colectivas.³⁸

Masas críticas y redes sociales en la UNAM: aplicación práctica del modelo teórico

Partiendo del modelo teórico arriba descrito, a continuación se presenta un esquema con las siete etapas del proceso que deben recorrer los grupos de activistas estudiantiles de la UNAM para resolver el

37 *Ibid.*, pp. 101-141.

38 *Ibid.*, p. 104.

dilema de acción colectiva e iniciar sus acciones de protesta (véase el esquema 2).

1. Primero, la o las masas críticas de estudiantes existentes en la UNAM son notificadas de que el rector propondrá la reforma de uno o más reglamentos generales que los rigen.
2. Segundo, cada una de estas masas críticas comienza a reunirse y discutir el proyecto de reforma, analizando su contenido y trazando una estrategia de difusión del mismo entre la comunidad estudiantil.
3. Tercero, las diferentes masas críticas se reúnen y acuerdan actuar conjuntamente para impedir la reforma o intentar derogarla, marcando un plan de acción que generalmente consiste de dos partes: a) difusión de las reformas y los efectos negativos que tendrán sobre los estudiantes y b) convocatoria a participar en las protestas masivas que organicen las masas críticas.
4. Cuarto, los miembros de las masas críticas, pero sobre todo sus redes de activistas, comienzan la difusión de la reforma propuesta por el rector entre los estudiantes de cada plantel, enfatizando los costos que ésta generará entre los alumnos. Si no hay redes sociales preestablecidas en las escuelas y facultades que visitan, las masas críticas aprovechan para establecer los primeros contactos e incluso nombrar los primeros representantes locales.
5. Quinto, se realizan las primeras asambleas con miembros, no necesariamente representantes electos, de cada plantel.
6. Sexto, se da la primera convocatoria a las comunidades de los diferentes planteles previamente visitados, a través de los respectivos representantes o activistas locales, para participar en las protestas masivas convocadas por las masas críticas.
7. Y séptimo, se realiza la primera protesta masiva con diversos niveles de participación.

ESTUDIO COMPARADO DE LA SOLUCIÓN DEL DILEMA DE ACCIÓN COLECTIVA Y EL SURGIMIENTO DE MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES EN LA UNAM

El conflicto de 1986-1987

Uno de los rasgos que más llaman la atención al comparar el inicio de las acciones colectivas del CEU de 1986-1987 con otros casos, es el momento relativamente tardío en que lo hace. Considerando que la presentación de *Fortaleza y debilidad de la UNAM* fue hecha por el rector Jorge Carpizo el 12 de abril de 1986, las masas críticas que después formarían el CEU tardaron poco más de siete meses en realizar su primera protesta masiva para oponerse a las reformas.

El primer elemento para explicar este lento comienzo radica en la situación en que se encontraban las masas críticas estudiantiles dentro de la UNAM en ese entonces. Producto de las experiencias de los últimos años, el movimiento estudiantil estaba concentrado en los cinco planteles del Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) y las facultades de Ciencias, Economía, Filosofía y Letras, y Ciencias Políticas, y eran organizaciones muy ideologizadas, con una fuerte fragmentación interna, generalmente con una preocupación mayor por conflictos y problemáticas externas a la UNAM que por los de la propia institución.³⁹

Pero además de desvincular a los grupos de activistas entre sí, las circunstancias recién descritas afectaron las características de sus redes sociales de dos formas. Primero, y como Carlos Imaz relata, los activistas de principios de los ochenta tenían “un discurso muy vanguardista, separados realmente de la base social”, por lo que las demandas y el tipo de movimiento que hasta entonces habían tratado de estructurar provocaron un distanciamiento entre estos

39 Entrevistas con Carlos Imaz, Imanol Ordorika y Alfredo Velarde. Las dos experiencias previas con mayor respaldo estudiantil durante estos años fueron los movimientos estudiantiles organizados en contra de la instauración de los “Índices de escolaridad y velocidad” que el rector Octavio Rivero Serrano trató de instaurar en la UNAM a principios de los años ochenta, y para detener el proyecto de reforma al Estatuto General que, como abogado general, Jorge Carpizo quiso impulsar en esta misma época (entrevista con Carlos Imaz).

pequeños grupos de dirigentes y la base estudiantil de la UNAM.⁴⁰ Y segundo, la fragmentación en el movimiento estudiantil de finales de los años setenta y principios de los ochenta produjo además que las redes sociales de cada masa crítica estuvieran desligadas, organizativamente,⁴¹ de las redes de las otras masas críticas, reduciendo la densidad total de éstas, y consecuentemente el potencial para la difusión inmediata y coordinada de las medidas que el rector intentaba impulsar entre la comunidad estudiantil, para después convocar a su movilización.

De esta forma, las características que las diferentes corrientes de activistas y sus redes sociales tenían antes de que iniciara este conflicto, provocaron que entre la presentación de *Fortaleza y debilidad*, el 16 de abril de 1986, y la aprobación de las 26 reformas el 11 y 12 de septiembre de este mismo año, las acciones de protesta fueran aisladas, descoordinadas y con poca participación. A lo largo de estos meses intermedios la mayoría de los consejeros universitarios estudiantes presentaron un par de documentos de oposición al diagnóstico del rector,⁴² y por otro, la realización de una discusión relativamente espontánea —y que ciertamente no era producto del plan de acción específico de una masa crítica— entre diversos sectores de la comunidad estudiantil sobre el diagnóstico del rector durante las semanas que siguieron a su presentación.⁴³

Además, la posibilidad de revertir esta desvinculación en el corto plazo se vio impedida por un factor que tendría un efecto similar en el conflicto de 1997. Poco después de que Carpizo presentara su

40 Era “un movimiento estudiantil muy golpeado, muy fragmentado, los grupos organizados estudiantiles muy ideologizados, con un discurso muy vanguardista, separados realmente de la base social. Eran discursos de una especie de... autocomplacientes, más que otra cosa, como ir a rezar a tu capillita [...] casi metido en un rollo de religiosidad ideológica, que eso se rompe muy fuerte con el CEU” (entrevista con Carlos Imaz).

41 Esta desvinculación organizativa no necesariamente implica que los miembros de cada red fueran desconocidos entre sí, sino que más bien actuaban de forma no coordinada, siguiendo objetivos diferentes.

42 Uno el 22 de mayo, por consejeros universitarios y técnicos estudiantes, y el otro el 20 de agosto, leído por 18 consejeros universitarios estudiantes de diferentes escuelas y facultades. René Rivas O. y Hugo Sánchez G., *UNAM: de la rebelión silenciosa al Congreso*, 1990, pp. 69-72.

43 Entrevista con Carlos Imaz.

documento, el semestre escolar terminó para los alumnos de licenciatura y bachillerato de la UNAM. Si los distintos grupos de activistas no habían contactado a los estudiantes de cada plantel para discutir la propuesta del rector y sus costos para los estudiantes de la UNAM cuando podían haber sido localizados en sus respectivas instalaciones, tratar de hacerlo cuando estaban de vacaciones era una tarea imposible. Por si fuera poco, ese verano estuvo marcado por un hecho que atrajo la atención de buena parte de la población en México: el mundial de fútbol.

Unas semanas después de que terminara la Copa del Mundo y aún en vacaciones, el rector Carpizo presentó el 6 de septiembre de 1986 su proyecto de 26 reformas a diversos reglamentos y ordenamientos legales de la institución a diferentes comisiones del Consejo Universitario, convocando tan sólo tres días después al pleno del Consejo para que sesionara el 11 de ese mes y lo discutiera. Aun cuando era evidente la desventaja en la que se encontraban dentro de este órgano de gobierno, buena parte de los consejeros universitarios estudiantes que hasta entonces habían estado oponiéndose públicamente al rector mantuvieron su línea argumentativa durante toda la sesión. Para Imaz la lógica de asistir a este espacio era “ganar la argumentación, no la votación, la votación estaba perdida de antemano”.⁴⁴

Una vez confirmado este hecho, el siguiente paso era claro para los consejeros estudiantiles opositores y la gente cercana a ellos: había que “ir a las escuelas a organizar la resistencia [...] ir a sacar representaciones en las escuelas, movilizar y convencer a los estudiantes... hacer agitación tradicional”.⁴⁵ Así que con esta idea en mente, el grupo de poco más de una docena de consejeros universitarios estudiantiles opositores convocó a una reunión de los principales grupos estudiantiles de aquella época.

La convocatoria tuvo eco y el 24 de septiembre de ese año, aún en vacaciones, los activistas de las principales masas críticas estudiantiles en la UNAM se reunieron en lo que se llamó la Primera

44 Entrevista con Carlos Imaz.

45 Entrevista con Imanol Ordorika.

Asamblea Universitaria. Marcados todos por la experiencia del sismo de 1985,⁴⁶ distintos grupos de activistas se dieron cita para discutir las reformas recién aprobadas y la estrategia por seguir para intentar derogarlas: estudiantes cercanos al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), comandados por Antonio Santos; miembros del grupo Convergencia Comunista 7 de enero (CC7), una escisión de la revista *Punto Crítico*, en donde se encontraban Carlos Imaz e Imanol Ordorika; miembros de la Corriente en Lucha por el Socialismo —antes conocido como Buró Político de Información (BIP)—, encabezados por Guadalupe *La Pita* Carrasco y Javier Fernández; activistas de la Unión por la Organización del Movimiento Estudiantil (UPOME); un segmento de activistas del CCH, liderado por Óscar Moreno y Jesús Ramírez Cuevas; así como pequeños colectivos de diferentes planteles, como el de Autogestión de la Facultad de Economía en el que se encontraba Alfredo Velarde.⁴⁷

Si bien no hubo duda en cuanto a que tendrían que unir esfuerzos para organizar una oposición al proyecto de las autoridades, las diferencias comenzaron al tratar de definir cómo hacerlo. De acuerdo con Ordorika,

46 Este trágico evento tuvo por lo menos dos efectos contingentes dentro de las masas críticas estudiantiles de la UNAM. En primer lugar provocó la construcción involuntaria de redes sociales dentro de la institución, pues el contacto cotidiano de los estudiantes de diferentes planteles al contribuir a solucionar la crisis de ese momento hizo que establecieran vínculos e identidades que de otra forma hubiera sido mucho más complicado establecer. En segundo lugar, las labores de rescate y ayuda en los días posteriores al sismo del 17 de septiembre de 1985 transformaron la visión política de varios de los que después serían los miembros de la Corriente Histórica dentro del CEU. De acuerdo con Imaz, “en el terremoto hay una ruptura muy importante en muchos de nosotros que veníamos de esa izquierda social ideologizada, no veníamos de ningún paraíso, veníamos de esa misma historia donde te encuentras que en una brigada estás con un carpintero, estás con un médico, estás con un ingeniero, estás con un chavo desempleado, y lo que tienes es un objetivo común llevado al extremo que es combatir la muerte o salvar alguna vida, donde las cosas se ponderan de manera distinta, y donde las diferencias de los personajes aparecen como algo extraordinariamente poco importante en la vida y en la posibilidad de hacer cosas. Pero a ti te marca en otro sentido; es decir, las diferencias que uno ha estado significando tanto [refiriéndose al entendimiento de los conflictos sociales como una lucha de clases], resulta que en términos de causas comunes significan mucho menos cosas que lo que uno creía, y el discurso y el lenguaje que manejas es el lenguaje común” (entrevistas con Carlos Imaz y con Imanol Ordorika).

47 Entrevistas con Carlos Imaz e Imanol Ordorika.

había dos lógicas políticas desde ese momento. Por un lado el grupo encabezado por *La Pita* proponía un esquema muy tradicional, muy de resistencia, casi de pronunciamiento político más de dejar una posición fijada, y como de funcionar en agrupamientos de activistas, que eran las asambleas universitarias. Nosotros [refiriéndose a los miembros del CC7 y algunos integrantes del PRT] planteamos ahí la construcción del Consejo Estudiantil Universitario, de hacer a imagen y semejanza del CNH [de 1968] y del CEU de 1966 un organismo representativo de los estudiantes por escuela, no de los grupos políticos, elegidos en asamblea, con capacidad de movilización.⁴⁸

Unos días más tarde, el 8 de octubre de ese año, el conjunto de activistas que proponía la creación de una organización estudiantil representativa triunfó en la Segunda Asamblea Universitaria, y para construirla se planteó un plan de acción con tres pasos clave: primero, acordaron que a partir del 20 de octubre —fecha en que comenzaban clases los alumnos del bachillerato de la UNAM— los miembros de las masas críticas ahí reunidas irían a los cinco planteles de CCH y los nueve de preparatorias para difundir en todos los espacios posibles las características de las reformas aprobadas; segundo, pactaron convocar a un mitin informativo en la explanada de Rectoría para el 27 de octubre, primer día de clases de licenciaturas, y aprovechar los siguientes cuatro días para difundir las reformas en las diferentes facultades y escuelas; tercero, la creación del CEU el 31 de octubre en un mitin masivo.

De esta forma, a partir del 20 de octubre los miembros de la mayoría de los grupos de activistas reunidos en las Primera y Segunda Asamblea Universitaria se lanzaron a los diferentes planteles del bachillerato de la UNAM con dos misiones: primero, informar a la población estudiantil sobre las reformas realizadas por el Consejo Universitario el 11 y 12 de septiembre, la forma en que habían

48 Entrevista con Imanol Ordorika. De acuerdo con Alfredo Velarde (en entrevista), la idea de replicar la estructura organizativa de los movimientos de 1966 y 1968 en buena medida se debe a la cercanía de los miembros del CC7 con Salvador Martínez della Rocca, activista en estos dos conflictos.

sido aprobadas, y, particularmente, sobre los efectos negativos que éstas acarrearían a los estudiantes;⁴⁹ segundo, contactar lo más rápido posible al mayor número de grupos de activistas establecidos en cada plantel, buscando aprovechar su presencia y experiencia dentro de su respectiva escuela, para que junto con las redes establecidas previamente por cada masa crítica se pudiera aumentar rápidamente la densidad de la mismas, tratando además de integrarlos al órgano central y coordinador que después sería el CEU.⁵⁰

Así, el extenuante trabajo de difusión de las reformas y construcción de redes sociales de estas semanas vio sus primeros resultados el 31 de octubre, cuando el CEU fue formalmente constituido con la participación de representantes electos de 25 escuelas, en un mitin que congregó más de diez mil personas al lado de la Biblioteca Central. Unos días después, el 6 de noviembre el CEU demostraba su poder de convocatoria fuera de la propia UNAM, al lograr movilizar a veinte mil personas en la que se llamó la Marcha de las Antorchas. De esta forma, el CEU resolvió su dilema de acción colectiva y logró movilizar a cerca de treinta mil personas, rompiendo así con más de una década de inactividad estudiantil masiva dentro de la UNAM.

49 A lo largo de estas primeras semanas de clases la Rectoría de la UNAM siguió una estrategia similar a la de estas masas críticas estudiantiles, organizando foros y asambleas en los planteles de bachillerato para informar a los estudiantes de este nivel en qué consistían las 26 reformas y cómo los favorecerían. En muchos de estos foros hubo paneles combinados de miembros de Rectoría y de activistas estudiantiles. Después de que estos últimos revirtieran las asambleas en contra de los intereses de las autoridades en varias ocasiones, el rector optó por cancelar esta estrategia.

50 Vale la pena destacar que para incentivar aún más el surgimiento de activistas y la organización de la población en cada plantel, las masas críticas idearon un interesante sistema de participación, narrado de la siguiente forma por Carlos Imaz: "Lo que nosotros hicimos fue apostar siempre a la movilización. La única forma de detener la reforma era con una movilización masiva del sector estudiantil... las escuelas donde había activistas movilizados tenían un voto [en las asambleas generales]; las escuelas que ya habían hecho asamblea y habían elegido representantes tenían tres votos. Esto obligaba a los activistas a sacar la asamblea, no a simplemente ponerse de acuerdo entre ellos", Jorge Bravo, *op. cit.*, p. 117.

El conflicto de 1991-1992

Al analizar el inicio de las protestas del CEU de 1991-1992, llama la atención la rapidez con que este movimiento estudiantil logró resolver su dilema de acción colectiva e iniciar las protestas masivas para oponerse al proyecto de reforma al RGP que el rector José Sarukhán impulsaba. El primer anuncio público que hizo la Rectoría respecto a que propondría al Consejo Universitario un incremento de cuotas en todos los niveles fue hecho el 13 de noviembre de 1991, y menos de un mes después el CEU realizó su primera marcha por las calles de la ciudad de México con una participación de alrededor de ocho mil personas.

Al igual que en 1986-1987, la velocidad para articular esta respuesta masiva radicó en la situación que la masa crítica y las redes sociales del CEU tenían al comienzo de este conflicto, lo que inevitablemente nos obliga a revisar lo ocurrido entre ambas ocasiones. Después de cinco años de haber sido creado, y en buena medida producto de haber logrado continuar con una vida relativamente institucionalizada a lo largo de este periodo, realizando reuniones mensuales en la que todas las corrientes seguían conservando un espacio de representación, para finales de 1991 el CEU se mantenía como la principal organización estudiantil dentro de la UNAM.⁵¹ Aunque las divisiones en su interior se habían empezado a gestar desde el final mismo del conflicto de 1986-1987, la multiplicidad de grupos encontrados cinco años antes se habían reagrupado en tres masas críticas preponderantes —la Corriente Histórica, la Coordinadora Ceuista de Izquierda y la Tercera Fuerza— que seguían definiéndose como parte del CEU y respondiendo a la lógica planteada desde su comienzo.

La primera gran definición dentro del CEU se dio poco después del 10 de febrero de 1987, luego de que el Consejo Universitario aprobara la suspensión de las reformas al RGE, RGI y RGP, junto con la realización de un Congreso universitario cuyos resultados serían *asumidos* por el propio Consejo. Al momento de discutir si la ofer-

51 Entrevista con Adolfo Llubere.

ta era suficiente para levantar la huelga y concluir el conflicto estudiantil, hubo un fuerte enfrentamiento entre los miembros de la Corriente Histórica⁵² y los integrantes de los Brigadistas.⁵³ Para los primeros, las concesiones hechas por las autoridades eran un triunfo rotundo para el movimiento,⁵⁴ mientras que para los segundos eran inaceptables pues no derogaban los reglamentos, el Congreso no era organizado por la propia comunidad universitaria y no quedaba claro si el término *asumir* garantizaba que las conclusiones del mismo serían tomadas como resoluciones por el Consejo. Después de varias ríspidas asambleas, el 17 de febrero de 1987 la Corriente Histórica logró que su postura triunfara y se levantara la huelga. Sin embargo la fractura interior fue insalvable.

A lo largo de los siguientes cuatro años la Corriente Histórica consolidó su hegemonía dentro del CEU; consiguió la mayoría de escaños estudiantiles para formar la Comisión Organizadora del Congreso Universitario (COCU), un buen porcentaje de los representantes estudiantiles en el Congreso de 1990, y la gran mayoría de los puestos de consejeros universitarios estudiantiles durante esta época,⁵⁵ y también realizó diversos foros políticos y culturales dentro de la UNAM.⁵⁶ De acuerdo con Adolfo Llubere, la Corriente Histórica “era como un

52 Esta corriente surgió a las pocas semanas de haber sido creado el CEU y en poco tiempo logró tener el control político de la organización bajo el liderazgo de Imaz, Ordorika y Santos (entrevistas con Carlos Imaz, Imanol Ordorika y Alfredo Velarde).

53 En buena medida, la creación de los brigadistas a partir de enero de 1987 es una respuesta de los grupos que no se integraron a la Corriente Histórica por diferencias políticas y que intentaban crear un contrapeso a la entonces corriente hegemónica, o lo que Velarde define como el “ala izquierda” de este conflicto. En ella se encontraban los miembros de En Lucha y colectivos de cada plantel como Autogestión de la Facultad de Economía (entrevista con Alfredo Velarde).

54 “Yo creo que era de tal magnitud la victoria, que no había punto de debate. Si tú veías punto por punto, tú dices ¿qué negociaron? Pues nada, en todos los puntos [las autoridades] se echaron para atrás” (entrevista con Carlos Imaz).

55 Para Adolfo Llubere el triunfo en las consejerías universitarias estudiantiles fue crucial para que el CEU pudiera seguir articulándose antes y durante el conflicto de 1991-1992. Al mantener una presencia importante dentro del Consejo Universitario no sólo tenían una correlación de fuerzas institucional favorable respecto a otras corrientes, sino también puentes de comunicación y resonancia en diferentes planteles (entrevista con Adolfo Llubere).

56 Fernando Belaunzarán (en entrevista) da una muestra de estas actividades: “llevamos a Lula da Silva en 1991, a Salvador Nava cuando estaba más duro el asunto de San Luis [el fraude electoral de 1991]. Discutimos la guerra del Golfo, donde fue el representante de la OLP y otros más”.

CEU al interior del CEU”, donde los representantes de cada plantel se reunían semanalmente para acordar “la estrategia, los puntos de vista, lo que íbamos a llevar a la plenaria [del CEU] y a la discusión en las escuelas”, manteniendo vigentes o renovando sus redes sociales en los diferentes planteles donde tenían presencia.⁵⁷

De forma paralela, la Corriente Histórica logró realizar de forma exitosa una primera renovación generacional de sus bases y dirigentes. Así, el espacio dejado por Imaz, Ordorika y Santos con su salida en 1989 fue ocupado por una generación de activistas fogueados en el conflicto de 1986-1987 mientras estaban en el bachillerato, y que para 1991 ya habían ingresado a diferentes licenciaturas de la UNAM. Entonces, con cuatro años de experiencia previa, activistas como Óscar Moreno, Norma Ortega, Adrián Garza, Luis Alberto Alvarado, Adolfo Llubere y Fernando Belaunzarán tomaron la dirección de esta masa crítica.

Por su parte, el conjunto de organizaciones que conformaron los brigadistas durante las últimas semanas del conflicto de 1986-1987, empezaron a atomizarse poco después de que éste había concluido. Dado el carácter antielectoral de muchas de ellas —En Lucha es el ejemplo más representativo— no nombraron candidatos para la selección de los estudiantes que formarían parte de la COCU. Sin embargo, poco después de ver que la Corriente Histórica había sido la voz hegemónica dentro de este órgano, un sector de estas organizaciones decidió reagruparse para competir por los escaños estudiantiles que habría en el Congreso Universitario, creando en 1989 a la Coordinadora Ceuista de Izquierda.

Integrada por activistas como Alfredo Velarde, Guadalupe Carrasco, Mario Benítez, Leticia Contreras, Salvador Ferrer, Higinio Muñoz, Bolívar Huerta y Víctor Alejo, la Coordinadora logró realizar una extensa campaña de difusión de sus ideas antes de las elecciones, trabajo que le permitió tener una amplia presencia en el Congreso del siguiente año, marcando una posición claramente diferente a la de las otras corrientes estudiantiles. Aunque gracias a esto pudieron remontar buena parte de la hegemonía que la Co-

57 Entrevista con Adolfo Llubere.

riente Histórica había tenido hasta antes de 1990, una vez terminado el Congreso la Coordinadora dejó de existir formalmente. De cualquier forma, los vínculos creados entre los activistas que fueron parte de ella, así como el trabajo de construcción de redes antes y durante el Congreso, permitió que para finales de 1991 el conjunto de organizaciones que había sido parte de la Coordinadora se reagrupara rápidamente, retomando incluso el mismo nombre.

La segunda división interna se presentó en 1989, cuando un grupo de activistas miembros de la Corriente Histórica decidieron crear un nuevo grupo dentro del CEU para pelear por los lugares destinados a los estudiantes dentro del Congreso Universitario de 1990. Liderados por Ricardo Becerra, Martí Batres, Miroslava García y Marco Levario, este nuevo grupo adoptó el nombre de Corriente por la Reforma Universitaria (CRU). Sin embargo, una vez pasado el Congreso la CRU perdió buena parte de su base social lo que la obligó a desaparecer. Poco después de esta desaparición alguno de sus cuadros, como José Luis Cruz y Bolívar Huerta, decidieron juntarse con Martí Batres para crear la Tercera Fuerza.

Ésta era la situación que guardaban las diversas masas críticas del CEU y sus respectivas redes sociales cuando, a principios de noviembre de 1991, las autoridades de diferentes facultades e institutos comenzaron a incrementar las cuotas por colegiaturas y otros servicios escolares a los alumnos de posgrado. De inmediato los miembros del CEU declararon que los incrementos eran ilegales pues violaban lo establecido en el RGP y que además esto era el preámbulo para un aumento general de cuotas.

Lo importante aquí es que debido al mantenimiento y regeneración de sus redes a lo largo de los cuatro años previos, en 1991 la amplia capacidad de difusión del proyecto de reforma entre los estudiantes de diversos planteles y el gran potencial de organización y movilización que el CEU tenía en este momento, le permitió realizar su primera asamblea con miembros de treinta escuelas y facultades el 21 de noviembre, tan sólo ocho días después de que el secretario general confirmara públicamente que el rector pensaba presentar una reforma al RGP.⁵⁸

58 Siguiendo una estrategia de incentivos organizativos parecida a la del CEU de 1986-1987, se

De la misma forma que la densidad de las redes sociales favoreció el rápido tránsito de las primeras etapas dentro del proceso para solucionar el dilema de acción colectiva hasta llegar a la asamblea recién descrita, estas características microestructurales también permitieron que el CEU terminara de resolver dicho dilema al movilizar ocho mil personas durante su primera marcha, tan sólo quince días después de la asamblea. En contraste con el conflicto de 1986-1987, en esta ocasión el CEU tuvo los elementos necesarios para iniciar rápidamente sus protestas masivas.

El conflicto de 1997

El inicio de las protestas masivas en el conflicto de 1997 estuvo marcado por dos rasgos particulares. En primer lugar, a pesar de que las acciones colectivas comenzaron unos días antes de que el Consejo Universitario aprobara las reformas al RGE y el RGI el 9 de junio de 1997, el movimiento estudiantil resolvió su dilema de acción colectiva de forma relativamente tardía —el 29 de mayo del mismo año—, casi dos meses después de que el rector Francisco Barnés anunciara su intención de llevar a cabo las reformas. En segundo, aun cuando este dilema fue resuelto antes de que transcurriera la primera mitad del conflicto, el estado en que se encontraban las diversas masas críticas y redes sociales del movimiento estudiantil tan sólo le permitieron movilizar a unos pocos cientos de estudiantes durante los primeros cuatro meses del conflicto (450 personas), convirtiendo a éste en el arranque de protestas de un movimiento estudiantil que menor participación acumulada registró de los cuatro conflictos estudiados.⁵⁹

decidió que cada uno de los 16 planteles que para esta primera asamblea ya habían electo a sus representantes tendrían cuatro votos, mientras que las 14 escuelas y facultades que aún no lo hacían tendrían un solo voto hasta que cumplieran estas condiciones (*La Jornada*, 22 de noviembre de 1991). De cualquier forma, aunque se repetía una estructura de incentivos para generar redes y organizar a las comunidades de cada plantel, el hecho de que a esta primera reunión asistieran miembro de 30 planteles indica que en muchos de ellos ya existían vínculos y una organización local prestablecida.

59 De hecho, no fue sino hasta el 25 de septiembre de ese año, cuando se realizaría la primera movilización que congregó a un par de miles de personas en protesta por dichas reformas, *La Jornada*, 26 de septiembre de 1997.

Al igual que en los conflictos de 1986-1987 y 1991-1992, la características que marcaron el inicio de las acciones colectivas de los grupos estudiantiles en 1997 fueron resultados de los cambios en las condiciones microestructurales que se gestaron durante los años previos a que comenzara el conflicto, provocando que para abril de 1997 el estado de las masas críticas y las redes sociales estudiantiles fuera muy parecido al del comienzo del conflicto de 1986: un conjunto de masas críticas pequeñas y atomizadas, sin que alguna tuviera clara hegemonía sobre las demás, cada una con un reducido número de redes sociales, desconectadas entre sí.

Este proceso de desarticulación comenzó con la fractura definitiva del CEU al final del conflicto de 1991-1992. De forma similar a lo ocurrido en febrero de 1987, a partir de los primeros días de julio de 1992 los diferentes grupos del CEU se vieron envueltos en un fuerte enfrentamiento en torno a si aceptar o no la oferta que el rector Sarukhán hacía para terminar el conflicto de aquel entonces: suspender la presentación del proyecto de reforma al RGP. Para la Corriente Histórica la oferta era suficientemente buena como para aceptarla y detener las movilizaciones que iban en ascenso, mientras que para los miembros de la Coordinadora las acciones colectivas debían mantenerse buscando conseguir la derogación definitiva de dicho reglamento.⁶⁰ De nueva cuenta la posición de la Corriente Histórica triunfó dentro de la organización estudiantil, pero esta vez las consecuencias fueron mucho más serias: el CEU desapareció como organización estudiantil única y representativa dentro de la UNAM, dejando a las diferentes corrientes estudiantiles enfrentadas y descoordinadas entre sí.

Lo interesante es que el proceso de desestructuración del movimiento estudiantil que comenzó con la desaparición del CEU en 1992 continuó durante los siguientes años en cada uno de los tres principales grupos estudiantiles que lo conformaban. En el caso de la Corriente Histórica, la hegemonía ganada dentro del movimiento

60 Según Adolfo Llubere (en entrevista) "el problema era incluso de semántica. Lo chingón hubiera sido que lo derogaran, pero nuestro mínimo era la suspensión [...] Si en 1987 no lograste la derogación sino un *impasse* y el Congreso, pues ahora [en 1992] el objetivo era pararlas y lo logramos".

estudiantil a partir del conflicto de 1986, y mantenida hasta 1992 gracias a la regeneración de sus dirigentes y redes, empezó a diluirse progresiva y crecientemente con el paso del tiempo. Aun cuando las actividades orgánicas y periódicas de la Corriente Histórica continuaron durante algunos años más después de la desaparición del CEU, manteniendo y regenerando una parte de sus bases y cuadros medios, el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en enero de 1994 cambió radicalmente sus objetivos, demandas y el sentido de su lucha en general.⁶¹

Como en muchas otras organizaciones sociales, la irrupción del EZLN inició una fuerte discusión en el seno de la Corriente Histórica en torno a cuál era la postura que debían asumir frente a esta organización disidente. Mientras que el subgrupo de activistas dirigido por Óscar Moreno e Inti Muñoz proponían que las acciones de la Corriente Histórica comenzaran a estructurarse a partir y en apoyo de las demandas del EZLN, el sector liderado por Adolfo Llubere, Gonzalo Badillo y, en cierta medida, Fernando Belaunzarán, planteaba que “la forma más adecuada de apoyar al movimiento zapatista era seguir manteniendo presencia del movimiento universitario con la problemática [demandas] de la Universidad”.⁶²

Finalmente la primera postura triunfó, provocando que a partir de entonces y hasta 1997 buena parte de los esfuerzos organizativos y acciones de la mayoría de los miembros de la Corriente Histórica se enfocaran a apoyar las acciones del EZLN,⁶³ dejando en segundo

61 Rodrigo Figueroa (en entrevista) plantea que “el zapatismo nos seduce [refiriéndose a los miembros de la Corriente Histórica], nos enamora de tal forma que nosotros decidimos ir a dar la pelea de manera muy cercana a ellos”, y es entonces cuando “la Corriente Histórica... se muta en la Caravana Ricardo Pozas [donde] tuvieron cabida una multiplicidad de personas, de gente de todas las escuelas y facultades [...] La participación empezó a ser constante, decidida. Mucha gente dejó la escuela, no concluyó sus estudios porque estaba metida en el zapatismo”.

62 Entrevista con Adolfo Llubere.

63 El apoyo de Corriente Histórica no se limitó a recolectar alimentos y recursos para enviarlos a las comunidades zapatistas, sino que llegaron a ser parte de la seguridad del EZLN en la Convención Nacional Democrática de 1994, del Comité Organizador de la Consulta Zapatista de 1995, así como de la marcha por diferentes estados de la república de los 1111 zapatistas, entre otras muchas actividades (entrevistas con Fernando Belaunzarán, Rodrigo Figueroa y Adolfo Llubere).

plano los problemas y demandas de los estudiantes de la UNAM.⁶⁴ Según Llubere, “nuestro error ahí fue dejar de pensar en la Universidad, quizás porque no había ninguna demanda que lesionara de forma general a los universitarios. [Pero] sí había reformas en los planteles, problemáticas muy locales”.⁶⁵

Si bien este cambio en la lógica de sus acciones les permitió mantener un conjunto de activistas y vínculos en diferentes planteles para articular las acciones de apoyo al EZLN, las redes sociales de la Corriente Histórica sufrieron dos cambios que, sin ser planeados, fueron trascendentales para explicar la desestructuración posterior de este grupo. Uno de ellos fue que sus redes dejaron de ser utilizadas para organizar protestas a partir de demandas estudiantiles en conflictos dentro de la propia UNAM, provocando, como segunda transformación, que las redes dejaran de ser regeneradas con el objeto de mantener la estructura de una organización estudiantil en la institución. Juntos, estos dos procesos provocaron que la presencia e importancia de la Corriente Histórica en los conflictos estudiantiles de cada escuela y facultad comenzara a ser cada vez menor.⁶⁶

De cualquier forma, a mediados de 1995 los miembros de la Corriente Histórica que un año antes habían defendido la idea de mantener las acciones de su grupo dentro de la UNAM encontraron dos oportunidades para reiniciar su activismo dentro de la institución por demandas estudiantiles. La primera de ellas fue con el Movimiento de Estudiantes Excluidos de la Educación Media Superior y Superior (MEEEMS), surgido a raíz de la inconformidad de varios

64 Entre los resultados más significativos de este cambio en la estrategia de la Corriente Histórica se encuentra la pérdida de buena parte de los espacios destinados a los estudiantes dentro del Consejo Universitario y los diferentes Consejos de Área, llegando a tener tan sólo tres espacios en el máximo órgano de la institución a finales de 1997 (entrevista con Bolívar Huerta).

65 Entrevista con Adolfo Llubere.

66 “Se mantenía presencia a nivel de escuelas por el asunto del zapatismo, por la organización de conciertos y por La Bola [...] En términos de la discusión acerca de la Universidad, nosotros no estábamos proponiendo ni discutiendo nada. El CEM, que nace a partir del movimiento de excluidos de 1995 sí lo está haciendo [Sin embargo] en cada una de las escuelas, si alguien se le ocurría pensar en organización, movilización, dinámica y acción pensaban necesariamente en nosotros [...] Por lo tanto a veces no veíamos con claridad el hecho de estar perdiendo terrenos en términos de la discusión académica en la Universidad” (entrevista con Rodrigo Figueroa).

cientos estudiantes de bachillerato que no fueron aceptados en el concurso de selección de la UNAM durante ese año. La segunda, y que en cierta forma era una continuación del primer conflicto, fue el proyecto de reforma al plan de estudios de los CCH. Luego de gestar el acelerado inicio de una huelga en estos cinco planteles, el apoyo estudiantil al paro se fue diluyendo rápidamente, provocando que poco después de un mes y medio la huelga tuviera que ser levantada sin que los grupos estudiantiles logran frenar la transformación de los planes estudio.

Menciono estos dos conflictos de poca trascendencia para ilustrar tres elementos. Primero, si bien diversas organizaciones estudiantiles participaron en la huelga de los CCH, el hecho de que esta acción se haya organizado en menos de un mes fue producto de un acuerdo momentáneo dentro de la Corriente Histórica, gracias al cual pudieron dirigir sus recursos y redes a un conflicto estudiantil interno.⁶⁷ Segundo, el acelerado proceso de organización de esta huelga en realidad fue una estrategia contraproducente porque, al iniciar el paro antes de tiempo, no tuvieron los elementos organizativos y materiales suficientes para mantenerla por mucho tiempo. Tercero, la derrota de la Corriente Histórica en este conflicto, junto con el desgaste y desprestigio adquirido entre un sector de los estudiantes en los conflictos anteriores, mellaron profundamente la legitimidad que tuvo esta organización durante los conflictos de 1997 y 1999.⁶⁸

Por si fuera poco, hay que agregar un último elemento al proceso de desarticulación de la Corriente Histórica: un segundo relevo generacional en 1996, esta vez lleno de dificultades y deficiencias. Poco después de que la huelga se viniera abajo en los CCH en diciembre de 1995, los activistas más renombrados y experimentados de

67 De acuerdo con Rodrigo Figueroa (en entrevista), la huelga en los CCH fue "la última patada de ahogado [de la Corriente Histórica] [...] En términos reales, yo creo que fue lo último que la Corriente hizo de manera conjunta, siendo un acuerdo que evidentemente se llevó [a cabo] entre los principales líderes".

68 Entrevistas con Fernando Belaunzarán, Rodrigo Figueroa y Adolfo Llubere. "El movimiento de 1995 es una derrota, no hay otra forma de verlo [por lo cual] entre la comunidad no hay un referente de lucha universitaria [...] Entonces la gente está sin claridad, sin la certeza de que es posible organizar cosas a nivel general. Empieza a ser más focalizado el asunto de las luchas [...] pero el hecho es que no hay una capacidad de unificar" (entrevista con Rodrigo Figueroa).

esta organización —Óscar Moreno, Fernando Belaunzarán y Adolfo Llubere— decidieron retirarse del movimiento estudiantil de la UNAM.⁶⁹ A diferencia de lo ocurrido en la renovación de 1989-1990, la falta de experiencias que “automáticamente” generaran un profundo proceso de renovación provocó que el número de candidatos potenciales fuera mucho menor en esta ocasión⁷⁰ y que los existentes no tuvieran una amplia experiencia en este tipo de disputas. Así que a partir de este momento Inti Muñoz y Bernardo Bolaños se convirtieron en las principales cabezas de la Corriente Histórica, acompañados, entre otros, por Rodrigo Figueroa y Carlos Chávez.

En resumen, para los primeros meses de 1997 la Corriente Histórica había dejado de ser una organización estudiantil pensada para actuar dentro de la UNAM a partir de demandas estudiantiles, y se convirtió entonces en una organización política de apoyo al EZLN, que sin renunciar totalmente a participar en los problemas de la propia Universidad, dejó en un segundo plano esta arena de acción política por la decisión de una parte de sus dirigentes. Su masa crítica no tenía una gran experiencia en conflictos estudiantiles y, hasta cierto punto, había dejado de identificarse con la tradición iniciada por sus antecesores dentro de la Corriente Histórica.⁷¹ Sus redes habían perdido gran parte de la densidad anterior a 1992 y estaban estructuradas para funcionar con una lógica diferente a la de una organización estudiantil. Por si fuera poco, la Corriente Histórica atravesaba una crisis de legitimidad y credibilidad muy fuerte entre los estudiantes de la institución, a raíz de las decisiones tomadas en

69 “A partir de eso [la derrota de 1995] cada quien [refiriéndose a los principales activistas de la Corriente Histórica] se fue a su chamba, cada quien a su rollo, cada quien patas para abajo y después fue el acabóse [...] Claro, hay todavía equipos de apoyo para los zapatistas, y esos jalan, llaman a muchos de los que participaron en la Corriente Histórica, pero ya es otra perspectiva, totalmente dedicados al EZLN” (entrevista con Rodrigo Figueroa).

70 Aunque la ausencia de la renovación de cuadros en la Corriente Histórica fue especialmente clara a partir de 1995, Figueroa propone que en comparación con el trabajo realizado en otras organizaciones estudiantiles, éste siempre fue un problema para el grupo de los históricos (entrevista con Rodrigo Figueroa).

71 “Había una suerte de complicidad entre los que habíamos estado ahí [en la Corriente Histórica] y habíamos llegado por diferentes referencias. Creo que nadie reivindicaba tanto a la Corriente Histórica desde 1994 [...] la última etapa de la Corriente Histórica como tal fue en 1992” (entrevista con Rodrigo Figueroa).

los conflictos del MEEEMS y los CCH. Como consecuencia, después de casi ocho años de predominio, al comienzo del conflicto de 1997 la Corriente Histórica había perdido la hegemonía dentro del movimiento estudiantil de la UNAM.

De forma paralela a lo ocurrido dentro de la Corriente Histórica, la Coordinadora Ceuista de Izquierda también experimentó un intenso proceso de redefinición luego de la desaparición del CEU. Si bien es cierto que desde 1990 la Coordinadora había dejado de existir como tal, no fue sino hasta que el conflicto de 1992 terminó cuando los grupos que la integraban se atomizaron y descoordinaron completamente. Algunos de ellos desaparecieron del mapa político de la UNAM, otros —como En Lucha— decidieron mantener una presencia independiente aunque minoritaria dentro de la institución, y otros más decidieron construir nuevos grupos estudiantiles.

El principal ejemplo de este último tipo de organizaciones es el de la Coordinadora Estudiantil Metropolitana (CEM), dirigida en la UNAM por Higinio Muñoz y Marjorie González. Surgida después del conflicto del MEEEMS en 1995 por iniciativa de una red de activistas de diversas instituciones de nivel superior del área metropolitana de la ciudad de México, en un comienzo la CEM se erigió como un movimiento estudiantil que intentaba crear un frente común de protesta contra la reducción de las matrículas en diversas instituciones de nivel superior y el problema de los estudiantes rechazados en cada una de ellas.

Paradójicamente, mientras que para la Corriente Histórica las acciones de apoyo al EZLN habían provocado la transformación de sus demandas y la lógica de acción, alejándola de la UNAM, para la CEM las tareas ligadas al zapatismo fueron un elemento fundamental para contactar a estudiantes de ésta y otras instituciones que compartieran el objetivo arriba señalado. Y aunque las protestas que la CEM realizó durante 1995 y 1996 no contaron con el apoyo masivo de los estudiantes de la UNAM u otras instituciones metropolitanas, sí le permitieron ir construyendo vínculos y cuadros, así como adquirir experiencia política. De cualquier forma, debido al tipo de demandas que defendía y a su corta existencia, al comienzo del conflicto de 1997 las redes sociales de la CEM seguían siendo mucho más densas fuera de la UNAM que dentro de sus escuelas y facultades.

Ésta era la situación en que se encontraban las redes y los cuadros de las dos masas críticas estudiantiles más importantes de la época cuando el secretario general de la UNAM, Xavier Cortés Rocha, envió el 22 de mayo de 1997 el proyecto de reforma al RGE y RGI a los consejos técnicos y de área de la institución para su análisis y aprobación.⁷² Tanto la Corriente Histórica como la CEM tenían serias dificultades estructurales para informar a los estudiantes de cada plantel respecto del tipo de reforma que quería impulsar el rector Francisco Barnés, así como para convocarlos a participar en acciones masivas de protesta. Si bien es cierto que la primera protesta masiva organizada por la CEM fue una semana después, el 29 de mayo, el aislamiento de esta organización con la Corriente Histórica y el débil estado de las redes sociales de ambas organizaciones se hizo evidente en la cantidad de personas que participaron: tan sólo 300. Aunque el dilema de acción colectiva había sido resuelto, los recursos con que en ese entonces contaban las masas críticas únicamente permitieron movilizar a unos pocos cientos de estudiantes.

Lo cierto es que como la experiencia del surgimiento del CEU en 1986 ilustra, las desventajas iniciales que la Corriente Histórica y la CEM enfrentaban en 1997 no eran *a priori* un impedimento insalvable para llegar a un acuerdo a partir del cual coordinar sus acciones, construir redes sociales rápidamente y resolver su dilema de acción colectiva para movilizar a miles de estudiantes. No obstante, dos elementos explican por qué esto no ocurrió.

El primero es que 1997 era un año electoral —la elección se realizó el 6 de julio— en el que además de renovarse la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión, se elegía por primera vez al gobernante de la ciudad de México. Desde el comienzo de la campaña de Cuauhtémoc Cárdenas —candidato del partido de izquierda a la jefatura de gobierno—, uno de los elementos centrales de su

72 Si bien es cierto que desde el 8 de abril de ese año el rector Barnés había declarado que posiblemente iniciarían la discusión sobre los mecanismos de ingreso y permanencia en la UNAM, es decir la reforma al RGE y RGI, este tema fue dejado de lado durante más de un mes por la crisis generada dentro de la institución a raíz de la golpiza que varios estudiantes de la Preparatoria Popular Mártires de Tlateloco propiciaron a un estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras, *La Jornada*, 24 de abril de 1997.

estrategia de propaganda fue la creación de brigadas de jóvenes que difundieran por toda la ciudad sus propuestas. Conocidas como las Brigadas del Sol, estas células de trabajo fueron integradas desde enero de ese año por cientos de activistas y bases estudiantiles de la Corriente Histórica y de la CEM.⁷³ De forma contingente, la migración de activistas y cuadros a la campaña electoral de Cárdenas provocó que cuando estos dos grupos estudiantiles trataran de remontar las deficiencias organizativas con que habían llegado al inicio del conflicto, se enfrentaran con una dificultad no esperada: sus activistas y enlaces en diferentes planteles de la UNAM estaban fuera de la institución, dedicándose de tiempo completo a otra actividad que conforme se acercaba el día de la elección se volvía cada vez más demandante.

El segundo elemento que dificultó la tarea de superar el rezago organizativo con que la Corriente Histórica y la CEM habían llegado al inicio del conflicto de 1997 fueron las vacaciones de verano. De forma similar a lo ocurrido en 1986, el hecho de que las propuestas de reforma al RGE y al RGI fueran anunciadas y aprobadas cerca del final del semestre dificultaron enormemente las tareas de difusión de las medidas y movilización entre la comunidad estudiantil a los pocos activistas que aún quedaban en la institución. Para los últimos días de mayo todos los estudiantes de la UNAM estaban en exámenes finales o de vacaciones, por lo que la posibilidad de contactarlos en sus respectivos salones se había esfumado.⁷⁴

Así, el proceso de desestructuración del movimiento estudiantil iniciado por las disputas internas de julio de 1992, que se agudizó a lo largo de los siguientes cinco años por dos eventos ajenos a la institución —el surgimiento del EZLN en 1994 y la campaña electoral de Cuauhtémoc Cárdenas en 1997—, permitieron que por primera

73 Por ejemplo, Óscar Moreno e Inti Muñoz —dos de los activistas más importantes de la Corriente Histórica durante estos años— eran los coordinadores de las Brigadas del Sol en los distritos 29 y 30 federales de la ciudad de México (entrevistas con Rodrigo Figueroa y Carlos Chávez).

74 Esta circunstancia fue públicamente reconocida por varios integrantes de la CEM en la asamblea del 29 de mayo de 1997 en la Facultad de Ciencias (*La Jornada*, 30 de mayo de 1997). De cualquier forma, después de que estas dos coyunturas pasaron la actividad del movimiento estudiantil aumentó tanto en frecuencia como en participación y violencia.

vez en más de treinta años un rector lograra reformar un reglamento general dentro de la UNAM sin que tener que derogarlo a los pocos meses por presiones estudiantiles.

El conflicto de 1999-2000

Es sumamente llamativo que después del tardío y poco respaldado inicio de las protestas en el conflicto de 1997, la situación haya sido radicalmente diferente tan sólo dos años después. No sólo porque en el conflicto estudiantil de 1999-2000 los grupos estudiantiles resolvieron el dilema de acción colectiva más rápido que en cualquiera de los otros tres conflictos estudiados, sino también porque es el conflicto en el que el movimiento estudiantil logró movilizar a la mayor cantidad de personas en su primera protesta (casi quince mil). ¿Qué elementos explican este contraste en tan poco tiempo?

En principio, la derrota de 1997 fue un llamado de atención muy importante para todos los grupos estudiantiles de la UNAM. Para los miembros de la Corriente Histórica esta experiencia significó la cristalización de un proceso de desestructuración que se había gestado durante los últimos cinco años, convirtiéndose en un claro indicador de que la hegemonía que habían gozado por casi una década se había esfumado. Asimismo, lo ocurrido en 1997 mandó una clara señal a la CEM, la recién creada Red de Estudiantes Universitarios (REU), En Lucha, y muchos otros pequeños grupos, de que el espacio político que por años había ocupado la Corriente Histórica ahora estaba disponible, y que podía ser ganado con mucha mayor facilidad que en el pasado. De esta forma, la experiencia de 1997 fue un impulso para que cada uno de los grupos estudiantiles iniciara, reiniciara o continuara un proceso de construcción de alianzas y redes sociales en todos los planteles de la UNAM.

En el caso de la Corriente Histórica, la difícil situación que su masa crítica y redes sociales tenían antes y durante el conflicto de 1997, sufrió un nuevo golpe a finales de ese año. Con el triunfo de Cárdenas en la ciudad de México, muchos de los activistas más experimentados que aún quedaban dentro de la UNAM, o que mante-

nían cierta cercanía con el movimiento estudiantil, se incorporaron al gobierno de la ciudad,⁷⁵ obligando a un nuevo relevo generacional en condiciones aún más precarias que las de 1996. Fue así como, a partir de finales de 1998, estudiantes recién ingresados al CCH y con muy poca experiencia en conflictos estudiantiles, como Rodrigo Figueroa, Carlos Chávez y Lizette Jacinto, tomaron la dirigencia de esta corriente.

De acuerdo con Rodrigo Figueroa “los que entramos estábamos prácticamente solos en la batalla [...] en 1997 no había nada [refiriéndose a una estructura organizativa], y entonces empezamos a construir, a construir, a construir”.⁷⁶ Desde el CCH Sur y la Facultad de Filosofía y Letras, los dos últimos bastiones de esta organización, la estrategia de la Corriente Histórica durante este año y medio fue reconstruir los vínculos perdidos y crear nuevos cuadros. De esta forma, para tratar de reestructurar su organización en los cinco CCH se lanzaron a la tarea de crear un consejo general de representantes de los estudiantes de estos planteles, y a contactar a grupos de estudiantes de las diferentes preparatorias que quisieran integrarse a la Corriente Histórica.⁷⁷

De cualquier forma, como el mismo Figueroa reconoce

en 1999 seguíamos firmando como CEU [refiriéndose al nombre común de la Corriente Histórica], [pero] eran más las ganas de revivir a un fantasma que la realidad política que vivíamos [...] Los demás grupos estaban más consolidados, mucho más consolidados [...] Para 1999 no teníamos una corriente orgánica, no había reuniones periódicas. Fue una suerte de empezar a juntarnos, de empezar a platicar [...] Digamos que ante lo trascendental de [la reforma de] 1999 otra vez confluimos, pero bueno, desde una perspectiva muy obligada; nos vimos obligados de pronto a juntarnos con algunas gentes que identificábamos, pero con los que no teníamos un trabajo muy sólido de discusión, de organización.⁷⁸

75 “La corriente que hegemonizó aquel movimiento [refiriéndose al de 1986-1987] tuvo continuidad en la política universitaria durante los años subsecuentes, protagonizando la mayoría de los momentos estelares hasta 1997, año en que el triunfo del PRD en la ciudad de México provocó un éxodo considerable de activistas de dicha corriente hacia posiciones importantes del gobierno y el partido”, Fernando Belaunzarán, s.f., pp. 127-128.

76 Entrevista con Rodrigo Figueroa.

77 Entrevista con Carlos Chávez.

78 Entrevista con Rodrigo Figueroa.

Por su parte, la CEM mantuvo el trabajo de construcción de cuadros que había iniciado en 1995, organizando a estudiantes de diferentes planteles en torno a “la cuestión de los rechazados, los conciertos para Chiapas y pequeñas luchas locales [...] Nosotros nos fuimos a prepas a buscar chavos entre los consejeros técnicos, los consejeros universitarios y jefes de grupo. Les dábamos cursos, talleres”.⁷⁹ Su trabajo en este año y medio fue tal que Figueroa, miembro de la Corriente Histórica, reconoce que la CEM era “la corriente mayoritaria en 1999 en términos reales, y eso creo que ni ellos lo sabían. Al principio del movimiento estudiantil tenían presencia en más escuelas que cualquiera de las [otras] corrientes”.⁸⁰

De forma paralela, muchas de las organizaciones más radicales del movimiento estudiantil de la UNAM que durante un largo periodo prefirieron mantenerse aisladas, decidieron crear el Bloque Universitario de Izquierdas (BUI) en 1998. El objetivo era construir un polo que agrupara a una serie de pequeños colectivos hasta entonces marginados de la toma de decisiones y dirección de los últimos conflictos estudiantiles en la institución. Conformada en su mayoría por los miembros de dos fracciones específicas, En Lucha y el Partido Obrero Socialista (POS), el BUI incluyó también a las pequeñas células que durante la huelga de 1999-2000 pelearían constantemente entre ellas el título de “ultras”.⁸¹ Aunque por la naturaleza de sus posturas políticas el BUI no realizó un trabajo de construcción de bases y redes muy significativo dentro de la UNAM en estos años, sus principales líderes —Javier Fernández, Guadalupe Carrasco, Salvador Ferrer y Leticia Contreras— tenían una amplia experiencia en los conflictos estudiantiles de la institución, ya que muchos de ellos incluso habían sido protagonistas desde 1986-1987, dentro de los Brigadistas.

Una segunda organización surgida poco después de que terminara el conflicto de 1997 fue la Red de Estudiantes Universitarios (REU, también conocida como Red). Constituida como tal poco antes

79 Entrevista con Marjorie González.

80 Entrevista con Rodrigo Figueroa.

81 Entrevista con Mario Benítez.

de las elecciones para consejeros universitarios de octubre y noviembre de ese mismo año, la Red basó su estrategia de acción e interlocución en agrupar a la mayoría de los consejeros universitarios y técnicos estudiantiles de ese entonces. A partir de este coto de poder la corriente dirigida por Bolívar Huerta y José Luis Cruz —antiguos miembros de la Coordinadora Ceuista de 1990 y activistas con una larga trayectoria dentro de la UNAM— comenzó a organizar foros de discusión en los planteles que tenía presencia, en torno a los diversos problemas que desde su punto de vista la UNAM enfrentaba. Estos espacios de análisis permitieron que la Red creara cuadros políticos y vínculos no sólo en algunas de las facultades históricamente más activas, como Ciencias y Filosofía y Letras, sino que gracias a una postura considerada incluso más moderada que la de la Corriente Histórica por sus opositores, lograron atraer e involucrar a estudiantes de planteles tradicionalmente apolíticos, como Contaduría, Derecho, Ingeniería y Veterinaria.⁸²

Así, aun actuando de forma aislada y poco visible a lo largo de 1998, cuando el 4 de febrero de 1999 el rector Barnés anunció públicamente que su oficina estaba analizando diferentes propuestas para aumentar las cuotas dentro de la UNAM, cada uno de estos cuatro grupos estudiantiles había logrado reposicionarse políticamente dentro de la institución, construyendo o aumentando sus redes sociales y reclutando a nuevos activistas en muchos de sus planteles. Estas circunstancias permitieron que, incluso sin saber claramente en qué consistiría la reforma al RGP, cada una de las masas críticas de la CEM, la Corriente Histórica y la Red, con sus respectivas redes sociales, iniciaran de inmediato la discusión del tema de la gratuidad de la educación en los planteles donde tenían bases.⁸³

Más aún, un día después de que el rector presentara su proyecto de reforma al RGP ante el Consejo Universitario el 11 de febrero

82 En algo rara vez visto en los conflictos estudiantiles de la UNAM, varios de los miembros del equipo de fútbol americano de la UNAM que estudiaban en las facultades de Ingeniería y Derecho se integraron a la Red, e incluso participaron activamente en los primeros meses de huelga del CGH (entrevista con Bolívar Huerta).

83 *La Jornada*, 9 de febrero de 1999; entrevistas con Carlos Chávez, Rodrigo Figueroa, Bolívar Huerta y Marjorie González.

se realizó la primera reunión de activistas de estas tres corrientes, logrando de inmediato consensuar la necesidad de actuar conjuntamente para oponerse al proyecto de las autoridades.⁸⁴ El 13 de febrero se llevó a cabo la primera asamblea con convocatoria abierta, donde la CEM, la Corriente Histórica y la Red acordaron públicamente actuar de forma conjunta contra una posible reforma. A partir de este momento las tres organizaciones intensificaron el proceso de difusión de forma coordinada del contenido de la reforma propuesta por el rector, mientras que los activistas del BUI siguieron haciendo lo propio aisladamente.

Esta separación inicial en las acciones desapareció cuando las cuatro masas críticas realizaron la primera reunión general de la Asamblea Estudiantil Universitaria (AEU) el 19 de febrero, organización que después se convertiría en el Consejo General de Huelga (CGH). Ahí estas cuatro corrientes estudiantiles decidieron realizar una nueva asamblea estudiantil el 24 de febrero para impulsar un plan de acción contra las reformas junto con los académicos y trabajadores, convocar a la primera marcha de la AEU un día después de esta última asamblea, así como bloquear la Torre de Rectoría para impedir cualquier llamado a sesión del Consejo Universitario donde se quisieran aprobar las reformas. De esta forma, el 25 de febrero, tan sólo 24 días después de que el rector Barnés anunciara su intención de aumentar las cuotas estudiantiles, la AEU logró convocar a más de quince mil personas en su primera marcha del parque de la Bombilla a Ciudad Universitaria, resolviendo así su dilema de acción colectiva.

CONCLUSIONES

Aunque surgidos por motivos similares, los cuatro conflictos estudiantiles que irrumpieron en la vida académica, política y social de la UNAM durante las últimas dos décadas del siglo XX tuvieron marcadas diferencias tanto en el *timing* con que iniciaron sus protestas

84 Entrevista con Bolívar Huerta.

masivas, como en el nivel de participación con que lo hicieron. Más allá de las motivaciones personales y las circunstancias estructurales de cada caso, las diferencias registradas en cada conflicto se deben a la situación que guardaban las redes sociales de los diversos movimientos estudiantiles antes de que iniciara cada conflicto.

En los casos en que las redes sociales eran numerosas y estaban diversificadas a lo largo de los planteles de la UNAM, como el CEU de 1991-1992 y el CGH de 1999-2000, el dilema de acción colectiva no sólo se resolvió rápidamente sino que permitió movilizar grandes contingentes de estudiantes. En cambio, para las organizaciones estudiantiles que tuvieron pocos vínculos y estaban concentrados en un número limitado de planteles antes de que comenzara el conflicto, como el CEU de 1986-1987 y el movimiento estudiantil de 1997, la solución del dilema de acción colectiva y el comienzo de sus protestas fue mucho más lento. De cualquier forma, los datos de 1986-1987 muestran que la baja densidad inicial en las redes sociales de una organización no necesariamente es irreversible, y que esta situación puede ser transformada a lo largo de un conflicto.

Si bien es cierto que la densidad de estos vínculos al principio de cada conflicto fue producto de las acciones que los propios activistas estudiantiles realizaron para generarlos, también lo es que estas redes fueron transformándose con el paso de los años debido a los efectos que diversos procesos —dentro y fuera de la UNAM— tuvieron sobre ellas. Los relevos generacionales, los ciclos escolares de la UNAM, el sismo de 1985, la irrupción de nuevos actores políticos de la izquierda institucional —como el Frente Democrático Nacional en 1988 y la campaña electoral de Cuauhtémoc Cárdenas en 1997— y no institucional —como el EZLN en 1994— favorecieron o perjudicaron las características de estos vínculos estudiantiles fundamentales.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes Primarias

Entrevistas personales

Fernando Belaunzarán, México D.F., 6 de marzo de 2003.

Carlos Chávez, México D.F., 9 de junio de 2003.

Imanol Ordorika, México D.F., 1 de julio de 2003.

Funcionario de Rectoría, México D.F., 3 de julio de 2003.

Marjorie González, México D.F., 7 de julio de 2003.

Activista Estudiantil Anónimo, México D.F., 10 de julio de 2003.

Adolfo Llubere, México D.F., 22 de julio de 2003.

Ignacio Marván, México D.F., 8 de agosto de 2003.

Bolívar Huerta, México D.F., 11 de agosto de 2003.

Carlos Imaz, México D.F., 5 de agosto de 2003.

Rodrigo Figueroa, México D.F., 19 de agosto de 2003.

Cristina Puga, México D.F., 22 de agosto de 2003.

Alfredo Velarde, México D.F., 26 de agosto de 2003.

José Sarukhán, México D.F., 27 de agosto de 2003.

Carlos Barros, México D.F., 3 de septiembre de 2003.

Mario Benítez, México D.F., 4 de septiembre de 2003.

Periódicos

La Jornada (agosto 1986-marzo 1987; noviembre 1991-julio 1992; abril-diciembre 1997; febrero 1999-marzo 2000).

Fuentes secundarias

Álvarez Mendiola, Germán “El conflicto en la Universidad Nacional Autónoma de México de 1986-1987”, tesis de maestría en Educación, México, Departamento de Investigación Educativa-Instituto Politécnico Nacional, 1991.

Belaunzarán, Fernando (s.f.), “Reconstruir y reorganizar el movimiento”, en *Versus*, núms. 2-3, México, pp. 125-132.

- Bravo, Jorge, “El pase automático en la UNAM y la lógica del movimiento estudiantil de 1986-1987”, tesis de licenciatura en Administración Pública, México, El Colegio de México, 1997.
- Ceceña, Ana Esther, “Para una arqueología de los nuevos movimientos sociales”, en Enrique Rajchenberg y Carlos Fazio (comps.), *UNAM. Presente... ¿y futuro?*, México, Plaza y Janés, 2000, pp. 49-158.
- Ceja Velásquez, María Luisa, “El movimiento estudiantil en la UNAM (1986-1987): o de cómo ganamos y perdimos el Congreso”, tesis de licenciatura en Sociología, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.
- Cisneros Sosa, Armando, *Crítica de los movimientos sociales. Debate sobre la modernidad, la democracia y la igualdad social*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Miguel Ángel Porrúa, 2001.
- Collier, David, “The comparative method: Two decades of change”, en Dankwart A. Rustow y Kenneth Paul Erickson (edits.), *Comparative political dynamics: Global research perspectives*, Nueva York, Harper Collins, 1991, pp. 13-31.
- Elster, Jon, *Tuercas y tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de ciencias sociales*, Barcelona, Gedisa, 1996.
- Estrada Ortiz, Josefina, “El CEU desde la base, 1986-1987: reportaje”, tesis de licenciatura en Ciencias de la Comunicación, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.
- Gamson, William A. y David S. Meyer, “Framing political opportunity”, en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald (edits.), *Comparative perspectives on social movement: Political opportunities, mobilizing structures, and cultural framings* Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 275-290.
- Garrido, Luis Javier, “El movimiento estudiantil de 1999-2000 en la UNAM”, en Enrique Rajchenberg y Carlos Fazio (comps.), *UNAM. Presente... ¿y futuro?*, México, Plaza y Janés, 2000, pp. 181-209.
- Gilly, Adolfo, *Chiapas: la razón ardiente. Ensayo sobre la rebelión del mundo encantado*, México, Era, 1997.
- González Casanova, Pablo, *La universidad necesaria en el siglo XXI*, México, Era, 2001.
- González Ruiz, José Enrique, *Diario de la huelga rebelde*, México, Ediciones ¡Uníos!, 2000.

- Guevara Niebla, Gilberto, *La democracia en la calle. Crónica del movimiento estudiantil mexicano*, México, Siglo XXI/Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México, 1998 [segunda edición].
- Gurr, Ted y Will H. Moore, "Ethnopolitical rebellion: A cross-sectional analysis of the 1980s with risk assessments for the 1990s", en *American Journal of Political Science*, vol. 41, núm. 4, Midwest Political Science Association, octubre de 1997, pp. 1079-1103.
- Hardin, Russell, *Collective action*, Washington D.C., The John Hopkins University Press-Rossurces for the Future, 1982.
- Hedström, Peter y Richard Swedberg, *Social mechanisms. An analytical approach to social theory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- Hernández Monzoy, Andira, "Las mujeres en la política mexicana de los noventa: el caso de las Agrupaciones Políticas Nacionales de Mujeres", tesis de licenciatura en Ciencia Política y Relaciones Internacionales, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), 2000.
- Ibarra Rosales, Esther, "El Consejo Estudiantil Universitario o la fe errática de la democracia: una visión periodística", tesis de licenciatura en Ciencias de la Comunicación, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Kriesi, Hanspeter, "The organizational structure of new social movements in a political context", en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer Zald (edits.), *Comparative perspectives on social movements. Political Opportunities, mobilizing structures, and cultural framings*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 152-184.
- Lichbach, Mark I., *The rebel's dilemma*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1994.
- López Zárate, Romualdo, *El financiamiento a la educación superior, 1982-1994*, México, Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES), 1996.
- Marsiske, Renate (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. 1, México, Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés, 1999.
- Marwell, Gerald y Pamela Oliver, *The critical mass in collective action. A Micro-social theory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

- McAdam, Doug, “Conceptual origins, current problems, future direction”, en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer Zald (eds.), *Comparative perspectives on social movements*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 23-40.
- McAdam, Doug, John D. McCarthy y Mayer Zald (eds.), *Comparative perspectives on social movements*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- McAdam, Doug, John D. McCarthy y Mayer Zald, “Introduction: Opportunities, mobilizing structures, and framing processes —toward a synthetic, comparative perspective on social movements”, en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer Zald (eds.), *Comparative perspectives on social movements*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 1-22.
- McAdam, Doug, *Political process and the development of Black insurgency, 1930-1970*, Chicago, The University of Chicago Press, 1982.
- McAdam, Doug, Sydney Tarrow y Charles Tilly (eds.), *Dynamics of contention*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- McCarthy, John D., “Constraints and opportunities in adopting, adapting, and inventing”, en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer Zald (eds.), *Comparative perspectives on social movements*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 141-151.
- Mendoza Rojas, Javier, *Los conflictos de la UNAM en el siglo XX*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés, 2001.
- Mendoza Rojas, Javier, Pablo Latapí Sarre y Roberto Rodríguez (comps.), *La UNAM. El debate pendiente*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés, 2001.
- Monsiváis, Carlos, *Entrada libre. Crónicas de la sociedad que se organiza*, México, Era, 1987.
- Mora, Juan Miguel de, *CEU vs. UNAM. ¿La hora del neofascismo?*, México, Edamex, 1987.
- Moreno, Hortensia y Carlos Amador, UNAM. *La huelga del fin del mundo. Voces para un diálogo aplazado. Entrevistas y documentos*, México, Planeta, 1999.
- Olson, Mancur, *The logic of collective action. Public goods and the theory of groups*, Cambridge, Harvard University Press, 1965.

- Ordorika Sacristán, Imanol y Brian Pusser “Bringing political theory to university governance: The University of California and the Universidad Nacional Autónoma de México”, en *Higher Education, Handbook of Theory and Research*, vol. 16, Agathon Press, 2001, pp. 147-194.
- Ordorika Sacristán, Imanol, “Power, politics, and change in higher education (The case of the National Autonomous University of Mexico)”, tesis de doctorado en Educación, Stanford, California, Universidad de Stanford, 1999.
- Pérez Arriaga, Marco Antonio, “Movimientos sociales de fin de siglo: el Consejo General de Huelga de la UNAM, 1999-2000”, tesis de licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.
- Pérez Nieto, Arnoldo “Relación entre izquierda partidista y movimiento estudiantil: 1968-1988”, tesis de licenciatura en Sociología, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.
- Petras, James, *Neoliberalismo en América Latina. La izquierda devuelve el golpe*, Buenos Aires, Homo Sapiens Ediciones, 1997.
- Porta, Donatella della y Mario Oiani “Social movements and the state: Thoughts on the policing of protest”, en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer Zald (eds.), *Comparative perspectives on social movements. Political opportunities, mobilizing structures, and cultural framings*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 62-92.
- Porta, Donatella della y Mario Oiani, *Social movements. An introduction*, Oxford, Blackwell Publishers, 1999.
- Rajchenberg, Enrique y Carlos Fazio, “Prólogo”, en Enrique Rajchenberg y Carlos Fazio (comps.), *UNAM. Presente... ¿y futuro?*, México, Plaza y Janés, 2000, pp. 9-13.
- Ramírez Mercado, Manuel, “Identidad y representación: análisis comparativo de acciones colectivas (el movimiento de huelga universitaria en la UNAM, 1999-2000)”, tesis de maestría en Estudios Políticos y Sociales, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.
- Ramírez, Arturo, *Palabra de CGH. El testimonio de los huelguistas*, México, Ediciones del Milenio, 2000.

- Río Zolezzi, José Manuel del, “El financiamiento de las universidades públicas en México”, trabajo final de la materia Historia Económica de México, Centro de Investigaciones y Docencia Económica (CIDE), 1999.
- Rivas Ontiveros, René y Hugo Sánchez G., *UNAM: de la rebelión silenciosa al Congreso*, México, El Día, 1990.
- Rucht, Dieter, “The impact of national contexts on social movements structures: A cross-movement and cross-national comparison”, en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer Zald (edits.), *Comparative perspectives on social movements*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 185-204.
- Ruiz Massieu, Mario, *El cambio en la Universidad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Dirección General de Planeación, 1987.
- Santos, Antonio, “México: el movimiento estudiantil universitario de 1986-1987”, en *Críticas de la Economía Política*, núm. 31, México, El Caballito, 1987.
- Sheridan, Guillermo, *Allá en el campus grande*, México, Tusquets, 2000.
- Sotelo Valencia, Adrián, *Neoliberalismo y educación. La huelga en la UNAM a finales de siglo*, México, El Caballito, 2000.
- Stewart, Charles J., Craig Allen Smith y Robert E. Denton Jr., *Persuasion and social movements*, Prospect Heights, Waveland Press, 1994.
- Tarrow, Sydney, “States opportunities: The political structuring of social movements”, en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer Zald (edits.), *Comparative perspectives on social movements*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 41-61.
- Trejo Delarbre, Raúl, *El secuestro de la UNAM*, México, Cal y Arena, 2000.
- Woldenberg, José, *Revolución y Congreso en la UNAM*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.
- Zald, Mayer N., “Culture, ideology and strategic framing”, en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer Zald (edits.), *Comparative perspectives on social movements*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 261-274.
- Zermeño, Sergio, “La universidad de todos”, en Enrique Rajchenberg y Carlos Fazio (comps.), *UNAM. Presente... ¿y futuro?*, México, Plaza y Janés, 2000, pp. 243-252.

Álvaro Acevedo Tarazona

Historiador y magíster en Historia por la Universidad Industrial de Santander y especialista en docencia en historia y cultura de América Latina por la Universidad Pablo de Olavide, Sevilla; especialista en filosofía por la Universidad de Antioquia, doctor en Historia por la Universidad de Huelva. Realiza estudios de posdoctorado en Ciencias de la Educación en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia-Rudecolombia. Entre sus últimas publicaciones están *1968. El fin del comienzo: Una época, una marcha, un joven rebelde* y como compilador *Manuales escolares y construcción de nación en Colombia siglos XIX y XX*. En la actualidad es profesor titular de la Universidad Industrial de Santander y decano de la Facultad de Ciencias Humanas de la UIS. Además es novelista.

Sebastián Garrido de Sierra

Sebastián Garrido de Sierra es maestro y candidato a doctor en Ciencia Política por la Universidad de California, Los Angeles (UCLA). Se especializa en movimientos sociales, regímenes autoritarios de partido dominante y transiciones democráticas. Su investigación ha sido apoyada por la beca Fulbright-García Robes, el CONACYT, el UC Mexus, la UCLA y el Centro de Estudios México-Estados Unidos, de la Universidad de California, San Diego (UCSD).

Miguel Ángel Gutiérrez López

Doctor en Historia por El Colegio de Michoacán. Actualmente es profesor e investigador de la Facultad de Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Autor del libro *En los límites de la Autonomía. La reforma socialista en la Universidad Michoacana, 1934-1943*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2011.

Otávio Luiz Machado

Es profesor e investigador en la Facultad Frutal, de la União Nacional das Instituições de Ensino Superior Privadas (UNIESP), en Frutal, Minas Gerais; es editor en *Prospectiva*. Ha sido autor de artículos especializados y diversos libros, notablemente *Movimientos estudiantiles, formación profesional y la construcción de un proyecto de país* (Elógica, 2012), y compilador en *Juventudes, direitos humanos, democracia e cidadania* (Editora Prospectiva, 2013).

Renate Marsiske

Doctora en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Es investigadora en el Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación. Se especializa en la historia de la universidad alemana, en la universidad en la época pos revolucionaria y en los movimientos estudiantiles de América Latina. Entre sus principales publicaciones están los tres volúmenes de *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina y La Universidad de México. Un recorrido histórico de la época colonial al presente*, publicados por la UNAM.

Jaime M. Pensado

Profesor de Historia, director del Mexico Working Group, y Fellow del Kellogg Institute for International Studies de la Universidad de Notre Dame. Se especializa en historia contemporánea de México, movimientos estudiantiles, cultura juvenil y la guerra fría. Es autor de *Rebel*

Mexico: Student unrest and authoritarian political culture during the long sixties (Stanford University Press, 2013) y ha publicado artículos en *The Americas: A Quarterly Review of Inter-American Cultural History*, *Special Issue: Latin America in the 1960s*; *The Journal of the History of Childhood and Youth*; *New World Coming: The Sixties and the shaping of global consciousness* (Robert Clarke et al., eds.), y *The Sixties: A Journal of History, Politics and Culture*.

Ellen Spielmann

Doctora por la Freie Universität Berlin. Actualmente es profesora invitada en la Universität Tübingen. Áreas de investigación: estudios culturales y literatura. Entre sus publicaciones destacan: *Samba, Zuckerhut und andere Siegel für Brasilien* (2013), *Teorías y formas de análisis de las relaciones entre globalidad y localidad en América Latina (1982-2005)* (2007), *Der Blick des Axolote: Kultur- Literaturtheoretische Essays: Lateinamerika, Spanien, Portugal* (2004), la edición, junto con Antonio Arnoni, de *Das Verschwinden Dina Lévi-Strauss' und der Transvestismus Mário de Andrades/La desaparición de Dina Lévi-Strauss y el travestismo de Mário de Andrade* (2003). Actualmente está preparando *Die Argonauten der letzten terra incognita. Trajekte der poetischen und wissenschaftlichen Avantgarde in Brasilien: Fernand Braudel, Blaise Cendrars, Claude und Dina Lévi-Strauss, Mário und Oswald de Andrade, Tarsila do Amaral*.

Pablo Toro Blanco

Doctor en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile, académico de Historia en la Universidad Alberto Hurtado. Sus líneas de investigación son la historia de la educación en Chile, de los movimientos estudiantiles, de la juventud y de las emociones. Sus últimas publicaciones son “Desórdenes y juegos de chapas en la plaza: estudiantes, espacio público y juventud (San Fernando, c.1870-c.1900)”, en *Historia* núm. 45, vol. 2, 2012, y “Close to you: Building tutorials relationships at the Liceo in Chile in the long 19th century”, en *Jahrbuch für Historische Bildungsforschung*, Berlín, 2012.

María Cristina Vera de Flachs

Doctora en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina; investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, profesora titular en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, de la Universidad Nacional de Córdoba; profesora titular en la Universidad de la Rioja. Líneas de investigación: historia de la Universidad Nacional de Córdoba, historia de la ciencia, historia de las finanzas y del poder político en la Universidad de Córdoba.

Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina IV

se terminó de imprimir en marzo de 2015 en los talleres de Tipos Futura S.A. de C.V., ubicados en Francisco González Covanegra 47-B Col. Peralvillo, Del. Cuauhtémoc, C.P. 06220.

En su composición se utilizó la familia tipográfica Sabon LT Std.

Para papel de interiores se utilizó cultural de 90 gramos y para el papel de forros, couché de 250 gramos.

La formación tipográfica estuvo a cargo de Magdalena Rubio Alvarado.

La edición consta de 100 ejemplares.